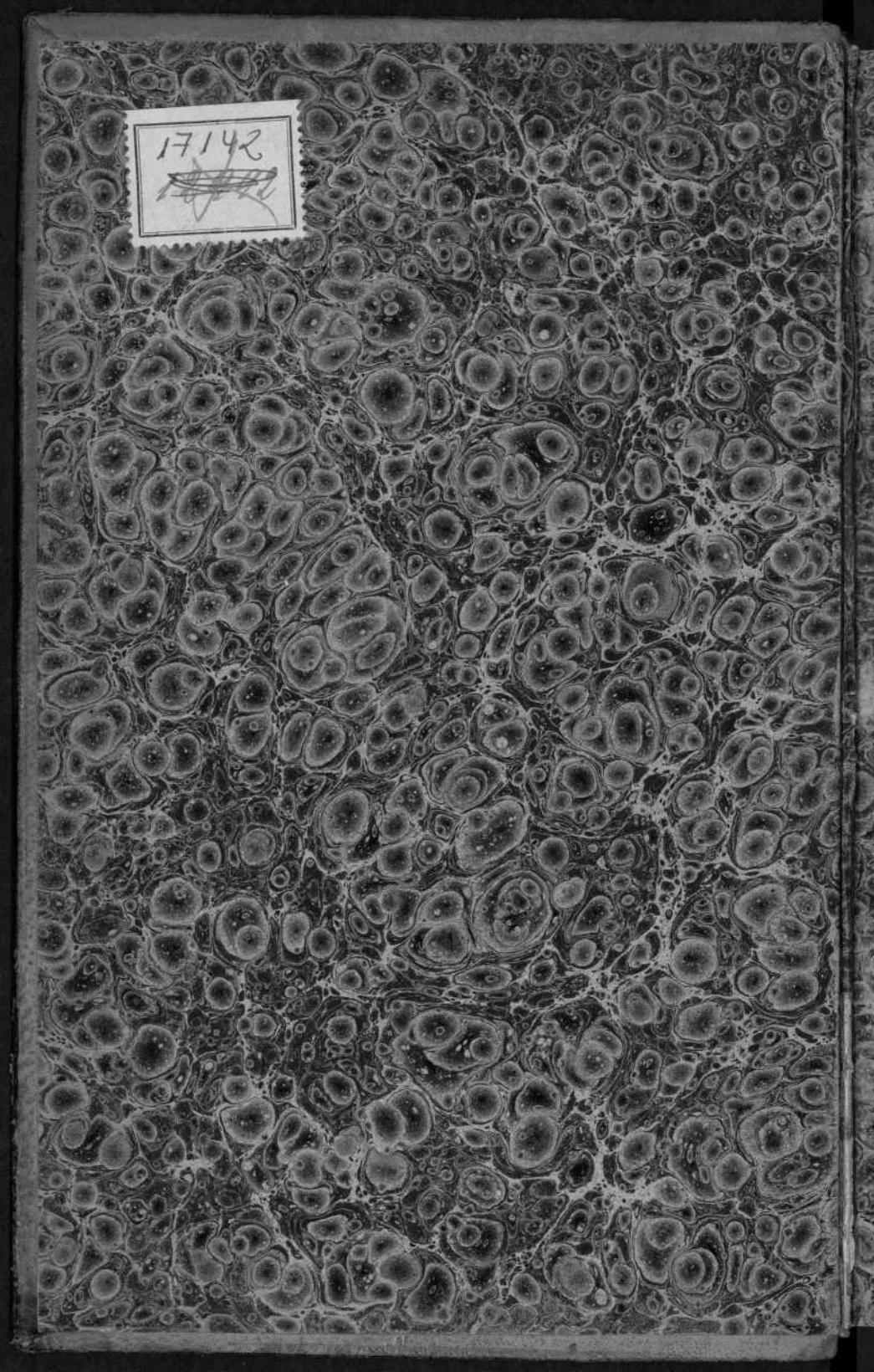
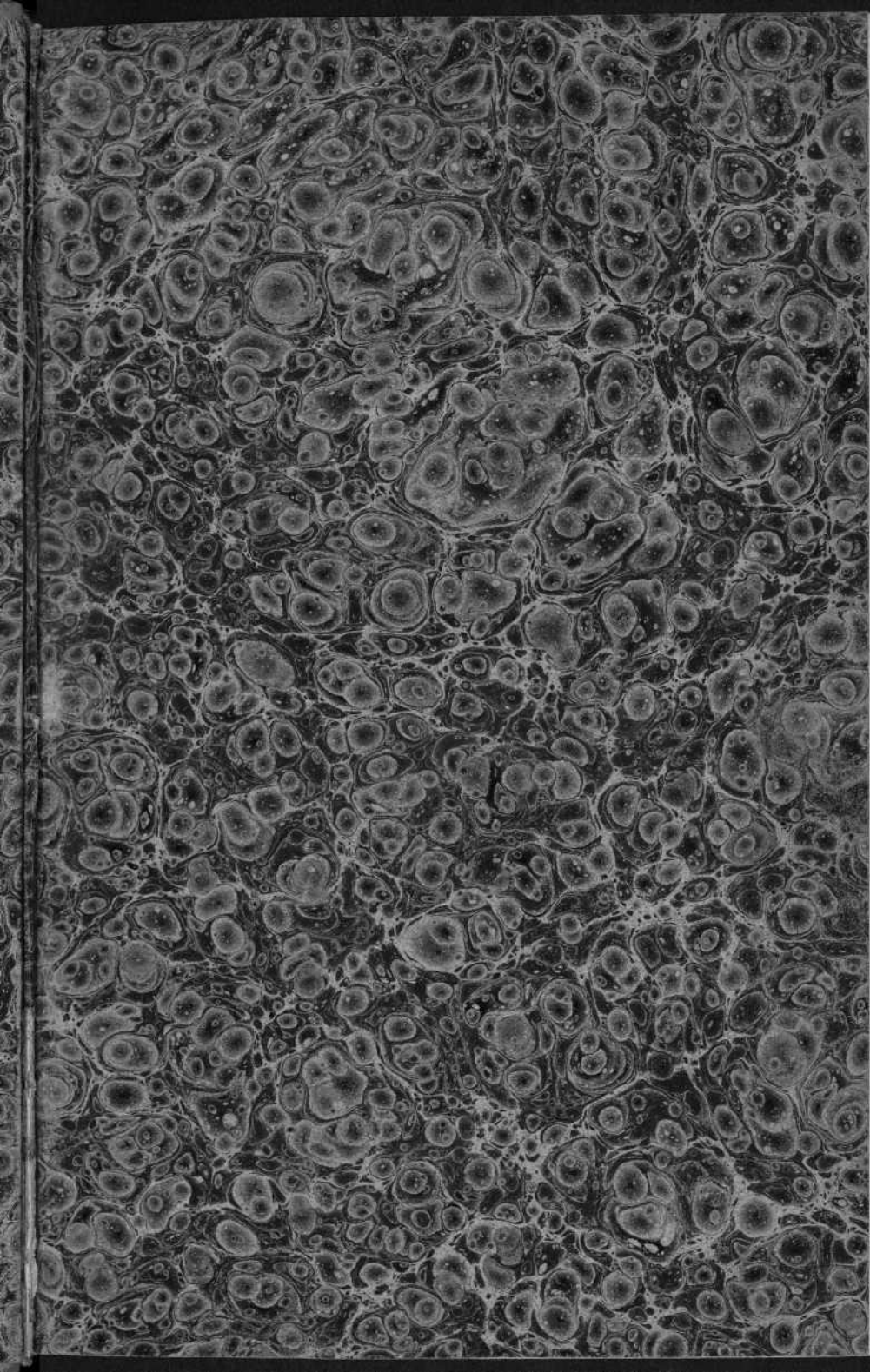


42

17142

~~17142~~





50-2

~~1911~~
~~1912~~

BRITISH
LIBRARY

97

OBSERVACIONES

SOBRE

LAS BELLEZAS LITERARIAS, HISTORICAS, PROFETICO-POETICAS Y RELIGIOSAS

DE LA

SAGRADA BIBLIA

POR

DON JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUÉS DE CASAJARA.



CON LICENCIA.

MADRID: POR AGUADO, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

1849.

6
OBSERVACIONES

DEL REPARTO DE LOS BIENES DE LOS REYNOSES EN LOS REYNOSES

REPARTO DE BIENES

DEL REPARTO DE BIENES DE LOS REYNOSES EN LOS REYNOSES

REPARTO DE BIENES

DEL REPARTO DE BIENES

DEL REPARTO DE BIENES DE LOS REYNOSES EN LOS REYNOSES



BELLEZAS HISTÓRICAS.

—
TOMO 1.
—

A D.ⁿ Mariano Garcia Herrera

Un recuerdo

de

Pascual Castellanos.



BELLEZAS HISTÓRICAS

1850

A. B. Navarro Juan Torres

de

Provincia Castellana

[Handwritten signature]

PROLOGO.

LA Sagrada Escritura es el libro de Dios. De aquí su infinita importancia, como que en él estriba el sublime edificio de nuestra augusta religion y la ciencia de todo lo divino. Sería formar un inefable panegírico de la Biblia el decir que no hay en ella una sola línea que no haya sido inspirada por el Altísimo. Pero aun prescindiendo de su origen sobrenatural, para que se encumbrára sobre todas las producciones del humano entendimiento bastaría aquel encerrar ella las grandezas de Dios, toda la historia de la humanidad, y el principio y el fin de la naturaleza. La Divinidad es el centro y manantial de todo bien, y su sabiduría lo ha reflectado en la Biblia; allí está el tesoro de la moral del cielo, allí la belleza de todo lo creado, allí el ordenamiento y tejido maravilloso de cuanto Dios ha hecho en el mundo y en los siglos.

No hay estudio mas antiguo que el de la Biblia, ni que mas comentarios haya producido. Es y será eterno como la religion, y si el universo aún durase veinte mil años, dentro de veinte mil años aún se harian nuevas investigaciones acerca de ella: lo sucedido hasta ahora es garantía de lo futuro. Además sin su continuo estudio, que es obligatorio para los ministros del Señor, no subsistirian ni la moral, ni la religion. Y hay otra causa promotora

de los trabajos que cada siglo da á luz sobre la obra del Espíritu Santo: en ella se halla una mina de antigua y nueva enseñanza adoptada á las necesidades de cada época, que se va descubriendo á medida que estas se van presentando. Todas las herejías fueron arrolladas en campo de batalla por los sabios defensores de la Iglesia católica con las armas sacadas del riquísimo arsenal de la sagrada Escritura, y hasta las ciencias que parecían estar mas lejos de ella, cuando en su carrera se han apartado de la senda de la verdad, han hallado en sus venerabilísimas páginas un correctivo saludable oportunamente descubierto para enfrenarlas ó avergonzarlas, ó una confirmacion de sus plausibles progresos cuando han dado pasos de gigante hácia un legítimo y verdadero adelantamiento.

En nuestros dias hasta la literatura se ha puesto por decirlo así en contacto con la Biblia, ora aplaudiéndola con el debido acatamiento, ora penetrando en el lugar santo con ignorante osadía, ó con descompostura y ánimo irreverente; por manera que tanto los homenajes tributados al mérito literario de algunos de sus libros poéticos, como el abuso que se hace de las riquezas que ofrece á la imaginacion para composiciones sagradas, parece que estimulan á examinar con mas detenimiento y atencion la obra admirada como tipo y modelo de la literatura cristiana. Así la he considerado, y así trato de presentarla, desentrañando sus bellezas históricas, profético-poéticas y religiosas. En esta primera parte de mi empresa no pude tener guia alguna, porque no sé que hasta ahora se haya escrito sobre bellezas de historia, y si no me engaño, este es un género nuevo. Las poesías de los profetas han recibido el incienso de ilustres literatos; sin embargo muchos de ellos se limitaron á meras indicaciones muy generales, fijándose otros en un solo libro, cual es el de los Salmos. El ingles Lowth emitió juicios sobre todos los libros poéticos del antiguo Testamento, pero á pesar de los

elogios prodigados á su erudicion, su cualidad de heterodoxo y el versar sus investigaciones en gran parte sobre cuestiones poco amenas me ha hecho proceder casi siempre con independencia, aunque cuando lo creo conveniente me aprovecho de las luces de estos y aquellos críticos. Para la seccion que llamo yo religiosa, en la cual me propongo mostrar bellezas morales, me he acogido á la sombra del divino Salvador consolatoriamente retratado en los Evangelios, consultando á mi propio corazon y en todo el discurso de mi larga tarea á nuestros respetables espositores católicos, á los cuales debo agradecimiento, porque sin ellos acaso hubiera estampado con profana pluma algun atrevido dislate.





CAPITULO I.

El pueblo de Dios.



Entiendo por belleza literaria todo lo que puede deleitar ó producir una sensacion notable en la mente ó en el corazon de los lectores; belleza que, si ha de ser de alto precio, se ha de hallar principalmente en el asunto de la obra. Bajo este punto de vista se aventaja infinito á todas las producciones del ingenio humano la historia de ese pueblo que Dios escogiera para ostentacion de su poderío, de su misericordia, de su justicia y veladora providencia. En efecto: su origen, su engrandecimiento y sus extraordinarias vicisitudes y desgracias nos presentan un cuadro tan nuevo como maravilloso, aunque ahora no le consideremos sino en sí mismo, es decir, como nacion, sin la sabiduría de su ley, sin la magestad de su culto, sin las hazañas de sus héroes, sin el brillo de sus reyes, sin las visiones de sus profetas.

Si atendemos á su principio, vémosle nacer de un solo hombre, padre de los creyentes, que en virtud de una promesa del cielo emprende un viaje

larguísimo con su estéril consorte al país de que se ha de enseñorear su descendencia, numerosa como las estrellas del firmamento y las arenas del mar; y en esto se advierte una singularidad muy significativa, porque de ninguna otra nación se lee cuál fuese el primer hombre de ella. El primer caudillo, el primer rey, el fundador de una colonia, un Nemrod, un Cadmo, un Rómulo, un Clodoveo no es difícil encontrar; pero el papel de un padre es más interesante que el de un rey: este será el constructor de unos muros, el organizador de una sociedad naciente, será todo lo que se quiera, mientras Abrahám es el único padre de una nación que sobrevive á las innumerables ruinas que deja en su carrera este mundo tan movedizo y tan inconstante.

Las vidas de los patriarcas, que se pintan á nuestros ojos con los colores más hechiceros, iluminan la bella infancia de este pueblo, no permitiéndonos ignorar nada de cuanto concierne á su desarrollo sucesivo, mientras los principios de la mayor parte de las naciones están envueltos en una densa noche, en la cual se anda á tientas como ciegos por calles desconocidas, ó se sueña con fantasmas, ó de tal modo se abultan los objetos con la distancia, que la vista y la imaginación de los historiadores ven las cosas á la manera del caballero que inmortalizó Cervantes.

Un tejido de aventuras admirablemente dispuestas por la divina Providencia, lleva á Egipto á la familia de Jacob, verificándose en verdad esta tras-

plantacion con todo el enredo, la ternura y el interés de un drama. Setenta y cuatro personas, que son el gérmen fecundo de las doce tribus, no desparecen ni se confunden entre la muchedumbre de los egipcios, multiplicándose con una velocidad asombrosa hasta causar recelos y temor á la nacion en que habitan, como lirio entre espinas, como la luna entre nocturnas tinieblas; bellissimo contraste, cuyo resultado será una guerra entre el Dios que, desencadenando los torbellinos de su ira omnipotente, protege á la afligida virtud, y el obcecado Egipto que inhumanamente la persiga. Una política aviesa convierte la hospitalidad en duro cautiverio, que ofrece al corazon un espectáculo sobremanera interesante, porque interesantes y patéticas son las lágrimas y los suspiros de todo un pueblo que, pálido y consumido por el hambre, aherrojado y atormentado por la mas bárbara tiranía, emplea sus estenuados brazos en fabricar para sus verdugos ciudades y fortalezas, donde las madres egipcias alimenten á su dichosa prole con el sudor de los cautivos, mientras las madres hebreas arrojan á la corriente del Nilo los frutos de sus entrañas. Pero son muy breves y fugitivas las horas alegres del impío. La escena se ha mudado: el angel de la muerte pasa su cuchilla por el cuello de todos los primogénitos de Egipto en tanto que Israel, con el baston de peregrino, está cenando un cordero en medio del mas puro regocijo de triunfo, porque ve hechos pedazos sus hierros opresores.

Considerad esa cena, y vereis lo que en literatura se llama una imagen, pero bella, grandiosa, sublime, si se atiende al gozo, á la actitud, al vestido, á la prisa de un pueblo de tres millones: en tanta diferencia de edades y muchedumbre de gentes, como que no hay mas que un corazon, un alma, un pensamiento: miradlos; todos están en pie, comen una misma cosa, todos como viajeros; hasta la accion y la premura es idéntica en todos. ¿Y en qué nacion del mundo habeis visto esa admirable unidad que ahora notamos en esta? No parece sino que fuera un regimiento, en que á la voz del gefe, todos los brazos y todos los fusiles toman una misma direccion simultánea. ¿Y qué grandezas no presenta su viaje por el desierto sembrado de prodigios? Nada diré del mar Rojo, que por su lecho enjuto abre camino al ejército del Señor, el cual por medio de dos montañas de agua se estiende de orilla á orilla, marchando ya por la ribera opuesta la vanguardia, mientras la luminosa retaguardia aún no ha entrado en el ámbito del milagro; nada de la desaparicion del rey y pueblo contrario, sobre los cuales se precipitan las montañosas ondas como la ballena sobre el náufrago que instantáneamente devora. Porque ¿quién no ha admirado mil veces la sublimidad de este paso en el cántico de Moisés y en las alusiones y pinturas de los poetas sagrados? ¡Ah! lo sublime se encuentra en la travesía de ese desierto, como bandadas de caballos en las inmensas y despobladas pampas de Buenos-Aires.

La consternacion del hambre, del hambre en un pavoroso desierto, la impaciencia, las murmuraciones, la desesperacion de todo un pueblo, la lluvia de un alimento celestial por el largo espacio de cuarenta años, la sed abrasadora y el agua milagrosa, el conflicto de la guerra y la victoria debida al fervor de una plegaria, el desaliento y la confianza que se suceden como las olas del océano, la plaga de las serpientes que con sus mordeduras de fuego emponzoñan de muerte á los heridos, el arrepentimiento y la misteriosa bandera de salud, á cuya vista reviven millares de moribundos, y sobre todo la radiante presencia de la Divinidad con su corte de relámpagos y rayos, publicando su ley en medio de un incendio de gloria, son objetos demasiado sublimes para que me detenga en señalar su altísima grandeza, que causando un asombro profundo deleita sobre manera; como que es una muy noble propiedad de nuestro sér hallar dulce embeleso en la exaltacion y arrobo de la mente, y en la conmocion grave, respetuosa y solemne nacida de la vista de lo sublime y extraordinario. ¿Puede imaginarse un prodigio mas bello ni mas poético que el de una columna de fuego que capitanea cuarenta años en la lobreguez de la noche y en desierto silencioso á una peregrina nacion? Figurémonos tendido un denso manto de tinieblas sobre la inmensidad del universo, y luego volvamos los ojos á un resplandor gigantesco, á una pirámide de fuego, cuya cabeza se esconde en las nubes del firmamento. Aunque supongamos que no se mueve y

que no guía á un pueblo perseguido y conquistador, es bella, es altamente grandiosa esta imagen. ¿Pues qué será si la ponemos en magestuoso movimiento, si consideramos que marcha y se detiene, que avanza y retrocede á vista del peligro con la prudencia y estrategia del general mas consumado en el arte de la guerra; que va al frente de doce tribus, cuyo campamento ocupa el espacio de diez millas; que semejante á una madre que lleva de la mano á sus pequeñuelas criaturas va midiendo sus pasos y jornadas por el cansancio y debilidad de los niños que en pos de ella caminan; si no olvidamos que va dentro de ella un ángel, príncipe de los cielos, á manera de uno de aquellos reyes de la antigüedad que corriendo á las lides delante de sus tropas, montaba en el mas escelso castillo de elefantes magníficamente iluminado de noche; si por último recordamos que esa columna de brillo tan apacible es la misma que, revestida del espíritu de la tempestad, rompió y arremolinó con ímpetu y fragor borrascoso al ejército y los carros de Faraon en terrible torbellino de rayos?

¡Y cuán parecida no es la brillante columna al pueblo que conduce! En las tinieblas de la noche es ella el único punto luminoso; él, en medio de las sombras con que la idolatría y la mas estúpida ignorancia tienen envuelto el mundo de la inteligencia, es de la gran familia de los hombres la única rama en cuya frente resplandece la luz de la verdadera religion; solo él es el depositario y el conservador de los ine-

fables secretos de la Divinidad, y el manantial cuyos raudales beberán en la edad venidera los filósofos de la Grecia y los de todo el Oriente para hacerse admirar cuando los manifiesten, aunque mezclados con sus turbias aguas y ocultando de donde los tomaron. ¡Cuán misterioso y sublimemente poético no es ver esa espléndida antorcha en un desierto! ¡La verdadera civilizacion en un desierto! ¡En un desierto el foco de celestial sabiduría! ¡En un desierto el inestimable tesoro de las tradiciones antidiluvianas! ¡En un desierto la clave de toda historia antigua, la única esplicacion del universo! Y esto cuando la mentira y la ignorancia tienen levantado sobre todo el orbe su trono de oscuridad. ¿No parece que este glorioso desierto figuraba la augusta soledad de los ilustres monasterios, en que las ciencias y las virtudes fulguraban, creciendo y robusteciéndose para despues lanzarse á disipar el negrísimo caos de aquellos siglos de la triunfante barbarie?

Hasta la inconstancia, la volubilidad, la ingratitud y la perfidia de esa numerosa turba peregrina son una belleza de la sagrada historia, porque pintan al vivo la flaqueza del humano linage, porque forman un hermoso contraste con la bienhechora conducta del Escelso, porque provocan alternativamente su justicia y su misericordia, siendo ocasion de que en escala magnífica se vayan desplegando la ira y la omnipotencia divina.

Embriagado con la nefanda culpa está el pueblo bailando en torno á su becerro de oro, y la tribu de

Leví con la muerte en su fulminante espada, convierte rápidamente en lago de fresca sangre el campo de la orgía. ¡Cuánto no hiere á la imaginacion ese imprevisto tránsito de las risas livianas al llanto dolorido, de la algazara bacanal á los ayes de la agonía, de la impudente confianza al espanto que hiela, al terror que horripila, á los impetuosos aceros que veinte y dos mil cadáveres hacinan en sangrientos montones, entre los alaridos de inmensa muchedumbre que huye con pavoroso desórden y se ve forzada á beber reducido á polvo el ídolo que se forjára de oro! ¡Ah, no hay palabras que espresen todo lo sublime y terrible de ese tránsito momentáneo del baile á la eternidad!

Sin embargo, aún me parece mas imponente y magestuosa la ira del Todopoderoso, cuando cerca de las fronteras de Canaán, habiendo caido de ánimo el inconstante pueblo con la narracion de los cobardes exploradores, y estando ya para lanzar una lluvia de piedras á sus fieles caudillos que con valiente energía le animaban, apareció gloriosa y formidable en la eminencia del tabernáculo, y dirigiéndose á las rebeldes turbas, pronunció repetidas veces esta sentencia de muerte: «Vuestros cadáveres yacerán en esta soledad. Vuestros hijos los verán consumirse en el desierto.» ¿Quién pronuncia la aterradora sentencia? Un Dios omnipotente. ¿Quién la escucha? Toda una generacion condenada á muerte. ¿Quién mas? Los hijos á quienes igualmente se condena á ir errantes cuarenta años por desiertos peligrosos, y á ver

podrirse en aquellas horrendas soledades los huesos de sus padres. ¿De dónde sale el tonante acento de la divina Justicia? Del tabernáculo, en que airada se ha aparecido la gloria del Señor (*). ¿Dónde resueña? En un desierto espantoso. ¿Qué le sigue? Duelo profundísimo y universal, espresado con mil raudales de lágrimas inconsolables.....

Volvamos á observar que es grandiosamente bella esa unidad de afectos, esa unidad, si es posible decirlo, de tribulacion y de llanto. ¿No se diria que ese pueblo es una sola persona? No ya mil ni cien mil gentes, sino una nacion entera de niños y de ancianos, de mugeres y de robustos guerreros, párase y camina, se regocija y suspira, peca y se convierte, responde y promete á sus gefes y á Dios, padece y triunfa, es castigada y premiada como si fuese una sola persona. No vacilo en asegurar que este inaudito género de belleza no se halla en ninguna otra historia, aunque tengo presente lo mucho que afecta á las naciones una guerra, una peste, una opresion enemiga; pues por muy comun que sea el entusiasmo ó el sentimiento de un gran pueblo, no es rigorosamente cierto que todo él obre y sienta como un solo hombre del modo que se verifica con Israel. Si le veo llorar por espacio de treinta dias la muerte de un Aaron, se me figura una amorosa familia de hermanos y de hermanas que se reunen en una habita-

(*) *Apparuit gloria Domini super tectum fœderis.* (Num. cap. 14.)

cion oscura para mezclar sus lágrimas por la pérdida de una madre, como grupo de dolientes estatuas colocadas sobre una tumba, cuya actitud lúgubremente monótona mueve á tristeza á cuantos fijan en ellas sus ojos compasivos.

Tal vez sea esta una de las causas que en el originalísimo cuadro de su historia hacen de este pueblo la principal figura despues de la de Dios. Sus caudillos, que mandan al sol y á los mares, á la tierra y al cielo como un capitán á sus soldados; sus prodigiosos jueces, á cuyo esfuerzo debe con mucha frecuencia el verse libre de extranjeros tiranos; sus profetas, que son los intérpretes y sonoros clarines de la justicia y sabiduría del Eterno; sus heroínas incomparables, á cuyo débil brazo confía Dios las empresas mas grandes y bienhechoras; y últimamente sus reyes buenos ó perversos, no obstante su colosal grandeza y la influencia que tienen en la dicha ó desventura de la sociedad judáica, son imágenes muy inferiores á esta: y no solo por la sencilla razon de que las partes son menores que el todo, sino muy especialmente porque el destino de todas ellas es servir á ese pueblo segun los designios inefables de la Providencia, que con peso, medida y oportunidad las suscita para correccion, enseñanza, libertad ó engrandecimiento del mismo. Ni se diga que en esto es semejante á las demás naciones para cuyo servicio arroja Dios en su seno los héroes y las lumbreras de que han menester, pues en aquellas, aunque no menos cierta, es menos visible la accion de la Provi-

dencia, siendo necesario para descubrirla alto vuelo de pensamiento y las profundas meditaciones de los sábios.

Y ya que hablo de otras naciones no dejaré de indicar que sus historias, mas bien que de pueblos me parecen historias de reyes, de ministros y generales. Guerras, intrigas, tratados, conquistas y algunas rebeliones, son por lo comun su mas ordinario asunto; y es claro que en todas estas cosas casi nunca interviene la gran masa del pueblo, no habiendo por lo regular mas actores que el rey, los cortesanos y el ejército. No asi el reino de Judá, cuya maldad ó enmienda es el mágico resorte que mueve para misericordia ó justicia ese formidable brazo del Altísimo, á cuya señal se arrojan unos sobre otros para descuartizarse y devorarse los imperios mas poderosos, como á la voz del cazador se lanza el perro de presa sobre la tímida liebre. Llena está la copa de su divina indignacion, y el furor ya le sale del pecho como llamarada de volcán; manda á su siervo Nabucodonosor, al ministro de sus venganzas, que como vara de ira caiga sobre Jerusalén: Nabucodonosor la asedia; á palidez y consuncion reduce el hambre su lozanía y belleza; el agudo alarido de su consternacion estremece sus muros; sordos están á sus ayes el cielo y el santuario; de estenuacion y de espanto suelta el soldado las armas; la bandera de Babilonia tremola sobre sus torres; huye el rey Sedecías, es alcanzado por enemigos ginetes y sometido al terrible capricho del vencedor, que á todos los habitantes

ordena desalojar sus casas; son atados y acuchillados uno en pos de otro todos los nobles, los ricos, los cortesanos y militares; las mugeres, los niños y los ancianos presencian el degüello de sus hijos, padres y maridos, y ven en manos de sus verdugos, formando inmenso monte de riquísimos despojos, los muebles entre los cuales crecieron, y las joyas con que siempre se engalanaron. Ya están en el campamento asirio todos los moradores de la triste Judea para ser arrastrados al cautiverio como rebaño de ovejas; á vista de su padre se degüella á los hijos del rey, á quien encadenado se le arrancan sangrientamente los ojos, mientras por orden del inexorable Nabucodonosor el grande, arden y se desploman con lúgubre estampido las techumbres y torres de la ciudad solitaria, desnuda y herida mortalmente. ¡O hija de Sion! ¡Adios, adios, ó querida y adorada Jerusalén! esclama suspirando tu desolado pueblo al ver las convulsiones de tu horrenda agonía. Adios, te dice con un clamor tristísimo al romper su dolorosa marcha al distante pais de su cautiverio; y embriagado de amargura el corazon y de lágrimas los ojos, te deja en la encendida pira de la muerte, con mas dolor que á su amante Dido el prófugo de Troya.

¡Ah! Solo en esta sagrada historia se ve en camino para el remoto suelo de su cautividad á toda una nacion dolorosa, viuda de su gloria, encorvada bajo el peso de su delito y de la espada de Dios, pálida, profundamente contrita, pobre en extremo, y sin aliento para levantar al cielo sus ojos humildes y en-

rojecidos por un tan largo llorar, rodeando el triste carro donde va atado, ciego y cautivo su rey, y contemplando de continuo sus perdidas riquezas que á su lado llevan los asirios, cuya alegría redobla y exacerba su desventura infinita.....

Precipitarse un pueblo sobre otro, apoderarse de su territorio é imponerle su yugo, y al fin mezclarse y confundirse con él; esterminar con el hierro y el fuego una provincia, un reino, no es muy difícil hallarlo en las historias, y por tanto no es cosa muy admirable; pero trasplantar en masa una nacion entera al lejano pais del vencedor, es un fenómeno agigantado, asombroso, bellissimo y sublime, porque en literatura es muy bello y sublime lo que tiene novedad y grandeza. No se olvide ninguna de las singulares circunstancias que realzan la idea, ni la distancia de Babilonia á Jerusalén, ni las solitarias ruinas de esta ciudad y su templo, ni los crímenes que fueron causa de tamaña desolacion, ni la fe, ni la esperanza, ni el arrepentimiento de los cautivos, ni la creencia de que está señalado el dia en que el Omnipotente visite en su furor á la opresora Babilonia, y levante del polvo á su caida Sion, ni sus vivísimos deseos, ni sus tiernos recuerdos, ni su llanto y suspiros, ni su indecible dolor; y se percibirá en la mente un no sé qué tan fatídico y solemne, tan alto y misterioso, que no es dable esplicarlo, porque la inefable delicia y los elevados placeres y espectáculos de la imaginacion se gozan y se sienten, mas no se esplican con el pobre lenguaje que usamos los mortales.

CAPITULO II.

El principio del Génesis.



Trasladaos en espíritu á cuando no habia tiempo, ni mundo, ni nada mas que Dios; contempladle en su augusta soledad sin principio, mas dilatada que la inmensa cadena de los futuros siglos: he aqui la única idea que precede al primer versículo del Génesis, y está envuelta en la palabra Dios; abrid el libro, y en su primera línea vereis cambiarse la escena de la eternidad; cielo y tierra aparecen, presentándose de improviso los dos objetos de mas extraordinaria magnitud. Nada hay para mí tan sublime como este repentino espectáculo de la creacion. Quiero indicar en qué consiste la prodigiosa sublimidad de estas palabras:

In principio creavit Deus cælum et terram.

4.º En que no tienen preámbulo, que por grados fuese preparando el ánimo á recibir la impresion de su grandeza, por lo cual esta produce mucho mayor efecto, hiriendo y apoderándose de todo el hombre mas por entero, de una manera mas viva, mas rápida, mas grande y fascinadora, y obrando

sobre él con toda la vehemencia y asombro de una magnífica sorpresa.

2.º En su esplendorosa claridad, ofreciéndose de golpe toda la idea, sin duda ni sombra alguna, sin que el entendimiento mas tarde tenga que detenerse un instante en comprenderla; y de aqui nace, que no estando aquel distraido en el trabajo de percibirla, se fija mas en el objeto de la idea presente, y se halla mas abierto á la avenida de sus impresiones.

3.º En su magestuosa sencillez, porque no necesitando de atavíos lo que de suyo es grande, sin ellos se ostenta mas despejado, mas de bulto, mas claro. Además, el misterioso contraste de la magnificencia de la idea con la sencillez de las palabras que la representan, produce cierto encanto que por carecer de nombre no es menos efectivo.

4.º En la rapidez y concision de la cláusula, que imita admirablemente la prontitud con que el Hacedor sacaba de la nada los cielos y la tierra. Hacer cosas insignes en brevísimo tiempo indica un poder sumo, y el espresarlas con una sola pincelada tambien denota en el escritor un alto poderío intelectual.

5.º En que alli están encerrados los objetos de mas grandor y nobleza. Dios saliendo de su eternal reposo; la omnipotencia puesta en movimiento por vez primera, y levantándose del seno de la nada los cielos y la tierra como Lázaro del sueño de la muerte á la voz de su amigo Jesus. Cada uno de

ellos es por sí solo altamente grandioso, pero adquieran nuevo realce de las circunstancias que los acompañan: ese cielo es apareciendo mas sublime que despues de aparecido; esa tierra es mucho mas interesante que ahora con aquella desnudez y aspecto informe con que el siguiente versículo la pinta, por tener el mérito de la novedad (que está reconocida como una de las fuentes de la belleza.) Sí; esta mansion del hombre tal cual ahora la vemos, con sus flores, sus árboles, sus montes, sus rios y ciudades, es poéticamente menos bella y sublime que en el momento de su creacion, cuando estaba desnuda y tenebrosa. Para habitarla es cierto que estaremos sumamente lejos de quererla en tal forma, mas aquello con que estamos familiarizados, por hermoso que sea, no produce en nosotros notables sensaciones, y es preciso que las produzca para ser bello en el sentido en que vamos hablando. ¿No pareceria un objeto terriblemente sublime un gigante del tamaño de la tierra, tendido informemente como la cordillera de los Andes y cubierto de pies á cabeza con una mortaja negra? Pues tal era la tierra en aquel primer instante de la creacion, cuando el espíritu de Dios iba volando sobre las aguas.

¿Y será extraño que el inmortal autor del *Genio del Cristianismo* diga como estasiado, «que nada hay comparable á esta abertura del Génesis; que no es posible mostrar en qué está cifrada la belleza de su estilo; y que no sabia qué responderse á quien lo criticára?» Tan alta es la impresion que produce en

un entendimiento elevado la primer plumada de Moisés, en cuyo análisis literario he entrado de pronto, porque embargado mi ánimo de ese mismo asombro que á Chateaubriand enagenaba hasta trabarle el pensamiento y la lengua para demostrar su mérito, se veia impelido por una vehemente necesidad de espresar su admiracion antes de prevenir aun brevisimamente cuál era el objeto que iba á ocuparme.

De ese imponente caos es muy grato y delicioso pasar sin intervalo alguno á la ordenada, sucesiva y bellissima aparicion de la luz, del firmamento y sus astros, de las plantas y de las aves, de los peces y animales cuadrúpedos, del hombre y de su dulce compañera, brillando en todos los rasgos las mismas dotes que acabamos de admirar en el primero, aunque las sensaciones que causa su lectura son algo mas suaves, por hermanarse en ellos lo bello con lo sublime. La belleza está en los mismos objetos, la sublimidad en el modo con que aparecen; pero lo que sobre todo forma mi encanto es la sencilla magestad del Criador.

El poema de Milton me escusa hablar del interés, ternura y solemnidad de las escenas del Paraiso; y nótese que no confundo la brillantez y brio de la invencion poética con la riqueza y hermosura de su argumento; de este hablo estando muy lejos de apartarme de mi propósito al nombrar el *Paraiso perdido*, siendo innegable que el reconocido mérito de una obra de esta naturaleza es para todo hombre enten-

dido en semejantes materias una demostracion de la escelencia y belleza de los hechos que han servido de cimiento al edificio levantado por la creadora fantasía de un genio maravilloso. Si se diese una rápida ojeada á las mas ilustres epopeyas, se hallaria confirmada esta idea con la noble grandeza de su asunto, como que esta es una de las principales condiciones del poema épico.

En Milton hay mucho mas : casi todo lo debe á su argumento: lo mejor es lo que ha copiado de la Biblia: en esta parte no encuentra mas que admiradores: los críticos de mayor autoridad, aun los mas empeñados en hallarle notables faltas, se convierten en panegiristas suyos al tomar en boca á su Adán y á su Eva. Séame testigo el abate Andrés. Despues de haberle censurado en muchas cosas y con no poca dureza, «Yo, dice en sus *Progresos de la literatura*, no puedo hallar gran deleite ni en el cielo ni en el infierno (del autor), pareciéndome extravagantes y absurdas las mismas ideas que oigo alabar como grandes y sublimes: en el paraiso sí que me arrebató Milton; alli me parece ver en él lo poético, lo sorprendente, lo divino.»

Lo poético, lo sorprendente, lo divino creo hallarlo en el capítulo 5.º del Génesis, que á primera vista corre peligro de ser tenido por algo seco, y que leído con reflexion revela nada menos que la inefable realizacion de nuestros dorados sueños de ventura por el espacio de mas de doce siglos, en la dichosa descendencia del justo Seth, que segun lo da á

entender la Escritura vivió por tan largo tiempo enteramente separada de la criminal raza del primer asesino.

Con la maldición divina sellada en su torva frente, no teniendo bálsamo alguno para la profunda llaga del corazón de su madre, no atreviéndose á que sus ojos se encontrasen con los ojos airadamente sombríos de su buen padre Adán, que con suspiros lúgubres responde noche y día á los clamores de la sangre de Abel llorando sobre su tumba campestre, Cain, agitado por las furias y arrojándose en brazos de la desesperación, huye de la luctuosa cabaña de su infancia, lejos, muy lejos, adonde espera que no pueda alcanzarle la ensangrentada sombra de su hermano. Deja en paz y sin mas compañía que su dolor á los dos primeros penitentes, y como toro á quien acosan obstinados lebreles, corre con su muger y sus hijos á fundar en muy remotos países una colonia de crímenes, de prostitución, de guerra y de infernal estruendo.

Allá se está inventando todo cuanto sirve á la vanidad y á los deleites del mundo, cuando Dios compasivo escucha los solitarios gemidos de aquellos inconsolables esposos, que perdieron el paraíso y el hijo. Náceles para consuelo el piadoso Seth; y aquí comienza esa dilatada serie de justos, cuya vida llega á 912 años como la del mismo Seth, á 905 como la de Enós, á 910 como la de Caiman, á 930 como la de Adán, á 895 como vivió Malaleel, á 962 como vivió Jared, á 969 que Matusalén contaba cuando llegó al reposo de su eternidad.

Sus corazones son del Señor; sus ojos brillan con el esplendor de la inocencia; la verdad mora en sus labios; plácida paz en sus pechos; rectitud en todas sus acciones; en su trato sencillez suma y confiada franqueza; en sus maneras una amable naturalidad. Las madres son pastoras, las hijas pastorcillas, los hombres labradores y pastores. En sus cabañas rústicas les espera de noche un dulcísimo sueño; de día la joven naturaleza los tiene embebecidos con la graciosa variedad de sus flores, con la perspectiva halagüeña de sus cascadas sonoras, con la abundancia de sus producciones sabrosas, con el regalo de sus delicadas frutas, con el blando susurro de sus arroyos, con la grata armonía de mil y mil cantorasavecillas. El rey, el sacerdote, la autoridad suprema es en cada familia el mas anciano. Los nietos tienen mas de 400 años, los hijos mas de 300, los padres han visto nacer encinas que cuentan ya siete siglos. Gallarda es la elevacion de su estatura, porque la especie humana todavía no está gastada, y ha salido magestuosa de las manos de su Hacedor.

Los campos donde habita la descendencia de Seth están poblados de viejos, porque los vicios aún no han acelerado el paso de la muerte. Mas la pesada mano de los siglos ha inclinado sobre sus pechos las cabezas meditabundas, ha prolongado hácia arriba las arrugadas frentes, dándoles mas grados de magestad en vez de los cabellos de que los despojara como al arbol frondoso el viento del otoño; ha emblanquecido sus barbas venerandas, ha descarnado y

hundido sus mejillas, y ha puesto temblorosas sus piernas y sus manos. Su conversacion con el cielo, sus virtudes acendradas y lo apacible de su vida, que les han dado el renombre de hijos de Dios, los harian completamente dichosos, si fuera posible hallar completa dicha en la mansion de los dolores. En medio de la placidez y dulzura de sus semblantes augustos, tienen dentro del alma un mundo de desengaños, un recóndito hastío de la vida, un desapego á la tierra, una profunda tristeza, una amarga memoria de la felicidad perdida en el pecado de Eva.

El contesto de las sagradas páginas me da lugar á figurarme esto y mucho mas. Se me figura ver á ese pueblo antediluviano sentado al pie de los tristes árboles de un bosque, á la hora en que las sombras de la noche acaban de estenderse y asoma el melancólico rayo de la luna, que deja entrever las canas de innumerables cabezas de ancianas y de antiquísimos ancianos. Rodeado de ellos figúraseme ver á nuestro primer padre Adán, que con voz lúgubre, ahogada por sus sollozos, les cuenta las delicias de su inocencia perdida, lo funesto de su culpa, lo agudo de su dolor, la inmensidad de su presente infortunio: levántase á las estrellas un tristísimo suspiro de toda aquella generacion que le escucha; y él, penetrado del mas vivo pesar, pero conteniendo sus lágrimas por consolarla, en tono menos afflictivo recuerda con fervoroso entusiasmo la promesa de un Salvador y la victoria que una hija suya alcanzará de la sierpe; pide perdon humilde á Dios y á sus

llorosos descendientes, y los exhorta á la paciencia y á todo género de virtud.

Sí; todo su consuelo les viene de sus virtudes, de su esperanza en el futuro Redentor, de la misericordia inagotable de aquel en cuyo amor y servicio viven tan larga vida.

Uno hay entre ellos á quien puedo llamar el fenómeno de la vida y de la muerte; todo en él es misterioso y extraordinario: las ideas que escita su nombre son de un orden muy alto, pero indefinible, tienen un claro—oscuro admirable; con ellas se halla el entendimiento como abrumado; el corazón no respira, porque no siente ni ve con claridad, y goza no obstante del espectáculo singularísimo; la imaginación vuela y se pierde, y se complace en contemplar de nuevo la maravilla. Un personaje de aquel tiempo que anduvo con Dios 365 años sobre la tierra, no ha descendido á las entrañas de esta como los demás hombres; aún vive y desapareció, y su destino es sublime y fue arrebatado por Dios..... ¡Hombre de cinco mil años! ¿Adónde estás? ¿Cuál es tu ocupación inefable? ¿Adónde estás, Henoch? ¿Con que la muerte te ha de respetar hasta el fin del mundo? ¿Con que el principio de tu historia se escribió por Moisés en el desierto, y tus postreras hazañas se escribieron en Patmos por el Aguila del nuevo Testamento? Parece que eres el primero y el último eslabon de la Escritura, el primero y el último predicador de los mortales, el primero y último trueno de Dios.

Atendida la volubilidad de los hombres y la instabilidad de las cosas humanas, fue admirablemente largo el tiempo de 4200 años, poco mas ó menos, que reinó la virtud en la progenie pacífica de Seth. Rompióse el valladar que la separaba de la de Cain, y del enlace de los hijos de Dios con las hijas de los hombres nacieron los gigantes, de fuerte brazo, ojos de ira, mano opresora, frente altiva y corazón impío. En la estatura como torres, en la torpeza semejantes á Asmodeo, como el trueno en la voz, como la tempestad en el furor, parecidos en la devastación á un ejército bárbaro, en la tiranía á los verdugos del cristianismo, y en las maldades al mismo Lucifer. Su iniquidad llamó contra sí á las nubes del firmamento é hizo á los mares dar horrendos bramidos de indignación: Dios hace una señal, y las ondas se suben sobre las cabezas de los gigantes, y después de haber paseado sus iras sobre la muchedumbre de sus cadáveres, enmudecen de espanto y quedan como estáticas sobre un mundo de ruinas. Tal la muerte mientras lucha con el enfermo, agitándose convulsiva y furiosa forma un sordo y ronco estertor en la agonía; pero al instante que ha triunfado de su víctima, calla de pronto, y sentándose sobre ella, guarda profundo silencio y permanece horrendamente inmóvil. No de otra suerte el diluvio domina silencioso. Si á los cincuenta días el espantado sol pregunta por esa raza de gigantes, cuya estruendosa y amenazadora vocería estábale atronando, no oye una voz ni un murmullo que le responda; si la busca con

sus cien ojos, no ve mas que un mar tendido con tranquila y fúnebre magestad sobre un mundo difunto.

¡Qué pavor! ¡Qué espectáculo!.... Razon tuve para decir que en los primeros capitulos del Génesis me parecia ver lo que, atendiendo á la grandeza y sublime novedad de los objetos, puede llamarse poético, sorprendente y divino.



CAPITULO III.

El corazon humano y la familia.



La Historia Sagrada ofrece un género de belleza, que ciertamente no se encuentra en ninguna otra: belleza de un interés tan universal, que para gustarla basta tener corazon; belleza indefinible y que puede considerarse fuera de la jurisdiccion de los retóricos por mas que con fina y minuciosa filosofía hayan recorrido el vastísimo círculo de lo bello. Tal vez dirá alguno que se halla en la novela, en la comedia, en la tragedia y aun en el poema épico; pero estaré muy lejos de convenir con él en que allí tenga toda la gracia, todo el primor, toda la delicadeza, toda la sencillez nativa y constante verdad con que el Génesis inimitable nos pinta la familia y los humanos corazones. El encanto que produce esta pintura es mas entero, si cabe espresarse de esta manera, porque no hay aquí estudio ni artificio de ninguna clase como en la novela y poesía dramática. Aquí los caracteres no son obra del ingenio que ha trabajado por darles uniformidad y realce.

¡Quién sabe cuán poderoso talismán se encierra

en la idea de que aquello mismo que tanto nos cautiva y deleita no se ha escrito con el intento de cautivarnos ni deleitarnos! ; Quién sabe cuánta es en el orden literario la fuerza de la realidad y las inmensas ventajas que lleva á lo finjido! Ni hay como ponderar el hechizo y placer que se siente hallando esas singulares bellezas propias de la poesía de los Homeros y Teócritos en una historia, en una obra dictada por el Espíritu Santo, estudio de todos los siglos, maestra de todos los sábios, fuente de toda santidad, océano de doctrina que se ha estendido en mil y mil rios caudalosos, tesoro de la sabiduría eterna, fundamento adorable de nuestra religion, y venerada por todas las naciones con el acatamiento debido á su divinidad..... De sus comentarios dogmáticos y místicos está lleno el universo: vuelvan á ellos los ojos y absténganse de leer mis observaciones literarias los que en la Biblia no quieran ver mas que lo sustancial; los que no acaben de entender que todas las cosas pueden considerarse bajo varios aspectos; los que se empeñan en que siempre se las contemple bajo un mismo punto de vista; los que juzgan que cuando se examina una de sus dotes, esta es la única que se quiere estudiar, sin acordarse que tal vez la tendrán por muy secundaria con respecto á las otras los mismos que solo de ella tienen por conveniente discurrir en tal dia y tal hora.

Todos convienen en que la historia, generalmente hablando, no da á conocer á fondo los ilustres personajes, cuyas hazañas refiere, por lo cual

las biografías han ocupado en todos tiempos un lugar muy distinguido, como necesarias para completar el retrato de los hombres, que por lo regular en aquella no descubren mas que un lado, mostrándose como entre nubes y á medias, sin que haya de extrañarse que asi suceda, pues la Historia solo trata de la parte que tienen en los negocios públicos. Si alguna vez reproduce las estudiadas arengas de sus héroes, casi nunca conserva aquella candorosa efusión de sentimientos, aquella palabra no meditada, aquel primer ademán tan involuntario como expresivo con que facilísimamente se nos revela un corazón sin doblez. Pero este aun en las biografías está muy lejos de pintarse tan al vivo como en la divina Escritura, porque aquellas se escriben por hombres de vista escasa y turbia, que no han presenciado toda la vida que es objeto de su narracion, y no tienen la frescura ni la ingénua y maravillosa naturalidad de los encantadores cuadros del Génesis.

Mirad al respetabilísimo patriarca Abrahám: miradle, que es muy digno de verse un anciano tan noble y generoso. Con su valor y con el de sus gentes ha triunfado del rey de los Elamitas y libertado de la opresion las ciudades de la Pentápolis; el rey de Sodoma, que era una de ellas, se empeña en regalarle el rico botin debido á su triunfador esfuerzo. Abrahám se niega absolutamente á recibir ni una hilacha, y responde con entereza: «Levanto mi mano, y juro por el Señor Dios Altísimo, poseedor del cielo y de la tierra, que no recibiré nada de lo tuyo,

para que no digas: yo he enriquecido á Abrahám.» Esto de levantar la mano al cielo poniendo á Dios por testigo de su generoso desinterés, nos hace leer el corazon heróico del anciano; nos le representa con admirable energía y naturalidad; le estamos viendo delante de nuestros ojos, el rostro augustamente grave, el pecho levantado con la confianza en lo inmovil de su resolucion, firme y sonora la voz, y abiertas de par en par las puertas del corazon inocente.

Con cerca de un siglo no sabia callar nada ese venerable patriarca. ¿No diríamos que era una franqueza demasiado pastoril ó muy militar el espresarse de esta suerte: «para que no digas: yo he enriquecido á Abrahám;» dando á entender, que no todo era virtud donde tambien al amor propio le cabia alguna pequeña parte? Pues esa franqueza bellissima es la que me encanta en los hombres de aquellos tiempos, en que no se conocian tantos cumplimientos y disimulos diplomáticos. Aun ahora por librarse de ellos se van con mucho gusto los mismos cortesanos á pasar un par de meses en la aldea, entre gentes sencillas que hablen con el corazon y que no mientan con tantas cortesías.

Distínguese igualmente por su naturalidad la timidez con que el mismo patriarca hablaba al Señor intercediendo por Sodoma y recelando abusar de la divina bondad que accedia repetidas veces á las condiciones de su ruego para que perdonase á la ciudad nefanda. «Hablaré, dice, á mi Señor, ya que

he empezado á hablarle yo que soy polvo y ceniza;» y por último, despues de haberle importunado mucho: «ruégote, Señor mio, que no te enojés si aún no ceso de hablarte. ¿La perdonarás si no hallares mas que diez justos en Sodoma?» La belleza á que aludo consiste en que, atendidas las circunstancias, el corazon de Abrahám se espesó, como debia hacerlo, con esa confianza tierna y humilde reverencia que respira todo su largo coloquio. Para derramar un poco mas de luz sobre este punto, indicaré que lo que se llama artificio oratorio ó retórico lo posee el corazon instintivamente, incurriéndose en notable impropiedad cuando no se siguen las inspiraciones de ese sabio instinto.

La historia de los patriarcas es la bella historia analítica de la familia y el panorama de nuestro corazon: aquella se presenta en todas sus fases, es decir, que figuran en ella toda clase de personas, pastores y reyes, amos y criados, viejos y niños, madres é hijas, casadas y solteras; aqui aparecen riendo, y luego lloran un poco mas allá; unas veces asistimos al nacimiento de un niño, cuyo nombre significa hijo de risa (1), otras al de un infante cuyo nombre significa hijo de mi dolor (2); en todas partes vemos el crimen al lado de la virtud, la felicidad al lado de la desgracia, y por do quiera advertimos que la vida del hombre es una cadena cuyos

(1) Isaac.

(2) Benoní.

eslabones son el regocijo y el disgusto alternativamente colocados. Es muy grato observar á tanta distancia de nuestros tiempos lo que ahora mismo pasa por nosotros; y no deja de ser dulcemente consolativo el seguir con nuestros ojos por un sendero de espinas á la llorosa y peregrina virtud conversando con Dios acerca de sus dolores, y marchando segura bajo su egida omnipotente por medio del emboscado ejército de los amargos sinsabores de la sociedad humana.

Abrahám, Sara, Agar, Isaac, Jacob y la querida Raquel son una escuela donde pueden tomarse muchas é interesantes lecciones de lo que es nuestra vida: son el espejo de nuestra vária é inconstante suerte; son como nuestro libro de memorias, donde hallamos apuntado lo que oímos y vimos en diversos paises y en circunstancias de patético recuerdo; son el curioso archivo de los secretos de esta y esotra familia que tal vez conocemos. ¡Qué no hay allí de amores felices é infelices! ¡Qué no hay allí de caseros disgustos! ¡Qué no hay allí de intrigas, por ejemplo con ese Labán tan malo como astuto! ¡Cuántos viajes, y en ellos cuántas aventuras! ¡Cuántos abrazos entre parientes que no se habian visto en mucho tiempo, ó que se veian por primera vez! ¡Cuántas enemistades y reconciliaciones! ¡Cuántos nacimientos de niños, en los cuales como que se nos obliga á tomar parte en la alegría de sus madres! ¡Cuántas muertes de personas que se habian captado nuestro cariño, y á quienes no habíamos perdido de

vista desde su cuna al sepulcro, en que mezclamos nuestro llanto espontáneo con el de sus hijos y esposas! ¡Cuán pintorescos matrimonios! ¡Cuán vivos y animados coloquios! ¡Cuán inesperados desenlaces! ¡Cuán graciosas ocurrencias! ¡Cuán lamentables catástrofes!

Entre tanta muchedumbre y diversidad de escenas, todas interesantes, ¿en cuál fijar los ojos? ¿Cuál ofrecer por muestra? ¿A Isaac temblando bajo el brazo de su padre levantado para inmolarle? ¿O bien al mismo Abrahám, cuando poco antes le preguntaba su idolatrado Isaac: «¿Padre mio, cuál es la víctima?» ¿A Lot viendo que su muger se hiela repentinamente y se vuelve estatua de sal, y al mismo tiempo á Sodoma convertirse en un infierno de llamas? ¡Ah no! Porque semejantes espectáculos dicen demasiado por sí mismos. Dejemos todo lo grande y sublime, no hagamos mencion de los sucesos mas admirables; callemos ahora los nombres de tantos inclitos Patriarcas; pasemos por alto los hechos mas celebrados; no hablemos de Lia ni de Thamar, ni tampoco de Dina, que como la Elena de los griegos fue causa de una furiosa venganza que inundó en sangre una ciudad, cubriéndola de atrocidad y de horrores. Fijémonos en una esclava infeliz, en Agar, cuyo nombre va unido por dos veces á la idea de la angustia en la soledad de un desierto.

Quando á la generacion muerta en el diluvio iba substituyéndose otra generacion; quando la poligamia, ilícita de suyo, se veia justificada por las estraordi-

narias circunstancias del naciente pueblo de Dios y permitida por el soberano Legislador de la naturaleza, sintiendo Sara que por su estéril vejez no se cumpliesen las divinas promesas hechas á su marido, le propuso que tomase en lugar suyo por esposa á su joven esclava. El corazon de Abrahám saltaria de regocijo al advertir que en el seno de su nueva consorte habia ya un heredero de las grandes bendiciones del cielo. Sara miraria cual suyo el fruto de su esclava; ya la cansada esperanza de ambos habíase vuelto dichosa realidad. Pero la pacífica alegría y la rencillosa poligamia ¿pudieron verse juntas? ¿Será durable la dicha de esa familia? ¿Resistirá Agar á la tentacion de vanagloria y de orgullo? ¿No abusará de su encumbramiento? En su nueva posicion, tratará á su señora con el respeto que antes?... Ella, viendo que habia concebido, despreció á su señora, dice el sagrado testo. Sara no lo sufre, y reconviene á Abrahám de culpa que no es suya con la acritud del dolor mas acerbo, calificando de inicua su conducta y citándole ante el formidable tribunal de Dios.

Creo que en el proceder de estas dos esposas se pinta á maravilla la delicada flaqueza del corazon humano, y en especial la del corazon de la muger. Mas generosa, mas sensible y amante que los hombres, se vencerá á sí misma é inmolará hasta su buen nombre y su fortuna en las aras de su amor y de su bondad inmensa, como si no le costáran nada los mas heróicos sacrificios. Lo habreis observado en

Sara cuando, para consuelo de su querido Abrahám, é impelida por el vehemente deseo de que se cumpliera la promesa divina, subia á una esclava al tálamo de su propio esposo. Muy acendrada debe ser su virtud si ha de estrellarse en ella la lisonjera tentacion de la vanidad, que engendra orgullo, hace olvidar antiguas consideraciones, y sombrea en las miradas el desdén y el menosprecio, como es facil notarlo en el porte de Agar con su señora. El corazon de la muger es sumamente delicado; la mas ligera ofensa abre en él una llaga profunda; su sensibilidad es en extremo esquisita; exaltada su imaginacion mas que la del poeta, ve por do quiera un abismo, ve todo lo que quiere ver su sentimiento fogoso, su language es de fuego, sus palabras son rayos; dirijese á la persona que amaba, como un leon á su presa, sus imprecaciones van por lo regular acompañadas de un candor infantil y de una inocente franqueza, y en tal situacion muestra todo lo vivo, lo ligero y flaco de su sexo. Sara enfurecida con su esposo por la culpa de Agar es un ejemplo de ello.

¿Quereis ver ahora en gran conflicto el corazon de un padre de familia? Considerad el de Abrahám. No puede menos de amar tiernamente á la que le ha dado en su ancianidad el primer hijo; y ve por otro lado que la justicia está de parte de Sara que es su hermana y su primer esposa, es el ama de la casa y la que toda la vida ha reinado en su cariño, cariño tan antiguo y de tal condicion que el santo

Patriarca disimula con doloroso silencio y compasiva bondad la amargura de su alma, al oír que injustamente le injuria su anciana y afligida consorte; no se resuelve á castigar por sí mismo á su querida Agar, ni á negarse á lo que de él exige la exasperada Sara. ¿Cómo obra en tales casos el corazón humano? Preguntádselo á Abrahám. Lucha con dos amores fundados ambos, cada cual por su estilo, en la misma naturaleza. Poneos en lugar del anciano marido con un corazón recto, bondadoso y amante, y es natural que resolvais del mismo modo que él, poniendo en manos de Sara el castigo de Agar. *Ecce ancilla tua in manu tua est; utere eá ut libet.* Es tu esclava, haz lo que quieras con ella, contesta el estrechado Abrahám. Calmar por de pronto á Sara del modo más fácil para salir del apuro, sin disgustarla ni agraviar personalmente á Agar, quedar bien en lo posible con ambas, he aquí lo que se proponía Abrahám.

Sin embargo, séame permitido dudar de que fuese muy acertada su determinacion, pareciéndome que tal vez hubo algun poco de imprudencia en autorizar tanto el airado resentimiento de Sara, que naturalmente no habia de contenerse mucho en los límites de un razonable castigo. Sea lo que fuere de esto, él cedió su derecho de amo de casa y juez nato de la familia por evitar compromisos, y el resultado produjo extrema consternacion. Sara afligió á Agar hasta hacerle tomar la desesperada resolucion de huir, no solo de aquella casa insufrible sino hasta de aquel país.

La mísera ha desaparecido sin confiar á nadie el secreto de su fuga, llevando en sus entrañas el objeto de los suspiros de Abrahám; y mientras este llora desvanecida su esperanza y tiene el rostro cubierto con el sombrío velo de una amarga y profundísima tristeza, mientras la estéril Sara no se atreve á mirar al angustiado Patriarca, avergonzada por ser ella la causante de tan dolorosa situación, la fugitiva y desvalida Agar suspira en un desierto. En el abismo de tribulación en que se hallaba debió volver los ojos á Dios, que es tierno padre en la horfandad y en el solitario desamparo. ¿Y adónde está ese Dios para una infeliz esclava en un desierto? Encuéntrase en la soledad y cerca de una fuente con el ángel del Señor, que llamándola por su nombre le dice: «¿De dónde vienes y á dónde vas?» Agar le confía el dolor de su corazón con la cándida ingenuidad de un niño. Y el ángel del Señor á ella: «Vuélvete á tu señora y humíllate bajo su mano.» Y luego le habla de lo que será el hijo que lleva en sus entrañas; y ella, lejos de decir palabra sobre aquello de volverse á la casa de que había huido, y del duro sacrificio que se le impone de humillarse á su señora, obedece al momento y se muestra sobre manera consolada, espresando su ternura, su agradecimiento, su nueva tranquilidad y su copioso consuelo con una admirable elocuencia de corazón: «Tú el Dios que me has visto.» Esta es la frase de su desahogo fervoroso, es la única que explica profundamente lo que ha pasado y pasa por su alma. Tú el Dios que me

has visto, este es el nombre con que en adelante quiere invocar y llamar á su adorable consolador. No encuentra otro mas propio para confesar la infinita bondad con que Dios la ha mirado y socorrido en su desamparada tribulacion. El ángel desaparece, y ella queda atónita, y al pozo que estaba allí inmediato le da el nombre de pozo del que vive y me vió.

No á todos será dable comprender todo lo que hay aquí de patética sublimidad y poético misterio. Es preciso haber palpado lo que es la tribulacion en toda su inmensidad sombría, haberse hallado en soledad espantosa, saber todo el conflicto de una muger sin amparo y con un hijo en las entrañas hambrientas; es preciso haber pasado como por encanto de la angustia terrible á la paz del consuelo; preciso es haber estudiado al corazon en su vida sentimental, siguiéndole en su luz y en sus tinieblas, en su desmayo y en sus rápidas resurrecciones; preciso es haberse penetrado de la maravillosa eficacia con que obra la presencia de un Dios; preciso es ir con Agar al desierto para dar el debido valor al mérito de esta escena considerada literariamente, porque en medio de este mundo no es posible formar cabal idea.

Cansaria demasiado si me detuviese á decir por qué tienen para mí un encanto dulcísimo estas sencillas palabras que respondia Agar: «Voy por este desierto huyendo de mi señora.» Haria perder mucho tiempo á los lectores si me propusiese indicar por qué me admiran tanto la taciturna sumision de

Agar á lo que el Señor le manda, la profecía del ángel, y la conclusion del capítulo en que esto se refiere. Quien tenga un corazon finamente dispuesto á percibir las delicadas bellezas del sentimiento; por sí mismo mejor que con mis observaciones gustará de las del mencionado pasage, si lee saboreándose el original divino.

Escitada la curiosidad con tan interesante suceso, estará esperando ansiosa saber cómo volvió Agar á casa de su señora, y la alegría que causase su vuelta, y las palabras que se profiriesen por unos y otros en tan crítico momento. Pero todo esto lo pasa por alto el historiador sagrado, que al parecer deja incompletos muchos cuadros para mostrar que no escribe al modo de los mezquinos mortales. Nadie como él posee el gran secreto de contenerse con la pluma en la mano. No era propio de la divina majestad de la Biblia el describir lo que, no siendo de muy alto interés, pudiese inferir ó conjeturar el humano entendimiento. Mas diré: para mí la forma de su narracion es una luminosa prueba de la divinidad de la Escritura. No escriben así los hombres. Solo al que ve girar á los planetas como menudo polvo debajo de su planta, solo al que ve pasar los siglos por debajo del trono de su eternidad, cual pasa el levísimo céfiro bajo la copa de gigantea encina sin conmoverta, solo al omnipotente Altísimo es dable no mostrar nunca el mas mínimo asombro ni antes ni despues de referir las obras mas estupendas de su creadora omnipotencia. La ira que llovió fuego so-

bre las cinco ciudades de Pentápolis; la muerte del antiguo mundo en el diluvio; la creacion repentina de multitud de lenguas, é involuntaria por parte de los mismos hombres que las improvisaron en la torre de Babel; mil y mil otros prodigios, cuyo solo recuerdo basta para exaltar nuestra fantasía y dar á nuestras palabras una animacion desusada, nárralos él con una sencillez tan sin igual y una tranquilidad tan admirable, que mientras mas las contemplo me van asombrando mas y mas. El epifonema, sentencia ó reflexion mas ó menos terminante ó disfrazada, es muchas veces tan íntimamente natural en el discurso del hombre, que me aventuraria á juzgar que tiene algo de sobrehumano el no hallarla al pie de las narraciones mas grandiosas del Génesis.

¿Quién diria que en esta primer escena de Agar en el desierto no indicase el sagrado libro ni con una palabra el dolor de aquella muger de infortunio? ¿Y por esto faltará algo á la idea que nos ha dado de su extraordinaria desolacion? Al concepto que de ella tenemos ¿qué añadiria con las mas lúgubres exclamaciones? Este encantador secreto de comunicar las ideas y los sentimientos mas patéticos con tanta llaneza, con tanto sosiego, con tan breves palabras, sin calor ninguno en la espresion, y sin dar nunca la menor señal de que el historiador divino se halla poseido de aquella conmocion inseparable de lo patético, es cosa exclusivamente propia de la obra dictada por la Sabiduría eterna para enseñanza y admiracion de todas las naciones.

Pero volvamos á Agar. En casa de Abrahám, cuando ya pesaban sobre el patriarca 86 años, dió á luz á ese niño que parecia nacido para el desierto, y púsole el nombre de Ismaél. Poco despues nació en la misma casa otro niño, Isaac, hijo de Sara y de Abrahám. Crecian y jugaban juntos. Pero los rudos juegos y malos tratamientos de Ismaél, eran para el otro niño, mucho mas tierno, frecuente causa de llanto. Sara, no pudiéndolo llevar en paciencia, dijo resueltamente á Abrahám: «Despide á esa esclava y á su hijo, pues el hijo de la esclava no ha de heredar juntamente con mi hijo Isaac.» El Patriarca, profundamente consternado y perplejo, corrió á buscar á Dios en la oracion, á mostrarle la acerba inmensidad de su conflicto, y á pedirle luz y consejo en tan árduo negocio.

El Señor se dignó iluminarle, pero de un modo terrible para su paternal corazon. Ese padre anciano, de entrañas tan compasivas que no puede ver á un peregrino sin abrazarle, sin llevársele á su tienda, sin obsequiarle y sentarle á su mesa, ¡ay dolor! ¿ha de arrojar de su casa á su esposa y á su hijo? Dios lo quiere. Los juicios de Dios son muy altos, muy rectos y adorables..... Toca á su fin aquella cruel noche. Abrahám se levanta al amanecer, toma un pedazo de pan y un odre de agua, pónelo en las espaldas de Agar, le entrega á su hijo y la despide.....

Ella, errante, en solitario desierto, consume el agua que llevaba, y viendo que el pobrecito Ismaél

pálido desfallecía de hambre y de sed, le deja bajo de un árbol, y va á sentarse no lejos, y llora á voz en grito, y el niño llora y llora. La madre protesta que no tiene corazon para verle morir, y por eso se ha apartado de él; pero tampoco tiene entrañas para perderle de vista, y se rinde á la fiereza de su dolor, y se entrega á su duelo, á su llanto y desolacion, esperando la muerte con un abandono de inesplicable amargura.

Así el guerrero herido mortalmente en la batalla, retirándose de ella con la mano en la llaga, frecuente sobrealiento y quejosa fatiga, camina á paso desigual, incierto y débil, sigue corriendo su sangre que forma largo reguero, y él en tanto aún se arrastra con dolor y languidez; pero bien pronto al sentirse desfallecer se deja caer pesadamente al suelo, y medio reclinado sobre el tronco de un árbol ya no pide socorro, ya no contiene la sangre de su herida, tiende el brazo y el cuerpo abandonadamente, y con horrible tranquilidad se pone en las crueles manos de la muerte. De semejante modo estaba Agar, cuando el Dios de toda misericordia le envió un ángel que le mostró una fuente, cuyas frescas aguas apagaron la sed y volvieron la vida á la madre y al hijo agonizante.



CAPITULO IV.

Amenidad y continuacion de las observaciones acerca de la familia y el corazon humano.



La amenidad es una de las cualidades, que hacen interesante y recomendable una obra, convidan á leerla, y derraman en el ánimo una apacible delicia. Muchas veces es sinónimo de belleza y ornato, lo cual indica que envuelve en sí ó al menos tiene estrecha conexion con las ideas de adorno y de hermosura. Este parentesco forma su panegírico, y contiene los títulos de su nobleza, haciéndola muy acreedora á nuestro aprecio. Pero si la amenidad estuviese cifrada únicamente en lo bello y en lo galano, no sería tan estenso el círculo de su dominio. Asi, pues, vémosla tambien espresar todo aquello en que hay algo de alegría, jovialidad, gracia ó donaire.

Para manifestar que á la historia sagrada no le falta este género de encanto, no necesito salir del Génesis ni de las poquísimas páginas que en el capítulo anterior fueron el blanco de mis observaciones sobre la familia y el corazon humano, que continua-

ré en este, presentando como ejemplos de grata amenidad varias escenas de familia, á las cuales puede convenir cuanto alli dejo indicado.

En lo mas caluroso del dia estaba sentado Abrahám á la entrada de su pastoril tienda, situada por entonces en el célebre valle de Mambré, cuando al divisar tres jóvenes peregrinos se levantó, corrió á saludarles, y les suplicó que descansasen á la sombra de su árbol, convidándolos á comer con una generosidad tan cordial, sencilla y franca, que hoy no se encuentra en el mundo, sino en los párrocos rurales de la caritativa América meridional. Eran ángeles los tres peregrinos, y ocultándolo con su disfraz aceptaron el obsequioso convite. Corre á su tienda Abrahám y dice á Sara: «Prepara pronto tres panes de la mejor harina.» Y luego va á toda prisa adonde está el rebaño, coge un becerrito tierno y de carne muy blanda y delicada, mándalo asar á uno de sus criados, que en un momento lo arrima al fuego y lo deja ricamente tostado, mientras el amo mismo les ponía la mesa rústica bajo del árbol, y en ella la mantequilla fresquísima y la espumante recién ordeñada leche.

Comieron los huéspedes, y se regalaron mas que con la comida con la bondad agasajadora de aquel hospitalario anciano: preguntáronle por su muger, que afanada en disponer las cosas no se habia presentado; el patriarca respondió que estaba dentro de la tienda. «Pues bien, replicó uno de ellos, el año que viene volveremos por este mismo tiempo, y Sara

»tendrá un hijo.» Esta que lo oía desde adentro rióse interiormente, porque era ya muy vieja para pensar en hijos, y si ella era vieja, mas viejo era el marido. Y el angel, á quien se da el nombre de Señor, dijo á Abrahám: «¿Por qué se ha reido Sara? ¿Hay algo difícil para Dios?» La muger de noventa años, viendo que aquellos huéspedes eran algo mas que peregrinos, pues adivinaban lo que no habian podido ver ni oír, se asustó y negó haberse reido. Y el ángel á ella: «No, no es asi, tú te has reido.»

Si no me engaño, este pasage es sumamente ameno, concurriendo en él cuantas circunstancias puedan imaginarse para hacerlo gratisimo y festivo. Una comida en el campo es uno de los mayores placeres de la vida; bajo la sombra de un árbol vale un bocado ordinario mas que el mejor plato de la mesa de los reyes. A esta especie de mágia que tiene un banquete campestre, añádase el encanto que causa la vista de un patriarca de cien años, corriendo de un lado á otro con afán amoroso, puestas en ligero movimiento sus ya pesadas piernas. Allí no hay cumplimientos, ni guarda cada cual su puesto temiendo rebajarse: los ángeles toman leche y mantequilla: Abrahám, señor de tantos criados, no se desdeña de servirles él mismo trayendo en sus propias manos el becerrito asado. Pero no piense alguno que se degradan Abrahám y los príncipes del cielo: la majestad de estos y la majestad de los años se embellecen á mis ojos mostrándose en una forma tan humilde y tan apacible. Su alteza, la misma divinidad que

representan y la suprema importancia del personaje que han venido á visitar, revélanse en la magnífica promesa y profecía de sucesion. A este cuadro, que de pintoresco y sencillo va pasando á ser sublime, le da la oportuna risa de la nonagenaria Sara un colorido de imponderable gracia.

Efectivamente que es cosa muy singular y salada ver reir á una vieja de sus años, y mas por el motivo que rie. Esto es pintar al vivo y con bellísima naturalidad las primeras impresiones del corazon humano, es seguirle hasta en sus mas leves y rápidos movimientos. Bajo este aspecto tiene un mérito indecible el breve altercado de Sara con los ángeles. ¡Qué bien denota lo irreflexivo de nuestro corazon en lances imprevistos! ¡Qué bien muestra cuán fácilmente se turba! El negar Sara que se habia reido fue querer ocultar una culpa de que se veia reprendida, y fue una insensata tontería, pero muy natural, muy propia del flaco, conturbado y temeroso corazon. ¡O vosotros que os preciais de conocer el corazon humano, id á estudiarlo en la Biblia, y confesareis que ningun libro del mundo le ha pintado mejor!

No nos despedamos de Sara sin presenciar otra aventura suya de muy distinto caracter. Háblala llevado Abraham á Gerara, encargándole que no hiciera papel de esposa sino de hermana, pues lo era por parte de su padre: el rey de aquel pais se prendó de la hermosura que aún conservaba en edad tan avanzada, y creyéndola soltera mandó que la llevaran á palacio. Pero Abimelech, que asi se llamaba el

monarca, procedía con rectitud y engañada inocencia. Dios que velaba por Abrahám, por Sara y por él, no permitió que por ignorancia incurriese en un pecado gravísimo. Se le aparece en sueños en medio del silencio y horror de la alta noche, y dice al rey: «Morirás por la muger que has tomado, porque tiene marido.» Abimelech se levanta sobresaltado, reúne á media noche á sus áulicos, les refiere lo que le ha acontecido, y se apodera de todos ellos un religioso espanto. Abrahám es llamado á palacio, y reprendido por el rey con particular vehemencia por haber ocultado que Sara fuese su esposa. Discúlpase Abrahám con sencillez y dignidad. El rey, habiéndose reportado algun tanto, regala á los esposos una multitud de ovejas y de bueyes, de esclavas y de criados, y por último dice á Sara al despedirlos: «Estas mil monedas de plata que doy á tu hermano, son para que lleves un velo delante de los ojos á cualquier parte que fueres; y acuérdate de lo que te ha pasado (1).» Luego Abrahám hizo oracion, y Dios sanó á Abimelech, á la reina y á sus esclavas, y dieron á luz.

La estrañeza de este suceso, la amenaza de Dios, cuya solicitud es aqui muy notable, la sorpresa de Abimelech, los efectos de su nocturno sobresalto, la noble pureza y generosidad de su corazon, su viva altercacion con Abrahám, y sobre todo su regalo pa-

(1) Este velo por la cara parece que, al menos en aquel pais, era señal de muger casada.

ra el velo, tienen un no sé qué dulcemente sublime, que deja una misteriosa conmoción y una especie de grato arrobamiento en el ánimo de los lectores. Aquí hay suma belleza porque hay misterio, porque hay enredo, porque hay afectos en movimiento, porque hay grandeza de alma en ese rey, porque hay interlocutores muy nobles é interesantes, porque hay situaciones críticas, porque hay desenlace inesperado, porque hay tránsito de la quietud del sueño á la pavorosa agitación de un rey y de un palacio, y esto causado por un Dios aparecido; y por último de tan medroso alboroto se pasa velozmente á la sobrenatural y plácida curación de la regia familia. No insisto en que el sobresalto y todo el proceder de Abimelech es una hermosa pintura del corazón de un justo, que por ignorancia ó sorpresa estuvo á pique de caer en detestable pecado, y omito otras muchas reflexiones para volver los ojos á una escena en que todo respira sumo candor, muchísima buena fe, confianza en el Altísimo, santa paz y graciosa amabilidad.

Abrahám desea dar á su querido Isaac una fiel esposa adoradora del verdadero Dios. ¿Mas dónde hallarla en el país idólatra que habita? Será preciso buscarla en muy lejanas tierras. Llama, pues, de acuerdo con su hijo al anciano criado que manejaba todos sus intereses, al antiguo merecedor de su confianza, á Eliezer, cuya honradez y fidelidad habia experimentado por mas de medio siglo; le confía la difícil y delicada misión de ir á su patria y á su casa á traer

para Isaac una esposa dignísima de su cariño, poniéndole por indispensable requisito que sea de la familia y descendencia de Nacor. Le hace jurar con solemne y religiosa ceremonia que así lo cumpliría. Eliezer lo jura, habiéndole prometido Abrahám que el Señor enviaria delante de él á su angel; y tomando algunos otros criados que le acompañen, y diez camellos cargados de riquísimos presentes de plata, de oro y joyas para la futura esposa, se dirige á la Mesopotamia.

¿Qué han hecho Abrahám é Isaac? Lo que hacen en negocios tan difíciles y de tanta importancia los verdaderos amigos de Dios; abandonarse á la Providencia, que vela muy particularmente sobre los que la invocan, durmiendo el sueño de una dulce confianza á la plácida sombra de su materno manto. ¡Cuán divino abandono! ¡Cuán sublime esperanza! «La eleccion de Eliezer será la eleccion de Dios: hemos constituido á Eliezer instrumento de la Providencia divina.» Así discurririan Abrahám é Isaac mientras viajaba el fiel comisionado. Pues de otra suerte ¡qué inquietud tan horrible hubiera sido la de Isaac! ¡Admitir para íntima compañera á una muger en quien ni una sola vez habia puesto los ojos! «¿Si acertará? ¡Ay, qué será de mí! ¡Para que él acertase le era preciso tener mi propio corazon!» ¡Qué ansiedad! ¡Qué zozobra!.... Pues en Isaac no vemos señal alguna de agitacion. ¿Y de dónde nace su extraordinario sosiego? De su firme confianza en la Divinidad ordenadora de todos los sucesos de nuestra

vida. ¡He aquí primorosamente pintado el corazón del justo en el tranquilo corazón del hijo de Abrahám y Sara!

No es menos bella y significativa la pintura de la noble alma de Eliezer. ¿Quién sino la Biblia, quién era capaz de darnos esa magnífica idea de lo que es en una familia virtuosa un buen criado antiguo? La comision de Eliezer dice infinito: dice que de la condicion de criado habia pasado á la de tierno amigo de sus queridos amos; dice que á Isaac cuando niño le cargaria muchas veces en sus brazos y le sentaria sobre sus rodillas, y le llevaria de la mano á solitarios paseos, en los cuales le mostraba todo su corazón el amable niño; dice que era el leal depositario de los secretos del padre y del hijo; dice que Abrahám le miraba como á báculo de su vejez y de la juventud de Isaac; dice que un escelente criado antiguo, á fuerza de años, de lealtad y cariño, viene á ser con el tiempo como el segundo amo de la casa. Esta fina correspondencia de acrisolado amor entre Eliezer y sus amos es obra de la virtud de éstos, y del que con sus camellos ya ha llegado á los muros de la ciudad de Aran, término de su viaje.

Estrangero en su mismo pais despues de sesenta y cinco años de ausencia, no sabe Eliezer adónde dirigirse; levanta al cielo los ojos y pide que le ilumine, fijando él mismo una señal para conocer la voluntad de Dios en orden á la esposa que busca para la mano de Isaac. En tanto ve que vienen á un pozo que allí habia una porcion de pastorcillas con sus

cantaritos de agua á dar de beber á los rebaños de sus padres. Una parecia la reina de todas ellas por su donosa hermosura. En efecto, era la doncella mas agraciada, mas bella, mas ingénua é inocente que entonces habia en el mundo. Prendado de ella el buen viejo, juzga que es la escogida por Dios, pero la señal ha de decidirlo. Corre á su encuentro cual caminante sediento, y le dice entre esperanzado y temeroso: « Dame á beber un poquito del agua de tu cántaro; » y ella con garbo y cortesía le responde: « Bebe, señor mio; » y al instante bajando el cantarillo apóyale en su brazo y le da de beber. Para Eliezer los sorbos de esta agua son mejores que los del vino mas esquisito, pues la generosidad de la linda muchacha es la señal en que ha convenido con Dios; y no bien habia apartado del cántaro los labios húmedos, cuando con dulce voz le dice la pastorcilla: « Tambien para tus camellos sacaré agua hasta que todos beban; » y derramando la que le quedaba en el cántaro, vuelve corriendo al pozo á sacar agua, y da de beber á todos los camellos. Él en tanto la está contemplando de hito en hito como fuera de sí y en gran silencio inundado de la mas pura alegría, y deshaciéndose interiormente en dar gracias á su divino inspirador. Y en el acto que acaban de beber los camellos saca un precioso regalo, y ofrece á la joven cual prenda de gratitud unos pendientes y brazaletes de oro, y le pregunta: « ¿No me dirás quiénes son tus padres, y si podré hospedarme en tu casa? » Llamábase Rebeca, y contesta que es hija de

Batuel y nieta de Nacor, hermano de Abrahám. Y en cuanto al hospedaje, que su casa es grande, y que hay en ella abundancia de paja y heno. Eliezer al oirla póstrase en el suelo y adora al Señor diciendo: «Bendito el Señor de mi señor Abrahám, que mira á mi señor constantemente con tanta misericordia, y á mí me ha traído en derechura á la casa de su hermano.»

Rebeca corrió á contárselo todo á su madre; y su hermano Labán, oyendo lo que decia y viendo el regalo de los pendientes y brazaletes de oro, voló hasta la fuente en que con sus camellos se habia quedado el anciano viajero, y le saludó festivamente diciendo: «Entra, bendito del Señor. ¿Por qué te detienes aquí fuera? Preparada está la habitacion para ti y tambien tengo lugar para tus camellos;» y le llevó á su casa, descargó los camellos, dióles paja y heno, y trajo agua para que Eliezer y los que con él iban se lavasen los pies, segun costumbre de Oriente.

Al mismo tiempo se dispuso la cena y se le presentó el pan; pero él protestó que no probaria bocado antes de esplicarse sobre el objeto de su viaje; se le permitió que hablase, y él rodeado de toda la familia, que estaba pendiente de sus labios, dijo con semblante halagüeño, pero tomando al mismo tiempo un tono como de autoridad y estremada franqueza: «Soy criado de Abrahám. El Señor ha bendecido sobre manera á mi amo y le ha engrandecido, y dádole ovejas y bueyes, plata y oro, criados y es-

clavas, camellos y asnos. Y Sara muger de mi amo le dió un hijo en su senectud, y mi señor le ha dado cuanto tenia. Mi señor hizome jurar diciéndome: no tomarás muger para mi hijo de las hijas de los Cananeos en cuya tierra habito, sino que irás á la casa de mi padre, y de entre mis parientes recibirás esposa para mi hijo. A lo cual yo respondí á mi señor: ¿Y si la muger no quisiere venirse conmigo? Y me respondió: El Señor, en cuya presencia ando, enviará contigo á su angel y dirigirá tu camino: recibirás muger para mi hijo de mi familia y de la casa de mi padre. Estás absuelto del juramento si llegándote á mis parientes ellos no te la dieren. Así juré con esta seguridad y me puse en camino. Ahora, sigue diciendo, llegado hoy á la fuente de donde acabais de traerme á vuestra casa, hice oracion al Dios de mi amo Abrahám, y escogí una señal que me diese á conocer la doncella destinada por el cielo al tálamo del hijo de mi señor.» Luego refiere todo lo sucedido cerca de aquella fuente, y la manera maravillosa con que la joven Rebeca ha llenado cumplidamente sus mas vivos deseos y solícita esperanza, y concluye con estas decisivas palabras: «En vista de tantos prodigios, si estais en ánimo de acceder verdaderamente al anhelo de mi señor, decidmelo; y si no fuere de vuestro gusto el hacerlo, declarádmelo tambien para que á la derecha ó á la izquierda me vuelva.»

Enagenados de gozo y de admiracion Labán y Batuel esclaman: «¡Dios mismo ha hablado! Nada

podemos replicarte contra su divino beneplácito. Ahí está Rebeca pronta á lo que es del agrado de Dios; recíbela y llévatela á ser esposa del hijo de tu amo conforme á la palabra del Señor.» El criado de Abrahám al oirlo, postrándose al vivo impulso de su ardiente gratitud y ternura, adoró profundamente al Señor con el rostro por tierra. Y levantándose inmediatamente abrió las cajas de regalos que los camellos trajeron, y desplegando multitud de preciosas telas, de alhajas y vasos de plata y oro, lo entregó todo á Rebeca cual muestra de las riquezas y del amor de su esposo: á su madre tambien y á sus hermanos les hizo ricos presentes. El matrimonio de Isaac y de Rebeca quedó en breves instantes concertado: la mesa, que se habia puesto para cena del huesped, se convirtió al momento en un convite de boda, engalanándose con mas lujo y manjares mas delicados, y creciendo en dimensiones para que en ella cupiesen todos los festivos parientes de Rebeca, que acudirian á darle el improvisado parabien. Durante el jubiloso banquete Eliezer les hablaria largamente de todas las aventuras, peregrinaciones y fortuna de Abrahám, y en especial de los favores que habia recibido de Dios; mil veces volveria á la dulce conversacion de las bellas prendas y virtudes de Isaac: mil y mil preguntas le harian Labán, Batuel y la madre de Rebeca, pero ésta le escucharia con mas gusto que nadie.

Al otro dia el impaciente Eliezer propuso la pronta marcha; mas la madre y hermanos de Rebe-

ca instábanle diciendo: «Déjanos gozar al menos por diez dias de la compañía de nuestra amada Rebeca, y luego te la llevarás,» y el solícito viejo respondia: «No queráis detenerme, porque esta es cosa de Dios, por lo cual no admite dilaciones: dejadme volver á llevar á mi amo tanta alegría.» Y ellos le replicaron: «Llamemos á la niña y atengámonos á lo que ella decida.» Vino la joven y se le preguntó: ¿quieres ya irte con este hombre?—Iré, contestó ella, en cuyo corazon, mas de lo que pensaban sus parientes se habia Isaac introducido con lo mucho que de él habló Eliezer la noche antes. Su madre y sus hermanos hubieron de conformarse, disponiendo que fuese con ella su respetable nodriza: por último, mezclaron sus lágrimas á las suyas, manifestándole cuánto sentian su separacion, y cuánto, cuánto le deseaban todo género de bendiciones y felicidades, y muy especialmente una dilatada sucesion: viéronla montar entre alegre y llorosa en un camello ricamente enjaezado seguida de sus criadas, y volviendo la brida hácia donde se adelantaba el fidelísimo criado de su buen tio Abrahám.

El viaje fue muy feliz. El prudente Eliezer, acercando muchas veces su camello al de su nueva señora, si echaba de ver en ella alguna nube de fugitiva tristeza, escitada por la memoria de su madre y de su casa, sabria disiparla con halagüeñas pinturas de la felicidad que le esperaba al lado de su esposo, que era regalo del cielo. El corazon le palpitaría á la hermosa viajera cuando el anciano le dijese que

ya aquellos eran los campos de la heredad de su esposo, y que de un momento á otro acaso le veria venir á su encuentro; y le palpitaría con mas viveza cuando á lo lejos vió un hombre que por la nobleza de su aspecto le pareció que podia ser él: el sol se iba escondiendo, y era aquella la hora en que el sol de Rebeca solia salir al campo á meditar. Ella se vuelve al anciano criado, y ¿quién es aquel, le pregunta, que viene por el campo dirigiéndose hácia nosotros? Y él responde: es mi amo. Rebeca se apea del camello y acto continuo toma su velo y se cubre, bien persuadida de que Isaac apreciaria su candorosa modestia aún mas que su hermosura.

El incomparable criado dió cuenta de cuanto se acaba de referir acerca del feliz desempeño de su delicada comision y viaje de Rebeca, á quien Isaac, recibéndola por esposa, introdujo en la habitacion de la difunta Sara, y la amó con tal extremo, que embebecido en amarla fue olvidando la llaga, que en el corazon le abriera la muerte de su madre.

Lo particular y encantador en estos lindisimos pasajes de la sagrada historia, es que la accion visible de la divina Providencia no pone traba alguna á los corazones de los mismos actores, sobre quienes obra el influjo de lo alto secreta y suavemente. Todos ellos respiran, por decirlo así, del modo que les es peculiar, y desenvuelven sus mas íntimos sentimientos, los cuales llevan siempre el sello del caracter de la persona cuyos son, y el de las circunstancias en que los produce. Aplíquese esta observa-

cion á cada una de las escenas, y aun á cada una de las palabras de esta amenísima narracion del matrimonio de Rebeca, y en todas ellas se verá resaltar admirablemente esta propiedad asombrosa.

¡Cuán natural y por lo mismo cuán precioso es aquello de Eliezer cuando da gracias á Dios postrándose para adorarle, primero por el beneficio de encontrarse con la escogida por el Señor, y luego al oír que su familia entra muy gustosa en el suspirado enlace! ¡Cuán natural y por lo mismo cuán precioso es aquello de los hermanos y de la madre de Rebeca, que mostrando su entrañable cariño se empeñan en tenerla consigo algunos dias mas! ¡Cuán natural y por lo mismo cuán precioso es aquello de Rebeca cuando pronuncia esta sencilla palabra: *iré!* No dice mas ni menos, porque no puede decir mas ni menos para salir del conflicto en que su corazon se halla: por una parte sus hermanos y su madre instando por gozar algunos pocos dias de su dulce compañía, cuando probablemente ya nunca mas la volverán á ver; por otra su ansia de conocer al esposo que ya reina en su alma. ¿De qué palabras se valdrá para decir delante de su madre que está resuelta á dejarla aquel mismo dia, sin acceder al vehemente deseo de su maternal amor? ¿A la pudorosa doncella no ha de costar gran vergüenza el confesar que ya ama con juvenil impaciencia al hombre de quien oyó hablar por primera vez en la noche de ayer? ¿Confesar que le ama con preferencia á una madre, que con lágrimas de ternura solicita no perder tan pronta-

mente el delicioso encanto de sus ojos, los cuales como que se apacientan de placer y de amor mirando la hermosura de su hija? ¡Ah! Sin duda alguna Rebeca bajaría los suyos á la sensible pregunta, pondriase colorada, y con voz baja y vergonzosa pronunciaría el *iré*. Menester era buscar la palabra mas corta..... Para el corazon de la madre habia de ser una espada cada palabra que se opusiera á su anhelo, y era preciso no multiplicar las espadas multiplicando palabras. Solo la de *iré* salió de su palpitante pecho con suave timidez y encogimiento. Pero allí no hubo estudio ni muchas combinaciones; fue el corazon quien la improvisó con tanta maestría.

La sazonzada variedad de las escenas es otra de las circunstancias, que amenizan una obra. Que por esta causa sea extraordinariamente amena la historia del antiguo Testamento, es cosa que no necesita probarse; basta haberla leído para convencerse de que ninguna otra la iguala en tan apreciable cualidad. Digo esto admirando con cuán diverso aspecto se presentan dos matrimonios entre personas de una misma familia y hasta muy parecidas entre sí. El uno es el que acabamos de ver, y el otro el de Raquel, que se halla á muy poca distancia del precedente, no mediando entre ellos nada mas que cuatro de los capítulos del divino Génesis. En ambos es la novia una linda pastorcilla; en ambos es la primer persona que se presenta á los viajeros y de un modo interesante; la una con su rebaño, la otra con su cantarito de agua en la cabeza; ambas laboriosas, inocentes, sen-

cillas y muy amables; á la una parece que se la cautiva con dones opulentos, á la otra con el afecto; lo uno tarda, lo otro se efectua en un momento; allí hay buena fe, aquí dolo y perfidia. Rebeca es feliz, Raquel es una esposa de dolor, porque su vida está sembrada de espinas, aunque su esposo la ama entrañablemente. ¡Cuánto nos duele verla morir de parto en un viaje! ¡Y cuánto mas le doleria á Jacob! Exhalando ya el alma por la violencia de los dolores del parto, llamó á su hijo Benoní, es decir, hijo de mi dolor, y su padre le llamó Benjamin, es decir, el hijo de mi derecha, el querido. Murió pues Raquel de parto, y fue sepultada en el camino que conduce á Efrata, hoy Belén.

¡Ay! Aquella misma Raquel graciosa, que hizo asomar á nuestros labios una sonrisa de aplauso cuando por ocultar los idolillos que habia robado á su padre, con tanta ligereza y donaire se le ocurrió sentarse sobre ellos cuando éste los buscaba desafortado, y le dijo que no se levantaba por sentirse algo mala.

«Por aquel mismo tiempo murió Débora, nodriza de Rebeca, y fue sepultada bajo una encina al pie de la montaña de Betel, y este lugar fue llamado la encina de los llantos.» Altamente me llama la atención, mejor diré, me hechiza el hallar este lúgubre y sencillo versículo en la divina Escritura, que no se desdeña de contarnos la sentida muerte de una anciana criada: nos habló de ella cuando vino de Mesopotamia acompañando á la joven Rebeca, y ahora nos dice que se la entierra debajo de una encina, y que

esta encina se llama la de los llantos. ¿Y qué lágrimas son estas? Las que derraman los nietos de Rebecca, que venidos de la Mesopotamia cobraron tierno cariño á la respetable nodriza de su abuela. ¡Con qué afecto los miraria la anciana que mas de un siglo habia comido el pan de aquella amada familia! ¡Cuánto cariño! ¡Cuánto dolor! ¡Cuánta ternura! ¡Qué difunta tan amable y respetable! Aqui no hay parentesco que los mueva á llorar. Gratitud de ellos, virtudes de ella, amor antiguo de unos amos jóvenes á una anciana criada. ¡Cuánta poesía de corazon en esa encina de los llantos!

Casi toda la historia de los patriarcas, que para mí es la mejor y mas interesante historia de la familia, casi toda pasa en el campo, entre fuentes, árboles, arroyos cristalinos, ovejas, pastorcillas y pastores, viajes y aventuras patéticas en medio de esa sencillez de paloma, de ese lenguaje de corazon que todos ellos hablan. Esta indicacion bastaria para probar cuán amena es la historia sagrada si no fuera suficiente prueba recordar que á ella sola pertenecen los nombres de Abrahám y Sara, de Isaac y de Rebecca, de Jacob y Raquel, de Benjamin y José.



CAPITULO V.

Ternura.

La ternura es una de las bellezas que distinguen á la historia santa; pero no me acuerdo haber visto tratada en ningun libro esta preciosa dote del corazon humano, ni creo que se haya analizado su naturaleza y relaciones. En la conversacion, en todo género de escritos, y especialmente en la poesía damos el epíteto de tierno á una multitud de objetos y usamos de la palabra ternura cual de cosa sabido conocida, no habiendo quien no presuma entenderla, aunque serian muy pocos los que no se hallasen en gran apuro al querer definirla. Con todo, parece que no andaria muy desacertado quien dijese que la ternura es lo mas delicado y sensible de nuestros buenos afectos, que obra sobre el alma y el corazon, que se aviene y hermana con todas nuestras pasiones decorosas, vivificándolas y hermoseándolas al darles unas veces vehemencia, otras cierta blandura y suavidad inefable y hasta una seductora languidez de prodigioso encanto.

Dígase lo que se quiera de la exactitud ó inexac-

titud de esta definicion, no hay pecho tan duro que no se rinda á su hechizo, no hay lábio que no la honre con los dictados mas dulces. La ternura comunica su poder y su belleza á cuanto anima con su espíritu, á cuanto lleva su sello. Una mirada tierna convierte en una hoguera de amor los corazones mas frios, un tierno suspiro traspasa el alma, una palabra tierna desarma el enojo mas obstinado, un espectáculo tierno conmueve dulcemente, hace brotar irresistibles lágrimas en los ojos, hechiza y enagena. En literatura, la obra donde con abundancia y naturalidad se difunda, será universalmente apreciada; y ved aquí una de las razones por que tanto se aventaja á las historias profanas la del antiguo Testamento. Volved los ojos á algunas de sus muchas é interesantes escenas de ternura, y con placer vereis que no os engaño.

En aquellos tiempos de inocencia en que eran pastores los potentados de la tierra, y los ángeles tomaban el baston de peregrinos para visitar á los hombres queridos de Dios, figuraos en una habitacion campestre á un anciano de ciento treinta y siete años, venerabilísimo por su virtud acrisolada y sus antiguas canas, débil porque sus plantas ya pisan los umbrales de la muerte, cerrados ya sus ojos á la luz del sol, pero abiertos los de su iluminado entendimiento á la contemplacion del Mesías que ha de ser su descendiente, único heredero y poseedor de una bendicion á la cual está vinculada la salud de las generaciones futuras, y que debe transmitir á uno de sus hijos: llama pues, á su primogénito Esaú y

le dice: «Ves, hijo mio, que ya estoy muy viejo é ignoro el dia de mi próxima muerte; anda al campo y tráeme tu caza y aderézala al gusto de mi paladar para que mi alma te bendiga al fin de la comida.»

¿En tal situacion no suponeis deshechas de ternura las paternas entrañas de este amoroso anciano? Pero hay en la misma casa una muger que es madre: la bella Rebeca, esposa de Isaac, es la madre de Esaú y de Jacob: éste por la dulzura de su caracter sencillo y apacible, la tiene cautivada y como que no sabe desprenderse de su lado; aquel, inquieto y despegado, emplea el tiempo en perseguir animalillos inocentes, darles muerte y devorarlos: este conserva su corazon todo entero para su madre; aquel lo ha entregado á dos mugeres cananeas, cuya entrada en aquella familia patriarcal fue lo que la tormenta para la nave que sobre aguas bonancibles iba plácidamente resbalando. Decir en cuál de los dos está embebida la ternura de esa madre, sería cosa supérflua; cualquiera lo adivina; pero si deseais saber á qué extremo llega, no perdais de vista á la apasionada Rebeca, que sabedora de los designios de la divina Providencia sobre su idolatrado Jacob, le confia la hazaña de amor que revuelve en su pensamiento para que recaiga en él la bendicion prometida á su hermano; tiembla Jacob al escuchar la arriesgada propuesta, manifestando cuánto teme que descubriéndose la trama, en vez de bendecirle, le fulmine su burlado padre una terrible maldicion. Al oír esta palabra maldicion, «Caiga sobre mí, esclá-

ma la heróica madre, ¡hijo mio, caiga sobre mí esa terrible maldicion!» ¿La habeis oido? ¿Veis la sublime exaltacion de su ternura? ¿No os pareceria admirable aun en una tragedia? Pues no olvideis que se halla en el capítulo 27 del Génesis, que es el primer libro de esta sagrada Historia.

Fingiendo Jacob que era el cazador Esaú, mientras éste corria por los bosques, presenta al ciego Isaac dos cabritos guisados por su madre, y el anciano despues de haberse saboreado con ellos y con buen vino, dícele conmovido. «Acércate, hijo, y dame un ósculo.» Y Jacob se acerca y le besa, y el anciano al sentir la fragancia de sus vestidos, la compara á la de un campo florido y le bendice con toda la efusion de su alma.

Si un padre creyendo que muy pronto va á dejar para siempre á su esposa y sus hijos, mandándoles que rodeasen su lecho, abriera con trémula mano el pliego de su testamento y lo leyera entre llanto y sollozos, y nosotros sin ser amigos de aquel padre moribundo ni de las personas que le rodean llorando, presenciáramos la escena, ¿la veríamos sin emocion profunda? No, no podríamos menos de enternecernos. Sin embargo, el caso que acabamos de suponer carece de todas las circunstancias que realzan y dan un caracter de religiosa majestad y augusta trascendencia á la tierna bendicion ó testamento de Isaac: en aquel es un hombre vulgar y desconocido para nosotros, mientras el solo nombre del patriarca nos trae á la memoria un cúmulo de

patéticos recuerdos; en aquel no hemos dicho que fuese de importancia el legado que hacia; el de Isaac era de un valor infinito: en aquel no hemos notado ni una venerable ancianidad, ni una ilustre nobleza, ni accion alguna que dé al cuadro un colorido relevante, y ni aun le hemos hecho pronunciar una palabra amorosa, y no obstante tendrá un corazon de piedra quien no confiese que lo sentiria cual cera derretida si presenciára este supuesto espectáculo. Ahora bien, ¿qué no dicen al alma la poética antigüedad de aquel tiempo, la embelesadora idea que de la vida patriarcal tenemos, el conocimiento de las personas, el figurarnos hasta sus semblantes, el siglo y medio de Isaac, su ceguera que tan gran papel representa, la intriga y la conspiracion de una madre en favor de uno de sus hijos, lo arriesgado de la empresa, su feliz éxito, y por último el saber lo que va envuelto en aquella bendicion, que es misterio, funcion sacerdotal, último acto de autoridad paterna, testamento solemne, despedida para la eternidad? Ternura de la madre para con Jacob, ternura del hijo que hace al padre una dulce violencia para arrebatarse su bendicion suspirada, ternura del anciano que le manda besarle en la arrugada mejilla encendida por la efervescencia de su amor. ¿No veis que este ósculo tiene un no sé qué de mas nuevo y delicado que otros ósculos célebres en los fastos literarios? En efecto, el beso entre un padre anciano y un hijo adulto, pasada ya la edad de las caricias, es en su línea una especie de fenómeno, cuya causa es

preciso buscarla en una extraordinaria exaltacion de cariño, en una impetuosa avenida de ternura creciente y esquisita.

Que la tribulacion enfrene el orgullo, modere la ira, corte el vuelo á la ambicion, sofoque casi todas las pasiones, enseñe al hombre su nada, corra el velo á las vanidades del mundo, eleve el entendimiento, suavice el caracter, escite á la compasion de los dolores ajenos, desprenda de la tierra, acrisole á los justos, corrija á los malvados, nos asemeje á la víctima del Calvario, sea maestra de la vida, ejercicio de virtud, camino del cielo, prenda de que Dios nos ama y hasta señal de predestinacion, la filosofía y la religion lo han dicho y repetido mil veces, confirmándolo con particularidad la Historia santa; pero debo añadir que esta me ha hecho observar otra de las joyas que engalanan la diadema de la tribulacion, pues no sería difícil demostrar con sus ejemplos que es una de las principales fuentes de la ternura. Valga por todos el de David exclamando: «¡Absalón, hijo mio! ¡hijo mio Absalón! ¡Quién me diera morir porque vivieses tú! ¡Sí, morir por tu vida, Absalón hijo mio! ¡hijo mio Absalon!!»

O padre desolado, que en el dia de tu victoria al llegarte la noticia de que ya estaba asegurada sobre tus canas esa corona que iba á arrancarte una mano parricida, encerrándote en soledad enlutada, consternas á tu pueblo con exclamaciones de una ternura tan sin igual, dinos ¿quién te la ha inspirado? ¿No es el dolor? ¿Quién ha dado á tu alma ese im-

petu sentimental con que anhela morir? El dolor, lo sabemos, el dolor de haber perdido á un hijo en la flor de sus años y con muerte sangrienta y en pugna contra su tierno padre. Si no te hubiese despedido las paternales entrañas la muerte del hermoso Absalon, no sabríamos el riquísimo tesoro de ternura que para con aquel hijo ingrato estaba escondido en ellas.

Tobías será otro ejemplo. Lejos de su arruinada patria, cautivo, reducido á la indigencia y además hecho el blanco de inhumana persecucion, vivia amargamente en dolorosa noche, porque sus ojos, tapiados con el infausto estiércol de una golondrina, solo le servian para llorar su infortunio; y como si ño bastara tanta hiel, insúltale su propia esposa, y le echa en cara su paciente virtud; á tan acerbo golpe no puede resistir su pecho, y rebosando su amargura y su llanto se vuelve á Dios, mostrándole las hondas heridas de su alma con un lenguaje sobre manera tierno, y concluye pidiéndole que reciba su espíritu, porque mas que la vida esle dulce el morir. Sí; en su oracion hay profunda ternura, como en todas las demás oraciones inspiradas por apremiadora angustia, como las de Ezequías, Mardoqueo y Esther.

Abundante mina de ternura contiene el libro de Tobías; suavísima es la que destilan los consejos á su hijo: creyéndose muy cercano á su muerte, «oye, hijo mio, decíale, oye las palabras de mi boca y grábalas en tu corazon, cual fundamento de tu vida.

Sepulta mi cuerpo cuando el Señor haya recibido mi alma; y honra siempre á tu madre, pues debes acordarte cuántos y cuán grandes peligros pasó por ti cuando en su seno te llevaba, y al llegarle su última hora haz que sus cenizas descansen al lado de las mias.»

La del matrimonio del joven Tobías es una escena bellísima por su cándida y encantadora ternura. Al llegar cerca de Ecbatana persuadió el ángel que solicitase la mano de Sara, hija de Ragüel, pariente suyo, quien los recibió con alegría, y fijando sus ojos en Tobías, decíale á su esposa: «Vé aquí un joven parecidísimo á nuestro pariente Tobías.» Preguntó luego á los dos viajeros de qué pais eran; y respondiendo ellos que eran de la tribu de Neptalí, y que vivían en Nínive, les dijo Ragüel: ¿conoceis á mi pariente Tobías? A lo cual le hizo entender el ángel, que aquel joven que tenia delante era hijo de Tobías. Apenas lo oyó se echó Ragüel al cuello de su joven pariente, y brotando en sus ojos el llanto del amor mas puro y con el corazon en los labios rompió en estas afectuosas exclamaciones: «¡Bendígate Dios, hijo mio! Tienes por padre á un hombre de bien, á un santo.» Su muger y su hija, que presenciaban tan patética escena, no pudieron contener sus lágrimas. Tobías no olvidó el consejo que el ángel le habia dado, y pidió á Sara por esposa á su padre y á su madre. No acababa Ragüel de consentir en este matrimonio, temeroso de que á su pariente le sobreviniera la desgracia que á los otros siete maridos de

Sara; y viendo el ángel su agitada indecision, le persuadió á efectuar el enlace, asegurándole que Dios tenia destinada á su hija para el joven Tobías. Vino en ello aquel buen padre, y exclamó regocijado: «¡Ahora veo que han sido oidas mis oraciones! Dios os ha traído aquí para dar á mi hija un esposo de su familia segun la ley de Moisés.» Tomando luego la mano derecha de su hija y enlazándola con la mano derecha del nuevo esposo, pronunció estas palabras: «El Dios de Abrahám, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob sea con vosotros, el mismo os una y os colme de bendiciones.»

Ragüel hizo disponer un gran convite, al cual llamó á sus amigos y vecinos. Tobías que no podia alejarse en semejante coyuntura, habló de esta suerte á su guia: «Aunque me hiciera esclavo tuyo no podria pagarte el cuidado que de mí has tenido; ruégote sin embargo que me hagas un nuevo favor. Ves que Ragüel me hace las mas vivas instancias para que esté algunos dias en su casa. Mi padre por otra parte cuenta los dias de mi ausencia, y si dilato un solo dia mi vuelta, le cubrirán el alma las sombras de la tristeza. No me queda, pues, mas arbitrio para salir del apuro sino el de que vayas á Rages y cobres el dinero prestado á Gabelo, dándole su recibo.»

Accedió el ángel á la peticion de Tobías, fué á Rages, cobró los diez talentos que tenia Gabelo, y se le trajo consigo á las bodas de Tobías. Al llegar Gabelo á casa de Ragüel manifestó á Tobías el júbilo que le trasportaba, y le abrazó con ternura dicién-

dole: «Bendígate el Dios de Israel, porque eres hijo de un varón justo y temeroso de Dios. Dilátese la bendición divina sobre tu esposa y sobre toda tu familia, y que podáis ver á vuestros hijos y á los hijos de vuestros hijos hasta la tercera y cuarta generación, y bendita sea tu descendencia por el Dios de Israel que reina por los siglos de los siglos.» Repitieron todos los concurrentes las mismas bendiciones, y sentáronse á la mesa del festín nupcial, en que la sencillez de los tiempos antiguos compitió con la cordial alegría acompañada del santo temor de Dios en todos los corazones.

Logró Ragüel tener en su casa á Tobías mas tiempo del que habian convenido, y redoblaba sus instancias para dilatar algunos dias mas su partida; mas el piadoso viajero estábase consumiendo al considerar cuán dolorosa inquietud causaria á sus padres esta tardanza, y solicitaba con la mayor viveza que se le diera licencia para volverse, lo cual obtuvo finalmente, entregándole Ragüel á su querida hija entre los tiernos abrazos de despedida. «Id en paz, hijos míos, decia el padre desconsolado. El ángel santo del Señor os acompañe en vuestro camino, y os lleve sin peligro alguno á donde halleis á vuestros padres gozando de perfecta salud, y haga el cielo que antes de morir vean mis ojos á vuestros hijos.» Dicho esto volviéronse á Sara los dos ancianos que le dieron la vida, y estrechándola en sus pechos amorosos, le imprimieron dulces ósculos de ternura, y la despidieron, inculcándole que honrase

á sus suegros, amase á su esposo, arreglase su familia, gobernase su casa y en todo se mostrase irrepreensible.

Inconsolables estaban los padres de Tobías viendo que no volvía su hijo; la madre particularmente se hallaba en tal estado de angustia, que aun la vida le era amarga sin el amado de su alma. ¡ Oh con cuán íntimo sentimiento exclamaba: « ¡ Ay hijo mio! ¡ Ay! ¿ Por qué te hemos enviado tan lejos de nosotros, á ti que eres la luz de nuestros ojos, el báculo de nuestra vejez, el consuelo de nuestra vida y la esperanza de nuestra posteridad?..... ¡ Tú eras toda nuestra riqueza y consentimos en tu partida!..... » Así se lamentaba, y sus ojos eran dos fuentes de lágrimas. Afanábase su esposo por consolarla, repitiéndole una y mil veces que estaba bueno y sano su hijo; que era fidelísimo el compañero que llevaba; que calmase algun tanto la congoja y agitacion de su espíritu. Pero ella no escuchaba, ni se consolaba ni sabia mas que llorar. Todos los dias salia de su casa y se iba á los caminos por donde esperaba que volviese el ídolo de sus entrañas; á todas partes dirijia sus ansiosas miradas por ver si finalmente le descubria; todo en ella era inquietud y angustia, hasta que plugo al cielo que desde una altura le divisase á lo lejos. Enagenada de gozo corrió á llevar la dichosa nueva á su marido: « Ya viene vuestro hijo. » Ni le fué posible proseguir, pues la tenia fuera de sí su inmenso regocijo.

Al oír aquel buen padre la primer noticia de la

llegada de su hijo, levántase con premura, y ciego como está corre á su encuentro, y viendo que no puede andar por sí solo, se apoya en el brazo de un criado, y no sosiega hasta que con júbilo inefable desahoga en brazos de su hijo su paternal ternura. Le besa una y mil veces, le abraza y vuelve á abrazarle; ni hay lengua que pueda decir lo que pasa por el sensible y enagenado corazón de aquella madre. Solo el llanto de gozo que baña las mejillas de ambos ancianos, algo dice del ardor y vehemencia de sus afectos.»

Ya se habrá notado que de propósito no he escogido para muestra los pasages mas tiernos de la Historia sagrada, estrañándose que no haya hecho mencion de José reconocido por sus hermanos, pues así como al cuarto libro de la Enéida se ha llamado con razon el libro de las pasiones, la del adivino ministro de Faraon tiene muy merecido llamarse la historia de la ternura; empero es tanto lo que en ella resalta esta cualidad preciosa, que no necesita de ajenas observaciones para darse á conocer de lleno al lector mas insensible; además, para sentir los maravillosos efectos que produce en el alma, es preciso leerla toda entera en el divino original, y sería de temer que al trascribir algunos de sus rasgos me sucediese lo que á Metastasio, en cuyo célebre drama *Giuseppe riconosciuto* es menos tierna que en la Biblia esta bellissima historia. Si alguno de los admiradores del poeta no me prestase crédito, lea en un mismo dia el lindísimo drama y los capítulos 42,

43, 44 y 45 del Génesis, y pensará de igual modo. Tambien yo me cuento entre los apasionados de Metastasio, y antes de hacer la comparacion que acabo de indicar, parecíame que no podia mejorarse aquel precioso drama; mas prescindiendo de lo que enfria el papel de Aseneta, ¿qué hombre de fino gusto no preferirá el sencillo y patético *Ego sum Joseph* de la Escritura, pronunciado con toda el alma y con todo el corazon, y antes que cualquiera otra palabra como que era la que ya no le cabia en el agitado pecho; qué hombre de fino gusto, repito, no lo preferirá á estos cinco versos de Metastasio:

Ah basta: io cedo;
 Contenermi non so, Fratelli amati,
 Riconoscete il vostro sangue. Il finto
 Mio rigore abbandono.
 Venite á questo sen: Giuseppe io sono?

¿Adónde estaba el corazon del poeta que no le dictó por primer verso el que tan malhadadamente reservó para lo último? En tal situacion, entre otras cosas, es muy frio aquello de «Abandono mi fingido rigor.» Increible parece que un autor tan ilustre sacrificase al consonante la vehemencia del sentimiento.

Hay en la Biblia innumerables pasajes de profunda, esquisita y delicada ternura.

CAPITULO VI.

Angelés.



Al concebir la idea de un angel se nos presenta involuntariamente la de la belleza y de la sublimidad reunidas en el sér mas escelso y mas puro de la creacion. Sobre los ángeles no hay mas que Dios, que con ellos quiso formar su corte eterna, y la divina Princesa de la gloria, á quien saludaron y reconocieron por su reina cuando en la cueva de Belén absortos de admiracion y palpitando de celestial amor viéronla ensalzada á la dignidad inefable de madre del Eterno, que niño pequenito recién salido de sus virginales entrañas se reclinaba dulcemente en su amoroso corazon. Para hablar de su alteza y hermosura mas elocuente es el silencio. Cuando las palabras son insuficientes para espresar lo que el entendimiento columbra, se debe callar despues de haber nombrado el objeto inenarrable que con su mucha luz nos ofusca y nos enmudece. El fecundo y elevado talento de Chateaubriand parece que no se atrevió á desplegar su vuelo en tan delicado asunto, pues habiendo consagrado á él un capítulo de dos páginas

en el segundo tomo del *Genio del Cristianismo*, casi no hace mas que indicar que la religion nos permite dar ángeles protectores á toda la bella naturaleza como tambien á todos los sentimientos virtuosos. Sin embargo, son tan lindas sus breves pinceladas que algunas bien merecen servir como de preámbulo á las imágenes que de estos espíritus gloriosos nos ofrece la Biblia. Despues de haber dicho que el poeta cristiano puede volar por los cielos en compañía de los tronos y serafines que rigen aquellos mundos de luz que nosotros llamamos astros, añade que volviendo á la tierra tambien se la encuentra poblada de ángeles. «Bajo la sombra de los bosques se recorre el imperio del *angel de la soledad*. Se encuentra en la claridad de la luna el genio *de las melancolias del corazon*: se oyen sus suspiros en el murmurio de las selvas y en las quejas del ruiñeñor. Las rosas de la aurora son la cabellera *del angel de la mañana*. El angel de la noche reposa en medio de los cielos, donde se asemeja á la luna dormida sobre una nube: vela sus ojos una faja de estrellas, y la púrpura de la aurora y la del crepúsculo sonrosan algun tanto sus plantas y su frente; le precede *el angel del silencio* y *el del misterio* le sigue. No hagamos á los poetas la injuria de pensar que miran como genios poco gratos á las musas *al angel de los mares*, *al angel de las tempestades*, *al angel del tiempo* y *al angel de la muerte*. A las vírgenes da *el angel de los santos amores* una mirada celestial y *el angel de las armonias* es quien las reviste de gracia. El justo de-

be su corazon *al angel de la virtud*; y *al de la persuasion* su elocuencia el orador. No hay inconveniente alguno en dar á estos espíritus bienhechores atributos que distingan su poder y ocupaciones: así por ejemplo *el angel de la amistad* podria llevar un ceñidor mas hermoso que el de Venus, porque en él se verian divinamente representados los consuelos del alma, los sacrificios sublimes, las palabras secretas del corazon, las alegrías inocentes, los castos abrazos, la religion, el encanto de los sepulcros y la inmortal esperanza.»

El mismo Chateaubriand se aprovecha bellamente en los *Mártires* de esta su poética doctrina acerca de los ángeles, haciéndonos galanas descripciones del angel de los santos amores, del angel de los mares, del angel del exterminio, del angel de la esperanza, y del angel del sueño. Esta última es la que mejor y mas delicadamente ha puesto en verso castellano el Sr. Barbajero; dice así:

Luego el angel del sueño de la cumbre
 Del empireo se lanza, y raudo hiende
 Por el éter inmenso, pura lumbre,
 Llevando el áureo cetro con que calma
 La pena que del justo turba el alma.
 Atravesando rápido la esfera,
 Se abaja á nuestro globo, dirigido
 Por los gritos de lástima que oyera.
 En los montes de Arcadia detenido,
 Los valles, ahora yermos, considera,
 Del Edén, y recuerda haber venido
 A infundir dulce sueño al primer padre
 Cuando Dios formó de él la primer madre.

Luego dirige el vuelo á la montaña
 Del Libano, torrentes aplanando,
 Montes, valles, se abate á la campaña
 Que habitó el Patriarca venerando;
 Pisa el mar que á Sidon y Tiro baña;
 Y el destierro de Teucro atrás dejando,
 Rodas, Creta, Sicilia luego viera,
 Y de Italia descubre la ribera.

Entonces por los aires se desliza
 Sin agitar sus alas; el orgullo
 De las ondas al paso tranquiliza;
 A los torrentes da grato murmullo;
 La flor sobre su tallo se amortiza;
 La paloma, dejando el manso arrullo,
 Esconde el pico bajo el ala tierna,
 El leon se adormece en la caverna.

A los ojos del angel consolante
 Parece Roma al fin. Oye el fracaso
 De la idólatra turba delirante;
 La deja en su locura; no hace caso
 De Galerio en su lecho vigilante;
 Los ojos de los Mártires al paso
 Cierra con sueño plácido, tranquilo,
 Y llega de Demódoco al asilo.

Su cetro sobre él tiende poderoso,
 Y sus párpados cierra al punto mismo
 El sueño mas profundo y delicioso.
 El viejo que hasta aquí en el paganismo
 Solo gustó del sueño pavoroso,
 Hermano de la muerte, que el abismo
 Con sustos y zozobra envuelto envia,
 Este sueño vital desconocia.

Hechizo celestial, de paz compuesto
 E inocencia, que el alma recreando
 No la deja turbar sueño funesto:
 De la virtud parece vapor blando.
 El angel del reposo no osa al puesto

Llegar en que la virgen está orando;
 Se inclina respetoso, deja el suelo,
 Y á esperarla en la gloria emprende el vuelo.

Casi en ningun sobresaliente poeta sagrado faltan brillantes descripciones de ángeles, distinguiéndose sobre todos el incomparable alemán Klopstock; pero no es propio de este lugar el copiarlas y aun lo es menos el extraer lo que enseñan respetables teólogos acerca de la elevacion y del número infinito de aquellos celestiales espíritus, que no solo son una de las mas altas riquezas del empíreo y una inefable dicha para los hombres que los tenemos por amigos, custodios y soberanos protectores, sino tambien un ornato precioso de la literatura cristiana y muy especialmente de la sagrada Biblia, la cual en cierto modo pudiera decirse que encierra mas de cuatro mil años de la historia misteriosa de ellos.

Un querubin es el primero que se presenta á nuestra vista en el Génesis, libro de la creacion y de la infancia del mundo. Está á la entrada del paraíso guardando sus puertas con una espada de fuego. Nuestros primeros padres al salir lanzados por Dios de aquel jardín de delicias, clavada al corazón como un rayo la sentencia de abandonarle para siempre, con una tierra de infortunio delante y detrás la perdida felicidad que dejan, volverian simultáneamente los ojos oscurecidos por el llanto á la mansion donde nacieron tan bellos y verian ¡qué pavor y qué espanto! verian al guerrero del cielo con la fulminante espada de llama giratoria, y exhalando un repentino

gemido correrian para alejarse temblando de aquel terrible centinela. El Omnipotente airado le habia puesto allí en el instante que ellos salieron. ¡Ah, con cuánto pavor y con cuán sentidas lágrimas referirian Adán y Eva á sus hijos y á sus nietos el terror de que se vieron penetrados al encontrarse su tierna mirada de despedida con el formidable querubin y su espada de fuego....!

Despues de esta primera aparicion del escelso soldado de Dios no envia el Señor otro (1) sobre la tierra en mas de dos mil años trascurridos desde aquel inmortal suceso hasta el tiempo de Abrahám, como si pretendiera que se grabára profundamente en los hombres la magestuosa terribilidad del ministro de su justicia encargado de alejar con el rayo de su espada de aquella impenetrable region de bienaventuranza á la pecadora descendencia de sus antiguos moradores. En tan largo espacio Dios hablaba por sí mismo á los justos antidiluvianos y aun á Noé y Abrahám: su comunicacion con sus criaturas era mas inmediata, sin duda porque todavia estaba cerca de su divino origen el sopro vivificante con que se dignó crear nuestra humana naturaleza. Asi las madres tienen con sus hijos un trato mas íntimo y familiar en los primeros años de la vida cuando menos

(1) Varios comentadores juzgan que cuando las sagradas páginas dicen que Dios habló ó se apareció, ha de entenderse que lo hacia por medio de un angel; pero, respetando semejante opinion, para estas observaciones me atengo á la letra del divino testo.

distante se halla la hora en que salieron de sus entrañas. Desde los días de Abrahám, aunque el Señor no dejó de mostrarse con bastante frecuencia á los Patriarcas, principiaron las apariciones de los ángeles, y podria asegurarse que en aquella época de sencilla inocencia era casi continuo el visitar los habitantes del cielo á los virtuosos pastores de Cedar y Mambré.

Muy digno es de notarse, para consuelo de cuantos beben las aguas de la tribulacion, que el primer angel que aparece sobre la tierra viene á enjugar el llanto de una infeliz esclava, que no pudiendo sufrir los malos tratamientos y la ira de su ama, ha huido de su casa y de su opulento marido y se halla en la soledad de un desierto, caminando desamparada y en el lastimoso estado de preñez. El angel se hace enconradizo con ella, la llama por su nombre, Agar le dice ¿de dónde vienes? ¿y adónde vas? Preguntas que manifiestan afectuoso interés por la suerte de la desventurada, pues el celestial espíritu no ignora lo que está preguntando. Le revela el futuro poderío y fortaleza del infante que lleva en su seno, le dice lo mas íntimamente consolatorio que pueda haber para un alma sumergida en el dolor, y es que Dios ha oido el grito de su afliccion y que en memoria de esta misericordia ponga á su hijo el nombre de Ismaél. Aunque le manda volver á la casa de que se ha visto en precision de huir, aunque le manda humillarse á su insoportable señora, lo hace en una conversacion de tanta dulzura y eficacia que lejos de resistir

ella al mandato mas difícil para su corazón, no replica, queda tranquila, consolada, confiada y tiernamente agradecida. El ángel unas veces le habla en su nombre y otras en el de Dios: circunstancia que penetraría de respetuosa confusión y asombro á la favorecida Agar. Recuérdese otra escena semejante que pasa también en el desierto entre esta desdichada esclava y el ángel que le muestra una fuente cuando ella y su pequeñuelo hijo se morían de sed. La he descrito al fin del capítulo tercero y allí si gusta podrá el lector leerla de nuevo con alguna oportunidad. Solo añadiré que esta muger de infortunio y de consuelo debía tener una altísima idea de la poderosa caridad de los ángeles y una extrema confianza en su compasiva protección.

También he hablado de los tres ángeles, á quienes sirvió Abrahám una comida campestre. Admirando de paso su bondad y su condescendencia, aunque representaban nada menos que á la adorable Trinidad, me propongo seguir hasta Sodoma á dos de ellos, que al llegar á sus puertas hallan á Loth, el cual al verlos se levanta, les sale al encuentro, les hace una profunda reverencia y con la mayor instancia y cortesía les invita á hospedarse en su casa y venciendo su repugnancia por fin los introduce en ella, les da un convite y ellos se dignan cenar. Luego los habitantes de la ciudad nefanda intentan cometer una tropelía con el hospitalario Loth, y sus dos huéspedes acudiendo á su socorro y cogiéndole por la mano, le meten adentro y cierran las puertas, en

las cuales estaba forcejeando por librarse de sus agresores. En este momento comienza á mostrarse lo grande y maravilloso de los dos viajeros. ¿Cuál no será su poder, pues ciegan de repente á cuantos hostilizaban la casa, de modo que les es imposible el dar con sus puertas? Y aun se descubre mas que estos personajes tienen algo de divino en el extraordinario lenguaje con que hablan á Loth. «¿Teneis aquí, le dicen, algunos parientes, yernos ó hijos ó hijas? Sacad de esta ciudad á todos los de vuestra familia: porque vamos á destruirla, pues el estruendo de sus iniquidades ha crecido delante del Señor, quien nos envia á esterminar estas gentes.» Saliendo pues Loth habló á los que habian de ser sus yernos casándose con sus hijas y dijo: «Levantaos, salid de este lugar, porque el Señor arrasará esta ciudad.» Y les pareció que lo decia por broma. Y habiendo amanecido, los ángeles estrechaban á Loth diciéndole: «Levántate, toma á tu muger y á tus dos hijas, y sal con ellas, para que no perezcas entre la abominacion de la ciudad.» Viéndole remiso cogieron de la mano á él, á su muger y á sus dos hijas, porque el Señor queria que se pusiesen en salvo. Y le sacaron y le llevaron fuera de la ciudad y allí le hablaron de esta manera: «Salva tu vida, no quieras mirar atrás, ni te detengas en estos alrededores: sino sálvate en el monte, para que no perezcas junto con los demás.»

42. *Dixerunt autem ad Loth: Habes hic quem-
piam tuorum? generum aut filios; aut filias, omnes
qui tui sunt, educ de urbe hác:*

13. *Delebimus enim locum istum, eò quòd increverit clamor eorum coram Domino, qui misit nos, ut perdamus illos.*

14. *Egressus itaque Loth locutus est ad generos suos qui accepturi erant filias ejus, et dixit: Surgite, egredimini de loco isto, quia delebit Dominus civitatem hanc. Et visus est eis quasi ludens loqui.*

15. *Cumque esset mane, cogebant eum Angeli, dicentes: Surge, tolle uxorem tuam, et duas filias quas habes, ne et tu pariter pereas in scelere civitatis.*

16. *Dissimulante illo, apprehenderunt manum ejus, et manum uxoris, ac duarum filiarum ejus, eò quòd parceret Dominus illi.*

17. *Eduxeruntque eum, et posuerunt extra civitatem: ibique locuti sunt ad eum, dicentes: Salva animam tuam, noli respicere post tergum, nec stes in omni circa regione: sed in monte salvum te fac, ne et tu simul pereas. (Gen. cap. 19.)*

Para formar algun concepto de la singular alteza é importancia del papel que hacen estos dos ángeles, pongámonos por un momento en lugar de Loth. Si dos hombres desconocidos entrasen á nuestra casa y nos dijesen: venimos á salvaros, porque dentro de pocas horas nosotros mismos vamos á arruinar esta ciudad; ¿qué diríamos? ¿Qué pensaríamos de ellos si al mismo tiempo que nos hablaban en términos tan sorprendentes, hiciesen á nuestra vista algun prodigio, cual fue el de cegar á la muchedumbre de los habitantes de Sodoma? ¿Qué tropel de sensaciones,

de afectos, de ideas y sentimientos no se agolparia entre asombro, terror y exaltada gratitud á nuestra mente y á nuestro atónito corazon? Y si el anunciado acontecimiento portentoso se verificára á los pocos instantes y nos viéramos libres de la universal ruina por la solícita premura de salvarnos que han puesto en accion nuestros dos admirables bienhechores; ¿cómo sería posible ni aun al mas elocuente de los mortales, cómo sería posible espresar á lengua humana los patéticos trasportes de nuestra alma? La de Loth ¡cómo estaria! La Escritura no lo dice segun su invariable y magestuosa costumbre de callar todo lo que es natural que los hombres se imaginen haber sucedido en vista de la sencilla, ó mejor dicho, de la divina y admirablemente lacónica narracion de los principales hechos. Por estos hemos de juzgar del soberano poderío y de la bienhechora solícitud de los ángeles. Su caridad sublime, sus dotes escelentes, sus virtudes todas se identifican en cierto modo con los adorables atributos de la Divinidad, á la cual admiramos en ellos. Son los ministros de su omnipotencia y de su misericordia infinita; y ved aquí lo que forma su índole, su genio, su caracter. En ellos vemos y descubrimos á Dios: sus hazañas de amor ó de espanto hazañas son de Dios. ¡Comunicacion inefable entre el Hacedor y las criaturas que le son fieles y viven de su deificante espíritu! Asi nuestra benevolencia para con los pobres es benevolencia del Altísimo que nos la inspira, nos la manda y persuade. Pero en los ángeles esta glorio-

sa mancomunidad ó identificación con el Omnipotente al cumplir sus órdenes se ostenta de una manera mas elevada y mas visible. Desempeñando sus celestiales comisiones hablan como si fueran Dios y acto continuo como quien son y luego en nombre del Señor, y luego en el suyo propio; de suerte que en sus pequeños discursos se halla lo que suele entenderse por vuelos liricos y transiciones pindáricas. No es raro que se parezca lo que tiene un mismo origen. Angeles y profetas son ecos del Verbo eterno.

Los ángeles son autores de inmensa alegría; y como la aurora desvanece la nocturna congoja del caminante extraviado que se creia perdido entre horrendos precipicios, mostrándole con su luz de consuelo las amenas y conocidas colinas de su pueblo nativo, donde le esperan con amorosa inquietud una madre, una esposa, unas hijas entrañablemente queridas; así disipan ellos las sombras de tribulacion en que gimen envueltos los peregrinos de este valle de lágrimas. Testigo Isaac, á quien un angel libra de la muerte deteniendo el brazo de su padre, que baja ya por el aire para inmolarle: testigo Sara para quien conserva este hijo idolatrado; testigo Abrahám, cuyo corazon desde el dolor mas terrible, desde la angustia mas acerba, desde el mas atroz infortunio, desde la tempestad mas desoladora pasa repentina y rápidamente á un cielo de regocijo, á un océano de dicha y de dulzura al oír el acento del angel que le dice: «Abrahám, Abrahám, detente: no descargues el golpe sobre el niño ni le hagas mal alguno; ahora he

conocido que temes á Dios, pues por obedecerme no has perdonado á tu hijo único.» El sacrificio se consuma, pero en vez de Isaac la víctima es un carnero que en aquel momento ha visto Abrahám á su espalda. Y como si no bastára este torrente de felicidad inesperada, el angel le promete dicha mayor llamándole de nuevo para referirle las magníficas palabras que su Dios ha pronunciado á su favor: «Por mí mismo he jurado que te bendeciré en recompensa de esta accion; multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas que hay orilla del mar; todas las naciones serán benditas en un descendiente tuyo, pues por mí no has perdonado á tu hijo único.» Si se recuerda que los patriarcas y especialmente Abrahám vivian de esta esperanza, y que las tradiciones y promesas acerca del futuro Redentor y Ensalzador de nuestra abatida humanidad eran el pensamiento que vivificaba, consolaba y sublimaba la mente y el corazon de aquellos venerables ascendientes del Mesías; escelsa sobre manera resplandece la gloria y la ventura de que Abrahám y su familia son deudores al ángel.

El sacrificio de Abrahám si se hubiera consumado con la muerte de Isaac, habria sido lúgubre y patéticamente poético; pero con la intervencion del ángel, sin perder nada de lo tierno y patético, que ha llegado ya al último grado, así como el heroismo del sacrificador y de la amada víctima, se hace mucho mas poético por la extraordinaria peripecia que en el interesante cuadro de los sentimientos elegíacos in-

troduce una celestial avenida de sentimientos gloriosamente contrarios. El *Isacco* de Metastasio es un bellissimo drama que comprueba esta indicacion.

Tambien hay mucha poesia en la lucha que tuvo Jacob con un angel durante toda una noche. El hijo de Isaac volvia de Mesopotamia con su familia y su numerosa ganaderia, y al llegar á un torrente hizo pasar al otro lado á Lia, á Raquel, á sus once hijos y toda su riqueza pecuaria, quedándose él solo probablemente para hablar con su Dios con mas holgura. En tal situacion se le ve luchar toda la noche con un desconocido. Noche y soledad dan importancia poética. En tan sombrío teatro una lucha que tanto dura, y una lucha cuerpo á cuerpo y con un angel..... Heroismo, poesia, misterio..... Si no los hallais, decid que vuestro corazon está seco y seca vuestra fantasia. Al amanecer, el angel que no ha puesto en juego toda su pujanza como que peleaba con un amigo y no queria matarle, proponiéndose sin embargo dar alguna muestra de su poder, toca á Jacob en el nervio del muslo y sin mas le deja cojo: suéltame, le dice, pues ya alborea la aurora.—No te suelto si no me bendices; le responde el viajero.—¿Cómo te llamas?—Jacob.—No, en adelante no te llamarás Jacob sino Israel, porque si has sido fuerte contra Dios, ¿cuánto mas no lo serás contra los hombres? Jacob le pregunta: dime ¿cómo te llamas? El angel responde: ¿por qué preguntas mi nombre? Y le bendice en el mismo sitio. ¡Qué diálogo, qué escena tan singular! Aquí hay que admirar altísimos

misterios. Quien desee alguna luz acerca de ellos lea los sagrados espositores. Yo que trato la materia solo bajo su aspecto literario, considerando á los ángeles como una de las mas egrégias bellezas de la Biblia, no haré mas que apuntar que en el angel veia san Agustin á nuestro adorable Salvador, en Jacob á la Sinagoga ó al pueblo judío, y en la aurora que puso fin al combate, á nuestra ley de gracia.

El alma de Jacob debia ser muy hermosa porque con mucha frecuencia andaban en su rededor los ángeles. Sus ojos se deleitaban viéndolos bajar y subir, vision por cierto muy poética, en aquella escala que se elevaba hasta los cielos y en cuya cima estaba apoyado el Señor-Dios. Parece que el sencillo patriarca fuera el rey de los espíritus celestes. Uno de ellos le habla en sueños y le hace ver la dulce providencia con que Dios le enriquece, y con insinuante amabilidad le manda volverse á la tierra de su nacimiento para poner término á los trabajos que pasa en Mesopotamia. Al salir de las fronteras de este pais y entrar en territorio de Canaán le salen al encuentro los ángeles de Dios y al verlos dice Jacob: «He aquí el campamento de Dios.» Y pone á aquel lugar el nombre de Mahanain, esto es los reales de los ejércitos del Señor. Cornelio Alápide dice que eran dos compañías de ángeles: una la hueste de Mesopotamia que venia acompañando al virtuoso patriarca hasta el confin de aquel pais confiado á su custodia; y otra la de los ángeles de Canaán que venian á servirle de escolta cual si fuese su monarca el apa-

cible pastor que no tenia mas reino que sus ovejas.
Ventajas y privilegios de la inocencia. Riquezas de
lindas imágenes orientales para la poesía de algun
Teócrito cristiano.



CAPITULO VII.

Angeles.—Continuacion.



Angeles y poesía tienen entre sí una relacion muy inmediata. Los poetas diríase que son cazadores de los ángeles por su aficion á irse por los aires en busca de ellos para introducirlos en sus composiciones siempre que lo permite su asunto. Lo mismo hacen los pintores presentándolos en sus cuadros, aunque muchas veces no hagan falta ni hayan intervenido en la accion que se bosqueja. Unos y otros van en esto guiados por el instinto de lo bello. Mucho han ganado las bellas artes con lo que de los ángeles enseña la verdadera Iglesia; pero ellos no han menester de pintores ni de vates para ser muy poéticos por sí solos.

Al menos en cuanto á mí puedo asegurar que tengo por sublimemente poético al ángel que con pasmosa rapidez en todo Egipto y á una misma hora pasó su espada de muerte por el cuello de millares de primogénitos egipcios con tan magnífico resultado: y al ángel que iba guiando al pueblo de Dios por el desierto en una columna de fuego, el cual

pasó á la retaguardia cuando vió amenazado á Israel por el ejército de Faraon, é interponiéndose entre perseguidos y perseguidores, salvó á aquellos con brillantes y bellisimos prodigios; me figuro el mar Rojo abierto por medio, sus ondas suspendidas é hirviendo bramadoramente en ambos lados, dentro el inmenso pueblo Israelita con su caudillo Moisés al frente y esplendorosa ráfaga de luz en todo el ámbito y dilatada línea que comprende el pueblo de Dios. ¡Qué iluminacion! ¡En qué noche! ¡En qué sitio! ¡En qué circunstancias! Es obra del ángel tutelar de aquel viaje. Véole entrarse y correr por la milagrosa senda en su celestial columna cubriendo la retaguardia. Véole y me embelesa su vista. No quiero apartar los ojos de este paso pintoresco cual ninguno. Mas de repente desaparece la encantadora placidez del admirable espectáculo: el ángel truena sobre los ejércitos egipcios, que se habian introducido en el mar, y la tempestad angélica los derriba yertos de espanto. Segun el historiador Josefo eran doscientos mil de infantería y cincuenta mil de á caballo. Vedlos caidos en medio de las dos murallas de agua. Es hazaña del ángel. La de Moisés fue hacer que las airadas ondas se precipitáran sobre Faraon y su hueste.

Poético con terrible solemnidad es el ángel que degüella los ochenta y cinco mil guerreros del monarca Sennaquerib.....

Poético con halagüeña bondad y al mismo tiempo con respetable alteza es para mí el ángel que

anuncia á Gedeon que él es el fuerte que ha de romper las cadenas de Madián, libertando de su yugo á su patria y á sus conciudadanos. Este celestial espíritu ofrece una imagen muy grata y apacible dignándose sentarse debajo de la encina que habia en Ephra y pertenecia á Joas padre de la familia de Ezri, y mostrándose á un hombre humilde, que se ocupaba en limpiar trigo. A tan dulce benignidad sucede una alta y misteriosa grandeza en el ángel, á quien la divina Escritura da luego el nombre de señor, y en el pobre campesino que cuando menos pensaba se halla constituido invicto libertador de su nacion y armado de una fortaleza venida de los cielos. El uno dice: «ved que mi familia es la última de Manasés y yo el menor en la casa de mi padre. Y el otro replica: yo seré contigo; y derrotarás á Madián como si fuera un solo hombre.» He aquí al angel de la bondadosa dignacion revistiéndose del caracter de la omnipotencia, y hablando nada menos que en nombre de Dios. Magníficamente se han sublimado á mis ojos estos dos interlocutores. En medio de tanta elevacion vuelve á aparecer con nueva gracia la amable sencillez de los inocentes moradores de las campiñas: el labrador dice: «dame una señal de que eres tú el que hablas conmigo.

18. Y no te vayas de aquí, hasta tanto que vuelva á ti, y traiga un sacrificio para ofrecértelo. Y él respondió: yo esperaré hasta que vuelvas.

19. Entróse pues Gedeon, y coció un cabrito, y de un celemín de harina hizo panes ázimos: y po-

niendo la carne en un canastillo, y echando en una olla el caldo de la carne, llevólo todo debajo de la encina, y se lo presentó.

20. Díjole el ángel del Señor: toma la carne y los panes ázimos, y ponlo todo sobre aquella piedra, y derrama encima el caldo. Y habiéndolo hecho así,

21. Estendió el ángel del Señor la punta del báculo que tenia en la mano, y tocó la carne y los panes sin levadura; y salió fuego de la piedra, y consumió la carne y los panes ázimos: y el ángel del Señor se desapareció de sus ojos.

22. Y viendo Gedeon que era un ángel del Señor, dijo: ay de mí, Señor Dios; que he visto al ángel del Señor cara á cara.»

(Lib. de los Jueces, cap. 6, traduccion del P. Scio.)

¡Qué admirable tejido de grandeza y de cándida amenidad campestre!

Aun me figuro que es mas apaciblemente poética la aparicion de otro ángel á una muger de la tribu de Dan. Así como la anterior se verifica esta en el campo: *sedenti in agro* dice el sagrado texto. Si un rey de la tierra, dejando su palacio se fuera al campo en busca de una pastorcilla y con dulcísima benignidad le prometiera darle lo que mas deseára la candorosa hija de las praderas; no hay duda que este sería hermoso asunto para una égloga en que resaltára el sublime contraste de la alteza del príncipe con la dulzura y dignacion del mismo, y con la sencillez, con la rústica franqueza, con el asombro, con la gratitud, con la alegría y demás exalta-

dos sentimientos de la favorecida pastorcilla. Pero un rey, aunque fuese señor del mundo entero, no podía prometer á una muger estéril lo que mas anhela su apesarado corazon: un hijo. Y esto fue lo que á la esposa de Manué prometió el ángel. Un rey no puede decir á una madre lo que será su hijo cuando crezca, porque lo futuro le está escondido como á los demás hombres; y el ángel reveló á la muger de Manué que el hijo que le prometia sería para Israel la aurora de su libertad, comenzando á sacudir el intolerable yugo de los opresores filisteos. El lector que tenga voto en materia de buen gusto, descubrirá otras bellezas poéticas en la narracion de este suceso en que admiro toda la gracia, toda la originalidad y cordial llaneza propias del antiguo Testamento, y á las cuales no puede darse epíteto que les convenga mejor que el de bíblicas.

Capítulo 13 del libro de los Jueces.

1. Y los hijos de Israel hicieron de nuevo el mal delante del Señor: que los entregó en manos de los filisteos por espacio de cuarenta años.
2. Y habia un hombre de Saraa, y del linage de Dan, llamado Manué, cuya muger era estéril.
3. Y apareciósele el angel del Señor, y dijole: estéril eres y sin hijos; mas concebirás y parirás un hijo.
4. Mira pues que no bebas vino ni sidra, ni comas cosa alguna inmunda.

5. Porque concebirás y parirás un hijo, cuya cabeza no tocará navaja, porque será nazareo de Dios desde su infancia, y desde el vientre de su madre; y él comenzará á librar á Israel de la mano de los filisteos.

6. Ella habiendo ido á buscar á su marido, díjole: un hombre de Dios ha venido á mí que tenia cara de ángel, terrible en gran manera. Y habiéndole yo preguntado, quién era, y de dónde habia venido, y qué nombre tenia, no me lo quiso decir.

7. Sino que dió esta respuesta: mira que concebirás y parirás un hijo; cuida de no beber vino ni sidra, ni comer cosa alguna inmunda; porque el niño será nazareo de Dios, desde su infancia, desde el vientre de su madre hasta el dia de su muerte.

8. Oró pues Manué al Señor, y dijo: te ruego, Señor, que venga otra vez el hombre de Dios que has enviado, y que nos instruya en lo que debemos hacer con el niño que ha de nacer.

9. Y oyó el Señor la oracion de Manué, y el ángel de Dios se apareció de nuevo á su muger estando sentada en el campo. Pero Manué su marido no estaba con ella. Y cuando ella vió al ángel,

10. Corrió apresurada á avisar á su marido y díjole: mira que se me ha aparecido el varon que habia visto antes.

11. Levantóse Manué, y siguió á su muger; y llegándose á donde estaba el varon díjole: ¿eres tú el que has hablado á esta muger? Y él respondió: yo soy.

12. Y Manué le dijo: cuando fuere verificada tu palabra, ¿qué quieres que haga el niño? ¿ó de qué se deberá guardar?

13. Y el ángel del Señor respondió á Manué: que se abstenga de todas las cosas que ya he dicho á tu muger.

14. Y que no coma cosa alguna que nace de viña; no beba vino ni sidra, ni coma cosa alguna inmunda: y cumpla y guarde lo que le he mandado.

15. Y dijo Manué al ángel del Señor: ruégote que condesciendas á mis súplicas, y que te aderecemos un cabrito.

16. El ángel le respondió: por mucho que me instes no comeré de tu pan; mas si quieres hacer un holocausto, ofrécelo al Señor. Y no sabia Manué que era ángel del Señor.

17. Y dijole: ¿cómo te llamas, para que verificada que sea tu palabra, te honremos?

18. El ángel le respondió: ¿por qué deseas saber mi nombre, que es admirable?

19. Tomó pues Manué un cabrito y las libaciones, lo que puso sobre una piedra, ofreciéndolo al Señor que obra maravillas; y él y su muger lo estaban mirando.

20. Y cuando subió la llama del altar hácia el cielo, el ángel del Señor subió tambien junto con la llama. Lo cual visto por Manué y por su muger, se postraron en tierra sobre su rostro.

21. Y despues no se les mostró mas el ángel

del Señor. Y luego entendió Manué que era un ángel del Señor,

22. Y dijo á su muger: moriremos ciertamente, porque hemos visto á Dios.

23. Respondióle la muger: si el Señor nos quisiera quitar la vida, no hubiera recibido el holocausto y las libaciones de nuestras manos, ni nos hubiera mostrado todas estas cosas, ni nos hubiera anunciado lo que ha de suceder.

24. Ella pues parió un hijo y llamó su nombre Samson. Y el niño creció, y el Señor le bendijo:

25. Y el espíritu del Señor empezó á estar con él en el campo de Dan entre Saraa y Esthaol.

(Traduccion del Ilmo. Scio.)

Volviendo á mi comparacion del rey y la pastorcilla, digo que la despedida del rey no podia ser tan poética como la desaparicion de este ángel que se vuelve al cielo subiéndose en la llama. *Angelus Domini pariter in flamma ascendit* (v. 20). Sin duda el remontarse á lo alto dentro de la llama este ángel fué lo que á los esposos dió á conocer que habian estado hablando con un espíritu celeste. Al desaparecer es cuando los ángeles se ostentan como quien son, cual se ha podido observar en varias de las apariciones que llevo mencionadas. Esto produce, además de una brillante agnición, un trasporte instantáneo en los corazones de los favorecidos con la vision, un asombro, una gratitud ferviente, una especie de arrobo y de enagenamiento inefable. Verdaderamente que el presentarse los príncipes del cie-

lo con aspecto de hombres para hablar con los míseros mortales de una manera mas franca y afectuosa y hacérseles mas accesibles, no solo manifiesta en ellos una extraordinaria bondad, sino que da á semejantes escenas un colorido y un movimiento sobre manera poético con la metamorfosis maravillosa que se obra al final de aquellos dramas angélicos. Recuérdese el desenlace magnífico del libro de Tobías: léase aquel divino original y especialmente el capítulo duodécimo, y se tendrá una prueba mas de lo que vengo considerando. El joven Tobías debia inestimables servicios, las riquezas, la esposa, la vida, la salud y la felicidad de toda su familia á un solícito compañero de viaje, á quien queria mas que si fuera su hermano. Le tenia por un hombre, y él majestuosamente revela en solemnes palabras que es el ángel Rafael, uno de los siete que asisten delante del Señor.

Ego enim sum Raphael angelus, unus ex septem qui astamus ante Dominum.

Cumque hæc audissent, turbati sunt, et trementes ceciderunt super terram in faciem suam. Y al oír estas palabras turbáronse el anciano Tobías y su hijo, y temblando cayeron en tierra sobre su rostro. Siguió hablando el arcangel é inmediatamente despues de haberles mandado que bendijeran á Dios y publicáran sus prodigiosas misericordias, desapareció de su vista, y no pudieron verle ya mas.

Tempus est ergo ut revertar ad eum qui me misit: vos autem benedicite Deum, et narrate omnia mirabilia ejus.

Et cum hæc dixisset, ab aspectu eorum ablatus est, et ultra eum videre non potuerunt.

Tunc prostrati per horas tres in faciem, benedixerunt Deum: et exurgentes narraverunt omnia mirabilia ejus. Entonces postrados sobre su rostro por espacio de tres horas, bendijeron á Dios: y levantándose contaron todas sus maravillas.»

Aunque los ángeles tomaban forma humana para cumplir las importantes comisiones que les confiara el Eterno, y hasta lo último no descubrieran su majestad angélica; por lo escelso de su mision, por lo imponente de su aspecto, por lo santo y elevado de su lenguaje, por los prodigios que muchas veces acompañaban á sus palabras, y sobre todo porque solian hablar á nombre del Altísimo, casi siempre eran tenidos por algo mas que hombres, por varones extraordinarios, por siervos, por ministros ó profetas de Dios. Todo lo cual iba sacando de quicio en alas de la admiracion, y elevando á una esfera superior las conmovidas almas de los que recibian el inesperado mensaje ó el favor de lo alto por medio de uno de estos espíritus de la gloria, subiendo de punto aquel estado de encanto y de arrobo con la manifestacion repentina de su sér esplendoroso con que los celestiales mensajeros de Jehová solian poner un fin digno á aquellas sus patéticas embajadas, tan bondadosas y bienhechoras, como llenas de grandeza y de relumbradora poesía.



CAPITULO VIII.

Niños.



No hay en el mundo nada
Tan amable y tan lindo,
Tan gracioso y tan dulce
Como un tierno niño.

Por eso nos pintaban
En los tiempos antiguos
Al amor los poetas
En figura de niño.

Y á los ángeles ponen
Aun hoy por eso mismo
Pintores y poetas
En forma de unos niños.

Y á ellos mismos les damos
El nombre de angelitos ;
Lo son por la inocencia
De que los has vestido.

Ni la muger conoce
El que abriga escondido
Tesoro de ternura
Hasta que tiene un niño :

Entonces se descubre
En el gran regocijo
Que le causa la vista
De su recién nacido ;

Los dolores del parto
 Y su mortal peligro,
 Entonces los bendice
 Y los echa en olvido.

Tú, Señor, tú le has dado
 Ese anhelo tan vivo
 De consagrarse entera
 Al bienestar del niño.

Tú haces hervir su pecho
 En nectar esquisito,
 Que dulcemente fluya
 A la boca del niño;

Nectar del todo ageno
 Al humano artificio,
 Que vivifica y nutre
 Y acalla el ay del niño.

El grande sacramento
 Que santo al amor hizo
 Lo instituiste sabio
 Para bien de los niños.

¡Ellos son la corona
 De los esposos finos!
 ¡Ellos el dulce blanco
 De sus tiernos suspiros!

¡Ay! los tristes casados
 Que carecen de niños,
 Sienten dentro del alma
 Un inmenso vacío.

Inmenso era el que había en el tierno y amargo corazón de la virtuosa Ana por carecer de este hechizo, por el cual suspiraba; pero el Señor se acordó de ella y sus entrañas se regocijaron sintiendo dentro de sí un fruto de bendición objeto de muchos años de lágrimas y oraciones; y luego vemos nacer al precioso Samuel, le vemos á los pechos de su con-

solada madre, que quiso tener la delicia de lactarle por sí misma. Asi pues este niño, que tan grande ha de ser en Israel, nace á nuestra vista, y mama y crece delante de nuestros ojos. Ciertamente que hablando de una persona á quien se aprecia, hay no sé qué ternura en decir: «le ví nacer, le conocí chiquitito, ha crecido á mi vista.»

Pero aquí hay mas; habíamos presenciado el dolor de su madre por la falta de hijos. Cuando en solemnes festividades iba á Silo donde por entonces se hallaba el tabernáculo, no podia atravesar bocado por el sentimiento que le causára el ver que Fenenna, quien en su calidad de esposa de segundo orden compartia con ella el tálamo de su marido, recibia diez porciones de la vianda del sacrificio para sus diez hijos, los cuales al rededor de su madre allí estaban alegremente jugando, mientras á ella le alargaba su esposo una sola porcion con tristísimo semblante, condoliéndose de su amargura. El buen Elcana la amaba mucho y pretendia consolarla diciéndole: «Ana ¿por qué lloras? ¿y por qué no comes? ¿Y por qué causa se aflige tu corazon? ¿No valgo para ti mas que diez hijos?»

Tambien la orgullosa Fenenna zahiriéndola acerbamente y echándole en cara el oprobio de su esterilidad, aumentaba su angustia y daba nuevo impulso á las bravas aguas de tribulacion en que vivia sumergida.

Testigos de su dolor, como que participamos del gozo y consuelo que le viene del cielo con el naci-

miento de ese niño que la corona de gloria; como que nos regocijamos viéndola llevar de la mano á su querido y pequenuelo infante para entregarlo al servicio de Dios en cumplimiento de su promesa; como que tomamos una gran parte en la satisfaccion con que presentándosele al sumo sacerdote, le dice respirando ufanía y contento: «Yo soy aquella muger que aquí estuve orando al Señor delante de ti. Por este niño oré y el Señor me ha concedido lo que le pedia.»

¡Oh y cuánto se eleva la mente de esta madre en vista del beneficio que Dios le ha hecho concediéndole ese niño que la estasia! ¡Oh cómo se lo agradece! ¡Cómo prorumpe en un cántico sublime! ¡Cómo ensalza y magnifica á su bienhechor celeste! ¡Cómo reconoce su providencia y su poderío y su bondad y su misericordia!

Pero volvamos al niño, que tanto ha exaltado el espíritu de su santa madre. Bella es en extremo y halagüeña la pintura que de su infancia nos hace el capítulo segundo del libro primero de los reyes. La casa del Señor estaba llena de iniquidad: contaminábanla con sus maldades los hijos de Helí: la rapiña, el sacrilegio, la violencia, la impureza tenían allí su morada; y en tanto el tiernequito Samuel servia delante del Señor, vestido de un Efod de lino, y su madre le hacia una túnica pequeña que le llevaba en ciertos dias cuando desde Ramatha subia con su marido á ofrecer el sacrificio solemne; y Dios por lo grata que le era aquella inocente prenda que le de-

jára en su templo, derramaba sus bendiciones sobre su conyugal tálamo enriqueciéndolo con nuevos frutos queridos. Dos hermanas y tres hermanitos dió el Altísimo al niño que le encantaba con la hermosura de su alma, y crecía delante de él adelantándose en todo bien estraordinariamente. Era tal el hechizo de este niño que el escritor sagrado, aunque esté hablando de otra cosa, parece que se siente arrebatado á volver muchas veces á él, á decirnos cuánto agradaba á Dios y á los hombres, á inculcarnos una y otra vez sus rápidos adelantamientos en la virtud y en las letras. En efecto se ve que á este fin interrumpe en el versículo 18 la narracion de las iniquidades de Ofni y Finées, y en el 26 corta de nuevo el hilo de su discurso como si le doliera haber perdido de vista por breve rato al niño que formaba la delicia de los ojos de Dios.

Samuel es una imagen de la belleza de la inocencia; es una prueba de la predileccion que tiene el Hacedor para con los niños; es una representacion anticipada de la angélica vida que habia de hacer en aquel mismo templo la immaculada Niña de Nazaret, que se robó con su atractivo el corazon del Todopoderoso hasta hacerle venir á sus entrañas desde lo mas encumbrado de los cielos.

¡ Tambien sobre Samuel baja voz del Eterno!....
 ¡ Voz del Eterno sobre el niño que solo cuenta doce primaveras y duerme el sosegado sueño de la infancia!....
 ¡ Voz del Eterno en el profundo silencio de la alta noche!....
 ¡ Voz del Eterno cuando en Israel no

hay vision ni profetas!.... Samuel oye que se le llama, y levantándose en el instante se presenta al pontífice Helí, que dormía en la habitacion inmediata y en cuyos ojos por la mucha ancianidad habia eternas tinieblas. No te he llamado, le dice el pontífice: vuélvete y duerme.

Duérmese el niño, y de nuevo la voz de Dios. Vuélve á levantarse y creyendo que Helí le llama, se le presenta diciendo: «Aquí estoy.» Y el pontífice: «No te he llamado, hijo mio, vuélvete y duerme.»

El obediente y candoroso niño torna á dormirse, y otra vez la voz de Dios le despierta súbitamente. El corre á la habitacion de Helí y le dice: «Aquí estoy, pues me has llamado.»

Ya es la tercera vez; y este niño tan inocente y sencillo comienza á mostrarse al sumo sacerdote como una criatura misteriosa, sobre la cual puede tener el Altísimo sobrehumanos designios; y asi le advierte que si otra vez es llamado responda de esta manera: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.»

Dormido estaba cuando el celestial acento resonó de nuevo, porque el Señor habia venido y estaba allí llamándole: «Samuel, Samuel.» Y Samuel respondió: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.»

Y el Señor á Samuel: «He aquí que yo manifiesto en ti mi palabra, yo te hago profeta en Israel, y quien oyere tu profecía quedará cual si le hubiese

herido un rayo. Cerca está el día en que contra Helí he de poner en movimiento cuanto he dicho sobre la ruina de su casa: empezaré y acabaré. Porque ya predije que sobre su familia había de ejercer perpetuamente mi juicio por sus iniquidades, porque sabedor de los delitos de sus hijos, no los ha corregido. Por tanto jurado hé á la casa de Helí que nunca espíará su iniquidad con víctimas ni con ofrendas.»

Se durmió el niño hasta la mañana, y al levantarse á abrir las puertas del templo, no se atrevia á manifestar á Helí su vision terrible y las formidables palabras que contra él había oido. Pero el pontífice juzgando que entre Dios y Samuel había pasado alguna cosa grande, llamó á Samuel y le intimó que nada le callára. Preciso fue obedecer. De parte de Dios le dijo el profeta-niño la pavorosa sentencia pronunciada contra él y su familia. Y respondió el anciano: «Él es el Señor: haga lo que sea de su agrado.»

Tanto en el orden religioso como en el civil Helí era el primer personaje de la nacion, reuniéndose en él para hacerle mas respetable y augusto el pontificado supremo y el sublime cargo de juez de Israel á la veneranda magestad de cerca de cien años de vida y públicos empleos, y este gigante en dignidades y en edad longeva aparece ante un niño como un reo de estado ante el ministro de un rey.

Los ojos del anciano Pontífice yacen cerrados á la luz, y el niño ve en lo futuro el tremendo castigo y el esterminio fúnebre del Sumo Sacerdote y de su

imperante familia. Admirable contraste. A lo terrible se junta lo patético. Desde su mas tierna infancia fue Samuel entregado á Helí por su propia madre para que le instruyese en el servicio divino; y el pontífice le amaba como á hijo: obsérvese el cariño con que le habla las tres veces que Samuel se le presenta á media noche, creyendo que le llamaba: las tres veces le encarga que se duerma como lo hacen las madres con sus niños: no le reprende porque le quita el sueño, no da la menor señal de impaciencia: mas: en sus labios se oye la afectuosa espresion de: «*Hijo mio, vuélvete y duerme.*» Su sentencia de muerte intimada de parte de Dios por este mismo niño debió hacer en el corazon del muy anciano sacerdote una impresion mucho mas viva y dolorosa que si la hubiera oido de cualquiera otra boca. Tambien se escitaria extraordinariamente la natural sensibilidad del corazoncito de Samuel. Pruebas de Dios. El niño se sobrepuso y cumplió su grandiosa mision aterradoramente.

Imagen semejante á la que en este acto forman tal niño y tal anciano no es posible encontrarla en profanas historias. Pero aun se me figura mas extraordinaria y magnífica todo un Dios hablando con un niño en el solitario silencio de la alta noche sobre ira divina, sobre castigos de muerte, sobre esterminio de una familia sacerdotal reinante. Y me parece bella sobre toda ponderacion la que presenta ese niño durmiéndose inmediatamente despues de haber oido tales cosas de boca de un Dios airado. Sueño

envidiable. ¡O niñez! ¡O inocencia! El que estudie tu índole, ventajas y privilegios, te levantará en su pecho un hermoso trono de amor y de ternura, pero el haberte perdido lo sentirá á par de muerte, sin poder consolarse.

Samuel llegó á ser el último juez de Israel, por mandato de Dios hizo rey á Saul y habiéndose depravado este monarca, el divino Arbitro de las coronas de la tierra ordenó al mismo profeta que fuera á Belén á ungir á un nuevo soberano. Llegado á esta ciudad, convidó á Isái y á su familia al banquete que de ordinario se hacia despues del sacrificio, y pidió que le presentára á sus hijos: comparecieron ante el enviado de Dios siete jóvenes gallardos, de fuerte brazo y varonil aspecto: mirólos el profeta, y ninguno de ellos era el escogido para primer tronco de una familia real, que habia de establecerse en Judá para que de ella naciese el prometido Mesías. Y preguntó Samuel á Isái: «¿No teneis mas hijos? Me queda, respondió el padre, otro pequeñito que está apacentando las ovejas.—Hacedle venir, repuso Samuel, pues no nos sentaremos á la mesa hasta que venga.» A poco rato entró un pastorcito bellissimo, y Samuel le ungió por rey en presencia de sus hermanos.

Los niños pueden gloriarse de que el Señor entre todos los hijos de Isái escogiera al mas niño para monarca. Pero no hay que estrañarlo, pues el que hacia la eleccion era el mismo Dios que despues dijo: *Sinite parvulos venire ad me*: Dejad que se me

acerquen los niños; el que dijo: ¡Ay de aquel que escandalizare á uno de estos pequeñuelos! El que dijo: El que quiera entrar en el reino de los cielos hágase como uno de estos niños.»

David era el nombre de este rey pastorcillo. Hallábase en la edad en que principia á mostrarse lo que ha de valer el hombre; en aquella edad en que son fuertes las impresiones que se reciben, y en que todo lo que se lee y estudia tiene el mérito de la novedad y es por lo mismo mas grato; en aquella edad en que los niños principian á ser amados de sus padres no solo como hasta entonces por instinto y por las gracias y belleza de la infancia, sino tambien por el mérito espiritual ó científico ó de corazon que ellos comienzan á contraer; en aquella edad en que la tristeza no hace asiento, la amistad es desinteresada y cordial, y la conservacion de la inocencia es ya una propiedad adquirida; en aquella edad en que el joven confia mucho en sí mismo, porque aún no tiene esperiencia de su inconstancia y de la vanidad de los proyectos humanos, y en que son desconocidas la ambicion y la avaricia; en aquella edad en que es mas facil la virtud; en aquella edad en que no ocupa la mente el roedor pensamiento de lo futuro, y no se toma interés por la marcha de los gobiernos y de las revoluciones; en aquella edad, cuyas ventajas no pueden conocer ni apreciar debidamente los mismos que las disfrutan. Quince años tenia David cuando mereció que un insigne profeta derramára sobre él el óleo santo, por el cual quedaba consti-

tuido dominador de Israel por la eleccion de Dios, cuyo espíritu vino á posarse sobre su infantil pecho.

Con el espíritu de Dios inspirador volvió David á pastorear sus ovejas, pero ceñido el tierno corazón de fortaleza tanta que acometiendo á leones y osos ferocísimos, los despedazaba, cual otros de su edad á la leve mariposa ó al desgraciado murciélago que entre sus manos cae. Su alma tierna, enaltecida al soplo del divino espíritu que la poseía, derramábase por montes, por valles y por selvas en sublimes cantares, que en su celeste armonía repetían con gusto y entusiasmo los astros de la noche y el lumínar del día. La fama de su lira llegó hasta Saul, á quien atormentaba un espíritu malo: hizole llamar este monarca réprobo por si algún tanto se calmaba su furia con la grata melodía del cantor pastorcillo; y entonces fue cuando en el mismo palacio habitaron dos reyes de un mismo trono, el uno desechado por el soberano Juez del universo, aunque todavía revestido de régia magestad y magnífica pompa, y el otro con el traje sencillo de las cabañas rústicas y sin mas que la aureola de poeta. Las suaves vibraciones del harpa de este niño producian un efecto mágico en el agitado Saul: serenábase al oirlas la rugiente tormenta de su rabioso corazón; y á su furor insano sucedia blanda calma y apacible cariño para con aquel precioso hijo de inspiracion divina. Si es admirado un poeta de primer orden, ¿cuánto mas un poeta niño, en cuyos cantos ha puesto la divina Providencia su magestuoso sello de inmortalidad?

¿Empero para qué se quiere el hechizo de la lira entre el fragor horrisono de la guerra sangrienta? Que se vaya el cantor á la casa de su padre á cuidar de sus ovejitas: vengan sus tres hermanos mayores, que son fornidos y de marcial talante. En efecto, mientras el ejército israelita marcha contra el filisteo, David está en las praderas corriendo tras el manso y tocando el alegre caramillo. Pero su padre le envia adonde están las tropas, llevando panes y quesos para sus hermanos. Llega al campamento y lo encuentra sobrecogido de terror: oye unas voces asemejadas á truenos. Eran las de un enemigo, que parecia un castillo en lo fuerte, en lo alto y en lo armado: los ejércitos ocupaban dos montes uno enfrente del otro, y él estaba con su escudero en el valle que habia de por medio insultando y maldiciendo á Israel, sin que en el pueblo de Dios hubiera quien respondiese á su reto. Llamábase Goliat y hacia cuarenta dias y cuarenta noches que no cabia en sí de vanagloria porque á su vista huian los israelitas, no habiendo entre ellos valeroso alguno que le saliera al encuentro: era su pesadísima lanza como el palo mayor de un navío: su loriga escamada, como de cinco arrobas de cobre, sus botas tambien de cobre y su inmenso escudo del mismo metal. Al verle y oírle le hierva á David la sangre dentro del corazón: se ofrece á la pelea, y accede Saul á sus deseos despues de haberle pintado con vivísimos colores la desproporción entre un niño y un gigante guerrero. Le da el rey sus propias armas, y David cargado de

yelmo, loriga y espada real, apenas puede moverse; y quitándose los con presteza, toma su cayado, pone en su zurroncito cinco guijarros, y con la honda en la mano, corre en nombre de Dios hácia el filisteo. Mófase de él el gigante; pero David lanzando por los aires uno de sus guijarros, se lo clava en la frente y lo derriba sin vida. Cae en tierra aquella torre de carne con hórrido estruendo, y el victorioso niño cual rayo en la carrera le pone el pie en el pecho, quítale la espada y le corta la cabeza. Las huestes del filisteo huyen despavoridas, y los israelitas las van acuchillando en su fuga por el camino de Saraim y hasta Geth, y hasta Accarón. David lleva á Jerusalén la cabeza del gigante, y con ella en la mano entra en palacio y la presenta al atónito Saul. La espada de Goliat la consagró al Dios de los ejércitos, suspendiéndola en su tabernáculo; y las doncellas de Israel felicitaron al jovencito vencedor con sonorosos vivas de gloria y regocijo.

Ahora es cosa supérflua demostrar que este niño altamente sublime es una maravillosa belleza de la historia sagrada.



CAPITULO IX.

Niños.—Continuacion.



Casi en las primeras páginas de la Biblia encuéntrase ya un niño célebre en las generaciones futuras por la terneza entrañable con que le amaban su padre y sus hermanos. Desde su nacimiento tiene un no sé qué de encanto que habla al corazón; y yendo de viaje acometieron á su hermosa y querida madre violentas y agudísimas angustias de parto, y entre las ansias de la muerte sus últimas palabras fueron: «Este es el hijo de mi dolor,» y cerró para siempre sus ojos encantadores luego que le vieron nacido. Dejó dos niños á su angustiado esposo, que aunque de otras mugeres tenia otros diez hijos, en ellos puso toda su alma y su vida, sin duda porque eran huerfanitos de madre; porque en ellos brillaban el sol de la inocencia y el hechizo y la gracia de la infancia; porque eran precioso fruto de un amor muy antiguo, muy estremado, muy caro y lleno de muchísimas penas. Esta merecida predileccion y unos sueños que tuvo el mayorcito de ellos, llamado José, escitaron contra él la envidia de los otros hermanos,

los cuales habiéndole vendido á unos extranjeros, le presentaron á su padre su túnica ensangrentada para hacerle creer que le habia devorado una fiera.

El anciano padre cayó en un abismo de dolor; pero todo el cariño que en él empleaba, se fijó desde entonces en solo Benjamin. Todo su corazón se reconcentró en solo Benjamin, que era ya la única prenda de la llorada Raquel. Este niño debió de corresponder cumplidamente al encendido afecto de su tierno padre, debió ser un dechado de obediencia, de candor, de amabilidad y de filial cariño, pues el de Jacob para con él parece que con los años crecía é iba ganando en ternura é intensidad. Además, los corazones que viven una vida de dolor como la de este infortunado patriarca, no sé por qué, pero ello es cierto que aman de un modo mas intenso y profundo que aquellos que no se encuentran en semejante situación.

Trascurrieron algunos años; y al inolvidable sentimiento de las muertes de Raquel y José vino á añadirse la tribulación del hambre por la carestía reinante en Palestina. Fue preciso que Jacob enviara á Egipto á sus diez hijos mayores á comprar trigo, que no habia en la tierra de Canaán, quedándose con su amado Benjamin, pues no queria desprenderse de él, temiendo que le sucediera algun desastre en el camino. Llegados á Egipto los diez hermanos viajeros, presentáronse al gobernador de aquel pais. Era José á quien habian vendido. Ellos no le conocieron, él sí.

Y aquí empiezan las escenas incomparables y dramáticas estratagemas de ternura, que tan dulcemente nos conmueven y hechizan, y cuyo principal móvil es el niño Benjamin. Si José pretestando que son espías los compradores viajeros, los trata con finjida aspereza, es para que por vindicarse hablen de su familia, y le digan qué se ha hecho de su querido Benjamin, pues el no verle entre ellos y el acordarse de la inhumanidad con que le trataron le hace entrar en tristísimo cuidado y le tiene con muy viva inquietud. Si primero los pone presos á todos, hasta que yendo uno de ellos á traer á su hermano, se lo presente y confirme de esta suerte la verdad de su relacion, y luego mudando de parecer les manda que vayan todos ellos en busca del menorcito, quedando en rehenes Simeon solamente; todo, todo es por el idolatrado Benjamin. ¡Cuántas veces les dice que se lo traigan! «No saldreis de la prision hasta que venga vuestro hermano menor. *Non egrediemini hinc, donec veniat frater vester minimus* (v. 15). *Mittite ex vobis unum, et adducat eum* (v. 16). Enviad á uno de vosotros, y que lo traiga. *Et fratrem vestrum minimum ad me adducite* (v. 20). Y traedme á vuestro hermano menor. ¡Oh qué blandura y vivacidad de afecto para con aquel niño!

Si á su vuelta á Canaán cuentan sus hijos á Jacob lo que en Egipto les ha sucedido, y le hacen presente que es indispensable el que ellos vuelvan á aquel pais llevándose consigo á Benjamin, el venerable anciano se queja amargamente de que quieran

arrancarle aquel ídolo de sus entrañas; y por mas que Ruben le ruega que se le confie, prometiéndole restituirselo y diciéndole que se vengue en sus dos hijos dándoles muerte en caso de no volverlo á traer, él con mayor energía protesta que nunca consentirá en que se aparte de su lado, asegurando á sus hijos que precipitarían sus canas en el sepulcro si lograban arrancárselo, y llegara á sobrevenirle algun contratiempo en aquella tierra adonde le querían llevar. ¡O Benjamin, cuán amado eres! ¡Cuán digno serás de amor, puesto que ni un instante puede sin ti vivir tu tierno padre!

Si consumidas las provisiones que vinieron de Egipto, el hambre obliga á Jacob á decir á sus hijos que vuelvan á aquel pais de la abundancia á comprar nuevos víveres; ellos insisten en que no pueden ir sin Benjamin, pues el virey de Egipto les habia amenazado con que no los recibiría si no le traían á su hermanito; y Judá añade á su padre: «Confíame el niño, para que no muramos de hambre nosotros y nuestros hijos. Yo me encargo del niño: yo soy el responsable; si no te lo vuelvo á traer y si no te lo entrego, yo en todo tiempo seré reo de este pecado.» Consiente por fin el consternado padre en tan cruel separacion. ¿Mas quién no se compadece de su acerbo dolor? Ruego á mi Dios, les dice al despedirlos, ruego á mi Dios omnipotente que os haga propicio al gobernador de Egipto. ¡Yo en tanto lloraré solitario cual si no tuviera hijos!

Luego que José ve en Egipto á Benjamin, po-

niendo en él los ojos, dice á sus hermanos: «¿Es este vuestro hermanito menor de quien me hablasteis?» E inmediatamente añade sin esperar respuesta, pues bien le conocia: «Dios, hijo mio, te colme de bendiciones.» Y sus entrañas se conmueven mirando á Benjamin, se le saltan las lágrimas y se retira de allí precipitadamente para llorar con desahogo. Habiendo enjugado su llanto, vuelve á la habitacion en que están sus hermanos y se sienta con ellos á la mesa del banquete, y la porcion que de cada plato envia á Benjamin es cinco veces mayor que la de ellos.

Por medio de un ardid ingenioso hace José que su inocente querido resulte culpable de haberle robado su copa de plata, y declara que ha de quedar esclavo suyo por este supuesto delito, y que los demás hermanos pueden volver libres á la casa de su padre. En tal conflicto, pide Judá que se le permita hablar y manifiesta con tierna vehemencia que si vuelven sin el hijo, de cuya alma vive pendiente la de su anciano padre, acabará con su vida el dolor. «Yo soy, dice, el fiador de este niño, á mí me le ha encomendado nuestro padre; yo seré tu esclavo en lugar suyo, pues no puedo volver sin él, porque no vean mis ojos la amargura que arrastrará al sepulcro la vejez de mi padre.»

José no pudiendo reprimirse mas, «¡yo soy, esclama llorando de ternura, yo soy José! ¿Vive aún mi padre?» Sus hermanos enmudecen de asombro; y él hablándoles un lenguaje de dulzura, de per-

don y confianza, se deja caer al cuello de su hermanito Benjamin, llora y le abraza; y el joven tambien llora y le abraza con amor inefable y júbilo infinito.....

En su infancia estaba el mundo cuando esto sucedia, y cual si hubiese acaecido en el dia de ayer aún se da el nombre de Benjamin á todos los niños privilegiados en el amor. La palabra Benjamin es presa en las naciones cultas un objeto de especial cariño, un blanco de ardorosa ternura; lleva consigo la idea de la niñez y de la amabilidad, de la gracia y de la inocencia, porque ha de observarse que no se usa de esta palabra tan tierna y espresiva cuando se habla de adultos. En oyendo *Benjamin* al momento se nos presenta la imagen de un niño hermosísimo y amable, pues generalmente solo es amado con distinguida predileccion lo que es bello y amable. Yo doy la mas cordial enhorabuena á este idolatrado hijo de Jacob por la fortuna que tiene de representar con su melífluo nombre ideas tan lindas, tan graciosas y halagüeñas y porque vive y vivirá en la memoria de los hombres, de nadie aborrecido y de muchos querido, que el amor es contagioso, es una cosa que cunde y se propaga de unos pechos en otros, siendo la razon de esto la misma que acabo de indicar, pues cuando se oye que una persona es querida, por lo regular se juzga que lo merece. Esta gloria del joven Benjamin la creo yo mayor que la de haber dado su nombre á una de las doce tribus.

Muchos son los niños preciosos é interesantes

que cautivan mi atención en la Historia sagrada. Moisés abandonado á la corriente del río en su cestilla de juncos, salvándole la divina Providencia, y acogido en los brazos de una princesa por un vivísimo sentimiento de compasión afectuosa escitada por el hechizo de su hermosura, y por aquella elocuencia de corazón con que mudamente perora en su favor el infortunio de la inocencia; el tierno Isaac llevando al hombro la leña, que ha de servir para su sacrificio, y resignándose con sublime y apacible tranquilidad á ser inmolado por el brazo de su mismo padre, y representando niño el misterio de nuestra redención con el honor patético de ser figura del Salvador de los hombres; Joás, que estando en la cuna se salva casi por milagro de una horrorosa matanza de régios niños, que cual tesoro de subidísimo precio se oculta con su nodriza en la casa de Dios, allí vive sin que la nación sepa que existe su rey niño, y allí en el santuario aparece y se muestra de repente á la edad de ocho años cual legítimo soberano proclamándole por tal el sumo sacerdote lleno de espíritu divino y los levitas y el pueblo al tiempo que se derriban los ídolos, perece la usurpadora Atalía, triunfa la religion verdadera y acaba el reino de la impiedad y de la tiranía; el jovencito Daniel explicando al gran Nabucodonosor su sueño misterioso, acerca del cual no supieron decir palabra los magos y los famosos doctores, y revelándole los destinos de su imperio y de los futuros imperios, que habian de devorarse unos á otros y al universo, y asombrán-

dole de tal modo que se postra á sus pies para adorarle ese coloso conquistador de naciones (*); todos estos niños admirables son objetos de embeleso para quien gusta de lo bello y de lo grande y en ellos lo contempla con mirada observadora.

Si asombra el interés poético y maravilloso de estos ínclitos personajes de la infancia; si admira el heroísmo con que los siete niños Macabeos padecen por la verdadera religion el martirio mas inhumano, profetizando al cruelísimo rey Antíoco las venganzas del Dios de los ejércitos y el tremendo castigo de su impiedad; aún es mas grandioso el espectáculo divino que ofrecen los niños israelitas Ananías, Azarías y Misael en Babilonia capital del formidable imperio de los Asirios. Allí estaban cautivos como lirios en una selva de espinas estos célebres niños, por cuyas venas circulaba la sangre preclara de los reyes de Judá, y servian en su mismo palacio al tirano asolador de Sion, á Nabucodonosor ante quien se habia estremecido y arrodillado el orbe.

El orgullo de este leon poderoso llegó á hacerse adorar en una estatua áurea, en cuya construccion empleó una montaña de oro. Tan abominable culto se habia de inaugurar de una manera solemne. Manda el irresistible monarca que se reunan para la consagracion de la estatua todos los sátrapas, magistrados, jueces, generales y príncipes del reino, y

(*) *Tunc rex Nabucodonosor cecidit in faciem suam, et Danielem adoravit.* (DAN. CAP. 2, v. 46.)

estando ya congregados con inmenso estrépito en el campo de Dura, se les intima que al romper las músicas estruendosas se postren en el suelo á adorar la estatua áurea. El que no obedeciere será arrojado en un horno de fuego. Todos los empleados y nobles del imperio y la insumable muchedumbre de millares de gentes de diverso pais y de diverso idioma que están al derredor de la estatua en el dilatado campo, en el momento que se da la señal doblan la devota rodilla con sumision humilde. Nabucodonosor desde eminente sólio esplendoroso hinche su pecho soberbio de loca vanagloria y de altivo contentamiento al ver postrado delante de su estatua aquel mundo de adoradores.

Entre tantos pueblos que en el suelo tienen clavada la frente, solo los tres jóvenes hebreos están de pie con la cabeza erguida y con los ojos fijos en el Dios de las alturas celestiales, riéndose de aquella estatua de oro alta como una torre y despreciable para ellos como un grano de arena. Son acusados al rey; el tirano se aira y haciéndoles llamar les dice: «¿Es cierto que no dais culto á mis dioses y no adorais la estatua que yo he erigido?» Al que estaba acostumbrado á hacer temblar la tierra, los niños le responden que á sus falsas divinidades no doblarán la rodilla: que están prontos á ser arrojados en la hoguera y que su Dios verdadero puede librarlos de ella.

El rey se enfurece y ordena á los fuertes de su ejército que aten á aquellos tres niños y los arrojen

en un horno de fuego, cuyas llamas se elevan hasta las nubes. Ejecútase la orden aceleradamente. Un infierno parece el horno ignívomo: á su volcánico seno son precipitados los tres niños desde lo alto, atados unos á otros por los pies; y en aquel acto la espantosa hoguera se convierte en un teatro de asombro y de prodigios. No son mas que tres los que caen en el horno y son cuatro los que se ven dentro de él. El cuarto es un angel que ha bajado á acompañarles. Ellos cayeron atados, y se pasean sueltos y alegres por medio del incendio, que, segun lo que se eleva furioso, quiere abrasar los cielos con sus llamas voladoras; pero en su seno respetados por el fuego que los rodea, gozan los tres niños de un aura placidísima y fresca cual si se hallasen en la orilla de un rio, ó en ameno prado donde la deliciosa aurora sacude sobre las flores su aromático y refrigerante rocío. Viendo que el fuego no hace mas que romper sus cadenas, y las llamas los halagan, como el céfiro al jazmin ó á los claveles, levantan la voz armónica bendiciendo á su Dios por la grande maravilla con que los salva y regala. Los caldeos los oyen, y quedan asombrados. Para que el rey no los culpe, si llega á saber que todavía no se han vuelto ceniza, echan á porfía pez, betun y estopa en la horrorosa hoguera: con esto se enfurece la llama y se desborda formidablemente cual los torrentes de fuego de estalladores volcanes: y porque sabe que ha de obedecer á Dios antes que á los hombres, deja que ilesos canten los niños hebreos dentro de sus entrañas

y estendiéndose en derredor con ímpetu guerrero embiste á los caldeos que la están atizando, y los reduce á pavesas. Los triunfadores hijos de la fe en vista de este nuevo portento entonan entre las llamas este improvisado cántico.

CANTICO DE LOS TRES NIÑOS.

Alaba á tu Hacedor, naturaleza,
Alaba agradecida;
No acabes nunca y sin cesar empieza
El canto en su loor, pues te dió vida.

Alabadle, ensalzadle eternamente.

Espíritus de luz, ángeles puros,
Tomad sublimes vuelos
Para ensalzarle, vuestros altos muros
Con su alabanza conmoved, ó cielos.

Alabadle, etc.

Tambien vosotras, aguas elevadas
Sobre celeste esfera,
Benedicid al Señor entusiasmadas,
Virtudes, bendecidle en gran manera.

Alabadle, etc.

Al que os viste de gloria y de esplendores,
O luna, ó sol, ó estrellas,
Decid dulces y altísimos loores,
Pues sois de su templo antorchas bellas.

Alabadle, etc.

Benedicid al Señor, lluvia y rocío,
Y vosotros, ó vientos,
Benedicid al Señor con fuerte brio,
Pues él os hace mansos ó violentos.

Alabadle, etc.

Benedicid al Señor, fuego y ardores,
 En el lóbrego inferno
 Y en la tierra de luz; frío y calores,
 Cantad adoracion al Dios eterno.

Alabadle, etc.

Alabad al Señor, hielos y nieves,
 Alábale, ó helada,
 Y tú, ó escarcha que de gotas leves
 Te estiendes en alfombra plateada.

Alabadle, etc.

Alabad al Señor, noches y dias;
 Lóale, luz hermosa,
 Benedicid al Señor, tinieblas frias,
 Mientras el hombre de su afán reposa.

Alabadle, etc.

Horrendos rayos, que abrais un monte
 Cuando el Señor lo manda,
 Benedicidle atronando el horizonte,
 Y vosotras, ó nubes, con voz blanda.

Alabadle, etc.

La tierra le bendiga y le engrandezca,
 Pues fecunda su seno;
 Alábele sin fin, no desfallezca
 Nunca en el canto de su gloria lleno.

Alabadle, etc.

O collados y montes, bendicidle,
 O plantas de la tierra,
 O fuentes cristalinas, repetidle
 La voz de bendicion de sierra en sierra.

Alabadle, etc.

Mares que estais hórridos bramando,
 Rios que vais corriendo,
 Gloria al Señor module retumbando
 Todo vuestro magnífico estruendo.

Alabadle, etc.

En su alabanza abrid la inmensa boca,
 Ballenas formidables,

Cuanto nada en el mar y el agua toca ,
Dirigid al Señor loas cantables.

Alabadle, etc.

Avecillas del cielo voladoras ,
En regalados trinos ,
Soltando al aire músicas sonoras,
Loadle con mil cánticos divinos.

Alabadle, etc.

O fieras de los bosques, ó animales
Ferozes ó apacibles,
Ensalzad al Señor; ó racionales,
Hacedlo en claras voces mas sensibles.

Alabadle, etc.

Bendigale Israel; eternamente
Le bendiga y realce ;
Y el santo sacerdocio reverente
Cantándole sus glorias la voz alce.

Alabadle, etc.

O siervos del Señor, los corazones,
Derramando en sus aras
Entonadle dulcísimas canciones ,
O almas de justos cándidas , preclaras.

Alabadle, etc.

Santos de corazon immaculado ,
Los de humildad sincera ,
Los de pura intencion, sea loado
Por vosotros con fe viva y entera.

Alabadle, etc.

Misaél, Ananias y Azarias ,
Alabadle, alabadle
Alegres ahora y en eternos dias ,
Y por siglos de siglos ensalzadle.

Alabadle, etc.

Benditó eres, Señor, en las alturas ,
Y laudable y glorioso
Y exaltado por todas las criaturas
En cántico inmortal y sonoroso.

Alabadle, etc.

Tú que al devorador fuego terrible
 Mandas que nos respete,
 Y él con nosotros blando y apacible
 Docil á tu mandato se somete.

Alabadle, etc.

El rey Nabucodonosor se pasma, baja del s6lio, corre al horno, mira á lo profundo y penetrado de asombro dice á los de su comitiva: «¿No fueron tres los que arrojamos en este horno? Cierto es, 6 rey, contestan ellos; y el monarca replica: pues yo veo cuatro sueltos y paseándose por medio del fuego y no los han tocado las llamas, y el semblante del cuarto es parecido á un hijo de Dios.» Y asomándose á la boca del horno los llama por sus nombres: «Siervos del Dios escelso, les dice, salid y venid.» Al instante salen los tres niños de en medio de la hoguera. Y los sátrapas y los magistrados y los jueces y los grandes de la corte los contemplan estáticos, porque ningun poder habia tenido el fuego sobre sus cuerpos, ni habia quemado uno de sus cabellos, ni habia arrugado ni desteñido sus vestiduras, ni olian á cosa alguna quemada. Y rompiendo Nabucodonosor el silencio de la admiracion, esclama: «Bendito sea su Dios, el Dios de Sidrach, de Misach y de Abdénago (así los llamaban en su lengua caldea) que ha enviado su angel y ha salvado á sus siervos, que creyeron en él y resistieron al mandato del rey y abandonaron sus cuerpos al martirio para no servir ni adorar á otro Dios que el suyo. Yo pues ordeno que cualquiera, sea cual fuere su nacion 6 su tribu, cualquiera que blasfeme contra el Dios de Sidrach,

de Misach y de Abdénago, perezca y sea destruida su casa, porque no hay otro Dios que así pueda salvar. Nabucodonosor rey á todos los pueblos y á todas las naciones de diverso idioma que habitan en la tierra: paz mucha para vosotros. Prodigios y maravillas ha hecho en mi reino el Dios—Altísimo: plácese publicarlas, porque son grandes y admirables; y su reino es sempiterno y su poderío de generacion en generacion sobre todos los siglos.»

Leida esta narracion extraordinaria, me es preciso enmudecer para contemplar en silencio la heroicidad, la grandeza de alma, lo bello y lo sublime, el combate y el triunfo, el premio y la omnipotencia divina y el inmenso resultado de esta magnífica hazaña en los tres niños poetas, que honran maravillosamente en medio de las llamas la poesía y la infancia, y son una demostracion hermosa é irrefragable de la singular belleza de los niños de la sagrada Biblia.



CAPITULO X.

Satisfaccion del sentimiento de justicia.

Si es verdad que en nuestros corazones hay sentimientos innatos, sin duda alguna es uno de ellos el de la justicia. Cuando vemos premiada á la virtud donde quiera que se halle, sentimos una dulce satisfaccion en lo íntimo del alma como si nosotros mismos recibiéramos el galardón merecido. Si un potentado emplea sus riquezas en alivio de los enfermos enviando á las mansiones del dolor considerables limosnas, si con generosa franqueza tiende la noble mano al desvalido, si con bondad caritativa enjuga el llanto de la desamparada viuda y del huérfano sin arrimo, si por su inmaculada conducta y sus virtudes brilla mas que su oro; nos complacemos en que lo tenga abundante, y como que aplaudimos el que la Providencia divina le haya hecho tan opulento. Empero si la voluble fortuna le vuelve las espaldas y por uno de aquellos inesperados contratiempos tan frecuentes en este mísero mundo, el rico padre de los pobres baja desde la cumbre de las grandezas humanas á ponerse en el número de los menesterosos; no

es solo compasion lo que nos inspira su desgracia, parece que acusamos á la sábia reguladora del universo, si al momento no se reflexiona sobre lo inescrutable y equitativo de sus augustas disposiciones.

¡Cuánto no se han lamentado en todos tiempos los poetas y los filósofos y los escritores de todo género porque no podian contemplar sin pesadumbre el abatimiento de la virtud y la exaltacion del vicio! No hay quien no lance un grito de indignacion cuando el crimen usurpa las dignidades debidas á la virtud, y ésta perseguida y llorosa tiene tribulaciones en vez de bienes y honores. La prosperidad de los malos y las adversidades de los buenos son el escándalo de todo limitado entendimiento, que no se eleva á los misterios de ese Dios, que para el triunfo de su infinita justicia reserva mas allá del sepulcro una eternidad de gloria ó de suplicio. Tan profundamente impresa está en el linage humano la idea de la justicia que cuando no la ve y no la palpa siente en su corazon un gran vacío, y por el contrario se tranquiliza y respira con gusto y regocíjase plácidamente siempre y do quiera que la encuentra dominadora y triunfante, como en las páginas de la inapreciable historia contenida en la Biblia.

En este divino libro es para mí una de sus mayores bellezas la satisfaccion de ese íntimo é innato sentimiento de justicia, que reside en lo profundo del alma. Creo que bastante he dado á entender que tengo por belleza literaria en un sentido lato todo lo que

produce placer en una obra, haciendo consistir aquella especialmente en su argumento, es decir, en la naturaleza de su contenido, sin que por esto quiera prescindir del ropaje, ó sea del estilo, que muy lejos de desfigurar su nativa hermosura, debe esmerarse en vestirla de ricas galas. Los placeres nacen de la satisfaccion de nuestras inclinaciones, entre las cuales tal vez la mas tranquila y por consiguiente acaso de las mas dulces es la de este sentimiento de justicia, que plenamente se satisface en la lectura de la sagrada historia.

En las profanas tenemos muchas veces el desconsuelo de ver al vicio condecorado y conculcada á la virtud. Nada de esto falta á la del antiguo Testamento; pero tambien es cierto que como el Altísimo tomó á su cargo el inmediato gobierno de Israel para ostension de sus adorables atributos ó perfecciones inmensas inherentes á su Divinidad, la relacion de las vicisitudes de ese pueblo es la admirable crónica de la justicia de lo alto, asi como lo es de la providencia, de la sabiduría, de la misericordia y del escelso poderío de Dios. No deja de manifestarse de cuando en cuando esta suprema justicia en todos los pueblos de la tierra, porque el Señor, cuya benignidad es inagotable, no se ha contentado con dar al mundo un solo curso de sublimes lecciones de aquella su perfeccion infinita. En todos los imperios, en todas las monarquías, en todas las repúblicas se ha visto el justiciero brazo del Eterno. Prueba de ello es que la decadencia, los trastornos y las calamida-

des de las naciones se pretenden explicar por su corrupcion y libertinage, haciéndolos correlativos. Lejos de mí el decir que no lo sean, pero cabalmente esta correlacion lleva el sello de la justicia divina, puesto que, como varias veces lo vemos por nuestros ojos, no son en esta vida inseparables por su naturaleza el crimen y su visible castigo. Si lo fueran faltaria una de las pruebas morales de la inmortalidad de nuestra alma. Esto de ver siempre vengada á la inocencia, consolado el arrepentimiento, y por último derruida la iniquidad que estaba opresora y triunfante, es un privilegio de los que hallan sus delicias en la historia del Testamento antiguo. Son muchos sobre la tierra los criminales, que hurtan el cuerpo al golpe de la justicia de los hombres; para los malos reyes no hay en este mundo mas suplicio que la vívora de sus remordimientos. Tienen por patrimonio la impunidad, porque sobre ellos no hay tribunales, ni sobre sus coronadas cabezas hay mas autoridad que la divina, á la cual en el término de su vida han de rendir temblando estrecha cuenta del ejercicio de su soberanía. Allá donde no alcanzan los ojos de los mortales, allá en la eternidad, por cuyas puertas entran sin guardias ni servidumbre, allá á larga distancia de los palacios que dejan, Dios los premia ó castiga. No así, no así los reyes de la sagrada Escritura.

Saul es el primer monarca de Israel, y porque desobedece al Señor, este Rey de los reyes que derriba del trono al poderoso y exalta á los humildes,

le envia un espíritu malo que le trae como un torbellino de furia, le inspira vilezas y desconfianzas y cobardía, y al hombre de corazón sagaz y valeroso hace pusilánime, imprudente, necio, frenético, infeliz, y espectáculo de escarnio; un espíritu diabólico, que envuelve su alma agitada en sombras de infernal melancolía aun en medio de los resplandores del solío; un espíritu de desesperación, que arremolinándole noche y día como en alta mar huracán tempestuoso á leve navicilla, le impele á golpearse contra las paredes de su palacio, á prorumpir en horrendos rugidos de condenado y á delirar desafortunadamente cual loco calenturiento. Tal es su vida después de su pecado. Pero ya pronto ha de cumplirse la tremenda sentencia del Eterno, que le priva del reino, deshereda á su familia y le condena á perecer de una manera espantosa. Los filisteos le presentan batalla: él reconoce el campo contrario; prevee su ruina, y no pudiendo evitar el combate, consulta con el Dios de sus padres, y Dios no le responde. En su furibundo despecho corre disfrazado á casa de una muger que tenía demonio, y exige de ella que le resucite á Samuel. La amiga del infierno rehusa poner en juego su magia abominable; pero él insta y suplica. Y se aparece el difunto Samuel, anciano venerando cubierto con un manto. La Pitonisa se conturba y sobresalta. El réprobo Saul entrando en el oscuro antro de aquella maga ve al profeta aparecido y se inclina para adorarle. Y á él la voz de Samuel: «¿Por qué me has inquietado?» Saul le espone el con-

flicto en que se encuentra, y el resucitado profeta le anuncia para el día siguiente su muerte y la de sus hijos, y que su alma ha de comparecer en el tribunal del Eterno. Llega la nueva aurora y con ella el fin del reinado, de la progenie y de la vida de Saul: trábase el combate, y el réprobo rey se ve mortalmente herido y envuelto por la hueste filisteá en el aciago monte de Gelboé: no puede resistir aquella afrenta y el dolor de ver huyendo á Israel y muertos á su lado á sus tres queridos hijos Jonatás, Abinadab y Melquisua, y ruega á su escudero que le acabe de arrancar la insufrible vida. Niégase el escudero á su vehemente súplica, y él arrojándose sobre la punta de su espada, queda ensartado en ella y exhala su desesperada alma. Los filisteos le encuentran, se regocijan con su trágica muerte, le cortan la cabeza, le despojan de sus armas y se llevan el sangriento cadáver y lo cuelgan ¡espectáculo horrendo! lo cuelgan de la muralla de Bethsán.

Siéntase gloriosamente en el trono de Israel el tan perseguido David. Magnífico es el premio de su inocencia y mansedumbre. El fúnebre cántico con que llora la ruina de su injusto enemigo hace esclamar por la nobleza de sus sentimientos: «¡O corazón magnánimo y tierno! ¡Bien mereces esa corona de que tu rival acaba de ser despojado en el monte de Gelboé!»

¡Pero ay dolor! El santo rey ha visto á una mujer, y sus ojos la han codiciado. David es adúltero. David es homicida. Al leer su alevoso atentado pa-

rece que está dando gritos de venganza dentro de nuestros corazones la inocente sangre de Uriás; mas en el antiguo Testamento para ningun escándalo hay impunidad. Para que no se dude que las desgracias subsiguientes son castigos del cielo, los profetas las anuncian á los reyes despues de su delito de parte del divino Juez, cuya señal están esperando los rayos con las alas encogidas. Preséntase el profeta Nathan al culpable monarca, y mostrándole su crimen en una alegoría muy bella, muy ingeniosa y muy tierna, le reprende con admirable energía y haciéndole confesar su pecado, le pronostica amargura sin cuento durante toda su vida. Y el niño fruto de su adulterio es presa de enfermedad mortal, y David ora en vano por él, y ayuna y se encierra solo con su dolor y yace postrado, y vienen los ancianos sus allegados y familiares á rogarle que no se entregue de tal suerte á la pesadumbre y se levante del suelo, y él no les da oídos y rehusa tomar alimento, y el niño muere al séptimo día.

Y una hija suya es afflictivamente violada por otro hijo suyo, y entre sus hijos hay odio y sed de venganza, y Absalón convida á sus hermanos á un festin en una casa de campo para asesinar al mas querido de su padre, y á este un nuncio de malas nuevas, exagerando el trágico suceso, le dice que todos sus hijos han sido víctimas del puñal fraticida, y el rey se echa en tierra y rasga sus vestiduras y cuantos le rodean rasgan tambien las suyas; llegan sus hijos llorando, y él derrama largo llanto y

dolorosos gemidos salen hirviendo de su traspasado corazon.

Y Absalón á la vuelta de su destierro se rebela contra su padre, y en los dias de su vejez y á los cuarenta años de reinado ve el tristísimo David que una mano parricida viene con la mayor parte de su pueblo á arrancarle la corona de sus venerables canas y á hundirle en el sepulcro, y con la cabeza cubierta de ceniza, los pies descalzos, la desolacion en su alma y el mas profundo abatimiento en su augusto semblante, sale de Jerusalén huyendo de su propio hijo, y los montes circunvecinos regados con sus lágrimas y con las de su pesarosa comitiva repiten de cumbre en cumbre sus doloridos sollozos, y él es insultado al paso y va á esconderse en el desierto, y su hijo perece y su sangre se ha vertido contra el espreso encargo de conservarle la vida, y amargamente le llora sin consuelo, y luego vienen sobre su reino como caballos de guerra, hambre y peste desoladora ministros del Altísimo.

Preciso es cerrar los ojos para no ver en este y en el siguiente reinado una dilatada serie de castigos venidos del trono de las justicias de Dios. Las guerras civiles de aquella época fueron ocasion de que se cometiesen una multitud de enormes delitos por ilustres personajes de la corte y del ejército, que permanecieron por algun tiempo impunes porque la política de David y las imperiosas circunstancias contuvieron el brazo de la justicia humana; pero el de la divina cayó terriblemente sobre ellos. Abner sos-

tenia una injusta guerra contra el legítimo reinante defendiendo la causa de la estirpe de Saul reprobada por el cielo: se indispuso con el débil Isboeth, se pasó al bando de David, y hechas las amistades con este monarca, cuando iba á llevar á cabo la empresa de someter á su imperio las tribus que contra él habia acaudillado hasta entonces, fue muerto por Joab, quien traidoramente le metió por una ingle su espada. El malvado cortesano Achitofel fue una personificacion de las inspiraciones satánicas, y por último tuvo él mismo una muy horrorosa é infernal, que luego puso por obra, la de ahorcarse con sus propias manos, abriendo de esta suerte á su alma páfida y negra el camino del sempiterno abismo, donde despues de tantos siglos aún está recibiendo el premio de los demonios. El general Amasa capitaneaba la sublevacion de Absalón, y derrotado el ejército de este mal hijo, volvió á la gracia del benigno rey, que lejos de escarmentarle le confió un importante mando; empero el cielo para castigo suyo permitió que el célebre Joab le asesinára con igual ó mayor felonía que á Abner, dejándole tendido en el suelo polvoroso entre un lago de sangre á que sirviera de fúnebre espectáculo á todo el pueblo, que por allí iba pasando al asedio de Abela hasta que un hombre por compasion apartó su cadaver de en medio del camino. ¿Y habia de quedar sin ejemplar castigo el insigne perpetrador de estos asesinatos? Al principio del siguiente reinado por orden de Salomon tiñó Banaías su invicta espada en la sangre de Joab vertida

en el tabernáculo del Señor, en la sangre de Adonías y en la sangre de Semei, que tiró piedras á su fugitivo y perseguido soberano, el cual le habia perdonado el agravio cuando á Jerusalén volvió triunfante.

Nada tiene de particular que el criminal sufra el condigno castigo señalado para su delito en el código penal del pais donde le comete; en este caso no se ve mas que una consecuencia necesaria de un antecedente, ó el efecto de una causa. No asi en esa serie de muertes violentas que acabo de mencionar. Entre el delito y el castigo ha mediado el tiempo suficiente para que la autoridad humana olvidára al primero, mucho mas si se atiende á que por parte de los poderes civiles la infraccion de la ley que ha tardado mucho en castigarse, puede estar casi segura de quedar impune para siempre. Sabido es que repugna á la misma naturaleza de Dios el mandar que el brazo del hombre dé muerte á otro hombre para satisfacer su venganza ó su envidia; pero el Señor permitió oportunamente que estas pasiones lograran su sanguinario intento con la espada de Joab, no librando del peligro á los culpables generales sostenedores de la civil discordia.

No es mi propósito probar que hay en el cielo una justicia divina, inconcusa verdad reconocida por todo el género humano y cuya demostracion es agena de esta obra. Bástame haber indicado la idea de que en la historia santa se satisface siempre el innato sentimiento de justicia, que todo hombre de recto corazón abriga dentro de sí y que esto produce com-

placencia, y es por consiguiente una belleza de la Biblia.

¿Pero cuál es el alma tan fiera que se complazca en la destruccion y en la muerte? ¿Puede ser grata al hombre bondadoso y sensible la desgracia y grito el esterminio de sus semejantes? ¿Quién contemplaria con ojos enjutos la desolacion de una familia ó la ruina de una ciudad? Este es el lastimero cuadro que ofrecen los castigos del cielo, y sería menester unas entrañas de tigre para regocijarse con ellos.

Tal es la objecion que presentada sin rebozo alguno y con la mayor energía puede oponerse al pensamiento que vengo desenvolviendo; y en efecto jamás dejará de ser doloroso el espectáculo del mal físico donde quiera que se halle; pero este no es único en el mundo; el mal moral es de mucha mayor importancia porque ataca á objetos de mas valer que un individuo, ó un rey ó una ciudad ó un reino: subvierte el orden establecido por la divina Providencia, se opone al bien de la sociedad general, daña á otros seres racionales, infecta y contamina la especie humana y contradice á la suma y eterna justicia y reguladora autoridad de Dios. Por ser tan imponderable la trascendencia pestífera y la grande horribilidad del crimen, este mónstruo, aunque se enseñorea de mas de medio mundo, es generalmente aborrecido y no hay ángulo de la tierra donde no haya contra él no un cuerpo, sino muchos cuerpos de ejército, si me es lícito espresarme de esta manera, destinados á perseguirle y asestarle

sus tiros donde quiera que levante su frente emponzoñada. Cuerpos de ejército contra el crimen son los tribunales, los jueces y demás autoridades de todas las naciones; los regimientos de infantería y los soldados de á caballo y los de artillería, todos los cuales son instituidos para conservacion y defensa del orden público y de los particulares garantida por aquel; cuerpos de ejército las infinitas leyes penales de que ningun pueblo ha carecido; cuerpos de ejército las multas, los destierros, las cárceles, las confiscaciones y los cadalsos; cuerpos de ejército la pérdida del honor y del buen nombre, y el menosprecio y el oprobio y la vergüenza que le siguen; cuerpos de ejército las elocuentes é insufribles protestas y reconvenciones de la virtud, los antipáticos ejemplos de los buenos y las doctrinas de la verdadera sabiduría y de la religion consignadas en escritos innumerables; cuerpos de ejército la conciencia pública y la privada que dentro de todo hombre tiene su tribunal vivo, permanente, enérgico é inexorable.

Si tal es la guerra que se hace al crimen y todos los hombres estamos empeñados en ella á pesar de nuestras propias flaquezas; ¿cómo no complacernos en su derrota? Su derrota es su castigo. ¿Qué combatiente, qué partidario de una causa no se regocija en las pérdidas que el enemigo bando experimenta en las lides? Sin embargo hay en ellas derramamiento, de sangre y muerte y destruccion; y una nacion entera compuesta de millones de hidalgos ca-

balleros cristianos, en cuyos pechos reinan la caridad y la compasion mas tierna y de matronas y jóvenes piadosas de suavísimas entrañas de amor y de dulzura, sería necesario suponerla cruel, atroz é inhumana siempre que se la viera alegrarse por los reveses de un ejército invasor; suposicion injusta que el buen sentido rechaza cual detestable absurdo. Su triunfo y no la vertida sangre del enemigo es lo que alegra á corazones bien nacidos. De idéntica manera el triunfo de las justicias de Dios y la constante punición de la maldad son en la sagrada Historia el sublime objeto de la complacencia de elevados entendimientos.

Pero esta distincion que destruye el argumento sacado de la sensibilidad humana, tan lejos de ser la única arma con que se le puede destrozár, casi es supérflua en el presente caso. Los espectáculos de dolor y de espanto, las escenas de muerte y de esterminio, vistas por nuestros ojos son sin duda alguna muy afflictivas, pero si lo fueran descritas en los libros, convendria quemar las obras de los ingenios mas admirados; y que desaparecieran de la Iliada de Homero y de la Jerusalén del Taso las heridas y las muertes de tantos héroes y heroínas, que despues de haberse robado nuestro cariño y nuestra admiracion, sucumben al filo de enemiga espada triste y dolorosamente; habria que rasgar el poema de Milton y cumplir la última voluntad de Virgilio con respecto al suyo, y decir á Klosptock que habia hecho mal en escribir su Mesiada, el mas asombroso

esfuerzo del ingenio humano, y al Dante que no debia habernos estremecido con la pintura del purgatorio y mucho menos con la del infierno, y reprender al amable Silvio Pellico por habernos dado la historia de sus padecimientos. ¿Qué mas? Seria preciso que no hubiese en el mundo una sola tragedia.

El delito suscita en nuestros corazones un sentimiento desagradable, que algo participa del grito de la venganza, del fuego de la ira y de la rectitud de la justicia: llámase indignacion, tiene cabida en pechos generosos, y se propaga de unos en otros como la llama de un incendio, y se temple y apacigua cuando la cuchilla de la justicia cae sobre la cabeza del reo. Antes de tan funesto trance, la vindicta pública padece una sed de sangre; despues de él se dice que ya está satisfecha. Estos grandes movimientos del corazon se verifican principalmente cuando los criminales son potentados de la tierra y su iniquidad es pública y en daño de su nacion, como sucede con la tiranía de muchos reyes de Judá y de Israel y con el pecado aún mas grave de perder para la eternidad las almas de sus vasallos haciéndoles volverse contra el verdadero Dios adorando mentidas divinidades.

Todos los hombres como hijos de Dios deben mirar cual suyos los intereses de su Padre celestial. De aquí nace el que las apostasias de los pueblos antiguos y los quebrantos que en otros siglos ha padecido la única religion verdadera, conmueven tristemente á las almas piadosas de otras edades y hacen

hervir en ellas una santa indignacion; pero la venganza divina es el rocío que temple sus ardores, y el triunfo de la justicia y la muerte de la iniquidad son su propio triunfo, su contentamiento, su júbilo. En la Historia santa los encuentran á cada paso. Toda ella es un admirable tejido de las derrotas de los tirános, de las caidas de los inícuos potentes, de las triunfantes exaltaciones de la virtud oprimida, y de las venganzas de Jehová. No hay un libro de la sagrada Escritura que no ofrezca las interesantes y variadas campañas del crimen y de la Omnipotencia divina. Para solo enumerarlas se necesitaba escribir un abultado volumen. En el testo sagrado deberian leerse para prueba de estas indicaciones y leerse con un alma dispuesta á ver, á sentir, y á volar de un afecto en otro, y de uno en otro sentimiento. En los cuatro libros de los Reyes es donde mas particularmente he experimentado estas sensaciones con las maldades de los reyes de Israel, sus muertes sanguinolentas y el cambio y esterminio de sus varias dinastías. Y á la verdad ¿qué corazon permanecerá helado en vista de las iniquidades de Jezabel?

Esta impía es para Israel y para los profetas del Señor como una inundacion para ténues cabañas de pastores, como una tempestad desoladora para la mies naciente de un pobre labradorcillo, como un terremoto para una endeble choza. Su marido Acab era mas malo que sus proterbos antecesores, todos los cuales corrieron por la senda de los pecados de Jeroboam y ella aún le hace peor. Por ella la muerte

atroz ensangrienta sus garras en los santísimos miembros de los profetas. Por ella las persecuciones de la virtud y de la inocencia vuelan como rayos. Por ella se introducen en el reino nuevas abominaciones, se erige á Baal un templo y hasta los bosques se convierten en teatros de execranda supersticion. Por ella se atropellan las leyes mas sagradas y los derechos de las familias desaparecen ante un injusto capricho. El digno esposo de esta fúria está poseido de melancolía porque no puede lograr que se le venda una viña; pero ella es muy á propósito para consolarle. El modo se lo inspira el averno. Sujere á los ancianos de Jezrael infernal estratagema, dolo y calumnia. Mueren apedreados el virtuoso Naboth y sus inocentes hijos.....

Veamos ahora cómo sobre ella y sobre toda su familia se derrama la copa de la ira divina. Elías lo profetiza y Jehú lo cumple. Ya Acab ha perecido miseramente en una batalla, y muerto su hijo Ocozías, reina su nieto Jorám cuando Eliseo envia de parte de Dios á uno de los hijos de los profetas con una mision importante á Ramoth de Galaad. El mensajero del Eterno entra en la habitacion donde se hallan los principales oficiales del ejército, y llamando aparte á Jehú, derrama aceite sobre su cabeza ungiéndole por rey de Israel, le ordena esterminar la descendencia de Acab, y se ausenta presurosamente. Vuelve Jehú á la sala, sus compañeros de armas le preguntan á qué ha venido el profeta, y él les declara que á ungirle rey. Todos arrojando sus man-

tos á los pies de su general con militar presteza y estruendo le aclaman por soberano. Jehú levanta el campo y vuela á Jezrael donde Jorám se está curando de heridas que recibiera en la guerra. Aquí principia el esterminio. Un centinela viendo á lo lejos una nube de polvo y centellear millares de mortíferas armas, hace llegar la voz de alerta hasta el rey Jorám, á quien habia venido á visitar su pariente Ocozías, que lo era de Judá. Alarmados los dos reyes envian exploradores, uno en pos de otro, y ninguno de ellos vuelve porque el irresistible Jehú los incorpora á sus tropas: creciendo la agitacion de los dos reyes, hacen uncir sus carros, en ellos salen al encuentro de Jehú, le hallan en el campo de Naboth Jezraelita, y luego que Jorám le ve así le dice: «¿Jehú, hay paz? Y él con una voz de trueno le responde: ¿Qué paz? ¿qué paz si la tierra está llena de las iniquidades de tu madre Jezabel y este mismo suelo bebió por ella la inocente sangre de Naboth?» Y al decir esto le flecha una saeta que entrándole por las espaldas le sale por el corazon, le derriba dentro de su carroza y le arranca para siempre el alma condenada. El rey de Judá al ver exánime al de Israel, intenta ponerse en salvo; pero Jehú no queriendo manchar sus manos en la sangre de David, manda á los suyos matarle, porque tambien era malo y era hijo de Atalía hija de Jezabel y de Acab. Mil dardos vuelan contra Ocozías, y el misero desangrándose en su inutil fuga, pasa á la eternidad al entrar en Magedo yendo su espíritu á acom-

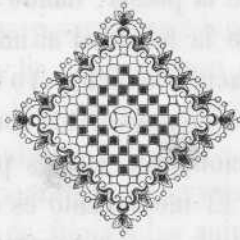
pañarse en la region de las eternas tinieblas con el de Jorám, cuyo horrible cadaver es arrojado en el mal poseido campo de Naboth para que allí le despedacen los perros. Jehú en seguida penetra en la ciudad y al pasar por debajo de las ventanas de palacio ve á la vieja Jezabel ricamente engalanada, que aún se atreve á insultarle, y lanzando una mirada de fuego, «precipítadla» grita á los eunucos que están con ella, y la impía baja por el aire salpicando la pared con su sangre, llega al suelo y sobre su cuerpo y sobre sus ricas joyas ponen sus pies polvorientos y duros los caballos del ejército de Jehú. La devoran los perros no quedando de ella mas que las estremidades y la horrorosa calavera. Jehú confiesa que es el cumplimiento de la palabra del Señor dicha por el profeta Elías al marido de aquella reina soberbia, que mantenía á su mesa cuatrocientos sacerdotes del ídolo Baal. «Y serán las carnes de Jezabel en el campo de Jezrael como el estiércol sobre la haz de la tierra, en tanto extremo que dirán los que pasen ¿es esta aquella Jezabel?»

Aún no han terminado las venganzas del Juez de los reyes. Hay en el reino setenta príncipes de la familia de Acab y por mandato del tremebundo Jehú sus setenta cabezas cortadas de sus cuerpos se le han de presentar á una misma hora en su palacio. Cúmplese. En la puerta de la ciudad, lugar donde concurre todo el pueblo, se ven por orden del nuevo rey las cabezas de los setenta hijos de Acab; y luego el inexorable guerrero hace acuchillar á todos los

que han quedado de la casa de Acab en Jezrael, á todos sus magnates, á todos sus amigos, á todos sus sacerdotes hasta no dejar reliquia alguna de él. Y se va para Samária, y llegando en el camino á una cabaña de pastores, halla á los hermanos de Ocozías y les dice: «¿quiénes sois vosotros?» Ellos responden declarando su estirpe y añaden: «hemos venido á saludar á los hijos del rey y á los hijos de la reina.» La réplica de Jehú es hacerlos degollar á todos ellos; y eran cuarenta y dos.

Llega á Samária aquel rayo de la justicia divina; ordena que se haga un sacrificio solemne al dios Baal no habiendo de faltar á él ninguno de los que su religion profesan bajo pena de la vida. El templo del ídolo se llena de sus sacerdotes, de sus falsos profetas, de sus ministros y cantores y de la muchedumbre de sus devotos; ya el incienso empieza á humear sobre el altar nefando, y el rey que está á la puerta del templo, manda á sus cohortes dispuestas para el intento que entren y que sus espadas fulminando sangrienta muerte sobre todos ellos, á nadie dejen vivo. En el instante el templo del ídolo se vuelve una montaña de cadáveres regada por un piélago de sangre. Sobre ella reina la muerte, reina el horror y el espanto. El execrando Baal es arrojado de su altar, arrastrado por el suelo, hecho pedazos y por último consumido por el fuego. Cae su templo y hasta sus escombros desaparecen y en su lugar se ponen públicas letrinas para mayor escarnio de aquella divinidad de la reina Jezabel.

Tal es una de las innumerables hazañas de la divina justicia, la cual sobremanera resplandece en las nunca bien admiradas narraciones del antiguo Testamento.



CAPITULO XI.

Peripecia.



Los antiguos retóricos, siguiendo á su maestro Aristóteles, contaban la peripecia entre los principales ornamentos de la poesía, dando aquel nombre al tránsito rápido de la felicidad al infortunio, ó viceversa de la desgracia á la dicha. Yo la llamaria asombroso resorte para conmover los corazones humanos y escitar admiracion, que son las propiedades de la belleza literaria. El movimiento es casi siempre mas bello que la quietud, y con respecto al alma y á la imaginacion aumentase el placer que produce á proporcion de su rapidez; así es un drama tanto mas agradable cuanto mas velozmente se conduzca su accion; así las victorias de un general son tanto mas admiradas cuanto menos sea el tiempo que haya empleado en desbaratar los ejércitos contrarios. Mas digo: la inmovilidad no es bella sino cuando se la considera en un objeto que por sí mismo sea grande y poderoso, como una roca que en medio del mar resiste al incesante ímpetu de las olas embravecidas, como la inmensa mole de un monte que se es-

conda entre las nubes, como la eternidad de Dios, como un centinela que estando solo no retrocede en el acto de acometerle un batallon enemigo: en este postrer ejemplo lo que propiamente admira es el valor heróico del impertérrito soldado, no su inmovilidad. La de un cadaver inspira pensamientos profundos y elevados, pero es porque en la mente meditabunda del cristiano que lo contempla, hay una verdadera peripecia: el vuelo que del tiempo á la eternidad ha dado el alma de aquel difunto que se tiene delante, la infinita distancia que ha atravesado de este mundo tumultuoso, en que hablaba y bullia, hasta el mudo dominio de la muerte y hasta regiones desconocidas y sumamente lejanas, de donde jamás se vuelve, he aquí la gran peripecia, que en nuestra fantasía hace de la inmovilidad de un cadaver un objeto sublime.

Para confirmar esta observacion podria citarse la célebre oda de Rioja á las ruinas de Itálica, que aunque inmobiles dieron lugar á estas grandiosas imágenes.

Estos, Fábio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.

.....
Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo.
Este llano fue plaza: allí fue el templo.
De todo apenas quedan las señales.

.....
Coronados los vieron los jardines
Que ahora son zarzales y lagunas.

La casa para el César fabricada
 ¡Ay! yace de lagartos vil morada.

.....
 Emulacion ayer de las edades ,
 Hoy cenizas, hoy vastas soledades.

Esto no necesita comentarios. Visite el viajero las ruinas de Pompeya, y en medio de aquellas calles desiertas, de aquellas antiquísimas casas destechadas, de aquellos templos y anfiteatros demolidos, de aquellos escombros lúgubres, cuya viudez y soledad han visto y compadecido tantos siglos, sentirá su alma trasportarse de estos vestigios de duelo al tiempo en que la voluptuosa Pompeya rebotaba de pueblo rico de vida, magnífico en su opulencia soberbia, loco en alegres festines y embriagado en placeres, y verá sepultarse entre lava y callar de repente y enterrada en cenizas aquella nueva Sodoma.

Prévias estas indicaciones acerca de la belleza poética que presta la peripecia mental aun á ruinas inanimadas con el solo recuerdo de lo que fueron, y omitiendo algunas otras para no desviarme por mas tiempo de la Historia sagrada; entro en ella y en casi todas las páginas de esta obra divina veo suceder rápida é inesperadamente la felicidad al infortunio, ó convertirse la dicha en desventura horrorosa.

Capitaneando al victorioso Israel, con la cabeza noblemente erguida, majestad en su frente laureada, alegría en sus ojos radiantes y el corazon satisfecho por haber libertado de la esclavitud á su patria, y rebotando de gloria porque su espada devoró á los hijos

de Amnon y degolló á veinte de sus principales ciudades, vuelve Jepté á su casa á gozar las dulzuras de su triunfo, ávido de estrechar á su única hija, ídolo de sus paternas entrañas. Viene á su encuentro, bailando al son de música festiva un coro de bellísimas doncellas ricamente engalanadas: la que á todas escede en regocijo y corre desalada palpitando de amor es su hija querida: la reconocen sus ojos; y retrocede de espanto, pierde el color y el habla y se horroriza y tiembla y desgarrá sus vestiduras triunfales: precipitándose en sus brazos, padre mio, le dice la joven amorosa: y el anciano con la vehemencia del mas profundo dolor: «Hija mia, tú eres mi víctima porque he ofrecido á Dios, si me concedia victoria, inmolar á la primer persona de mi casa que se me presentára. Tú has sido la primera.» Silencio, y compasion y llanto y duelo se difunden en torno. ¡Qué pavor! ¡Qué pavor! Aquella joven de heroica resignacion replica con sublime ternura: «Padre mio, si lo has ofrecido al Señor, cumple tu voto. Solo te pido que me concedas dos meses de término para llorar por selvas y por montes, para llorar con estas mis amigas.»

El coro de doncellas se dirige á solitarias grutas, enterneciendo con sus tristes suspiros á los valles, á las colinas, á las rocas, y á las montañas; y el anciano convulso, convertido en dolorosas tinieblas el brillo de sus ojos, con el rostro caido, destrozado el corazon y trémulas las plantas entra en su casa enlutada por el dolor á descansar de sus triunfos en

el lecho de la desolacion. Padre desventurado, esfuerzate, no sucumbas al ímpetu de tu amargura, ni desfallezca tu brazo, pues aún debe partir las entrañas de tu hija con un puñal agudo.

Armado todo el imperio Asirio para aherrojar el universo y postrarlo á la opresora planta del fiero Nabucodonosor, se precipita por el mundo como torrente de muerte: va retumbando por montes dilatados el horrendo fragor de su marcha: queda el sol oscurecido con el polvo de su inmensa caballería: tiembla la tierra al peso de sus armas: le precede el espanto, y en pos de sí donde habia populosas ciudades, no deja mas que cenizas y soledad: el incendio y la ruina le acompañan; y su fulminante acero se embriaga con la sangre de la Mesopotamia, con la sangre de la Siria, con la sangre de la Idumea, con la sangre de la vencida Arábia. Sienta sus reales en frente de Betulia. ¡Ay de ti! ¡Mil veces ay de ti, ciudad desamparada que ya estás en la boca del tigre devorador de naciones! Sus garras van á descuartizarte. Tus vírgenes serán presa de su rapacidad; tus niños y tus ancianos, tus matronas y tus levitas se desplomarán juntos en un mismo sepulcro: serás tú misma la tumba de tus hijos: tus muros llorarán su destruccion: ya no se oye dentro de ellos mas que suspiros y alaridos lúgubres; la sed y el hambre te tienen pálida y consumida. Horrible es tu agonía. Muérete ya, pues el morir es mas suave que el tormento que sufres.

¡Ah! ¡Betulia no muere! Dios ha puesto la vida

del general enemigo en manos de una muger: Judith muestra á su pueblo la sangrienta cabeza de Holofernes: huyó el pavor, huyó la angustia y la agonia. Se han trasladado al campamento Asirio. En la ciudad sitiada triunfa el gozo mas puro, y la inspirada heroina lo trasmite á las generaciones futuras en un alegre cántico de gloria.

Interesan sobre manera al corazon humano estas patéticas mudanzas: es indecible la parte que toma en ellas. Lo demuestra la esperiencia de cada dia. Es muy frecuente oir con cierta indiferencia que nuestros semejantes acaban su vida en un patíbulo, y generalmente hablando, cuando se ve correr al populacho á presenciar el suplicio de un hombre de condicion oscura, apenas siente el pecho una conmocion leve. Los que suelen hablar con el cielo, rezan alguna oracion porque el Señor reciba con misericordia el alma de aquel infeliz, y bien luego le olvidan: los que viven apartados de la santa piedad, sin afectarse fijan sus curiosas miradas en el gentío, en la escolta, en el verdugo, en el reo y en el sacerdote que le va exhortando á confiar en la clemencia de Dios, y casi no se altera su indolente apatía. Pero ¡cuán otra es la escena cuando la pena de muerte recae en un general de nombradía, título de Castilla, perteneciente á una de las principales familias de la corte, de gallarda presencia y de brazo robusto que blandia temible lanza! El caudillo, á cuya voz hace poco que obedecian millares de soldados, está en capilla y va á ser fusilado. No pare-

ce sino que tambien va á ser fusilada la capital del reino: en todos los corazones, sea cual fuere su bandera, hay una novedad extraordinaria, una aflictiva alarma que va subiendo de punto á medida que se acerca la tremenda hora de la ejecucion. ¿Cómo pintar la creciente angustia y las diversas sensaciones de todo género que Madrid experimenta el dia en que un piquete de soldados fusila en la flor de sus años á un guerrero, que en civiles discordias se pone á la cabeza de una conjuracion desgraciada?

Esto sucedia en mil ochocientos cuarenta y uno en la muerte del Conde de Belascoain. ¡Y qué! ¿El alma de este general era acaso mas inmortal que la de cualquier otro infortunado de la plebe que espira en el suplicio? ¿No es el mismo el viaje que hacen á la eternidad el noble y el plebeyo? ¿No debieran causar igual sensacion una y otra muerte? ¿Pues por qué tamaña diferencia en las impresiones que una y otra producen? En la peripecia se halla la esplicacion de este enigma. Un personaje ilustre parece que atraviesa desde la cumbre de las grandezas humanas hasta el patíbulo, mayor distancia que otro hombre de baja esfera desde su humilde estado hasta el cadalso.

No hay duda en que la peripecia imprime en la historia de sus héroes ó de sus víctimas un sello de asombro y de interés extraordinario. Napoleon caido en Santa Elena despues de haberse levantado en alas de la victoria sobre todas las naciones de Europa, será en las edades venideras mucho mas interesante que si hubiera acabado sus dias bajo el dosel impe-

rial, ó al frente de un enemigo que disparase á un tiempo trescientas cincuenta mil balas hácia el sitio donde le divisaba; y la memoria del conquistador corso nacido de humilde cuna suscitará pensamientos mas grandes y mas profundos que la del héroe de Macedonia, nacido en régio tálamo y fundador de otro imperio que habia de quedar desgarrado en su testamento.

Si fijásemos la atencion en el mundo de nuestros sentimientos, en el mundo de nuestra alma, en el mundo de nuestro corazon, gozaríamos asistiendo á un espectáculo curiosísimo y encantador; observaríamos las misteriosas leyes que lo gobiernan, admirando los secretos resortes que lo mueven y sus invisibles pero positivas relaciones con determinadas clases de sucesos humanos. Este examen, este acto reflejo sobre nuestras internas sensaciones de gozo, de dolor, de asombro, de dulzura, de ira y de amor, además de otras muchas ventajas intelectuales y aun morales, nos proporcionaria un deleite íntimo é inesplicable, que tendrán por una paradoja los que no lo hayan experimentado. Semejante estudio es necesario para bien penetrarse del mérito de la peripecia y para apreciarla debidamente. Al que no lo hace le sucede lo mismo que al distraido que hallándose en medio de una campiña amenísima y bella, va pensando en las dificultades de sus proyectos, ó en cualquier otra cosa, menos en la campestre belleza que le rodea: este hombre no goza, porque no contempla lo que tiene delante. Lo sé por esperiencia pro-

pia: un árbol es uno de los objetos que mas me agradan en la naturaleza: pero para que me deleite me es preciso, no solo verle, sino mirarle.

Si hemos de gustar las bellezas de la Historia santa, será indispensable que se lea con alguna reflexion y detenimiento contemplativo, figurándonos estar presentes á los grandes sucesos que nos refiere. Así es como percibiremos todo el encanto y toda la grandeza de sus multiplicadas y sublimes peripecias. Puede asegurarse que en ninguna otra historia hay tantas ni tan hermosas. Como Dios queria hacer ostencion de su justicia con el pueblo judío, castigábale siempre que se precipitaba en la iniquidad, y cual árbitro de las naciones y señor de las tempestades de cielo y tierra concitaba contra él una nacion guerrera y opresora, que cual nube tronante arrasára sus campos y llevára azote de hierro para tiranizar á sus cautivas ciudades. Siendo natural al hombre buscar remedio á sus males, este pueblo pecador siempre que se veia en el abismo de la afliccion, convertíase á su justiciero Castigador divino, exhalando gemidos de lo profundo del alma, bañándose en sus lágrimas y vistiendo cilicio; y el Dios de la misericordia trocaba su amargo duelo en regocijo y en triunfo, suscitándole un caudillo invencible que armado de la divina omnipotencia inopinadamente restituyera á su patria la libertad suspirada y la paz halagüeña, su religion verdadera, sus leyes santas, sus antiguas costumbres y su próspera dicha y su gloriosa alegría.

Este mudarse la felicidad en luctuosa desgracia y el infortunio en ventura es muy frecuente en la sagrada Historia; pudiera decirse que es una escena continua, mas siempre nueva, siempre sublime y tierna, siempre variada y siempre sorprendente. Entre sus personajes célebres apenas se encontrará uno que no haya pasado rápida é inesperadamente del dolor al regocijo. Abrahám en el acto mismo de sacrificar á su hijo es detenido por un ángel: ambos corazones pasan de la muerte á la vida, y el Señor les promete multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas que hay orilla del mar y que todas las naciones serán benditas en un descendiente suyo. José en Egipto, de casa de Putifar donde habia hallado estimacion y regalo, es precipitado en una carcel cuando menos lo merecia, y de su prision sube á ocupar un magnífico palacio y á mandar en todo el reino. Sus hermanos están atónitos por la desgracia que les ha sobrevenido creyendo que por ella su anciano padre morirá de dolor; é impensadamente en aquel mismo instante se encuentran en los brazos de un tierno hermano que hará la felicidad de ellos y la de su amado padre.

No tendria fin la série de peripecias que pueden señalarse en la historia de ese pueblo, á quien tantas veces libran de estrangera tiranía muy visibles milagros. Baste recordar que muchos de sus caudillos salen á serlo de repente desde una cabaña pastoril ó desde una rústica choza de labradores, y que los instrumentos de los prodigiosos cambios de fortuna que

esta nacion experimenta, son de tal naturaleza, que antes de que lo fueran, no era posible figurarse el asombroso éxito que habian de tener las sobrehumanas empresas acometidas por ellos. En casi todas intervenia un milagro; y de aquí la velocidad, la sorpresa, el asombro, y la fuerza omnipotente con que cambiaba de faz la voluble fortuna del privilegiado Israel. Pero ha de observarse para gloria de la misericordia divina que la directa intervencion del cielo obraba la peripecia siempre en sentido favorable á su escogido pueblo. Prodigios para oprimirle, no se encuentran. Para salvarle, son innumerables. Cuando provocado á ira derramaba el Todopoderoso la copa de su indignacion, bastábale el curso natural de las pasiones humanas y el espíritu de conquista que antes del Evangelio dominaba en los fuertes de la tierra, para que gentes feroces corriesen á ser formidables ministros de su venganza, atropellando á aquella raza tan caediza en el crimen con el desolador carro de la guerra y de la victoria ensangrentada y furiosa. Pero Dios volvia por su pueblo arrepentido, y la enemiga prepotencia se disipaba cual humo.

Uno de los libros de la sagrada Escritura tiene por objeto pintarnos una admirable y patética mudanza de fortuna: diré algo de ella porque es grande su asunto, dramática su accion, interesantes sus protagonistas y su desenlace terrible y extraordinario.

En el segundo de los grandes imperios de la antigüedad reinaba el opulento Asuero y despues de él su primer ministro el arrogante Amán, á quien el

rey en el exceso de su privanza daba el nombre de padre y ante quien caian de rodillas para adorarle todos los próceres de la monarquía de los persas. Pero habia en las puertas de palacio un justo de otra nacion que adorando al verdadero Dios, ni siquiera se inclinaba ante el soberbio encumbrado sobre todos los príncipes del reino.

Amán lo nota y su pecho es un volcán de ira; pero sabe que Mardoqueo es uno de los innumerables judíos que viven en el imperio despues que Ciro los libertó de la cautividad de Babilonia, y pareciéndole poco el deshacerse de un solo hombre, resuelve el esterminio de su nacion entera. Persuade á Asuero que conviene estirparla y se fulmina el decreto de sangre para que en las ciento veinte y siete provincias de su dominio se pase á cuchillo á todos los judíos, á niños, á mugeres y ancianos en un mismo dia que habia de ser el décimo tercero del mes duodécimo llamado *Adar*. Fijase el edicto en Susa capital de aquel imperio. Amán y el rey lo celebran con un suntuoso banquete mientras todos los judíos de la ciudad lloran inconsolables. Mardoqueo en la exaltacion de su profundo dolor desgarrá sus vestidos, pónese un saco de penitencia, se empolva con ceniza la desmayada cabeza, y en medio de la plaza publica con sonoros gemidos la amargura de su alma. Donde quiera que llegaba este cruel edicto, los míseros judíos entristecian los aires llenándolos de suspiros y alaridos fúnebres mezclados con torrentes de llanto. Todas las ciudades, los pueblos y las

aldeas estaban empapadas en sus lágrimas: las víctimas, de cuyos ojos salían á raudales, para prepararse á la muerte ó mover á piedad al justo cielo, entregábanse al ayuno y á la oracion, ceñíanse de cilicio, y muchos de ellos dormían sobre ceniza.

La consternacion penetra hasta lo mas elevado del régio alcazar: la reina misma está hecha un mar de lágrimas. ¡Ah! La reina es judía; y este ha sido en palacio un secreto impenetrable. Encerrada en lo mas recóndito de su departamento, se despoja de las vestiduras reales, se ciñe otras de penitencia y dolor, y en vez de los esquisitos perfumes, se echa en la cabeza estiércol y ceniza. Mortifica su cuerpo delicado con rígidos ayunos, y destrozándose la hermosa cabellera, la esparce por todos los lugares donde antes solia regocijarse. ¡Ay! La dolorida Esther temblando por el inminente peligro de su pueblo y dispuesta á sacrificarse por salvarle se postra ante el Dios de Israel, é implora su misericordia con una deprecacion de fuego y de ternura. Se levanta llena de confianza en el Señor, se quita el saco de duelo, se engalana con sus mas ricas joyas y se dirige á la vedada habitacion de Asuero, aunque habia ley que condenaba á muerte á cualquiera que sin ser llamado se le presentára en ella. El rey se aira al verla; Esther se desmaya y Dios en aquel instante convierte en complaciente amor el enojo del monarca. Esther le convida á un banquete y quiere que tambien asista á él su primer ministro Amán, quien al salir de palacio henchido de vanagloria por haberse sentado á

la mesa de la reina, encuentra al aborrecido Mardoqueo y viendo que no le dobla la rodilla, hierva en mas furiosa rabia y por consejo de su muger hace levantar un altísimo patíbulo para el infeliz israelita. A la mañana siguiente y muy de madrugada corre á arrancar del rey aquella anhelada sentencia de muerte.

Pero habiéndose desvelado el monarca, se entretuvo en leer las memorias de su reinado y al llegar á un pasaje en que se referia que Mardoqueo le habia salvado la vida, descubriendo una conjuracion, preguntó qué premio habia recibido el fiel Mardoqueo por tan señalado servicio: dijosele que ninguno. Asuero reflexionó un poco y volvió á preguntar: «¿Quién está en la antecámara?—Amán, ó rey, que ansía por entrar á veros.» Mandó que entrara y recibióle diciendo: «¿Qué se deberá hacer con un hombre á quien el rey quiere honrar y distinguir sobre manera?» Persuadiéndose el perverso ministro de que en él recaeria aquel extraordinario honor, contestó que debia ser vestido con las ropas reales, montado en el caballo del rey, coronado con la diadema y que el cortesano mas ilustre llevándole el caballo del diestro le paseára por toda la ciudad gritando: «Asi es honrado el que el rey quiere honrar.—Dices bien, replicó Asuero; y por tanto tú que eres el primer personaje de mi palacio, haz con Mardoqueo cuanto acabas de decir y cuidado con olvidar ninguna circunstancia.» Fue preciso que Amán obedeciera: vistió de rey á Mardoqueo, le pu-

so la corona, túvole el estribo al montar á caballo y fue de palafrenero pregonando por toda la gran ciudad de Susa: «Asi se honra al que el rey quiere honrar.»

Terminado este acto solemne, el prepotente Amán con la cabeza caída sobre el acongojado pecho, y el rostro cubierto de confusion y vergüenza corrió á esconderse en su casa, y mientras lloraba de coraje y de dolor por verse á los pies de su víctima, fue llamado con premura á otro banquete de Esther; y cuando hubiera deseado ocultarse para siempre en las cavernas de las fieras para que viviente alguno volviese á verle, tuvo que presentarse en la corte á poner en berlina las mal contenidas lágrimas de su humillacion y su vergüenza pintada en el encendimiento de su rostro.

El rey sumamente complacido con los obsequios de su tierna y bellissima esposa, queriendo manifestarle la grandeza de su amor, «pide, le dice, pues aunque me pidieras la mitad de mi reino, te lo daría.— ¡Señor, respondió Esther con un profundo suspiro, si soy grata á vuestros ojos, dadme la vida á mí y al pueblo mio; esto es lo que yo os pido! ¡Yo soy hebrea y todos los hebreos están condenados á muerte! ¡Y si solo nosotros estuviésemos para perecer, yo lloraria nuestra desgracia en mi retiro y la sufriria en silencio; pero es tal, ó rey, nuestro enemigo que su crueldad principia por nosotros y llega á amenazar vuestra persona!— ¡Mi persona! dice Asuero enfurecido. ¿Y quién es el enemigo que tan-

to puede?— ¡ Es Amán, replica Esther, Amán el que teneis delante, él es quien ha jurado nuestra ruina y la vuestra! »

Vehementemente irritado el monarca se levanta de la mesa y se sale al jardin inmediato á pensar y á respirar el fuego de su grande indignacion. Como herida por el rayo se desploma una alta torre, así el orgullo y el corazon de Amán: pálido como la muerte, se arroja á los pies de la reina de Persia, implorando perdon. Vuelve el rey y creyendo que trataba de violentarla, esclama furioso: « ¡ Aun á la reina quiere oprimir en mi presencia! » A las voces del soberano los áulicos echan un velo por la cara del caido ministro, le sacan de palacio y por orden de Asuero le cuelgan en el mismo patíbulo que él habia preparado para el inocente Mardoqueo.

Aquel mismo dia Esther descubrió á su esposo que Mardoqueo era su tio; y el rey le elevó al puesto de primer ministro con que Amán se enaltecia; se revocó el edicto que condenaba á muerte á los judíos, y Asuero, señor del Asia, escribió á los gobernadores y jueces que mandaban en las ciento veinte y siete provincias de su imperio desde la India hasta la Etiopía ordenándoles que protegiesen á los hebreos y les ayudasen á vengarse de sus enemigos. ¡ Vengarse de sus enemigos los sentenciados á esterminio! Tal es el irresistible mandato del poderoso Asuero, y está señalado el dia en que la sangre de los partidarios de Amán correrá por toda el Asia, el mismo dia que estaba destinado para la ruina del pueblo de

Dios. Llegó para aquellos el fatal momento y perecieron á manos de los judíos. Desapareció de la tierra la familia de Amán: juntas bajaron á reunirse con él en lo profundo del averno las gemidoras almas de sus diez hijos Farsandatha, y Delfon, y Esphata, y Foratha, y Adalia, y Aridatha, y Fermestha, y Arisai, y Aridai y Jezatha.

Entre los descendientes de Jacob todo era extraordinario júbilo, parabienes y fiestas.

Mardoqueo al salir de palacio y de la presencia del rey ofuscaba con el esplendor de sus régios vestidos, de color de jacinto y azul celeste, con su corona de oro y su manto de púrpura y de seda, y toda la ciudad al verle regocijábase y saltaba de gozo. Parecía que brillára sobre los judíos un nuevo sol y que sobre ellos habian descendido de los cielos paz y alegría, honra y bienandanza.

He aquí una peripecia grande, rápida y completa.



CAPÍTULO XII.

Breve panegírico de Moisés.

Fue magnífica misericordia de Dios habernos hablado de sus consejos eternos y de la inefable manera con que le plugo ostentar el poderío de su diestra, sacando de la nada ese conjunto de maravillas á que damos los nombres de creacion, de mundo y naturaleza, y al cual tan propiamente han llamado los sábios el libro de la Divinidad. Si no nos hubiera hablado ¿cómo sabríamos cuáles fueron los primeros elementos de esta asombrosa máquina del universo? ¿Quién nos diría de qué modo y por qué mandato pasó del no ser al ser? ¿Quién nos explicaría satisfactoriamente en cuánto tiempo, con qué orden y con cuánta velocidad se construyeron las bóvedas del cielo, se vistió el sol de espléndido ropage, quedó el mar encerrado en su profundo lecho con muro de leve arena, se tachonó de estrellas el manto de la noche, sentáronse los montes cual reyes de la tierra sobre su firme basa, y empezaron los siglos su vuelo magestuoso? ¿Quién adivinaria la palabra con que la luz fue hecha y cuya sublimidad asombraba tanto

al retórico Longino? ¡ Ah! ; Cómo hubiéramos reconocido la nobleza de nuestro sér, ignorando que fuimos criados á imagen y semejanza de la Divinidad!

Demócrito, Epicuro y Pitágoras, formando los dos primeros el mundo con la casual reunion de los átomos, y el tercero con el ridículo sueño de la transmigracion de su alma, cierto que habian honrado la naturaleza humana con tales descubrimientos. Cierto que estábamos muy medrados con la muchedumbre de sistemas que inventaron esos oráculos de la antigüedad, de los cuales se ha dicho que hubieran enmudecido de asombro oyendo de los labios de un niño ilustrado por la luz de la revelacion lo que ellos en su vejez no alcanzaron á concebir, por mas que haya llegado á la mas remota posteridad su nombradía de filósofos.

Indudable es que el Altísimo se nos manifestó pródigo de bondad al revelarnos la admirable historia de los primeros dias, historia magnífica por ser Dios mismo su autor, y sublime por el hombre que la escribió. Atendiendo en primer lugar á su autor, preguntará alguno cómo es magnífica por él. Lo preguntará quien no haya reflexionado que toda creacion lleva impreso el sello de la grandeza ó pequenez de su criador, y por consiguiente participa de ella de tal manera, que á nuestro modo de entender, casi son una misma cosa el autor y la obra, diciéndose con frecuencia leo á Ciceron en vez de las oraciones de Ciceron. Se identifican tanto el autor y su obra que basta conocer al uno para juzgar de la bondad ó

demérito de la otra, y muchas veces nos apasionamos de aquel sin conocerle personalmente, porque hemos visto en sus producciones la ternura de su corazón ó la sublimidad de su entendimiento.

La Iglesia tiene declarado que es Dios el primer manantial del magestuoso río de inspiración con que fue escrita la historia de su pueblo; mas pasemos por alto el sello de divinidad que estampó en su obra el Todopoderoso, pues nuestros débiles ojos no pueden resistir ese inmenso océano de resplandores; y así solo los fijaremos en el primero de los nacidos á quien la Sabiduría eterna hizo escribir lo que ella le dictaba.

¿Quién empero fue aquel hombre predilecto á quien se reveló el principio de los tiempos y el vivífico vuelo del divino Espíritu sobre las aguas, á cuyo paso recibían los elementos informes la fecundidad, el orden y la belleza que con tanta maestría nos describe el célebre Bernardino de Saint Pierre? ¿Por qué caminos llegó al íntimo trato y comunicación con Dios? ¿Por qué medios preparó la Providencia su mente y corazón para elevarlos á tan sublime altura, hasta hacerle digno de que la llama divina quedara impresa en su rostro?

Estando vigente en Egipto la horrorosa ley del infanticidio, salva al recién nacido Moisés el amor materno que sufriría mil muertes antes que ahogar en un río el inocente fruto de sus entrañas; y el abandono en la Providencia con que su madre Jocabed espone al precioso niño dentro de una cesta de jun-

cos en un recodo formado por el Nilo menos impetuoso en aquel sitio, hace que la Providencia se constituya en piloto de aquella fragil barquilla que con trémula mano le ha confiado una madre. ¿Cuál será el puerto adonde la conduzca? ¿Cuál será el puerto adonde la salve del inminente naufragio? Los brazos de una princesa, el regazo de la hija del tirano maldonado con gritos de desesperacion por un sinnúmero de madres.

Lactado ya por su propia madre, hecho dueño del corazon de la princesa por su belleza y por el encanto irresistible de su gracia infantil, de su prodigioso talento y excelente índole, y adoptado por hijo para absorber el tesoro de ternura de que para este fin la dotó el cielo, y ella por la esterilidad de su seno no tenia tierna prole en que emplearlo, entra el niño Moisés á educarse cual príncipe real en el palacio del monarca sobre quien pesa el crimen de horribles parricidios. Allí crece delante de Dios y de los hombres, á los ojos de la corte en las ciencias humanas, en las cuales sobresale adocetrinado por los primeros maestros del Egipto y de la Asiria; á los ojos de Dios elevando su espíritu sobre aquel teatro de vanidad y tiranía que le rodea á pesar suyo, oyendo en lo íntimo de su alma la voz de la sabiduría eterna en medio de las lisonjas de la adulacion, y compadeciéndose profundamente de la desgracia de sus hermanos.

Mas ¡ay! cuán agudo es su dolor viendo que los mismos que le reputan por hijo son el azote de su

pueblo! Resuélvese á abandonarlos, y vuela en alas de su caridad ardiente á participar del hambre, de la desnudez, del ímprobo trabajo y de todas las demás calamidades de sus hermanos esclavos y perseguidos en un suelo estrangero todo cubierto de espinas.

¡O corazon magnánimo, que abandona la gloria de los príncipes por descender á la abyeccion de esclavo, y deja la ternura de una amable matrona á quien debe la vida, por embriagarse con el caliz del infortunio! ¿Cómo no admirar tan heróica hazaña? ¿Cómo no tenerle por una imagen del Verbo que descende del sólio de los cielos á ponerse por blanco de la tiranía de los Herodes? ¿Á quién no causa maravilla su desprendimiento, su fortaleza, su abnegacion absoluta y la robustez y grandeza de su fe? Por ella San Pablo le llamó grande escribiendo á los hebreos. *Fide Moyses, grandis factus, negavit se esse filium filiae Pharaonis, magis eligens affligi cum populo Dei, quam temporalis peccati habere jucunditatem.*

Tales antecedentes se requerian para que Jehová tratára, cual amigo entrañable con el amigo de su niñez, con el futuro historiador de su poder y sabiduría en la creacion y gobierno del universo.

Dios lleva á Moisés á la soledad de Madián. Allí lejos del bullicio de un mundo corrompido, desposado con una simple pastorcilla, sin las fastidiosas etiquetas de la corte que son una mortificacion intolerable para el hombre cándido y sábio, sin tropel de noticias que distraen y turban la paz del corazon, sin negocios que abrumen, sin pretensiones que son un

germen de inquietud continua, sin testigos que embarazan, sin esa sociedad que es la muerte de la meditacion, bendiciendo á la Providencia por verse libre de tamañas cadenas, y soltando el vuelo de su agigantado espíritu, Moisés se engolfa en Dios y en solo Dios respira. Todo cuanto le rodea le sublima y arrebatada hácia la Divinidad: ese tránsito que ha hecho de príncipe á pastor, le eleva á Dios haciéndole palpables las vanidades del mundo: el silencio del desierto le llama naturalmente á una oracion incesante; la magnífica bóveda del firmamento, que contempla como tabernáculo de Dios, le está diciendo que no aparte los ojos de la Divinidad; las desgracias de su pueblo que le siguen do quiera agrupadas en su fantasía prestan á su oracion los melancólicos gemidos del dolor que renuevan, alientan y dan pábulo al ejercicio de la plegaria; hacen mas, le dan en cierta manera el carácter de mediador. ¿Pues quién duda que despedazado su pecho de compasion al acordarse de ellas, se presentaria como víctima en sacrificio expiatorio ante el acatamiento del Dios de misericordia, figurando con tantos siglos de antelacion á Jesucristo, que pasaba las noches en la solitaria cumbre de sus queridos montes, tratando con su Padre de la salud de los desventurados á quienes meditaba redimir?

Alli Dios se intima con él, le llena de sí mismo, le anega en el océano de su inmortal sabiduría, y en sí mismo como en un espejo le manifiesta los portentos de los seis dias primeros, la grande peripecia

del género humano en la persona de Adán, y los demás sucesos que vió con tanto asombro el mundo de entonces, mundo nuevo y fecundo en singulares trastornos. Y pues las almas grandes no están ociosas cuando se hallan en soledad, es probable que en aquellos cuarenta años en que hablaba con Dios en el desierto de Madián, escribiese el admirable libro del Génesis (*), sencillo cual obra de un pastor de immaculada conciencia, sublime como dictado por Dios. ¡Libro divino! Libro el mas antiguo del mundo, fuente de teología altísima y de filosofía profunda, sin el cual nada se explica y con el cual no hay misterios ni en el tiempo ni en la naturaleza. Libro siempre victorioso de los ataques de la impiedad, como en su *Moisés y los geólogos modernos* lo demuestra valiéndose de los adelantos de la ciencia un hijo del ilustre Bonald.

Los hombres no podemos comunicar nuestros pensamientos á nuestros semejantes sino articulando palabras ó escribiéndolas, ó con signos exteriores y convencionales; pero para hablar con nuestro Creador tenemos otro lenguaje interior, y del cual dice un célebre poeta de nuestros dias que se le espresa y habla con el alma y en la tierra solo lo comprende el amor santo. Tal era el inefable idioma que hablaron en la soledad por espacio de ocho lustros Dios y

(*) Esta es opinion de un comentador respetable, aunque otros piensan que le compuso en el largo viaje de Egipto á la tierra de promision.

su siervo Moisés. ¡Coloquio celestial que no es dable oír! Pero consolémonos, pues ya el Señor se digna hablarle de una manera perceptible.

¡Callad, olas del mar, callad, ó vientos! ¡Naturaleza, silencio, que Dios habla en Oreb! «Ven y te enviaré á Faraon para que saques á mi pueblo, á los hijos de Israel de Egipto.» Y Moisés escondiendo su rostro: «¿quién soy yo para presentarme á Faraon y sacar á los hijos de Israel de Egipto? — Yo estaré contigo. Cuando saques á mi pueblo de Egipto, sacrificarás á Dios sobre este monte. — Señor, yo iré de parte vuestra, pero si me preguntaren cuál es vuestro nombre ¿qué habré de responderles? — Yo soy Jehová, soy el que soy. — No me creerán ni oirán mi voz. — ¿Qué tienes en la mano? — El cayado de pastor. — Arrójalo al suelo.» El cayado se convierte en culebra. «Cójela por la cola.» La culebra vuelve á ser cayado. «Mete la mano en tu seno.» La mano sale toda cubierta de lepra. «Vuelve á meterla al pecho.» La mano sana al instante. «Haz estos milagros delante de mi pueblo, y si no creyere al primero de la vara creerá al segundo de la mano; y si ni á este ni á aquel prestare crédito, coge agua del rio, y toda la que cogieres se convertirá en sangre. — Señor, soy tartamudo, no soy apto para tal embajada. — ¿No soy yo quien hice la boca del hombre? Ve pues, y yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de hablar.»

¡O pastor humilde, que tantas veces rehusas el empleo de embajador del Escelso, de caudillo de su

nacion escogida y obrador de portentos! Si el mismo Dios promete estar en tus labios é inspirarte lo que hablares, ¿cuán inefables y cuán henchidos de divina sabiduría no estarán los libros de esa historia, que escribiste en los primeros años de la juventud de este mundo ya viejo, seis siglos antes de Homero tenido por uno de los mas antiguos escritores profanos?

Ya el pastorcillo de Madián obedeciendo por último las reiteradas órdenes del Todopoderoso, besa reverentemente aquella tierra consagrada por la presencia de la Divinidad, y llorando se despide de las selvas que con grato susurro respondian al eco de sus cantares, de los valles en cuyas silvestres flores hallaba mullido lecho para sus miembros cansados, de las montañas desde cuya cima contemplára muchas veces el espectáculo de la aurora levantándose brillante y saludando al Criador por boca de innumerables pajarillos que con ella despiertan; despídese de su anciano suegro y de sus ovejuelas; y parte con su esposa y sus hijos, llevando en su pastoril vara la omnipotencia divina.

Entra en Egipto con su vara como el pescador Pedro entrará en Roma sin mas armas que la cruz para conquistar el mundo. Intima las órdenes de Dios á Faraón, y negándose este á obedecerlas, Moisés es constituido Dios de Faraón. Y este nuevo Dios de Faraón no solo hace milagros sino que los manda hacer como y cuando le place á su hermano Aarón. Por orden de Moisés y con la vara de éste toca Aarón el rio Nilo en presencia del rey, y á vista del rey se

vuelven sangre todas las ondas del venerado Nilo, sangre todas las fuentes, sangre los rios todos. Ese Nilo que bebiera tanta sangre de niños inocentes, por justo juicio de Dios no ofrece mas que sangre á los sedientos labios de los moradores de sus fértiles orillas. Siete dias de sangre, siete dias de horrores y de estragos. Caen los hombres abrasados por la sed, las mugeres derribadas por el espanto; y de aldea en aldea, de ciudad en ciudad, de provincia en provincia, sembradas aquellas y estas de víctimas sin cuento, huyen los egipcios despavoridos, y van viendo secas las yerbas en los campos, marchitas las flores en los jardines, ahogados los peces en los lagos, y por do quiera cadáveres de niños y de ancianos, de ricos y de pobres, pues para nadie hay mas agua que sangre. Todo Egipto es una tumba donde solo resuenan los sollozos del dolor, los llantos de la muerte, los gritos de la rabia y los alaridos de la desesperacion.

Esta empero no es mas que la primera de las diez plagas de Egipto, no es mas que la primera muestra del poderío de Moisés.

Muertos en una sola noche todos los primogénitos de Egipto, sale Moisés al frente del pueblo del Señor. Ese rey tan admirable por su impía obstinacion, le sigue con un ejército inmenso; Israel ya ve la muerte muy cerca porque el mar le cierra el paso; Moisés le exhorta plácidamente á confiar en el Altísimo, toca el mar Rojo con su vara, el mar se divide en dos montañas, y por su enjuto lecho

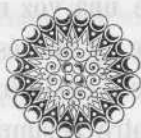
pasa el caudillo seguido de las doce tribus, en donde van mugeres, van niños y van ancianos; Faraón ya los divisa al otro lado del mar, y precipita su coche al seno del seco mar, y en pos de él se precipita todo el Egipto armado: Dios sopla, y su aliento de ira abrasa cual leve arista al ejército egipcio: Moisés toca de nuevo el mar, y aquellos montes de agua, suspendidos por milagro, se desploman borrascosamente sobre el egipcio que como piedra se hunde en lo profundo.

Contemplaré estático á mi asombroso Moisés.....
 ¿Pero qué nuevos truenos me sacan de mi rapto?....
 Sobre alas de querubines descende al Sinaí el Dios de las batallas! ¡La tempestad le precede! ¡Sus mensajeros los rayos! ¡Viene en torbellino de fuego! ¡El monte es un incendio! ¡Y de enmedio de aquella oscuridad tronante sale una voz magestuosa que llama á Moisés á la cumbre; y Moisés mientras temblaban de espanto los inmensos desiertos del contorno, sube intrépido al monte entre relámpagos y truenos, penetra en aquella oscuridad terrible, y llegando á la cumbre, en el mismo seno del incendio habla con Dios y goza de Dios elevado á la participacion de los secretos divinos!

¡ O elevacion, ó inefable grandeza de Moisés! Razon tenia Lord Byron para entusiasmarse y formar alto concepto de la humanidad con solo la memoria de este varon escelso, *el mas antiguo de los historiadores, el mas sublime de los filósofos, y el mas sabio de los legisladores*, títulos indisputables con que le

honra Bossuet al principiar su discurso sobre la historia universal.

Este hombre de prodigios, en cuya conversacion tiene Dios sus delicias, pues le vemos venir en luminosa nube á hablar sobre el Tabor con Jesus transfigurado, este hombre admirable á todas luces es el principal autor de la sagrada historia. ¡Ah cuán magnífica y venerable no aparecerá esta á nuestros ojos acordándonos de que es obra de un Moisés!



CAPITULO XIII.

Novedad.



Hugo Blair, cuya autoridad en materia de bellas letras es generalmente respetada, siguiendo á Addison y á cuantos han escrito sobre este punto, dice que la novedad es una de las fuentes de los placeres de la imaginacion. Casi no hace mas que apuntar la idea sin detenerse á comprobarla dando por sentado que no tenia necesidad de muchas esplanaciones. Ya los antiguos retóricos habian observado el poderoso atractivo é influjo, que sobre los corazones ejerce la novedad, pues recomendaban que la proposicion de un discurso se hiciera de la manera mas nueva que posible fuese.

Parece que en ninguna época se ha desconocido esta verdad, porque los escritores de todas las naciones muestran una palpable propension á ofrecer á sus lectores objetos reales ó ficticios que para ellos tengan novedad. Son infinitos los libros fútiles, insustanciales y aun desnudos de mérito literario que siempre andan en boga entre muchísimas gentes solo porque están llenos de extravagancias y rarezas imagi-

narias ó verdaderas. Casi todo el interés de la novela consiste en la singularidad de los casos ó aventuras que refiere, no pudiendo ser argumento de ninguna composicion literaria hecha de propósito para deleitar ningun suceso comun y ordinario á no ser que por sus circunstancias ó por el ingenioso modo con que el autor lo presenta adquiera alguna novedad. Pero en semejantes libros no hace esta la impresion que en otros donde no se esperaba hallarla por no estar compuestos con el fin de agradar y no ser obra de pura fantasía. Por lo cual en el libro mas respetable del mundo, cual es la Biblia, luce mucho mas y sorprende todo cuanto tiene cierta singularidad y estrañeza capaz de escitar el suave placer de una grata sonrisa en un hombre grave y circunspecto. Ya se echará de ver que concretándome á hablar de esta especie de novedad *graciosa* por decirlo así, circunscribo bastante el sentido por otra parte muy lato de la palabra novedad. Que en la acepcion mas ámplia rebose esta cualidad preciosa en la historia del antiguo Testamento, es supérfluo indicarlo. Su misma antigüedad pone en todas sus páginas para nosotros el sello de la novedad. Prescindiendo empero de la inmensa distancia que media entre lo que ahora nos rodea y los tiempos, los usos y las costumbres y las leyes civiles y religiosas del pueblo hebreo, ¿no está convencido el universo de que la sagrada Escritura es una obra única en su especie? Tan única é inimitable que hasta su estilo es vano empeño el quererlo remedar perfectamente.

Así pues descendiendo á mi propósito voy á hacer mencion de algunos pasajes en que brilla la expresada graciosa novedad, que ameniza y embellece en gran manera la sacrosanta historia de la Biblia. Los libros de los Reyes suministran en breve espacio una multitud de ejemplos. ¿Qué cosa mas original que salir un joven en busca de unas borricas y encontrarse con un reino y volver á su casa hecho soberana majestad? Tan estraña peripecia y otras mil bellísimas singularidades no se estiman cual es debido porque se oyen por primera vez en la infancia y se leen por lo comun no en el divino original sino en áridos extractos, en los cuales se pierden ó al menos se oscurecen infinitas bellezas de la obra dictada por el Espíritu Santo.

Jonatás es un personaje de embelesadora novedad. No recuerdo en los tiempos de la caballería, tan fecundos en héroes de estraordinarias fazañas, uno que compararse pueda con el hijo de Saul cuando hablaba con su escudero y ambos arremetian con prodigiosa heroicidad entrándose como dos rayos por el campamento de los incircuncisos, que á su flamígero paso convertian en un campo de muerte. Esta hazaña por poco le cuesta la vida despues de haber henchido de gozo á todo Israel. Su padre habia hecho un voto imprudente; él lo ignoraba y no cumplió la promesa de aquel. Celoso Dios de que se le pague lo ofrecido, se mostró airado no respondiendo cuando Saul le consultaba. El rey resuelto á desagraviar al Señor quiso averiguar en quién esta-

ba la culpa y recurrió á las suertes. Y esto es lo que á mí me parece en extremo curioso: ver á un rey y á su hijo á un lado, y al otro á todo un pueblo religiosamente conmovido esperando que la suerte decida entre él y ellos. Ya el pueblo está libre de sobresalto. El apuro es ahora entre Saul y Jonatás. La suerte designa al joven: su padre está dispuesto á darle muerte y Dios no lo permite salvando su inocencia por medio de aquel pueblo á quien acaba de coronar con la victoria mas rara é inesperada. ¿Se ha visto en los siglos algun otro suceso que se le parezca?

En la persecucion que hace Saul á David hay ocurrencias muy saladas. Pasando por alto aquello de cortarle un pedazo de la capa á todo un rey de Israel mientras estaba metido en una cueva en cuclillas ocupado en negocios de que no podia prescindir, y del otro lance algo parecido en que se le robó la lanza de la cabecera de su cama mientras dormia; acontecimientos que no solo hablan á la fantasia por su especie de gracia sino tambien al corazon por la magnánima generosidad de David y la súbita mudanza de afectos que se obra en el ánimo de su perseguidor; es notabilisima la travesura con que su muger Micol le salva la vida descolgándole por una ventana, poniendo en su lugar en la cama una estatua con la cabeza envuelta en una piel peluda de cabra que figuraba el cabello de David y cubriéndola con la ropa: segun se esperaba envia Saul soldados á prenderle y se les responde que está

enfermo. El furibundo suegro vuelve á enviar otros mensajeros con orden de ver á David diciendo: «traédmele en la cama para matarle.» Y penetrando hasta el dormitorio dichos mensajeros hallan en el lecho la estatua y la piel de cabra rodeada á su cabeza. Aquí es de considerar que los enviados del monarca al asomar por la puerta de la alcoba verian el bulto cuidadosamente arropado y se abalanzarian á él con los brazos estendidos para cojerle este por el cuello, aquel por la cintura, uno por las manos y algun otro por las piernas y llevárselo en volandas. Yo supongo que á la sorpresa y al chasco sucederia la risa en aquellos ministriles, los cuales con alegres bufonadas estarian un rato contemplando aquel monicaco donoso. ¿Y qué pasaba entre tanto en el picarillo corazon de la ingeniosa Micol? Medítelo quien quiera y tenga buen humor. Su padre le dijo: *Dixitque Saul ad Michol: Quare sic illusisti mihi?* ¿Por qué te me has burlado de esta manera?

Y luego ocurrió que sabiendo Saul que David estaba en Nayoth de Ramatha, envió una porcion de gentes á prenderle y todas ellas encontrándose con una compañía de profetas se ponian á profetizar, es decir, segun esplican varios comentadores, á cantar las alabanzas del Señor, en vez de echar el guante al inocente perseguido. Lo mas singular es que sorprendido Saul de que todos sus agentes y emisarios se le fuesen convirtiendo en profetas, quiso ver por sí mismo qué era aquello, y le sucedió otro tanto, y algo mas, pues llegó hasta quitarse

las insignias y vestiduras de rey en su arrebató profético.

No quiero pasar adelante sin advertir dos cosas: primera que las aventuras que son patrañas, por muy chistosas que sean, no caen tan en gracia como las verdaderas: segunda, que gusta mas todo lo gracioso cuando sale de boca de un hombre que lo dice sin reirse ni llamar la atención sobre sus gracias. Estas dos importantes circunstancias acompañan á todo lo que en la divina Escritura aparece agraciado y divertido, ser verdad infalible y estar escrito con la mas grave sencillez y la circunspección mas seria y majestuosa.

Hasta el origen de una terrible guerra entre Israel y los Ammonitas tiene un no sé qué de gracioso. Al rey de Ammon habia enviado David embajadores para consolarle en la muerte de su padre; y el nuevo rey creyéndolos espías se estrenó lindamente haciéndoles raer la mitad de la barba y cortarles la mitad de sus vestidos hasta las nalgas y los despachó. Estos hombres ciertamente que inspiran compasión, pero quien los viera no podria menos de sonreirse. Y he aquí que por la hazaña de las tijeras se levanta en ambos reinos una polvareda de guerra que envolviéndolo todo en sangre y en sombras de muerte, estremece con su horrendo estrépito una gran parte del Asia. ¡Cuánto cuesta una sola humorada! Así como muchas veces al vedado placer de un momento sigue la eternidad de los suplicios.

En la divina Escritura hay algunas cosas que pre-

sentan mil aspectos diversos y simultáneos. Por ejemplo la muerte de Absalon. Es trágica; y al mismo tiempo ¿quién negará que es curiosísimo y original ver á un príncipe, por cierto de rara hermosura, ir caballero sobre un mulo, y sin apearse deshacerse la compañía del animal y el cabalgante, quedando éste en el aire y siguiendo el mulo su camino? Y esto no por un solo instante, pues hubo tiempo suficiente para que un hombre que le vió fuera á donde estaba el general del ejército enemigo y platicára con él sobre si hizo bien ó no hizo bien en dejarle con vida. Entre tanto el hermoso Absalon pendiente de una encina por su célebre cabellera enredada en las ramas de aquel árbol haria lo que vulgarmente se llama pucheritos; y á la verdad que era ocasion de hacerlos, porque el caso era apurado y el dolor de la tirantez de los cabellos le obligaria á hacer doscientos visajes á cual mas peregrinos con ojos, boca y narices en medio de las contorsiones y del vehemente y veloz pataleo con que procuraria desprenderse y caer al suelo para poder huir. ¡Pero ay en vano! Al espectáculo de risa sucede el horror de la sangre, que corre por sus régios vestidos, y la pavorosa amarillez de la muerte que tiñe para siempre su antes bellissimo y animado semblante.

En el reinado de David hay un personage de pequeñas dimensiones y sin embargo interesante por ser el último vástago de una familia real trágicamente esterminada, y porque siendo tan ilustre su ascendencia ha pasado una parte de su vida en la os-

curidad y en el retiro de un hogar hospitalario hasta que el bondadoso corazón de David, tan entrañablemente amigo de su padre Jonatás en vida y en muerte, inquire si ha quedado de él sobre la tierra algun pariente, en quien pueda derramar la misericordia de su antiguo cariño. El ser reliquia de grandioso estermínio bastaba para que tuviese un no sé qué capaz de atraerse nuestras miradas de ternura; pero aún le hace mas acreedor á nuestra piadosa compasion su propia desgracia, pues el pobrecito está impedido de ambos pies. Hasta su nombre indica una especie de pequenez por lo ténue de su sonido: llámase Mifiboseth. A pesar de que semejante sugeto parece que no puede escitar mas que lástima, yo de mí confieso que cuando el infeliz disculpándose con David por no haberle seguido cuando éste huyó de Jerusalén con motivo de la rebelion de Absalón llega á contarle el chasco que le dió su criado Siba largándose sin ensillarle el asno como se lo pedia, y añade *pues yo tu siervo soy cojo*, al paso que me compadezco sinceramente de él, no puedo menos de sonreirme figurándome que le estoy viendo salir de su grande apuro con la razon alegada, la cual, á decir verdad, estaba bien á la vista. Y no se crea que el asunto era de poca importancia, pues se trataba nada menos que de desvanecer una horrible calumnia, que se le habia levantado, y de que el rey le devolviera sus bienes, cuyo dominio habia traspasado al perverso calumniador. En efecto, aquel franco y gracioso decir *pues yo tu siervo soy cojo* tuvo el feliz re-

sultado que de tal argumento esperaba el cuitadillo Mifiboseth.

De un inocente pasemos á un malvado. El rey Acab se empeña en comprar una viña, y no queriendo vendérsela su dueño, se va rechinando de furor á su palacio, y tirándose en su cama, vuelve la cara á la pared tan enfurruñado que se niega á tomar alimento. ¿No parece una muchachilla emperrada? ¡Y esto sobre un trono! ¡Qué imagen y qué pintura de la rabia! Jamás se ha puesto tan en ridiculo esta passion, jamás se ha presentado bajo un aspecto tan risible. Los ministros sí que debian volver la cara á la pared para soltar la carcajada despues de unos cuatro aspavientos de graciosa admiracion cuando al entrar en palacio á despachar con S. M. se les dijese: «el rey está en cama con la cara vuelta á la pared y sin querer comer.—¿Qué tiene? ¿Está malo?—No; no es mas que una rabieta.» Pero en las divinas páginas de la Biblia nada hay pequeño que bien luego no se engrandezca por sus inmediatas y gigantescas consecuencias. Sabido es que de esta pueril rabieta de Acab provino la desastrosa muerte de Naboth, á lo cual siguióse tremendamente la venganza del Todopoderoso sobre Acab y Jezabel y sobre su descendencia.

Creo que en todos estos sucesos que he mencionado, hay cierta donosa novedad, como tambien en el divertido espectáculo que forman dos reyes vestidos de gran gala y sentados en sus tronos en una era y delante de ellos cerca de cuatrocientos falsos

profetas diciendo porcion de cosas y manoteando muy aprisa. Esta escena, segun costumbre de la historia santa, muy pronto adquiere extraordinaria magestad y grandeza. Josafat, que era uno de aquellos dos reyes, no contento con esa gran chusma de profetas de Baal que rodeaba á su aliado Acab, le dijo: «¿No hay aquí algun profeta del Señor para que le consultemos por él?» A pesar de la repugnancia de Acab se llamó al verdadero profeta Miquéas, y este siervo del Altísimo se presentó y habló con un valor y una grandilocuencia del cielo. Se trataba de saber el éxito de una guerra que iba á emprenderse y que en efecto se emprendió y tuvo el resultado que allí mismo y en presencia de los dos reyes y de la multitud de falsos profetas vaticinó Miquéas hijo de Jemla. Esto dijo:

17. Vi á todo Israel disperso por los montes, como ovejas que no tienen pastor: y dijo el Señor: Estos no tienen caudillo: vuélvase cada uno en paz á su casa.

18. Dijo entonces el rey de Israel á Josafát: ¿Acaso no te dije, que no me profetiza cosa buena, sino siempre mala?

19. Mas él añadió, y dijo: Por tanto oye la palabra del Señor: Vi al Señor sentado sobre su trono, y á todo el ejército del cielo que le rodeaba á la derecha y á la izquierda:

20. Y dijo el Señor: ¿Quién engañará á Acab rey de Israel, para que suba, y perezca en Ramóth de Galaad? Y dijo uno una cosa y otro otra.

21. Mas salió un espíritu y se puso delante del Señor, y dijo: Yo le engañaré. Y el Señor dijo á éste: ¿En qué manera?

22. Y él respondió: Saldré y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas. Y dijo el Señor: Le engañarás, y prevalecerás: vé y hazlo así.

23. Ahora pues mira que el Señor ha puesto un espíritu de mentira en la boca de todos tus profetas, que están aquí, y el Señor ha pronunciado males contra ti.

24. Acercóse entonces Sedecías hijo de Chanaana, y dió un bofeton á Miquéas en la mejilla, y dijo: ¿Pues qué á mí me ha abandonado el espíritu del Señor, y te ha hablado á ti?

25. Y dijo Miquéas: tú lo verás en aquel dia, cuando entrarás de un aposento en otro para esconderte.

26. Y dijo el rey de Israel: tomad á Miquéas, y que esté en poder de Amón gobernador de esta ciudad, y de Joas hijo de Ameléch.

27. Y decidles: esto dice el rey: Echad á este hombre en la carcel, y sustentadlo con pan de tribulacion, y con agua de angustia, hasta que yo vuelva en paz.

28. Y dijo Miquéas: si volvieres en paz, no ha hablado por mí el Señor. Y añadió: oid todos los pueblos.

(Cap. 22 del lib. 3, traduccion del P. Scio.)

En el capítulo sexto del libro cuarto de los Re-

yes se lee una maravilla graciosa y de una novedad incomparable. Un ejército Siro que venia á prender al profeta Eliseo, porque se averiguó que éste descubria al rey de Israel todos los planes hostiles del monarca de Siria, de repente y cuando mas confiado estaba, por el poderío sobrenatural de la oracion del profeta queda ciego, es decir, segun explica San Agustin, deslumbrado ó como decimos familiarmente turulado de tal suerte que el siervo de Dios le lleva como á niño ciegucecito á donde no queria ir, y luego le vuelve la vista en medio de Samaria para que atónito de asombro réconozca que ha sido donairosamente burlado. No me cabe la menor duda en que los israelitas locos de contento por el estupendo y trascendental chasco de sus enemigos y por la maravillosa proteccion del cielo celebrarian la original ocurrencia con mil alegres chistes. ¿Y qué no podia decir de este raro suceso un ingenio fecundo en sales y en jocosas donosuras? Los lectores de imaginacion festiva entreténganse si gustan en contemplar aquel espectáculo de risa al par que de admiracion y de asombro, que por mas que hagan no podrán formarse una cabal idea del aturdimiento, de la sorpresa y maravilla con que los Sirios se mirarian unos á otros como fuera de sí cuando luego que hubieron entrado en Samaria, dijo Eliseo: «Señor, abre los ojos de estos para que vean.» Y abrióles el Señor los ojos y vieron que ellos estaban en medio de Samaria. *Domine, aperi oculos istorum, ut videant. Aperuitque Dominus oculos eorum, et viderunt*

se esse in medio Samariæ. Y yo me complazco en admirar la generosidad con que el obrador de portentos corresponde á la fiereza y encono con que sus enemigos le buscaban para matarle. Los versículos 21, 22 y 23 con la sencilla esposicion del hecho dicen de tal perdon mas de lo que yo pudiera indicar en prolongados discursos.

21. Y el rey de Israel cuando los vió, dijo á Eliseo: ¿Los heriré, padre mio?

22. Y él respondió: No los herirás: porque no los has hecho prisioneros con tu espada, ni con tu arco para herirlos: antes pon delante de ellos pan y agua para que coman y beban, y se vuelvan á su señor.

23. Y pusieronles de comer en grande abundancia, y comieron y bebieron, y dejólos ir, y se marcharon á su señor, y los ladrones de Siria no vinieron mas á las tierras de Israel.

(Cap. 6, lib. 4, traduccion de Scio.)

Retrocederé algun tanto en el orden de los tiempos para encontrar un hombre singular y de hazañas singularísimas. Una de ellas fue enviar contra la nacion filistea una expedicion de zorras, que le habian de vengar mejor que un ejército de cien mil hombres. Ya se habrá echado de ver que hablo de Sanson, el cual con tremenda travesura aprisionó hasta trescientos de aquellos animalejos, de que abunda infinito hasta el dia de hoy la Palestina, y atándolos unos á otros por las colas y amarrando en ellas un hacecillo combustible, les prendió fuego despues de

haberlos ordenado en varios escuadrones, como un general á sus tropas cuando se prepara á dar una batalla decisiva. La impaciencia de las raposas al sentirse atadas y sin embargo con el cuerpo libre para brincar y revolverse ya á un lado ya á otro con vivaces cabriolas lo dirian sus saltantes ojos y sus orejillas tiesas. Pero en el momento que su ingenioso caudillo les dió rienda suelta, y ellas, algo mas que si las pinchasen con alfileres, sintieron el efecto del fuego aplicado á su colgante retaguardia, ¿quién es capaz de describir el escape que tomaron y la rabia y la prisa y el brincoteo que llevaban? Sería poco decir que iban como rayos, que iban echando chispas. Yo hubiera dado un tesoro por ver al escape aquellos escuadrones de zorras, que ni podian ni querian detenerse un segundo y en su carrera rápida iban dejando mil gérmenes de incendio. Alguna vez que me atormentaba un triste pensamiento me acuerdo que con buen éxito para procurarme una distraccion inocente y alegre me ponía á contemplar este incomparable espectáculo de las trescientas raposas, primero escuadronadas por Sanson en una llanura de Palestina, y luego partiendo todas á un mismo tiempo como correos de destruccion y esterminio; pero no podia olvidar que estos correos eran zorras y que iban volando y ardiendo y tirándose de las colas sin poder desprenderse unas de otras. Era la estacion en que se habia de recoger la rubia mies que cubria los campos de los filisteos, y el veloz ejército incendiador se metió entre ella, y le prendió fuego, y se es-

tendió la llama, y corrió de una en otra hacienda, de un prado en otro, y cundió por los valles y por los montes y se abrasaron los pueblos y las aldeas y las viñas y los olivos y los huertos y aun algunas casas de las asombradas ciudades filisteas. ¿Cuál fue en tanto la suerte y el fin de aquellos corredores soldados de Sanson, que tanto divierten la fantasía de quien los contempla en el principio de su campaña? ¡Ay! ¡ay! morir consumidos por las mismas llamas con que hacían la guerra á la nacion enemiga del pueblo de Dios. Esto último no lo dice la divina Escritura; ¿pero cómo dudar de que así sería? De esta manera en cada paso del sagrado testo suelen escitarse y mezclarse mil afectos diversos, lo cual es uno de los mayores triunfos á que pueda aspirar un escritor eminente.

Por no insistir mas en lo que ya llevo dicho acerca de esta indefinible mezcla de lo gracioso y divertido con lo grande, lo espantable y lo sublime, observaré que este mismo Sanson al morir á lo Sanson ha caído en gracia á todo el mundo, aunque no es posible imaginar muerte mas trágica. Tal es el efecto de su extraordinaria novedad; hacer gracioso en nuestra imaginacion lo que de suyo es tan horrible y terrorífico. Y nótese que la grata sensacion que produce en el ánimo el fin ruinoso de este héroe no es del género de las sensaciones que con alguna propiedad podemos llamar trágicas, sino que mas bien pertenece á la clase de las impresiones de jocosidad y divertimento. Y á la verdad que la fiesta que los filis-

teos hacian en el templo de Dagon para dar gracias á este ídolo porque despojado de su fortaleza cayó en sus manos el temido Nazareno, era una zambra de bullicioso regocijo, en que el pobre prisionero obligado á hacer morisquetas *ludentem*, ciego como estaba, era objeto de risa y diversion á todos los magnates de los filisteos, á sus mugeres, á sus hijos y allegados, todos los cuales llegaban nada menos que á tres mil. *Domus erat plena virorum, ac mulierum, et erant omnes Principes philistinorum, ac de tecto, et solario circiter tria millia, utriusque sexus spectantes ludentem Sanson.* Esta muchedumbre entre alegres risotadas ocupaba las ventanas, las azoteas y las galerias del magnífico edificio, cuyo patio parece que era el santuario del ídolo donde se hallaba el ínclito juez de Israel hecho juguete de un niño, al cual dijo: «Déjame reposar un momento y apoyarme en esas columnas sobre que estriba toda la casa.» Compadecido el niño accedió á sus deseos. Y aquí fue Troya. Esto es lo hermoso y lo que á todos hace mucha gracia. Conociendo Sanson que sus cabellos, signo de su prodigiosa fuerza, le habian vuelto á crecer algun tanto, se resuelve á vengar á su Dios verdadero, á inmolarsé por su patria con quien está en guerra el pueblo filisteo, y á espíar con su muerte sus culpables flaquezas, por cuyas resultas es insoportable su vida. Miradle. Ya estiende los brazos á las dos columnas principales puesto en medio de ellas: los espectadores fijando en él ávidamente los ojos, dicen entre sí: «¡Qué va á hacer este hombre!»

Filisteos, ¿qué va á hacer? Yo veo que á todos vosotros os ha entrado perlesia: vosotros y vuestro palacio estais como un borracho, que no pudiendo tenerse en pie está bamboleándose con todo el cuerpo. ¿Qué es esto? Nada; sino que Sanson ha pegado á sus columnas una buena sacudida. Allá va la segunda; y ya vienen por el aire centenares de filisteas con sus joyas y aderezos, centenares de chiquillos chillando y generales y sacerdotes de Dagon y magistrados y alguaciles y techos y paredes y todo á un tiempo y todo sobre Sanson. Se concluyó la fiesta á capazos como suele decirse. Los tres mil risueños espectadores que bajaron por escotillon hechos tortilla, ¡ay! un momento antes estaban muy lejos de pensar que instantáneamente habian de hacer un terrible tránsito de la divertida fiesta á la eternidad.

Pero dejemos ahora lúgubres meditaciones: esto para Young y Hervey: vamos nosotros á resucitar al muerto, es decir á verle cuando estaba vivo. Tenia el hombre tales chanzas que en una ocasion mató con una quijada de asno á mil de sus enemigos. Semejante hazaña tiene el mérito de la originalidad y el de la novedad, el de lo extraordinario y el de la gracia. Las circunstancias lo realzan. Atado por sus compatriotas, que por miedo le iban á entregar á los filisteos, venia al encuentro de éstos el de la prodigiosa pujanza: al verle sus adversarios armaron una algazara tumultuosa atronando hasta las nubes con su vocería de alborozo: y él rompiendo sus ataduras repentinamente cargó sobre ellos con una quijada de

asno, que fue la única arma que se le ofreció á los ojos en aquel campo, y con ella hizo en los filisteos tal destrozo que en los que no murieron en el acto quedó indeleblemente grabada la memoria de la célebre mandíbula del burro desquijarado. Los dientes de una calavera son un objeto un poco horripilante; á mí se me figura que estoy viendo en aquella quijada las amarillentas muelas y los colmillos enormes del asno, que murió ignorando la gloria que habia de adquirir su mandíbula, y vibrándose en la fulminante mano de Sanson teñidos ya en sangre de incircuncisos me parecen mas fieros que la guadaña de la muerte.

Todavía me gusta mas el verle levantarse á media noche, pasar por medio de sus acechadores enemigos, dirigirse á las puertas de la ciudad, encontrarlas cerradas y arrancándolas de quicio llevárselas al hombro y encaminarse con ellas á la cima de la montaña, que está enfrente de Hebron. Creo que á la madrugada cuando en Gaza se esparciese la noticia de que aquella noche se habia llevado Sanson las puertas de la ciudad, treparian principalmente los muchachos y las mugeres á los tejados para alcanzar á verle y descubriéndole á lo lejos subiendo el monte solo y con la descomunal carga sobre los hombros, llamarian á gritos á los demás de la casa que aún estuviesen dormidos, los cuales tirándose de la cama, á medio vestir y con los ojos no muy bien abiertos, subirian á do los otros estaban y se encaramarian en lo mas encumbrado y todos juntos es-

tarian como lelos hasta que perdiesen de vista aquella especie de gigantea vision con las puertas al hombro.

La historia profana ofrece varios ejemplos de una fuerza casi tan prodigiosa como la de Sanson. Varios de ellos se hallan recopilados en el diccionario histórico de educacion de Mr. Fillassier. De Polydamas atleta griego cuenta este autor que solo y sin armas mató en el monte Olimpo á un leon furioso, en lo cual nõ se aventajó al héroe de la divina Escritura que hizo otro tanto. El de la Grecia cogia por detrás un carro y era inutil que para menearlo se azotára fuertemente á los caballos. Milon de Crotona asistia á las lecciones de Pitágoras y en una ocasion el filósofo y los discípulos estuvieron á pique de perecer como Sanson y los filisteos. Librólos el Crotoniense, quien advirtiéndole que flaqueaba y ya se venia abajo la principal columna de aquella sala vencida por el peso de la techumbre que sostenia, él solo la detuvo al desplomarse, debiéndole la vida el filósofo y su numeroso auditorio. Tambien se dice de él con referencia á Ateneo que habiendo corrido una vez la estension de un estadio llevando acuestas un toro de cuatro años, lo mató de una puñada y se lo comió todo entero aquel mismo dia, pues su voracidad era igual á su fuerza. El emperador Maximino arrastraba solo carruajes cargados: de un bofeton hacia saltar los dientes á los caballos: despedazaba piedras entre sus dedos y sus manos partian los árboles mas corpulentos. Tenia ocho pies de altura y diariamente devo-

raba cuarenta libras de carne. De Bársabas oficial del ejército de Luis XIV se refieren cosas extraordinarias: á uno que le apretó la mano se la despedazó. Entró en la tienda de un herrador y cuantas herraduras de caballo le iba presentando el maestro las iba él despedazando, diciendo que no valian nada, pues se rompian tan pronto: mientras el asombrado herrador daba media vuelta, desapareció su yunque, ya estaba debajo de la capa del militar; y el pobre hombre asustado creyendo que se las habia con el demonio, salió huyendo de su taller sin que persuasión alguna le disuadiera de tan medrosa idea. Quiso el Delfín que en su presencia hiciera alguna prueba de su pujanza, y Bársabas lo tuvo levantado en el aire con su caballo, y luego lo fue bajando con mucho tiento al suelo para que el augusto jinete no perdiera el equilibrio.

Es innegable que se hallan en la historia profana hombres de una fuerza casi tan extraordinaria como la de Sanson; ¿pero cuál de ellos se gloriará de haber figurado como él al Redentor divino en casi todas las acciones de su vida? Su nacimiento fue anunciado por un angel cual el del prometido Mesías. Su madre era estéril; la de Jesus tenia hecho voto de virginidad. El hijo de Manué nació cuando su patria se hallaba avasallada por los filisteos; el de María cuando el cetro habia salido de la casa de Judá y estaba en manos de un tirano Idumeo. El futuro juez de Israel pasó su juventud en el retiro y en la oscuridad; el Autor adorable de la ley de gracia mientras

fue joven no quiso mostrarse al mundo. Tomó Sanson por esposa á una filistea, á cuya nacion intentaba hacer guerra; el Verbo humanado vino del cielo al seno de la sinagoga, cuyos ritos y ceremonias estaba resuelto á abolir. En el viaje que hizo Sanson para casarse, dió muerte á un leoncillo, que encontró en el camino; el Dios que descendió de los cielos para desposarse con nuestra naturaleza, despedazó al leon de la soberbia mundana con la humildad y pobreza de la cabaña que escogió para nacer. A Sanson le fue infiel su primera esposa poniendo en conocimiento de los estraños el secreto que le habia confiado; la sinagoga hizo al extranjero Pilatos conocer de la causa fulminada contra su divino Maestro. Aquella filistea se divorció de Sanson sin consentimiento de éste, casándose con otro; la Sinagoga hizo lo mismo con el suspirado vástago de la familia de David. Los habitantes de Tamnata castigaron á la infiel esposa de Sanson quemándola junto con su padre; los romanos mandados por el hijo del emperador Vespasiano cayeron sobre la deicida Jerusalén como una nube de ira celestial, y el templo de la sinagoga fue consumido por una llama inapagable. Sanson, despues de sus ruidosas victorias solia retirarse á la solitaria caverna de una roca llamada de Etam; el portentoso Hijo de la Doncella de Nazaret, á quien como á su señor obedecian los elementos, se escondia del pueblo cuando éste le aclamaba por rey en vista de sus milagros y corria á ocultarse en las grutas de los montes, ó

en la espesura de las selvas ó en la nocturna soledad del huerto de Getsemaní donde tenia sus delicias en hablar á solas con su Padre. Sanson siendo tan fuerte que con un leve movimiento de su diestra era capaz de derribar millares de soldados, se dejó atar con tranquila mansedumbre por sus conciudadanos, que fueron á buscarle á la cueva de la roca de Etam para entregarlo á sus enemigos; el Rey de gloria para ser la víctima de nuestras culpas permitió con inalterable benignidad que le atáran los judíos que capitaneados por Judas habian ido á prenderle en su retiro del jardin de las Olivas. Sanson derrotó á sus enemigos con una cosa tan despreciable como una quijada de asno; y nuestro Salvador venció á las potestades del infierno en un madero tenido por muy infame. Sanson encerrado en la ciudad de Gaza parecia haber caido para siempre en poder de sus contrarios cuando levantándose de repente á media noche no solo se burló de ellos sino tambien cargó con las puertas, en cuya cerradura confiaban sus perseguidores; el Vencedor de la muerte se levantó asimismo y casi á la misma hora del sepulcro, con cuyo sello y guardia de soldados romanos creian los fariseos tenerle asegurado, y él no solo hizo vana la vigilancia de sus centinelas sino que tambien, removida la losa de su tumba, sacó del limbo consigo innumerables almas de justos resucitados. Sanson fue entregado á sus enemigos por la traidora Dalila, á quien amaba sin tino; al Salvador de los hombres uno de sus mas favorecidos apóstoles pagó con se-

mejante felonía el amor que le profesaba. Sanson muriendo cubrió de luto á la nacion filisteá con el destrozó que le causó en aquel trance; y el Dios crucificado al morir se mostró mas fuerte que nunca, venció á los príncipes de las tinieblas, triunfó y con la inmolacion de sí mismo, rompiendo nuestras cadenas, aseguró en las sienes de su querido pueblo cristiano una corona de gloria inmarcesible.

Tanta es la grandeza y misteriosa escelsitud de lo que en la Escritura parece menos grave y de menos augusta significacion. Asi todo se hermana en la Biblia de una manera admirable. El Génesis refiere dos acontecimientos tan grandes que no solo no han tenido igual sino que se sabe de positivo que no lo tendrán jamás. Lo particular es que siendo el uno el suceso mas espantoso que han visto los siglos, y el otro la comedia mas original que haya representado el género humano, se hallan casi juntos en aquel libro, cuyos son esclusivamente y que prescindiendo de lo que enseña acerca de él la religion, aunque no se atendiera mas que á la soberana importancia y belleza de su contenido merecia el renombre de divino. Diluvio y torre de Babel. ¡Qué dos cosas para leerse una en pos de otra! No parece sino que tienen esta colocacion para que si el lector se ha penetrado de espanto con la muerte del antiguo mundo debajo de las aguas vengadoras de la ultrajada justicia eterna, disipe su impresion terrorífica, respire, se distraiga, se divierta y se alegre con el graciosísimo espectáculo que ofrece el campo

de Senaar. Allí estaba lo que habia entonces de linaje humano. Sin embargo debia ser una muchedumbre inmensa, porque la empresa que acometia necesitaba una infinidad de operarios, pues el proyecto era hacer una torre que llegase hasta el cielo. Fortuna fue de ellos que en la tierra no habia otros hombres que con los brazos cruzados y meneando la cara contemplasen su obra sonriéndose. Pero lo que no se hizo en aquel tiempo, lo podemos hacer nosotros. No todas las meditaciones han de ser sobre objetos serios. Muchas veces está la cabeza cansada de pensar en los caprichos del dia y sería bueno irse con el pensamiento allá donde estuvo Babilonia y presenciar el afan de la descendencia de Noé en levantar su torre hasta el cielo. ¡Hasta el cielo! ¡Hasta el cielo! Así se han de hacer las cosas, muy en grande. Siempre se ha dicho que es delgadita la línea que separa lo sublime de lo ridículo. Empero lo ridículo tiene tambien su mérito: si no lo tuviera no se harian caricaturas, ni Quevedo ni Polo de Medina y otros innumerables poetas hubiesen descrito hombres y mugeres ridículamente forjados en su cerebro.

La divina Escritura no se propone hacernos reir; pero tampoco nos prohíbe figurarnos lo que sucedió en la Torre de Babel el dia que se levantaron todos los hombres de entonces hablando una sola lengua y entendiéndose perfectamente, y cuando mas afanados estaban en su insigne tarea, de repente se armó entre todos ellos un guri-guri, ó mejor dicho, una inmensidad de guri-guris flamantes. La novedad que

esto causó en aquellos señores y los encuentros y conversaciones de unos con otros con sus respuestas en diversa lengua tambien inventada en aquel acto y no entendida por el interlocutor, las lindezas que se les ocurririan al representar involuntariamente aquella gran comedia de barahunda, las graciosas gesticulaciones con que manifestarian su asombro, su improvisada resolucion de abandonar aquella casa de locos dejando á la mitad la fábrica que habia de trepar al cielo y su cómica despedida para irse cada uno por su lado en busca de aventuras; he aqui para el lector varios puntos de divertida contemplacion, en la cual para dejarle á sus solas doy fin á este capítulo diciendo que de tan agraciada escena resultó el que se poblaran las solitarias regiones de este globo, el que la gran familia de los hombres se dividiera en diferentes sociedades, que hoy llamamos naciones, separadas unas de otras por la diversidad de idioma, el que se cultivára la redondez de la tierra y se esplotáran para el comercio los variados tesoros de sus entrañas, y por último el que la humanidad, personificada en nuestro siglo toda ella en el admirable cardenal Mezzofanti, tuviera la riqueza de poseer una hermosa muchedumbre de lenguas.



CAPITULO XIV.

Guerra.



Parece que hay en nuestros corazones una singular contradiccion en que tal vez no se haya reparado. Somos los hombres naturalmente amigos de la paz, y el solo peligro de perderla es cosa que hace estremecer; de manera que aquellos mismos cuyo grande interés está cifrado en que haya guerra, porque de su resultado pende su fortuna y la de sus hijos, quisiéranla muy lejos de la provincia donde habitan. Si llegan á oirse algunos tiros en una ciudad, lo comun y lo natural es cerrar todos los vecinos las puertas de sus casas, atrancar todas las tiendas y asomar media cabeza por las ventanas entreabiertas, azorarse los unos, sobresaltarse los otros, consternarse las madres que no tienen delante á sus hijos, prorumpir las esposas en acongojadas exclamaciones temblando que á sus esposos suceda algo adverso en la calle, hacer las viejas mil aspavientos de susto, y palpar los pechos y demudarse los rostros á las tímidas jóvenes, que en vano luchan con-

sigo para ocultar algun tanto por cálculo y recato la afanosa angustia de sus almas.

Pues bien, esas mismas personas tan despavoridas al oír unos tiros, escuchan con gusto y hablan con cierto regodeo de campos de batalla hechos rios de sangre; de cargas á la bayoneta en que los combatientes caian á millares; de encuentros de la caballería con el enemigo en los cuales el degüello fue rápido y horrible; de sitios en que las bombas arrasadoras no perdonaban al inocente niño, ni al desvalido anciano, ni á la muger en cinta, ni al hospital que se desploma sobre los inmóviles enfermos, ni á la iglesia que coje bajo sus ruinas á los sacerdotes y al pueblo que clamaba misericordia..... Si aún se duda de que la guerra oída es grata al ánimo y á la imaginacion, recuérdese con cuán ávida curiosidad preguntamos los pormenores de las batallas á los que se han hallado en ellas, dándonos por muy satisfechos si conseguimos formar clara idea de la posicion de los ejércitos, de las evoluciones, del furor de la arremetida, del estruendo, del humo y polvareda, de los horrores de la lucha, de los heridos, y de la espantosa muchedumbre de muertos mutilados y bañados en sangre.

¿Y qué diré de la guerra escrita? Que es como el alimento de toda nuestra vida. Apenas sabemos leer en nuestra propia lengua, cuando ya Quinto Curcio y Tito Livio con las hazañas de griegos y romanos pugnan por entrársenos en la cabeza, que es una plaza fuerte, donde al cabo de dos ó tres años

de repetidos asaltos se nos introducen con las vencedoras huestes de los Alejandro y de los Escipiones. Luego viene el piadoso Eneas á contarnos la ruina de su Troya, como si le mandáramos renovar su infando dolor. Llega en seguida el patriarca del Parnaso, y nos hace derramar lágrimas sobre el polvoriento cadáver de Patroclo. Y Silio Itálico y Lucano acuden cual tropas auxiliares á no dejarnos salir del campo de batalla.

Si de los poetas volvemos á los historiadores, nos vemos envueltos en una terrible polvareda de vándalos, de alanos, de germanos, de godos, y de ostrogodos, que corren por el mundo como eternos torbellinos de guerra. Entre sus descendientes aún retumba el ronco fragor de guerra; en todo el orbe y en todos los siglos guerra y mas guerra. Si vamos á visitar el sepulcro del Salvador, allí encontraremos el mundo de la barbarie luchando á brazo partido con el mundo de la galante y religiosa civilizacion. Si Milton nos lleva al cielo, hasta en el cielo nos hará ver una guerra de peñascos que vuelan por los aires, y son las balas que usan sus ángeles y sus demonios.

¿Y renunciaríamos á los placeres mentales que nos proporciona la deleitable lectura de esa infinidad de libros, donde se pinta y se inmortaliza la guerra? No por cierto. La guerra es como el alma de la historia y de la poesía épica. No exagero. Cójase un libro de historia y compárense las páginas de la guerra con las páginas de la paz, ó mejor dicho, el efec-

to ó sensacion que en nosotros producen estas y aquellas. Es casi seguro que las de guerra ocuparán nuestra atencion mucho mas que las otras. Por ejemplo, el reinado del pacífico Fernando VI ha sido indudablemente uno de los mas hermosos y felices que haya gozado España; pero leído no tiene el interés que ofrece cualquier otro en que nos horripile el rudo choque de las armas. Los diversos lances de la guerra tienen el corazon como cuando se lee ó se ve representar una tragedia, es decir, en continúa conmocion agradable, á la cual es sumamente aficionado, hasta llegar á quejarse de todo autor que no lo recalienta y conmueve diciendo para calificarlo de insípido: «Me deja frio:» Tal es la índole de nuestros corazones.

¿Pero en qué libro del mundo tendrá la guerra las bellezas y el encanto con que se ostenta en la Biblia? Abrámosla por cualquier parte. — «Toma de Jericó. — El magnánimo Josué se acerca á reconocer esta plaza enemiga, y se encuentra con un guerrero imponente, en cuya mano brilla una espada desnuda; encárase con él y le pregunta: ¿Quién eres tú? ¿Eres nuestro ó de los enemigos?—Soy el que capitaneo las huestes del Señor, y ahora vengo..... Cae en tierra Josué y adorándole dice: ¿Qué es lo que mi Señor habla á su siervo?—Descálzate, porque el lugar en que estás es santo. En tus manos he puesto á Jericó, á su rey y á todos sus defensores valientes.»

¡Qué majestad! El autor de la mas sublime epo-

peya podría vanagloriarse de haber inventado la extraordinaria imagen de este par de guerreros. ¡Cuán terrible sería el marcial aspecto de aquella vision, que se presenta á Josué con espada en mano! Pero el caudillo israelita le hace una pregunta que indica su ningun miedo, y manifiesta un ánimo impertérito y dispuesto á luchar cuerpo á cuerpo con aquel formidable desconocido en caso de ser enemigo. Esta arrogancia digna del mas valeroso caballero de la edad media, digna hasta de aquel rey-héroe de Inglaterra, que por los extraordinarios arranques de su bravura mereció llamarse *Corazon de leon*, es muy sublime verla súbitamente convertirse en humildad y adoracion profunda. ¡Valiente Josué, qué te sucede! ¿Te derriba el oír una palabra? ¿Dónde es ida tan pronto tu altivez majestuosa? ¿Así te postras á los pies de ese guerrero, á quien mostrabas no temer?..... ¿Y qué monte del firmamento no se inclina respetuoso ante su Dios?

¡He aquí en Josué el valor y la religion! ¡He aquí el poderío en el representante de la Divinidad! ¡O magnífica sorpresa la del caudillo de Israel! Creia no tener gefe superior á él en el ejército que manda, y se encuentra con un general del mismo ejército, pero de una gerarquía infinitamente elevada y misteriosa, señor y árbitro del universo, que como tal le da el triunfo, y le dicta sus órdenes para la toma de aquella ciudad sentenciada á esterminio.

Veamos un nuevo modo de sitiar y rendir las plazas fuertes: el general enemigo ha ordenado una

procesion en torno de la plaza, va de vanguardia la juventud guerrera, mas sus espadas no harán mas que reverberar fulgurantes con los reflejos del sol, no descargarán un solo golpe de muerte; marcha en el centro el arca del Señor en hombros de sacerdotes, delante de ella siete ministros del santuario hacen resonar siete trompetas sonoras, y forman la retaguardia los niños, los ancianos y las mugeres; y así, guardando el mas profundo silencio, dan vuelta al derredor de Jericó. Los defensores de esta correrian á los muros y á las puertas á rechazar al enemigo; subirian á los tejados todos sus habitantes á ver por sus propios ojos la llegada y estraña formacion del ejército invasor.

Dejo á la consideracion de los lectores los diversos movimientos de asombro, de sorpresa, de sobresalto y hasta de risa que se sucederian en aquellos corazones, viendo el singularísimo espectáculo de guerra que concluyó con placidez impensada, volviendo á su campamento aquella procesion inofensiva. Esta escena estravagante, repetida por seis dias consecutivos, sería una especie de comedia para los ya tranquilos espectadores de Jericó. ¡Pero ay del que se rie de la locura de los consejos de Dios! ¡Ay de la insensata ciudad que no ha comprendido que la dilacion de su ruina es tiempo de penitencia! ¡Ay de la ciudad soberbia! Ignora que el poderoso en prodigios elige lo mas flaco del mundo para mostrar en lo debil su omnipotencia divina! Ignora y rie y se burla, y se aumentan las risas y los sarcasmos cuan-

do al séptimo día observa que en vez de una da siete vueltas el pueblo sitiador en torno de sus muros. La mofa y el menosprecio han llegado á su colmo, cuando de improviso Jericó se desploma sobre sus habitantes. Se oyó un estruendo de mil y mil trompetas y un terrible clamoreo del pueblo de Israel, y mugieron sordamente las entrañas de la tierra, y bambolearon las torres, y retemblaron las casas, y al instante se derrumbaron los muros de la ciudad, y sus ruinas pusieron fin repentino á la risa de sus moradores. Por entre calles de escombros corrieron las espadas triunfantes, y con ellas la muerte y el esterminio: se entregó al fuego el sangriento cadaver de Jericó, y el viento desparramó sus maldicidas cenizas. Así combate Dios.

La intervencion de la divinidad en las guerras es un ornato tan hermoso y magnífico, que los poetas lo han creído indispensable en el poema épico, inventándolo los paganos, que hacian intervenir sus dioses en todas sus epopeyas. Allí nos encanta leerlo, aunque estamos persuadidos de que todo ello es una grandiosa patraña del escritor. No siendo verosímil para nosotros, como lo fue para el vulgo antes del cristianismo, es muy extraño que nos guste, porque solo agrada lo que tiene alguna apariencia de verdadero; y así es preciso que esas mentidas deidades del paganismo tengan alguna cosa que en gran manera compense la falta del inestimable requisito de la verdad. Prescindiendo del brillante ropaje con que el poeta las viste, creo que la causa de su atrac-

tivo está en la propension del hombre á admirar y amar lo sobrenatural, y aun lo que se le presenta como tal aunque realmente no lo sea.

En apoyo de esta observacion pudiera citar la historia de una multitud de heregias (anteriores al protestantismo), cuyos fautores se conciliaron una extraordinaria autoridad sobre sus ilusos adeptos fingiendo visiones y revelaciones urdidas con mas ó menos destreza. Sabido es que Montano queria ser tenido por el Espíritu Santo, y que el delirio de autorizarse con lo sobrenatural llegó en algun otro herejarca hasta el absurdo estremo de suponer que sus concubinas predilectas tambien eran deidades; pero no es este el lugar de estenderme sobre la materia, bastándome recordar que con el caracter de profeta alucinó Mahoma á las ignorantes turbas de la Arabia. Pues si tanta es la magia de la mentira cuando se pinta con el colorido de lo sobrenatural, ¡cuán poderoso será el hechizo de la verdadera Divinidad cuando en las sagradas páginas de la Escritura se nos presenta peleando de un modo digno de su infinita omnipotencia!

Contra Gabaon se coligan cinco reyes; vuela Josué al socorro de la estrechada Gabaon, y cae sobre sus sitiadores como nube de tempestad sobre la mies indefensa; el Señor envia cobarde espanto á los corazones de los reyes y ejércitos confederados, que puestos en vergonzosa fuga dejan su campamento hecho un lago de sangre: Josué los persigue fulminando mil muertes, y Dios desde los cielos les arroja

airada lluvia de piedras; y el capitán hebreo, viendo que va faltando el día al hambre de su espada, manda al sol que se detenga, y le obedece el sol; manda á la luna, y le obedece la luna.

¿Qué guerrero de la antigüedad ni de los tiempos modernos querrá que se le parangone con este guerrero de la Biblia? ¡Cuán pequeño parecería á su lado! ¿Quién levantando la espada detiene con una voz el curso de los astros? *Sol contra Gabaon ne movearis; et luna contra vallem Ajalon.*

Soldados de Dios son el sol y la luna, los mares y los vientos, las tempestades y el fuego, los ángeles y la muerte.....

Sennaquerib le insulta por escrito, teniendo sitiada á la dolorosa Jerusalén; el virtuoso rey Ezequías corre al templo con aquel pliego de blasfemia y de abominacion, y lo abre y estiende al pie del altar para que el Escelso en vista de tamaño delito coja la vara de su furor. Aciaga noche tiende su fúnebre manto sobre la faz de la tierra, y Dios á la hora del universal silencio llama á uno de sus ángeles, le ordena el cumplimiento de su voluntad soberana, y el ángel, sin turbar el tranquilo sueño de la naturaleza, degüella rapidísimamente con su flamígera espada ciento ochenta y cinco mil asirios. Viene la aurora, se levanta el poderoso rey Sennaquerib, y á todo su ejército ve durmiendo el sueño de la muerte.....

La guerra, que de suyo es horrorosa, es, con respecto á los que la leen en un libro, tanto mas grata y mas bella cuanto mayor es el estrago y mayor

la rapidez con que se ha ejecutado. Y ved aquí una de las cosas que hacen magníficas las campañas que concluía en favor de su pueblo el Dios de las batallas: rapidez y grandeza de estrago son circunstancias que regularmente acompañan á las lides en que de algun modo se descubre la mano del Omnipotente.

El terror y el espanto son tambien guerreros del ejército de Dios, que enviados por él á los pechos del enemigo, auxilian maravillosamente á los que han implorado la proteccion del cielo. De los muchos pasajes que podria ofrecer por ejemplo, ya uno he mencionado arriba, y aún vamos á ver esto mismo con mas claridad en la victoria de Abías. «Mientras Abías peroraba, Jeroboám, rey de Israel, estendia sus batallones con el fin de envolver al ejército de Judá, sin que se notase este movimiento hasta que el peligro se hizo inminente. Entonces se levanta una grande gritería, Judá invoca al Señor y clama que le socorra, tocan las trompetas los sacerdotes, y Dios oye el clamor de su pueblo. Penetra repentino espanto los huesos de Jeroboám y de los suyos, los desordena, los pone en fuga. Abías los persigue, Abías los acuchilla, Abías los destroza, y la muerte devora á todo el ejército de Israel.»

Aún es mas bello y extraordinario el prodigio que obró el Altísimo para vencer á los madianitas por medio del ingenioso y denodado Gedeon. Seguro de la victoria este ilustre caudillo, da á cada uno de sus trescientos soldados unas armas de nueva invencion,

instruyéndoles acerca del modo singular con que han de manejarlas; rodea á media noche y con el mayor silencio el campamento enemigo, estendiendo su línea y haciendo alto á muy corta distancia; duerme profundamente el innumerable ejército madianita; y con ruido repentino suenan á un mismo tiempo las trescientas trompetas de Gedeón; sus soldados rompen unas con otras las tinajas de barro; al estruendo despiertan despavoridos los madianitas, y ven cerca de sí y agitándose en el aire unas llamaradas de fuego: la oscuridad de la noche, el estrépito de las trompetas, el terror, el espanto, la sorpresa, la confusión los ciega; las encendidas teas de los israelitas se les figura un ejército de fuego. «La espada del Señor, la espada de Gedeón,» es el grito que los atruena. Corren á las armas y luchan unos con otros creyéndose enemigos. Crece el desorden, y el espanto crece: el furor no distingue, se atropella, se arremolina, destroza con ímpetu loco cuanto encuentra su espada. Los cadáveres se amontonan, y la lucha se encarniza y prolonga. ¡Cuánto horror! ¡Cuánta muerte y estrago! Un ejército de ciento treinta y cinco mil hombres, que aquella misma noche dormían plácidamente, yace nadando en su sangre, y sus restos huyen azorados y perseguidos, y al despuntar el día serán acuchillados.

La Escritura dice que el Señor envió su espada á los reales de Madián. *Immisit Dominus gladium.* El encontrar en la narracion de la Biblia esta sublime frase, tan rica de sentido, tan preñada de verdad,

energía y grandeza, es para mí un hallazgo muy precioso, porque espresa y confirma plenamente la idea que llevo indicada al contar el terror y el espanto entre los guerreros de Dios. Lo que el Señor de los ejércitos envió al campo de Madián fue espanto, y ceguera, y confusión, y desorden, y á esto llama su espada.

Aunque prescindiera de las muchas bellezas é imágenes altamente poéticas de que abundan las batallas de la historia del antiguo Testamento, el hallar en ella esta clase de guerreros de un orden tan elevado, me haría creer que sus guerras literariamente consideradas se aventajan muchísimo á cuantas puedan leerse en historias profanas.

Otra prenda muy preciosa tienen las guerras del pueblo de Dios: la de interesar el corazón. He tocado un punto difícil de explicarse, por lo cual lo que ahora necesitaba más que palabras y raciocinios era que todos los lectores tuviesen un alma muy sensible, y que con ella más que con los ojos leyeran la consternación de aquel pueblo continuamente afligido por los duros reveses de la guerra. El resultado de ésta no era el de mudarse únicamente las instituciones políticas del país, ó el personal del gobierno: tratábase de perder ó conservar la religión, la libertad, la hacienda, la patria y la vida. Sus enemigos le esclavizaban con bárbara ferocidad; era insopportable su tiránico dominio; las naciones, cuyo inhumano yugo se proponía sacudir, tenían mucho de irracionales; los madianitas, los amalecitas, los filis-

teos, los ammonitas y tantos otros pueblos belicosos, con cuyo férreo brazo castigaba el Señor los pecados de la ingrata descendencia de Jacob, distaban infinito de la suavidad de costumbres introducida por el cristianismo, y su opresion era para los israelitas harto mas temible que para otros paises, cuyos usos, leyes y religion se pareciesen algo mas á las del vencedor. La sociedad judáica se hallaba con respecto á las otras en un estado escepcional. Tenia su corazon apogado, aun en las épocas de su mayor estravío, á ciertos intereses que pudieran llamarse del alma, y que eran un legado de la Divinidad. Y no se crea que me refiero únicamente á su ley y á su templo querido, que tantas lágrimas les hizo derramar; hasta la tierra en que habian nacido, además del cariño y entusiasmo que les merecia como patria, era para ellos una posesion que Jehová les habia dado á fuerza de milagros, una heredad que el cielo habia prometido repetidas veces á sus célebres antepasados, una conquista debida en gran parte á las hazañas de sus mayores, y conservada con el heroismo y las oraciones de sus padres. ¿Cómo no habian de amar entrañablemente el suelo que habitaban, si todo él estaba como sembrado de gloriosos recuerdos? ¿Cómo no habian de amarle si sus montes, sus valles, sus campos, sus fuentes, sus rios y hasta sus piedras respiraban el celestial perfume y la santificadora magestad de un Dios tantas veces aparecido en aquellos lugares, donde amorosamente hablaba con los pastores abuelos del sábio virey de Egipto? Sus fiestas, sus

sacrificios, el arca de la alianza.... ¡Ay, el arca de la alianza! ¡Cuán doloroso les sería verla en las manos impías del idólatra enemigo!

La sencilla narracion de lo que pasó cuando los filisteos se apoderaron del arca veneranda, me parece que por sí sola, sin comentario de ninguna especie, dirá á nuestros corazones algo de lo que sentia Israel en semejantes circunstancias lúgubres. Para que no se imagine que recargo los colores del cuadro ó que tal vez escribo con apasionada viveza, voy á copiarla de una obra didáctica, de mi traduccion de la *Historia razonada de la Religion*. Dice así.

«Poco despues los filisteos, perpétuos enemigos de los israelitas, vinieron á atacarlos: fueron éstos vencidos, y perdieron cerca de cuatro mil hombres en el combate. Este desastre produjo una profunda sensacion en los ancianos de Israel, que se juntaron en consejo: preguntábanse unos á otros por qué el Señor los habia afligido con tamaña pérdida. Creyeron que la presencia del arca les alcanzaria victoria, y la llevaron á los reales. Obligacion de los hijos de Helí era acompañarla: al verla llegar prorumpió todo el ejército en gritos de alborozo, seguro como estaba de que con esto tenia por suyo el triunfo.

Al oír los filisteos aquella gritería preguntaron la causa de tan festiva algazara, y en sabiendo que el arca del Señor estaba ya en el campamento israelita, llenáronse de pavor. «¡Ay de nosotros! decian. ¿Quién nos salvará de las manos de aquel Dios poderoso? Él es quien en otro tiempo destruyó todo el

ejército egipcio.» Sin embargo, se envalentonaron de nuevo sus corazones, y se animaban mutuamente á combatir con denuedo. «Esforcémonos para que los israelitas no nos hagan sus esclavos, como ellos lo han sido nuestros.» Era la voz repetida en todas las filas.

Dióse la batalla, Israel fue deshecho porque el Señor estaba irritado con él; treinta mil perdieron la vida; el arca fue hecha prisionera, y perecieron los dos hijos de Helí. Aquel mismo dia un fugitivo corrió hasta Silo, donde estaba el sumo sacerdote; entró en la ciudad con los vestidos desgarrados y cubierta de polvo la cabeza; refirió aquella lamentable catástrofe, y al oirla resonaron por todas partes dolientes alaridos.

Estaba Helí en aquella ocasion sentado en su silla y con la cara vuelta al camino, porque su corazón le palpitaba presagiándole lo que iba á suceder con el arca: oyó un ruido confuso, y preguntó qué era aquello; se le presentó el fugitivo, y le dijo que venia de la batalla. «¿Qué ha sucedido, hijo mio?» le preguntó el sacerdote. Y respondió aquel hombre: «Israel ha huido delante de los filisteos; una gran parte del pueblo ha sido destrozada; han muerto tus dos hijos, y el arca de Dios está en manos de nuestros enemigos.» Tenia Helí á la sazón noventa y ocho años y habia perdido la vista. Apenas hubo el hombre nombrado el arca de Dios, cuando cayó de espaldas y quebrándose la cabeza, murió en aquel instante. Estaba en cinta la muger de Finées, y al oír

la triste nueva acometiéronla de repente los dolores del parto, y espiró al dar á luz un hijo, á quien dieron el nombre de Icabod, el cual significa *acabóse la gloria de Israel*.



CAPITULO XV.

Caracter religioso de las guerras de la Historia Sagrada.—Héroes.—Los Macabeos.



La historia de una guerra para interesar sobre manera y deleitar debe tener casi las mismas condiciones que el poema épico. La empresa acometida por una de las partes beligerantes ha de ser árdua y gigantesca; inmensos los obstáculos que han de superarse; ha de haber un héroe de primer orden, de corazón invencible, de grandes ideas, de brazo formidable, de alma de fuego, de sentimientos nobles y generosos, de hazañas dignas de memoria eterna. Le rodearán otros héroes, pero él será el sol y ellos los planetas que giran al rededor del luminar del día.

El autor que con buena pluma escriba una guerra en que brille cuanto acabo de indicar, no podrá menos de vivir con ínclito renombre en las edades venideras. Así debe Solís su inmarcesible laureola al argumento verdaderamente épico de su obra. El heroísmo es el imán de la admiración y del encanto. Los horrores de la guerra son una noche tempestuo-

sa, y el heroísmo la antorcha que la ilumina. Los héroes reinan en el palacio de la inmortalidad; y yo creo que entre ellos los de la sagrada Biblia llevan mejor diadema y el manto régio mucho mas esplendoroso.

Héroes hay que sobre su vestidura de gloria tienen horribles manchas. Aquellos, cuya espada se ha ensangrentado en pueblos inocentes, aquellos, cuyos rayos ha vibrado una ambicion desmedida, aquellos, cuya carrera de triunfo va acompañada de una crueldad supérflua, aquellos, cuyo ímpetu belicoso tiene por blanco al oro y derriba por alcanzarlo la muralla enemiga, no merecen que al pasar por delante de ellos nos inclinemos con ademán reverente. Los verdaderos héroes son los que la religion inspira, los que se ostentan sin mancilla que los degrade, los que hacen estribar en la virtud el edificio de su gloria. La Escritura nos ofrece muchos modelos de verdadera heroicidad; pero los que adecuadamente pudieran llamarse libros de los héroes son los que refieren las hazañas de los ínclitos Macabeos. Entremos en este magnífico templo del heroísmo.

El imperio de aquel rey de Macedonia, ante quien muda se postró la tierra, cuando este vencedor del mundo cayó en el lecho y conoció que se moria, dividióse en cuatro monarquías, una de las cuales tocó á Seleuco, cuyos sucesores dueños de toda el Asia vieron estrellarse su colosal poderío en lucha con el pequeño pueblo de Dios. Para que una guerra suscite sentimientos extraordinarios y produzca en el

alma conmociones profundas es preciso que se vea por una parte la violacion del derecho, el poder de la injusticia, la crueldad y la barbarie, y por otra la oprimida inocencia haciendo denodados esfuerzos para romper sus cadenas y derribar al gigante que la atormenta. Tal fue la guerra de los invictos Macabeos contra los reyes de Siria, guerra venida del cielo, porque la iniquidad se habia enseñoreado de Israel á manera de una inundacion, guerra sagrada, porque en ella se defendieron la religion y la patria, guerra solemne y misteriosa, porque en ella se vieron prodigios del otro mundo.

La primer arremetida fue contra el tesoro del templo. Allí estaban las riquezas de todas las familias; y al oir que el estrangero Heliodoro ministro de un rey poderoso entraba en el santuario á apoderarse de ellas, estremeci6se toda Jerusal6n. Y los sacerdotes postrados ante el altar, y el santo y venerando pontífice Onias, demudado el color y el augusto semblante, trémulo todo 6l y convulso, retratada en sus ojos la agonía de su alma, y las mugeres vestidas de cilicios y las vírgenes deshechas en lágrimas, unas y otras corriendo por las calles y muros de la ciudad consternada, y todos sus habitantes levantando las manos á los cielos, todos, todos arrancando del pecho mil suspiros invocaban á Dios y piedad le pedian con ardientes y repetidas plegarias. La oracion es buena arma de guerra: subi6 al cielo y en aquel instante el espíritu del Dios omnipotente sobrecogi6 de terror y derrib6 á la guerrera comitiva del sacri-

lego Heliodoro: y apareció un caballo con un ginete terrible ricamente vestido; y el caballo con impetu puso sobre Heliodoro ambos pies delanteros. Y el que iba montado parecia traer armas de oro. Tambien aparecieron dos jóvenes de varonil hermosura, llenos de majestad y con preciosos vestidos de gran gala, y de pie junto á él le azotaron cada cual por su lado, llenándole de heridas. Y Heliodoro cayó luego en tierra y le arrebataron todo de oscuridad cubierto y echáronle fuera puesto en una silla de manos. Y muy luego este impío se curó milagrosamente de sus llagas por la oracion de Onías, cuando sin esperanza de vida yacia agonizando y reducido á mortal silencio.

Suceso tan extraordinario, pavoroso y sublime es un prelude digno de la guerra que ha de seguirse. ¡Quién imaginaria mayor majestad y grandeza! La escena pasa en el lugar mas augusto que en el universo habia: en el templo de Jerusalén: el irresistible ministro de un monarca dominador es quien profana el santuario del Escelso para con un solo robo sumir en la indigencia las indefensas familias de una nacion entera; universal y profundo es el dolor de la santa ciudad: infinitos los sollozos y los suspiros de oracion..... El sagrado testo dice: *sed spiritus omnipotentis Dei magnam fecit suæ ostensionis evidentiam.* (Lib. 2, cap. 3.) Que el espíritu del Dios todopoderoso se mostró allí de una manera inefable y tremenda. ¡He aqui que ya interviene la Deidad! ¿De qué modo? Algunos intérpretes parece que es-

quivan el esplicarlo: esto denota mucho. ¿Se apareció allí el mismo Dios ó no hizo mas que mostrar su aterradora omnipotencia? En uno y otro caso la idea no puede ser mas alta: permítaseme decir que este mismo claro-oscuro de la grandiosa imagen es muy augusto; la respetuosa confusion en que deja nuestra mente la divina Escritura pone de manifiesto su venerable alteza y la pequenez de nuestro entendimiento. En lo que no hay ambigüedad es en la instantánea aparicion del caballo y de su formidable ginete y en la de los dos hermosos jóvenes, que descargan sobre Heliodoro una lluvia de azotes hasta dejarle espirando. ¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? ¿En qué pais se han hecho sus admirables vestidos? ¿Quién les ha dado un corazon tan valiente? ¿Venirse con azotes á todo un ministro del rey de Asia cuando mas orgulloso atropellaba al Pontífice y á los sacerdotes de Israel? Esto no es dable sino á los principes del cielo. En efecto, los espositores no vacilan en decir que eran ángeles. Si Rafael de Urbino se hubiera propuesto pintarnos tan asombroso acontecimiento, aunque he visto el original del cuadro de la Transfiguracion, no alcanzo á concebir cómo hubiera espresado dentro de la magnificencia del templo esta reunion de poderes sobrenaturales; omnipotencia divina, poderío de los ángeles, poder de la oracion, obrando todos ellos con rápida terribilidad y produciendo en el derribado Heliodoro, en el sacerdocio, en las vírgenes, en las matronas, en los ancianos y en todo el pueblo una interesantísima peripecia.

Habiendo prometido hablar de batallas de héroes, no me he subido á las regiones de la mística con la fortaleza de la oracion para el quebrantamiento de enemigas potencias. Era indispensable nombrarla, pues hace un papel importante en este primer combate, que por cierto considerado literariamente es muy bello por lo mismo que nada tiene de comun con los choques de los ejércitos de este mundo y los personajes que figuran en él son de un orden superior á la humana naturaleza. Sí, la oracion es la antigua guerrera del pueblo de Dios, y no se diga que esta santa amazona por ser invisible ha de carecer de belleza poética. La personifica su poderío, la personifican sus prodigiosos efectos, se personifica ella misma en los que la toman por arma y por escudo de la patria y de la religion. Lo diré, aunque se rian los hombres superficiales, ella es la madre de los verdaderos héroes. La que hizo invencible el corazon de los innumerables mártires que derramaron su sangre por la fe; la que inspiró á la mayor parte de los esclarecidos héroes, que en diversos siglos y naciones defendieron con su espada la religion civilizadora del mundo.

No es preciso subir al cielo y apelar á milagros para comprender cómo la oracion enciende el sagrado fuego del heroismo en los defensores de la causa de Dios: esto que parece un fenómeno es sin embargo una cosa muy natural y sencilla. El alma se enaltece en la oracion, remontándose hasta unirse con su Hacedor; y es innegable que esta elevacion es muy

conducente para todo lo grande y heróico. Quien ora debe estar convencido del valimiento y eficacia de la oracion; luego espera y el esperar el triunfo predispone para conseguirlo. Quien ora recurre al auxilio de un poder infinito; y con semejante aliado bien se puede desafiar á todos los ejércitos imaginables. Quien ora exalta su ánimo, y esta es disposicion escelente para acometer empresas sobrehumanas. Quien ora fija los ojos en la *verdad infinita*, se engolfa en el océano de la luz eterna, ve que todo lo que ha de perder muriendo es polvo, es vanidad, es leve sombra que pasa, y mas allá de esta vida descubre una felicidad inmensa. ¿Y no despreciará impávido cien peligros de muerte?

O santa oracion, por ti los Macabeos se hacen astros y gloria de su patria, baluartes de su ley, sostenedores de la nacional independenciam, ministros de la divina venganza y rayos de Dios en guerra contra la impiedad triunfante y la opresora tiranía.

Por los pérfidos amaños de los hijos de iniquidad que el pais abrigaba, entró la desolacion en el templo, la muerte en la ciudad, la apostasia en el pueblo, y la ira del pagano rey Antiocho consumia como el fuego á la arista, á cuantos no querian dejarse arrebatar por aquel torrente de prostitucion. El infierno con todos sus furores y con todos sus pecados y abominaciones ha sentado sus reales en Israel. Y Jerusalén que ya no tiene ni sacerdote, ni profeta, ni pontífice, ve su horizonte preñado de una tempestad divina, de una tempestad de guerra: ve por espacio

de cuarenta dias que corren por el aire guerreros de á caballo vestidos de sacerdotes y cubiertos de fulminantes armas y combatiendo entre sí, y lleno el cielo de muchedumbre de hombres con morriones y espadas desnudas y tiros de dardos y resplandores de armas de oro y de toda especie de corazas. *Contigit autem per universam Jerosolymorum civitatem videri diebus quadraginta per aëra equites discurrentes, auratas stolas habentes, et hastis, quasi cohortes, armatos. Et cursus equorum per ordines digestos, et congressiones fieri cominus, et scutorum motus, et galeatorum multitudinem gladiis districtis, et telorum jactus, et aureorum armorum splendorem, omnisque generis loricarum.*

Espantoso presagio. En ningun poeta de la antigüedad recuerdo haber visto una imagen mas terriblemente fatídica y sublime. El que la veia era un pueblo á quien Dios hablaba con prodigios; un pueblo pecador y sumergido en un océano de infelicidad; un pueblo que ha abandonado é irritado á su temible Jehová: un pueblo rico de extraordinarias promesas, de inefables recuerdos y de grandes vicisitudes suscitadas por las potestades del firmamento. Procuremos imaginarnos lo que pasaria en su fantasía y en su corazon viendo por cuarenta dias tan solemne, tan misterioso y aterrador augurio, y veremos arremolinarse en nuestra mente un turbion de ideas grandes. Guerra y guerreros en el cielo ¡de cuánto no es señal! ¿Cuándo han hablado mas claramente los prodigios celestiales? «Guerra, guerra» nos gritan.

Pero no teniendo un solo soldado la causa del Señor de los ejércitos ¿quién será el héroe de ella? Un venerable sacerdote llamado Matathías lamenta así los males de su patria. *Væ mihi, ut quid natus sum videre contritionem populi mei, et contritionem civitatis sanctæ, et sedere illic, cum datur in manibus inimicorum?*

Sancta in manu extraneorum facta sum: templum ejus sicut homo ignobilis.

Vasa ejus captiva abducta sunt: trucidati sunt senes ejus in plateis, et juvenes ejus cæciderunt in gladio inimicorum.

Quæ gens non hæreditavit regnum ejus, et non obtinuit spolia ejus?

Omnis compositio ejus ablata est. Quæ erat libera, facta est ancilla.

Et ecce sancta nostra, et pulchritudo nostra, et claritas nostra desolata est, et coinquinaverunt ea gentes.

Quo ergo nobis adhuc vivere?

De lo íntimo de su alma se duele de haber nacido para presenciar la ruina de su pueblo y de su adorada religion, y enumerando con sentimental energía las desgracias que ¡ay dolor! tiene delante de sus ojos horrorizados, concluye exclamando: ¿Y para qué aún vivimos? La fuerza de esta heróica resolucion de morir se comprende, pero no es facil esplicarla. Prueba de ello es que si de mil maneras se tradujese en nuestra lengua el valiente versículo en que está contenida, siempre se haria de él una traduccion

incompleta: no se conseguiria espresar en una sola frase todo lo que significa. Parece el mas heróico arranque que ha salido de pecho humano. Considérese que no se funda en motivos personales. La ruina de la religion y de la patria es lo que le impele no solamente á morir, sino lo que aún es mucho mas en tales circunstancias, á guerrear con solo sus cinco hijos contra un monarca poderoso que ha vendido por esclavos á cuarenta mil de sus conciudadanos, ha enviado cautivos á Antioquía á otros cuarenta mil de los mas nobles y en menos de tres dias ha hecho correr de otros ochenta mil la sangre.

Al pronunciar Matathías las citadas últimas palabras de su elocuente monólogo, él y sus hijos rasgan sus vestiduras, se cubren de cilicios y hacen grande, sonoro llanto. Toda viva demostracion de dolor es muy poética, y esta costumbre de rasgar sus vestidos que tenian los judíos para denotar un sentimiento vehemente de indignacion, de pesadumbre, de ira ó despecho, y que tantas veces y con tanta oportunidad se ve en los personages de la sagrada Biblia, da ahora un realce maravilloso á la patética declaracion de guerra con que los Macabeos principian la carrera de su heroismo.

Los satélites de Antíoco llegan á Modin, ciudad en que esto pasaba, intiman las órdenes de su rey, y al momento una multitud de judíos quema sacrílego incienso á los ídolos de la Siria. Los sagaces enviados del tirano se empeñan en doblegar con pomposas promesas y lisonjas la magnánima entereza del

sacerdote Matathías; pero él firme en su propósito como roca contra la cual es vano el ímpetu de los huracanes, en alta voz responde: «Aunque todas las gentes obedezcan á Antíoco; yo y mis hijos y mis hermanos obedeceremos á la ley de nuestros padres.» Dice y viendo que un judío se acerca al ara del ídolo para sacrificar, siente un dolor vivísimo y se estremecen sus entrañas y se enciende su furor segun el mandato de la ley; arrójase al apóstata y le despedaza sobre el altar; mata con igual velocidad al comisionado de Antíoco, derriba aquel ara nefanda y clamando por toda la ciudad que le sigan cuantos tengan celo por la ley, él y sus hijos abandonando todo lo que poseen, huyen á los montes á formar la primera guerrilla.

20 Allí en el desierto se les reunen otros buenos israelitas con sus mugeres, sus hijos y sus ganados: mil de ellos mueren en las cavernas que les servian de oratorio y de asilo, prefiriendo ser impunemente asaeteados al forzoso quebrantamiento del precepto del sábado. Pero así como cuando Dios ordena que baje de las alturas asoladora tempestad á castigar á los hombres, primero se ve en el horizonte una sola nubecilla negra, luego van apareciendo otras del mismo color, y por último juntándose todas ellas forman un pabellon espantosamente sombrío, que se desploma con horrendo fragor de broncos truenos resolviéndose en inundante aguacero, cuya destructora impetuosidad arrasa mieses, chozas y aldeas; no de otra suerte se congregan los fieles de Israel

á las órdenes del valeroso Matathías, quien desprendiéndose de sus escarpadas montañas tala en su ira las vidas de los pecadores, de los hijos de la soberbia y de los incircuncisos, destruye todos los templos de la idolatría, ahuyenta á los inícuos opresores y restablece por do quiera el culto del verdadero Dios.

Si me dieran á escojer entre la gloria de este héroe y la de los insignes conquistadores Sesostris, Ciro, Alejandro y Cesar, renunciaria á la laureola de estos cuatro monarcas por coronarme con la del guerrero sacerdote. ¿Por dónde se quiere medir su heroismo? ¿Por la alteza del fin que se propuso? ¿Por la santa nobleza de sus sentimientos? ¿Por lo árduo y gigantesco de su empresa? ¿Por la celeridad con que la llevó á cabo? ¿Por lo glorioso del éxito? ¿Por la escasez de recursos? ¿Por lo immaculado de la conducta? Sobre cualquiera de estos puntos que se entablára la discusion, el resultado habia de ser favorable al anciano israelita. Solo recordaré que el celo por la defensa de la religion, aunque se le considere humanamente, prescindiendo de todas sus íntimas relaciones con el orden sobrenatural, es un sentimiento mas noble y caballeroso que el deseo de enseñorearse de toda la tierra. El timbre de libertador de su patria vale mas que el de conquistador del universo. Finalmente, convendrá no olvidar que Matathías no habia seguido desde su niñez la carrera de las armas: la principiò en su ancianidad: no tuvo bajo su mando un ejército disciplinado

y aguerrido : su pequeña improvisada hueste se componia de algunos compañeros de su infortunio ; y no al número ni á la pericia militar sino á la magnanimidad y fortaleza de su corazon invicto debió las inmortales hazañas , que coronó una muerte digna del restaurador de su nacion. Murió exhortando á sus hijos á ser héroes y defensores de su ley sacrosanta.



CAPITULO XVI.

Judas Macabeo.



Fortes creantur fortibus et bonis. Dice Horacio en una de sus odas, los fuertes nacen de los fuertes. En Judas Macabeo hijo de Matathías es en quien mas cumplidamente se verifica esta sentencia del poeta venusino. Su padre le dejó trazada la senda de la gloria, y él vuela por ella llenándola del resplandor de sus hazañas. La Escritura nos dice que se ciñó la coraza como un gigante, que su espada protegía á todo el campamento, y que en sus empresas se hizo semejante á un leon.

Apolonio general de Antioco reuniendo las tropas de muchas gentes circunvecinas marcha con poderoso ejército contra el nuevo defensor de Israel. Judas lo sabe, le sale al encuentro, le da muerte en la batalla y disipa su ejército. La espada de este primer caudillo enemigo cuelga del cinto de Judas y en su robusta mano será rayo contra Siria. En esta nacion manda el ejército Serón, que ambiciona un gran nombre en el mundo: ardiendo en sed devora-

dora de vengar á los suyos, apoyado en belicosa muchedumbre de tropas auxiliares viene á la lid. Y Judas con pocos. Estos al ver la hueste enemiga tiemblan comparando su número con el contrario; pero su adalid les infunde valor y confianza en el Dios de las batallas, y arrojándose sobre el enemigo en un instante lo hace desaparecer. Admirable es la enérgica concision con que el escritor sagrado traza de una sola pincelada el acometimiento y la victoria: *Ut cessavit autem loqui, insiluit in eos subito: et contritus est Seron, et exercitus ejus in conspectu ipsius.* Los literatos inteligentes en la lengua del Lacio, que conozcan la fuerza de estas palabras, sabrán apreciar su mérito.

Las naciones vecinas oyeron con estremecimiento el nombre del Macabeo y en sus médulas se introdujo el terror. Exacerbóse la ira de Antíoco al saber la destruccion de su ejército, y para poner en campaña otro mas poderoso abrió su erario, lo deramó con pródiga largueza, y viendo que no alcanzaba para el sostenimiento de la terrible lucha, resolvió ir á hacerse dueño de las riquezas de la Persia, dejando el gobierno del reino y la direccion de la guerra á Lisias, príncipe de real sangre, á quien dió orden de esterminar las fuerzas israelitas y de no dejar en Jerusalén vestigio alguno de que hubiese existido tal ciudad. Lisias eligió para mandar la hueste á Tolomeo, á Nicanor y á Gorgias, generales de grande poderío y renombre, quienes al frente de cuarenta mil infantes y siete mil caballos entraron en

Judea. Al rumor de su llegada acudieron al campamento muchos comerciantes de diversas naciones á comprar por esclavos á los hijos de Israel, para lo cual traian plata y oro abundante. Por tan segura contaban la victoria cuantos tenian noticia de lo formidable de aquella expedicion. En los batallones del caudillo judío hubo miedo y consternacion, pues de algunos se lee que se pusieron en fuga. Habló Judas, y la llama de su heroismo prendió en los corazones de sus tímidos soldados, de modo que estaban prontos á morir por las leyes y por la patria: *His verbis constantes effecti sunt, et legibus et patria mori parati.* (Lib. 2, cap. 8, v. 24.) Hay en la historia reyes y generales, á quienes ha hecho héroes el valor de sus tropas. El adalid israelita hace héroes con su ejemplo y su palabra á cuantos le ven ó le oyen; lo que quiere decir que su frente, sus ojos, su boca, su corazon y su fulmíneo brazo respiran heroismo.

Este general es el gefe de la nacion en lo civil y en lo militar, y al mismo tiempo el pontífice supremo. Tan augusto caracter realza estraordinariamente su persona, y aumenta la belleza, el interés y el grandor de sus heroicidades. Sí, porque los hombres constituidos en dignidad escelsa, por lo regular proceden con mayor cautela al frente del enemigo, llevando en cuenta lo mucho que perder pueden junto con la vida, mientras el Macabeo es en el campo del honor el primero que se lanza á la muerte. Ni la arrostra por la conservacion de su mando ó dignidades: no se ve en sus discursos una sola pa-

labra que lo haga sospechar. Ni corre á los peligros por deseo de gloria, pues toda la de sus triunfos confiesa entusiasmadamente que es propia del Señor de los ejércitos. Quiere que sea suya la alabanza y en público se la tributa. Esta es una belleza de su carácter; un precioso distintivo de los héroes de la Historia sagrada. Prescindiendo de la sublimidad que en los héroes llevan consigo los sentimientos de religión, no cabe duda en que un héroe de singular modestia es un objeto bellissimo. ¿No es mas que heroico desprenderse de la gloria, que, como dice Chateaubriand, es la pasión de las almas grandes?

Pero séame permitido observar que la pasión de las almas verdaderamente grandes segun la religion es una gloria mas sublime, la de Dios. Desvivirse para aumentarla é inmolarse por ella en las aras de su amor y de las tribulaciones es la pasión de los santos. Para esto se necesita una profunda abnegación, á la cual tengo por heroismo. En efecto, la palabra abnegación encierra la idea de una completa victoria no solo sobre las propias pasiones reprehensibles sino aun sobre las que por no oponerse á la ley eterna nos son en cierta manera permitidas y aun laudables, pero cuyo dulce blanco es la satisfacción y engrandecimiento de uno mismo. Este sagrado triunfo sobre el propio corazón y sobre sus mas íntimas y atractivas aspiraciones siempre ha sido á los ojos de una elevada filosofía mas sublime y heroico que las inmortales hazañas bélicas de los primeros capitanes del mundo. Si en la virtud consiste el ver-

dadero heroismo y el principio de las grandes virtudes es la abnegacion; esta es hija del contemplativo trato del alma con la Divinidad. Judas Macabeo es un hombre de oracion, y ved aqui la misteriosa fuente de su heroismo.

Él y sus hermanos al ver la inminente ruina de su patria con la aproximacion del gran ejército devastador, y no teniendo que oponerle mas que unos seis mil valientes, acuden á la oracion reuniéndose para esto espresamente en Maspha, ayunando, vistiéndose cilicios y cubriendo de ceniza sus cabezas humilladas. Se abren los libros de la ley, se traen los ornamentos sacerdotales, los diezmos y las primicias, se llama á los Nazarenos, y á voz en grito se envian á los cielos estos lúgubres clamores.

Et clamaverunt voce magna in cælum, dicentes: Quid faciemus istis? et quò eos ducemus?

Et sancta tua conculcata sunt, et contaminata sunt: et sacerdotes tui facti sunt in luctum et in humilitatem.

Et ecce nationes convenerunt adversum nos, ut nos disperdant: tu scis quæ cogitant in nos.

Quomodo poterimus subsistere ante faciem eorum, nisi tu, Deus, adjuves nos?

El que así ora es un ejército que con la punta de su espada ha disipado las tropas superiores de Seron y Apolonio: y ora para prepararse á dar mas brillantes pruebas de su heroismo. Sabe de dónde le viene su valor invencible, y por eso se postra, llora y suspira para beberlo en su divina fuente. Que la

oracion sea bella, puesto que es un suave elevarse el alma á hablar con el Altísimo, no lo negará nadie que se precie de fino tacto poético. Pero la de un ejército de héroes debe ser mas que bella. Al contemplarla me hierven en la mente ideas de excelsitud grandiosa. Esplicarlas es imposible. Esta especie de visiones de lo grande y de lo bello, repito que son incomunicables. Si pudiera, no sería avaro con mis lectores; se las daría á gozar. Algunos de ellos ó tal vez muchos me entenderán y acaso gozarán mas que yo de estas delicias de la mente, y otros dirán que deliro. Entre tanto no estará de mas indicar que este ejemplo y los de todos los héroes de la Historia sagrada y los de los invictos mártires del cristianismo y los de muchos santos, como un Fernando III de Castilla, célebres en los fastos de la guerra por sus admirables heroicidades, prueban hasta la evidencia que se engañan lastimosamente los enemigos de la piedad al decir que esta es propia de ánimos apocados. Abran la historia de los tiempos antiguos y modernos; abran la historia de todas las naciones, y si aún les queda un resto de buena fe, no podrán menos de reconocer su apasionado engaño.

El magnánimo Judas Macabeo hace que vuelvan á sus casas todos los que se hallan con menos ánimo para sacrificar sus vidas y exhortando á sus valientes á pelear como leones, concluye diciéndoles que el morir en la guerra es mejor que ver las desgracias de su pueblo y de su religion; «pero cúmplase, añade, lo que en el cielo está dispuesto.»

Quoniam melius est nos mori in bello, quam videre mala gentis nostræ, et sanctorum.

Sicut autem fuerit voluntas in cælo, sic fiat.

A esta sublime conformidad del guerrero de Israel con el divino ordenamiento llamaria yo incomparable magnanimidad religiosa.

La victoria ciñe las sienes del héroe. Sus seis mil soldados dan muerte ó ponen en fuga á los cuarenta y siete mil sirios mandados por Nicanor y Gorgias. Inmenso es el botin cogido al enemigo: inmensa la alegría de Israel; y los héroes vuelven cantando el himno de alabanza á Jehová, que misericordioso ha bendecido sus denodados esfuerzos.

El príncipe Lisias traspasado de dolor por el éxito funesto de la campaña, él mismo al frente de sesenta mil guerreros de á pie y cinco mil de á caballo penetra en la Judea con valeroso propósito de sanguinaria venganza. Judas con diez mil israelitas le vence y le hace huir. Para lograrlo habia hecho al Altísimo una oracion patética y arengado á los suyos con la elocuencia que inspiran la virtud y la religion engendradoras de fortaleza y de sentimientos heroicos.

Cuanto llevo dicho acerca del Macabeo no es mas que el principio de una vida de hazañas. Estúdiense estas en los dos divinos libros que las contienen y se formará una alta idea de ese corazon impertérito, cuyas respiraciones eran otras tantas llamadas de portentoso heroismo. Perseverando en su santísimo empeño de libertar á su patria y defen-

der á su religion, fueron innumerables las batallas que dió, muchas las plazas fuertes que tomó por asalto, célebres y maestros en el arte de la guerra los generales que venció, infinitamente mas numerosos que el suyo los ejércitos que derrotó y deshizo. Voló su fama á las mas remotas regiones de la tierra, en las cuales si se admiraban los prodigios de su espada, mucho mas se alabaria la generosa caridad con que á pobres, viudas, huérfanos y ancianos enjugaba el llanto de la indigencia repartiéndoles el botin y los despojos cogidos al enemigo. He aquí lo que mucho embellece la imagen de este héroe. La religion le ha dado ese perfil de dulzura. Los héroes sin religion no son mas que una cosa terrible: con ella juntan á lo terrible lo bello y lo sublime.



CAPITULO XVII.

Belleza de las batallas.

He dicho que la historia de una guerra para ser interesante y deleitable debe tener casi las mismas condiciones que el poema épico. Una de las cosas á que mas atiende el poeta épico es á la belleza de las batallas: el historiador no puede inventarlas, se dirá probablemente al leer estas líneas; pero yo recordaré que no dicto preceptos para los escritores: lo que hago es indicar los requisitos que, á mi juicio, han de acompañar al argumento de una historia de guerra para producir gratas sensaciones.

Si se me pregunta en qué consiste la belleza de las batallas, apelaré para salir del embarazo á los que hayan leído los poemas en que se pintan aquellas con galana fantasía. Decir en qué está cifrada su belleza sería lo mismo que limitar á muy reducido término el infinito círculo de lo posible. Son bellas casi todas las que se han inventado por los hijos de inspiracion, y debian serlo porque el intento de sus autores era producir bellezas literarias, y para ello forjaban embelesadoras circunstancias, las cuales aunque deben

la vida á una invencion del poeta, deben ser y en efecto son verosímiles y por consiguiente posibles. Basta dicha posibilidad para que en general y en abstracto sea lícito hablar de la belleza de las batallas, trasladándonos del mundo de la poesía al de la mas estricta realidad. Para que se vea que no hay aquí ningun sofisma, pongo por ejemplo la lucha que se lee en el canto duodécimo de la Jerusalén del Tasso. El joven Tancredo, uno de los principales paladines de la cruzada, estaba perdidamente enamorado de la hermosa Clorinda, que vestida de guerrero militaba en las banderas del Sultán haciendo con su heróico brazo imponderables estragos en la hueste cristiana. En medio de la oscuridad de la noche y del horrendo barullo de un combate el adalid de la cruz perseguia á la heroina, ignorando que fuese su amada la enemiga fantasma, que deteniéndose en paraje solitario lidiaba con él, le heria y era mortalmente herida por él. Sintiendo la musulmana que ya se entraba la muerte en su corazon pidió el bautismo á su matador al mismo tiempo que asomaba el primer rayo de la aurora. El cristiano, aunque asaz desfallecido por la sangre que derramaba, fué á un arroyo á llenar de agua su yelmo, y al descubrirle la frente para bautizarle, la reconoció y cayó desmayado. Esta muerte de Clorinda, en la cual el poeta puso en juego delicada y patéticamente el amor y la religion, es para mí la obra maestra del Tasso. Sin embargo, no hay en ella nada inverosimil, nada que no pudiera haber sucedido.

Pero concretándose á lo real y efectivo, calculo que de las batallas contenidas en las historias de todas las naciones una quinta, cuarta ó sexta parte serán las que merezcan el honroso epíteto de bellas. Á pesar de que mas arriba dejo indicado que era imposible determinar fijamente lo que constituye esta belleza, á mí me parece que es inseparable compañera de lo heróico, de lo tierno, de lo sentimental, de lo patético, de lo sublime y de lo religioso, que todo esto en las batallas se ha visto. Un amigo que no cuidando de defenderse se ocupa en recibir el último suspiro de su amigo moribundo, un hermano que al ver caer prisionero á su hermano, corre por libertarle á encontrar la muerte en las filas enemigas, un caudillo que por desviar de los suyos la persecucion llama sobre su propia persona á la caballería contraria, poniendo su preciosa vida en inminente peligro, un general que llora sobre el cadaver del general enemigo, porque en él perdió la tierra un valiente, una compañía de granaderos que rodeada por un ejército entero muere toda ó se abre paso por entre volcanes de fuego, un gefe que mutilado y desangrándose, todavía continúa mandando é infundiendo valor á sus soldados, son bellezas que con bastante frecuencia se ven en las batallas. Bello es el terrible aspecto del dilatadísimo ejército rica y variadamente vestido; bello el rápido moverse y evolucionar de las columnas; bello el acompasado é impetuoso galope de los escuadrones; bello el centelleo de las armas, y el horrisono estampido de los cañones. Cuando cer-

ca de una ciudad se da una batalla figurada, que es lo que se llama un simulacro, concurren á verlo infinitud de gentes y hasta muchas señoras. Prueba de la belleza de las acciones de guerra. Vamos á verla brevemente en la Biblia, sin salir para ello de los dos libros de los admirables Macabeos.

Nada mas grandioso y magnífico que la descripción del ejército del joven rey Antioco Eupator cuando entró en Judea y presentó batalla al héroe de Dios. (*Lib. 1, cap. 6.*)

Et iratus est rex, ut hæc audivit: et convocavit omnes amicos suos, et principes exercitus sui, et eos, qui super equites erant:

Sed et de regnis aliis, et de insulis maritimis venerunt ad eum exercitus conductitii.

Et erat numerus exercitus ejus, centum millia peditum, et viginti millia equitum, et elephanti triginta duo, docti ad prælium.

Et venerunt per Idumæam, et applicuerunt ad Bethsuram, et pugnaverunt dies multos, et fecerunt machinas, et exierunt, et succenderunt eas igni, et pugnaverunt viriliter.

Et recessit Judas ab arce, et movit castra ad Bethzacharam contra castra regis.

Et surrexit rex ante lucem, et concitavit exercitus in impetum contra viam Bethzacharam: et comparaverunt se exercitus in prælium, et tubis cecinerunt:

Et elephantis ostenderunt sanguinem uræ, et mori, ad acuendos eos in prælium.

Et diviserunt bestias per legiones: et astiterunt singulis elephantis mille viri in loricis concatenatis, et galeæ cereæ in capitibus eorum: et quingenti equites ordinati unicuique bestiae electi erant.

Hi ante tempus ubicumque erat bestia, ibi erant: et quocumque ibat, ibant, et non discedebant ab ea.

Sed et turres lignæ super eos firmæ protegentes super singulas bestias: et super eas machinæ: et super singulas viri virtutis triginta duo, qui pugnabant desuper: et Indus magister bestiae.

Et residuum equitatum hinc et inde statuit in duas partes, tubis exercitum commovere, et perurgere constipatos in legionibus ejus.

Et ut refulsit sol in clypeos aureos, et cereos, resplenduerunt montes ab eis, et resplenduerunt sicut lampades ignis.

Et distincta est pars exercitus regis per montes excelsos, et alia per loca humilia: et ibant cautè et ordinatè.

Et commovebantur omnes inhabitantes terram à voce multitudinis, et incessu turbæ, et collisione armorum: erat enim exercitus magnus valdè, et fortis.

Brillante cosa sería ver aquel espectáculo de batalla compuesto de mas de cien mil soldados de á pie de islas remotas y de diversas naciones y de veinte mil de caballería con aquellos treinta y dos elefantes, que eran otros tantos castillos ambulantes escoltados cada uno por quinientos caballos y por mil de infantería con cotas de malla y con capacetes de metal en sus cabezas. Aquellas torres vivientes dirigidas por

un indio en sus pesados movimientos llevaban dentro de sí treinta y dos guerreros valerosos. ¡Cuánta magnificencia! ¡Cuánta poesía! ¡Cuánta y cuán rica novedad para nosotros en esos montes de guerra cubiertos de maderas fuertes y de relumbrantes armaduras y planchas de preciosos metales! ¿No se diría que cada uno de ellos es el carro triunfal de la muerte? Sí, que estas montañas fulminantes desde sus cimas vibran centenares de muertes y donde llegan acompañadas del espanto y del estrago, derrumban murallas de gente armada. Me acuerdo que en el Perú, mi patria, ví en una corrida de toros uno de estos feroces animales como vestido de un castillo de cohetes, que iba ardiendo y estallando sobre los lomos de la fiera, la cual corría desesperada y furiosísimamente; y esto me hace concebir alguna idea de lo que sería en un combate un elefante con su castillo encima y con la trompa mojada en licores estimulantes. Adviértase que esta disforme bestia es por sí sola un objeto sumamente bello, porque es extraordinario. Su figura, su tamaño, la rareza de su inquieta y flexibilísima trompa, esa mezcla de pesadez, de enfado, de orgullo, de magestad y de sorna que en él se nota, hacen en quien la contempla una impresión sorprendente. Añádase á esto que para la guerra se buscarían los elefantes mas fornidos, mas altos, mas robustos y mas bravos del Asia.

Contra tal ejército se precipitó Judas Macabeo con su pequeña cohorte, hizo en él gran destrozo, y antes de retirarse su hermano Eleazaro quiso morir

con gloria de una manera nueva y extraordinaria. Vió un elefante mayor que todos los demás, y advirtiendo que la torre, que llevaba en sus espaldas, resplandecía cubierta de oro y de armas régias, creyó que el rey con sus principales generales estaba allí dirigiendo los movimientos de su ejército inmenso. Concibió la hazaña en su mente heroica y su heroico corazón le dijo que estaba pronto al magnánimo sacrificio de su existencia. Salió pues de sus filas el que iba á oscurecer con la suya las hazañas de griegos y romanos, y lanzándose solo en las del ejército enemigo con la espada en la mano, matando á derecha é izquierda á infantes y á ginetes, se abrió sangriento paso hasta donde estaba el agigantado elefante real, y sabiendo que solo por el vientre podia herirle, se metió debajo de él, y por la desmesurada panza le introdujo heroicamente su acero. Aquel formidable animal, que parecia un navío de tres puentes, estremeciendo en derredor la tierra, cayó desplomado con su torre, sus armas y su gente, oprimiendo con su peso en el seno de su victoria y dando muerte gloriosa al héroe elefantida.

No me parece bien detenerme á descifrar la sublime belleza de esta heroicidad. No hay para qué. Quien no la vea grande y bella sobre todo humano encarecimiento, que no se empeñe en recrear su fantasía con el mental deleite que hallan en lo bello y lo sublime los entendimientos elevados, las imaginaciones privilegiadas y los corazones entusiastas y delicadamente sensibles.

Tambien sería gloria y encanto de los ojos el ver que cuando el pequeño ejército de Judas, despues de haber alentado en la oracion los fuertes corazones, marchaba en silencio meditabundo aparecia en los aires corriendo delante de él un admirable caballo con celestial ginete cubierto de una hermosa blanca túnica, con armadura de oro y vibrando una lanza. ¡Qué alborozo y qué sacro ardimiento no se levantó en los pechos de la hueste creyente con la maravillosa aparicion presagio de victoria! Por valles y por montes resonaba la bendicion al Dios de misericordia. Aquellos valientes de Israel segun la fortaleza que de arriba con la vision les vino, ya podian haber acometido no solo á ejércitos de hombres sino tambien á regimientos de tigres ó de osos y derribado con el ímpetu de su valor á murallas de bronce; asi es que arremetiendo como leones quebrantaron en un momento la pujanza del Asia, destrozando la pavorosa muchedumbre de combatientes enemigos, cuyo caudillo, el aguerrido príncipe Lysias debió á la fuga no quedar entre los montes de muertos y heridos que cubrian el campo.

La intervencion del cielo presentando en los aires un caballero, que embelleció aquella gloriosísima jornada, no disminuye el mérito relevante de aquellos campeones esforzados; lo que quiere decir es, que si hay que admirar en el aire una belleza magnífica, sobre la tierra ofrecen otra no menos grande las ínclitas hazañas de los descendientes de Jacob.

En otra ocasion se vió en una batalla un espec-

táculo mas hermoso. En lo mas reñido de la lid los enemigos con espanto vieron aparecer en el cielo cinco guerreros á caballo, brillando sus frenos de oro y mostrándose cual comandantes de los judíos. Dos de ellos poniéndose á los lados del capitán Macabeo, le cubrían con sus armas para conservarle ileso: y al mismo tiempo lanzaban en los enemigos dardos y rayos, que confundiéndolos y cegándolos los hacian caer desmayados en tierra. Esto sucedia en el combate con Timoteo conforme se pinta en el siguiente pasaje de la egrégia traduccion de San Gerónimo, donde los verdaderos literatos hallarán mas con que recrearse, pues por ellos lo copio.

At Timotheus, qui prius à Judæis fuerat superatus, convocato exercitu peregrinæ multitudinis et congregato equitatu Asiano, advenit quasi armis Judæam capturus.

Machabæus autem, et qui cum ipso erant, appropinquante illo, deprecabantur Dominum, caput terræ aspergentes, lumbosque ciliciis præcincti.

Ad altaris crepidinem provoluti, ut sibi propitius, inimicis autem eorum esset inimicus, et adversariis adversaretur, sicut lex dicit.

Et ita post orationem, sumptis armis, longius de civitate procedentes, et proximi hostibus effecti, resederunt.

Primo autem solis ortu utrique commiserunt: isti quidem victoriæ, et prosperitatis sponsorem cum virtute Dominum habentes; illi autem duces belli animum habebant.

Sed, cum vehemens pugna esset, apparuerunt adversariis de caelo viri quinque in equis, frenis aureis decori, ducatum Judæis præstantes.

Ex quibus duo Machabæum medium habentes, armis suis circumseptum incolumem conservabant: in adversarios autem tela, et fulmina jaciebant, ex quo et cæcitate confusi, et repleti perturbatione cadebant.

Interfecti sunt autem viginti millia quingenti, et equites sexcenti.

Timotheus verò confugit in Gazaram præsidium munitum, cui præerat Chæreas.

Machabæus autem, et qui cum eo erant, lætantes obsederunt præsidium diebus quatuor.

At hi, qui intus erant, loci firmitate confisi, supra modum maledicebant, et sermones nefandos jactabant.

Sed cum dies quinta illucesceret, viginti juvenes ex his, qui cum Machabæo erant, accensi animis propter blasphemiam, viriliter accesserunt ad murum, et feroci animo incedentes ascendebant.

Sed et alii similiter ascendentes, turres, portasque succendere aggressi sunt, atque ipsos maledicos vivos concremare.

Per continuum autem biduum præsidio vastato, Timotheum occultantem se in quodam repertum loco peremerunt: et fratrem illius Chæream, et Apollophanem occiderunt.

Quibus gestis, in hymnis et confessionibus benedicebant Dominum, qui magna fecit in Israël, et victoriam dedit illis.

(Lib. 2, cap. 10.)

No insistiré en el grande encanto que los prodigios llevan consigo, bastando observar que el secreto de las hazañas de los héroes para cautivarse nuestra admiracion es el ser semi-prodigiosas. No siendo, como los prodigios, raras por su magnitud y escelencia, extraordinarias y pertenecientes, si es lícito decirlo, á un orden extranatural, las mejores acciones pasan casi desapercibidas, por mucha que sea su intrínseca hermosura. Tal vez será esta una de las causas por que el divino Remunerador de las virtudes ha querido que la santidad de sus siervos vaya casi siempre acompañada de milagros. El admirable ingenio de mi llorado amigo Balmes en la última de sus preciosas *Cartas á un escéptico en materias de religion* demuestra que los enemigos de la fe manifiestan muy poca filosofia con su aversion á todo lo extraordinario que enseña el catolicismo. Si la importante materia sobre que trataba tuviese algun roce con las bellas letras, sin duda que el tan justamente celebrado escritor hubiera añadido que aquellos señores, además de insensatos, debian ser tenidos por hombres de malísimo gusto en lo relativo á bellezas poéticas. Cierto que si se quitaban del mundo los prodigios, la poesía debiera vestir el luto de la viudez y llorar sin consuelo. Sin miedo de contradiccion atendida, se puede afirmar que no hay portento que no sea bello y sublime. Bellas son y sublimes las guerras de la Biblia, porque en muchas de sus batallas brilla lo sorprendente de los prodigios. No sin advertencia he usado de la palabra sorprendente, pues no

hay milagro que no lo sea, dándose esta denominación á lo que hace la divina Omnipotencia fuera del orden natural y de un modo superior á los esfuerzos humanos. De aquí es que los milagros son siempre inesperados y producen sorpresa en el público, y muchas veces aun en las mismas almas privilegiadas que con sus oraciones los alcanzan del soberano Arbitro de la naturaleza. ¡Producir sorpresa! Esta mágia es lo que mas anhelan los escritores: el célebre Longino llega á decir: *que el fin que se propone el poeta es el asombro y la sorpresa* (*). Si logran producirla se consideran felices los líricos, los épicos, los trágicos, los novelistas. Por una imagen, por una pincelada, por una frase sorprendente quién sabe lo que darian si fueran cosas venales, porque están bien penetrados de que hacen un efecto maravilloso en sus lectores. Lo que estos aplauden tanto en aquellos, se encuentra á cada paso en las guerras del Testamento antiguo, sorpresas, é inesperados desenlaces por medio de sus frecuentes prodigios.

Sin salir de la esfera de lo humano, tambien admiro grandeza en esta misma contienda del Macabeo. Uno de los espectáculos mas terriblemente magníficos de los tiempos modernos es sin duda la quema de Moscou en 1812 á la vista del atónito ejército de Napoleon; pero á mi juicio, le escede en ese géne-

(*) No suscribo plenamente á esta asercion tan general de aquel antiguo literato; pero tampoco puede de todo punto impugnarse. Es susceptible de largas discusiones.

ro de belleza terrible la del puerto de Jope incendiado por Judas Macabeo; veíase arder á un mismo tiempo la tierra y el mar: en aquella una ciudad entera con todas sus fortalezas y en este una porcion de naves que parecian islas de fuego. ¡Qué espantosa magnificencia! ¡Qué vista! Y el ser de noche aumentaba el horror y la belleza del tremendo espectáculo. Otro tanto hizo el guerrero de Israel tambien de noche con el puerto de Jamnia y con sus muchos bajeles, y la altísima llama se veia desde Jerusalén á mas de veinticinco millas de distancia. Asaltó la ciudad de Casphin, guarnecida de muy fuertes murallas, fosos y contrafosos, y fue tal el estrago y tal el degüello que un estanque inmediato parecia un mar de sangre, y la muerte devastó con igual ruina á la temible ciudad de Efron.

Este capítulo de ningun modo puede terminarse mejor que con la insercion casi íntegra del décimoquinto del segundo libro de los Macabeos, en el cual se reunen multitud de interesantes circunstancias que embellecen la gloriosa campaña.

Nicanor autem, ut comperit Judam esse in locis Samariæ, cogitavit cum omni impetu die sabbati committere bellum.

Judæis verò, qui illum per necessitatem sequentur, dicentibus: Ne ita ferociter, et barbarè feceris; sed honorem tribue diei sanctificationis, et honora eum, qui universa conspicit:

Ille infelix interrogavit, si est potens in cælo, qui imperavit agi diem sabbatorum.

Et respondentibus illis: Est Dominus vivus ipse in cælo potens, qui jussit agi septimam diem.

At ille ait: Et ego potens sum super terram, qui impero sumi arma, et negotia regis impleri. Tamen non obtinuit ut consilium perficeret.

Et Nicanor quidem cum summa superbia erectus, cogitaverat commune trophæum statuere de Juda.

Machabæus autem semper confidebat cum omni spe auxilium sibi à Deo affuturum.

Et hortabatur suos ne formidarent ad adventum nationum, sed in mente haberent adjutoria sibi facta de cælo, et nunc sperarent ab omnipotente sibi affuturam victoriam.

Et allocutus eos de lege, et prophetis, admonens etiam certamina, quæ fecerant priùs, promptiores constituit eos:

Et ita animis eorum erectis simul ostendebat gentium fallaciam, et juramentorum prævaricationem.

Singulos autem illorum armavit, non clypei, et hastæ munitione, sed sermonibus optimis, et exhortationibus, exposito digno fide somnio, per quod universos lætificavit.

Erat autem hujuscemodi visus: Oniam, qui fuerat summus sacerdos, virum bonum et benignum, verecundum visu, modestum moribus, et eloquio decorum, et qui à puero in virtutibus exercitatus sit, manus protendentem, orare pro omni populo Judæorum.

Post hoc apparuisse et alium virum, ætate et gloriâ mirabilem, et magni decoris habitudine circa illum.

Respondentem verò Oniam dixisse: Hic est fratrum amator, et populi Israël: hic est, qui multum orat pro populo et universa sancta civitate, Jeremias propheta Dei.

Extendisse autem Jeremiam dextram, et dedisse Judæ gladium aureum, dicentem:

Accipe sanctum gladium munus à Deo, in quo de-jicies adversarios populi mei Israël.

Exhortati itaque Judæ sermonibus bonis valde, de quibus extolli posset impetus, et animi juvenum confortari, statuerunt dimicare et configere fortiter: ut virtus de negotiis judicaret, eò quòd civitas sancta, et templum perichitarentur.

Erat enim pro uxoribus, et filiis, itemque pro fratribus, et cognatis minor sollicitudo: maximus verò et primus pro sanctitate timor erat templi.

Sed et eos, qui in civitate erant, non minima sollicitudo habebat pro his, qui congressuri erant.

Et, cùm jam omnes sperarent judicium futurum, hostesque adessent, atque exercitus esset ordinatus, bestie, equitesque opportuno in loco compositi.

Considerans Machabæus adventum multitudinis et apparatus varium armorum, et ferocitatem bestiarum, extendens manus in cælum, prodigia facientem Dominum invocavit, qui non secundum armorum potentiam, sed prout ipsi placet, dat dignis victoriam.

Dixit autem invocans hoc modo: Tu, Domine, qui misisti angelum tuum sub Ezechia rege Juda, et interfecisti de castris Sennacherib centum octoginta quinque millia:

Et nunc dominator cœlorum mitte angelum tuum bonum ante nos in timore, et tremore magnitudinis brachii tui.

Ut metuant qui cum blasphemia veniunt adversus sanctum populum tuum. Et hic quidem ita peroravit.

Nicanor autem, et qui cum ipso erant, cum tubis et canticis admovebant.

Judas vero, et qui cum eo erant, invocato Deo, per orationes congressi sunt:

Manu quidem pugnantes, sed Dominum cordibus orantes, prostraverunt non minus triginta quinque millia, præsentia Dei magnificè delectati.

Cumque cessassent, et cum gaudio redirent, cognoverunt Nicanorem ruisse cum armis suis.

Facto itaque clamore, et perturbatione excitata, patria voce omnipotentem Dominum benedicebant.

Præcepit autem Judas, qui per omnia corpore et animo mori pro civibus paratus erat, caput Nicanoris, et manum cum humero abscissam, Jerosolymam perferri.

Quò cum pervenisset, convocatis contribulibus, et sacerdotibus ad altare, accersit et eos, qui in arce erant.

Et ostenso capite Nicanoris, et manu nefaria, quam extendens contra domum sanctam omnipotentis Dei, magnificè gloriatus est.

Lingua etiam impii Nicanoris præcisam jussit particulatim avibus dari: manum autem dementis contra templum suspendi.

Omnes igitur cœli benedixerunt Dominum, dicen-

tes: Benedictus qui locum suum incontaminatum servavit.

Suspendit autem Nicanoris caput in summa arce, ut evidens esset, et manifestum signum auxilii Dei.

Itaque omnes communi consilio decreverunt nullo modo diem istum absque celebritate præterire.

Aquí todo es grande y magnífico. La arrogante soberbia de Nicanor impío, que con desdeñosa altivez pregunta si hay un Dios en el cielo que haya mandado santificar el sábado, y respondiéndosele que hay un Señor vivo y poderoso en las alturas del firmamento, se exaspera su descomunal jactancia desafiando con su terreno poderío el de las potestades de lo alto; la escelsa magnanimidad del Macabeo, que muy lejos de mostrar el mas mínimo temor á las cien mil muertes que vienen contra su pecho en las aguerridas espadas del inmenso ejército enemigo, arengando á sus pocos soldados, los inflama y los arma de heroísmo mas que de dardos y escudos; la augusta solemnidad de la magestuosa vision que ha tenido en sueños el guerrero-Pontífice, la oportunidad con que la refiere en momentos tan críticos, el mágico efecto que produce su fidedigno relato; aquel heróico anhelo de poner á salvo la santidad de su templo aun antes que la vida de sus hermanos, de sus hijos y esposas; la animosa confianza con que el príncipe de Israel recurre al auxilio del Omnipotente; aquella sublime circunstancia de estar los santos combatientes hablando con Dios dentro de sus corazones al mismo tiempo que sus manos daban golpes

de muerte haciendo morder el polvo á treinta y cinco mil sirios; el fin trágico del orgulloso Nicanor, y el espectáculo horrendo de su terrible castigo, dada á las aves su blasfemadora lengua, pendiente su cabeza de lo mas elevado del castillo y colgando su yerta mano frente del sagrado templo contra el cual su exuberante arrogancia se habia atrevido á estenderla, amenazándole destruirlo; todo es aquí grande y magnífico. Sucédense rápidamente unos á otros en este capítulo una porcion de cuadros de mucha animacion y valentía perfectamente trazados. Todos ellos son entre sí muy diversos y sin embargo forman una esplendorosa cadena de antítesis, no de palabras que las de estas suelen ser algo empalagosas y muchas veces de mal gusto, sino de imágenes y pensamientos, las cuales usadas por escritores de primer orden hieren la fantasía con rayos de viva luz: á la alta-nera impiedad de Nicanor descrita en los seis primeros versículos se contrapone desde el séptimo la piadosa esperanza que en Dios ponía el humilde y denodado defensor de su patria y de su templo; al formidable aparato de armas, á la fiereza de los elefantes y á la muchedumbre de los guerreros paganos la alta idea de la omnipotencia de ese Dios invocado por sus siervos, que sin atender al número y pujanza de los combatientes, da la victoria á quien quiere (*v.* 24); al estruendo de las trompetas y á la espantosa voce-ría de las tropas de Siria la oracion de Judas y de los suyos (*v.* 25, 26). Y por último al gigantesco orgullo y poderío de Nicanor, con que el capítulo em-

pieza, la desastrosa humillacion de su derrota, su muerte y la mutilacion de su cadáver que involuntariamente recuerda estos versos de nuestro Melendez en la oda á la prosperidad aparente de los malos.

El habló, yo pasaba;

Mas al tornar por verle la cabeza,

Ya no hallé donde estaba.

¿Y qué cosa mas poética que la nocturna aparicion de los dos célebres difuntos Onías y Jeremías al capitán-Pontífice? Si no hay en ella sublimidad y grandeza, no sé dónde vayan á buscarla los que no la vean. Las apariciones de los difuntos son en varios poetas eminentes el mas agigantado esfuerzo de su talento. En Klopstock las hay asombrosas, y Ossian debe á ellas una gran parte de las bellezas de sus nebulosos poemas. Para ahorrarme el entrar ahora en elevadas consideraciones acerca de esta fáctica vision del adalid Macabeo, ruego encarecidamente á mis lectores que volviendo á leer el riquísimo capítulo que llevo copiado, al llegar á ella contemplen la solemne importancia de los personajes aparecidos, la veneranda majestad con que los pinta el sagrado testo y la diestra de Jeremías estendida dando una espada de oro al batallador de su nacion nada menos que á nombre de Dios, realizándola con el epíteto de santa, *sanctum gladium* y prometiéndole que con ella desbaratará á los enemigos de Israel.

Si con fijar la vista en algunos de los combates de un solo guerrero de Israel, tantas se encuentran

bellezas de batallas ¿cuántas no se hallarian en la historia de tantos héroes, cuyas singulares y extraordinarias guerras viven en las inmortalizadoras páginas de la Biblia? ¿Qué sería si recorriésemos los hechos de armas de tantos campeones como tuvo el pueblo de Dios desde Moisés y Josué hasta el prodigioso Sanson y desde Saul y David esclarecidos guerreros hasta la paz que habia de preceder al nacimiento del Salvador divino? Los límites á que me he circunscrito apenas me permiten presentar alguno que otro ejemplo de cada género de belleza tomándolo como al acaso de entre los innumerables que mucho mas que el diamante resplandecen en la inspirada historia del antiguo Testamento. Yo me doy por satisfecho con solo indicar el camino: seguirlo debe ser la delicia de los que habiéndose penetrado de estas breves observaciones, lean con buen gusto literario, mente despejada y corazon tranquilo aquel venerabilísimo libro del Espíritu Santo.



CAPITULO XVIII.

Episodios y otros caracteres del poema épico que se hallan en la historia de los Macabeos.



Al decir que la historia de una guerra para interesar y deleitar sobre manera ha de tener casi las mismas condiciones que el poema épico, no me he apoyado en la autoridad de escritor alguno; por consiguiente si hay en esta proposicion alguna inexactitud, yo solo soy el responsable de ella; empero, además de que la palabra *casi* pone mi asercion á cubierto de varias exigencias de los que aún deseáran verla completamente probada, y de que supongo que no se olvidará que no para toda historia de guerra sino solo para la que ha de interesar y deleitar requiero en el argumento la indicada semejanza con el poema épico, no temo seguir probando la verdad del principio literario que me he atrevido á formular como basa de estas observaciones sobre la guerra escrita.

Es innegable que los Episodios son uno de los constitutivos del poema épico, porque no hay uno que no los tenga. Llámase episodio una accion se-

cundaria en el plan del poema, sin la cual podria este subsistir; pero que tiene con él un enlace oportuno, aunque su argumento ha de diferenciarse por lo menos en algo haciendo al lector variar de objetos agradablemente. Por muy preciosas que sean las dotes de la historia de una guerra, si carece de bellos episodios, llegará á abrumar el ánimo de sus lectores con el incesante horror de las batallas y el redoblado choque de las armas. Por el contrario, si entre los cuadros pintados con humeante sangre se ven algunos otros de mas risueños colores, ó si al lado del heroismo de los campos de muerte se ostenta con interesante variedad el de las ciudades, la narracion será mas grata, mas recreativa y amena. El espíritu humano es muy propenso al cansancio: hasta en lo mas hermoso necesita variedad para no cansarse, porque su único verdadero centro es aquella inefable Beldad divina siempre antigua y siempre nueva que en la eternidad del cielo tiene absortos en un éxtasis de gloria á todos los bienaventurados. Mientras el hombre no llegue á la infinita contemplacion de la hermosura de Dios, es preciso que para su deleite busque variedad de bellezas. Así el Criador mostró su sabiduría tan misericordiosa diversificando mucho el aspecto de la naturaleza. La tierra no es toda montes, ni toda rios, ni toda ella se compone de inmensurables llanuras: los prados, los valles, los bosques y las colinas, todo está distribuido con esquisito gusto y encantadora maestría. La misma sábia mano divina trazó y con igual oportunidad

y artificio interpuso los episodios de la historia de sus Macabeos.

Como el asunto principal de ella son las contiendas bélicas entre los ejércitos de los tiranos y los fieles Assideos armados en defensa de sus leyes y de su pueblo, se puede considerar como episodio casi todo lo que pasa fuera de los campos de batalla, todo lo que no tiene una inmediata relacion con la guerra. Entre los varios sucesos de esta especie que me embelesan en los libros de los Macabeos es ciertamente uno de los mas brillantes y mas patéticos el de la gloriosa muerte del venerable anciano Eleázaro. Ya Jerusalén habia ardido y sus muros y sus casas estaban con la frente en el suelo llorando su destruccion. Las divinidades del paganismo recibian el sacrilego incienso de mil y mil apóstatas cobardes, que prosituyeron sus corazones por conservar sus vidas. Los constantes en la fe de sus mayores habian muerto acuchillados, y su vertida sangre era un aterrador testimonio de la bárbara crueldad de los tiranos. En tales circunstancias el rey Antíoco queriendo despolar una de las mas fuertes columnas de la perseguida religion, hace llamar á su mesa para obligarle á comer manjares prohibidos al respetabilísimo Eleázaro.

En la inocencia y en la santidad habian trascurrido noventa años de la vida de este anciano sacerdote, en cuya frente señoreaba la magestad de los años, en cuyos ojos resplandecia la dulzura de la virtud, y cuyas canas con el respeto que infundian,

parece que simbolizáran el augusto imperio que sobre la nacion ejercia su antigua y consumada ciencia. El doctor de la ley puesto en la estremidad de quebrantarla ó de morir en un suplicio atroz, elige resueltamente lo último, y en vano, en vano los satélites del impío monarca se esfuerzan brutalmente por abrirle la boca é introducirle con violencia los vedados manjares. El se levanta para ir al lugar del suplicio. Muchos amigos suyos movidos de una falsa compasion le ruegan que tenga piedad de sí mismo y que para no morir en el tormento, comiendo viandas permitidas por la ley, aparente que son de las ilícitas. Eleázaro sordo á los pérfidos ruegos de una amistad mal entendida desecha valerosamente la peligrosa estratagema, y pronuncia palabras dignas de memoria eterna, y vestido de santo heroismo da la vida por la religion en medio de los dolores del mas inhumano suplicio. Imposible es formar cabal idea de la belleza de este magnífico episodio si no se lee en el divino original. Helo aquí.

Igitur Eleazarus unus de primoribus scribarum, vir ætate provectus, et vultu decorus, aperto ore hians compellebatur carnem porcinam manducare.

At ille gloriosissimam mortem magis quàm odibilem vitam complectens, voluntariè præibat ad suplicium.

Intuens autem quemadmodum oporteret accedere, patienter sustinens, destinavit non admittere illicita propter vitæ amorem.

Hi autem qui astabant, iniquá miseratione com-

moti, propter antiquam viri amicitiam, tollentes eum secretò, rogabant afferrì carnes quibus vesci ei licebat, ut simularetur manducasse, sicut rex imperaverat, de sacrificiì carnibus.

Ut, hoc facto, à morte liberaretur: et propter veterem viri amicitiam, hanc in eo faciebant humanitatem.

At ille cogitare cœpit ætatis ac senectutis suæ eminentiam dignam, et ingenitæ nobilitatis canitiem, atque à puero optimæ conversationis actus, et secundum sanctæ et à Deo conditæ legis constituta respondit citò, dicens, præmitti se velle in infernum.

Non enim ætati nostræ dignum est, inquit, fingere: ut multi adolescentium arbitranter Eleazarum nonaginta annorum transisse ad vitam alienigenarum:

Et ipsi propter meam simulationem, et propter modicum corruptibilis vitæ tempus, decipiantur, et per hoc maculam atque execrationem meæ senectuti conquiram.

Nam, etsi in præsentì tempore suppliciùs hominum eripiar, sed manum Omnipotentis nec vivus nec defunctus effugiam.

Quamobrem fortiter vitâ excedendo, senectute quidem dignus apparebo:

Adolescentibus autem exemplum forte relinquam, si prompto animo, ac fortiter, pro gravissimis ac sanctissimis legibus honestâ morte perfungar. His dictis, confestim ad supplicium trahebatur.

Hi autem qui eum ducebant et paulo ante fuerant mitiores, in iram conversi sunt propter sermones ab

eo dictos, quos illi per arrogantiam prolatos arbitrabantur.

Sed cum plagis perimeretur, ingemuit, et dixit: Domine, qui habes sanctam scientiam, manifestè tu scis, quia cùm à morte possem liberari, duros corporis sustineo dolores: secundùm animam verò propter timorem tuum libenter hæc patior.

Et iste quidem hoc modo vitã decessit, non solùm juvenibus, sed universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens.

La religion embellece todas las edades. A las ideas que ella nos da de la divina eficacia del bautismo para ponerlos en gracia de Dios, deben los niños en primer lugar el hechizo que tienen desde que los ángeles adoraron á su Rey pendiente de los amorosos pechos de una hermosa sin mancilla allá en el portalito de Belén. Esto es tan positivo como que antes del Hijo de la Santísima Virgen, los poetas no se sentían inspirados por la vista de la hermosura de un niño. Ni Virgilio sacó de su Ascanio todo el partido que podía, ni creo que en la antigüedad se encuentre esa delicadeza con que ahora se considera en poesía á un niño, aunque se tenga presente el Astianactes de Homero acariciado por su padre en brazos de la interesante Andrómaca, en cuyo pasaje ciertamente que hay bellezas de primer orden, pero es Hector y no el niño quien nos cautiva. Lo mismo ha de decirse con respecto á la vejez; Nestor es sábio, discreto y elocuente; no tiene empero aquel no sé qué de venerable y augusto que la virtud imprí-

me en el semblante de un anciano. Para producir esa indefinible majestad se auxilian mutuamente la vejez y la virtud; y esta será la causa de que poetas y pintores para lucirse al retratarnos un monje ó un religioso nos le suelen pintar anciano. El sepulcro tiene cierta misteriosa solemnidad y la aproximacion á él hace participantes de aquella á los muy viejos. Ya en otro lugar de esta obra he descrito ancianos; ahora solo pido que se recuerde el efecto mágico que causa con solo presentarse en el púlpito un sacerdote de ochenta años. ¡Yo lo sé! ¡Yo lo sé! Lo he visto muchas veces, me he conmovido y no me era posible contener las lágrimas. ¡Eleázaro! ¡Nogagenario Eleázaro! ¡Magestuosisimo y santo Eleázaro! ¿Qué sería el oírte y verte en el suplicio? . . .

Si despues del conmovente episodio de este anciano se quiere ver otro en que unos tiernos niños mártires hablan á su tirano con un valor y una energía del cielo, exhalando sus heróicas almas en medio de los mas atroces suplicios, léase el capítulo séptimo del segundo canónico libro de los Macabeos. En una época en que gran parte de la literatura, y muy en particular la tragedia está nadando en sangre, y al furibundo Byron poeta de la desesperacion se le considera como el primer génio de la Inglatera, no estaria de mas señalar á los apasionados de lo terrible y sangriento la estremeceadora escena del viejo Razías precipitándose desde lo alto sobre las turbas y arrancándose las entrañas y arrojándolas so-

bre el pueblo. ¡Qué horror! ¡Qué horror! Véase el final del capítulo 14 del libro 2.º; De cuán diverso colorido es el de la purificacion y restauracion del templo! Nada de horrores. Todo en él respira el esquisito aroma de la piedad triunfante y el vivo entusiasmo de la mas pura alegría. Todo él es vida y resurreccion y fiesta. Empero para que el cuadro tenga mas de patético, á la escena de júbilo solemne precede la de dolor profundo. Los héroes que habian espuesto su vida en tantas lides por la defensa del templo, ¡ay Dios! le ven profanado, cubierto el pavimento de arbustos y de espinas, quemadas las puertas y en el *Sancta Sanctorum* abominacion y desolacion, y como heridos por un rayo á la vista de semejante espectáculo rasgan sus vestiduras, se cubren de ceniza las cabezas coronadas por la victoria, y hechos rios de lágrimas sus ojos, cosidos con la tierra sus guerreros semblantes, envian á los cielos mil prolongados suspiros y tristes lamentaciones. Todo concurre á dar realce é interés á este religioso acto, al cual yo considero como un episodio porque en un libro de guerras no tiene de marcial mas que la embellecedora circunstancia de verificarse casi al frente del enemigo contenido en una fortaleza inmediata por algunos compañeros de armas, que Judas Macabeo ha destinado al intento. Para columbrar algun tanto lo que aquello sería es preciso traer á la memoria la majestad, la magnificencia de la escelsa casa que Salomon edificó para el Altísimo y el amor entrañable que los judíos le tenian, y el sentimental

recuerdo de haber celebrado aquellos campeones de Dios la fiesta de los Tabernáculos pocos meses antes en montes y en cavernas.

48. Y reedificaron el Santuario, y lo que estaba de la parte de dentro de la casa y santificaron el templo y los átrios.

49. E hicieron vasos santos nuevos y colocaron en el templo el candelero y el altar de los inciensos y la mesa.

50. Y pusieron incienso sobre el altar, y encendieron las lámparas que estaban sobre el candelero, y alumbraban en el templo.

51. Y pusieron panes sobre la mesa, y suspendieron los velos, y acabaron todas las obras que habían hecho.

52. Y se levantaron antes de amanecer el día veinte y cinco del mes nono (este es el mes de Casleu) del año ciento cuarenta y ocho.

53. Y ofrecieron sacrificio segun la ley sobre el nuevo altar de los holocaustos, que habían construido.

54. Segun el tiempo y segun el día en que lo profanaron las gentes, en el mismo fue renovado con cánticos, y con arpas, y con liras, y con címbalos.

55. Y se postró todo el pueblo sobre sus rostros, y adoraron y bendijeron hasta el cielo á aquel, que les dió prosperidad.

56. Y celebraron la dedicacion del altar por ocho días, y ofrecieron holocaustos con alegría, y sacrificio de salud y de loor.

57. Y adornaron la fachada del templo con coronas de oro, y con escudetes: y dedicaron las puertas y las cámaras de los ministros, y les pusieron puertas.

58. Y hubo muy grande alegría en el pueblo, y fue quitado el oprobio de las gentes.

59. Y estableció Judas y sus hermanos, y toda la Iglesia de Israel que se celebrase el día de la dedicacion del altar en sus tiempos, de año en año por ocho días, desde el día veinte y cinco del mes de Casleu, con alegría y gozo.

(Cap. 4 del lib. 1, traduccion del P. Scio.)

Que esto hicieran los sacerdotes nada tendria de particular; pero que lo hagan unos guerreros en el primer respiro de descanso que les da la derrota del enemigo y que se halle en un libro de guerras, para mí es muy precioso. Los furores de la guerra forman siempre un interesante contraste con los pacíficos actos de religion; y así el autor de la *Jerusalén libertada*, si no hubiese hecho colgar á Gofredo sus armas en el sepulcro de Jesucristo en el momento que penetró en la ciudad, podia haber dejado en el ánimo de sus lectores una impresion mucho mas alta y profunda dilatando su poema hasta presentarnos, siguiendo la verdad histórica, el ejército de caballeros héroes deshaciéndose en lágrimas por sus pecados y confesándolos en público, y entrando con los pies descalzos en la iglesia del santo sepulcro, lavada la sangre de las vencedoras manos, con sacos de penitencia en vez de los vestidos de príncipes y

de las militares insignias, y repartiendo entre los pobres los tesoros merecidos por las hazañas de sus brazos debeladores del formidable islamismo.

Grandioso bajo todos conceptos es el episodio de las desventuras del rey Antíoco. Toda trágica muerte conmueve profundamente los corazones humanos. Aún no habrá olvidado la Europa y mucho menos la Francia, la conmoción que sintió al saber que por la fogosidad de unos caballos murió de una caída de coche un príncipe joven, el cual de un momento á otro esperaba sentarse en el trono á que subió su anciano padre por la revolucion de 1830. ¡Qué sorpresa! ¡Qué mezcla de compasion y espanto! Y el desgraciado duque de Orleans aún no era mas que el sucesor presunto del monarca de julio, y despues de algunas lágrimas de su dolorida familia en nada se alteró con su fallecimiento la marcha del mundo ni la de su misma nacion. Sin embargo el suceso fue trágico y esto bastaba para producir sensacion tan notable en pechos donde no habia para él ni odio ni afecto. ¿Pero qué tiene que ver el triste fin del hijo de un Luis Felipe con el horrible y fatídico desplomamiento de un prepotente coloso de impiedad y tiranía? Antíoco herido de muerte por la vengadora mano de Dios es la leccion mas patética que el cielo ha dado á los tiranos y á los enemigos del Altísimo. Todo es en ella digno tanto de la soberbia alteza del mónstruo coronado como de la justiciera omnipotencia de Jehová que le castiga. Un profesor de bellas letras bien podria emplear un dia

entero en detallar á sus discípulos las enérgicas bellezas de los capítulos sexto del primer libro y noveno del segundo de los Macabeos, en que se pinta la catástrofe memorable de aquel impío. Antíoco habia ido á la Persia á saquear con su ejército la opulenta ciudad de Persépolis conocida tambien por el nombre de Elimaida, la cual le opuso tanta resistencia que le obligó á huir de sus muros cubierto de confusion y vergüenza. A la pesadumbre causada por este afrentoso descalabro vino á juntársele otra mayor, la de las noticias de la Judea, que le hacian sabedor del completo triunfo de los israelitas sobre sus mas famosos y amados generales, de la reparacion del templo de Jerusalén, y del irremediable destruimiento de sus divinidades, por cuyo culto idolátrico habia él inundado de sangre á toda aquella nacion aborrecida.

Los siguientes versículos son admirables por la profundidad del sentimiento. Refiérese en ellos el abismo de amargura en que cayó el perseguidor de la religion verdadera.

Et factum est ut audivit rex sermones istos, expavit, et commotus est valdè: et decidit in lectum, et incidit in languorem præ tristitiâ, quia non factum est ei sicut cogitabat.

Et erat illie per dies multos: quia renovata est in eo tristitia magna, et arbitratus est se mori.

Et vocavit omnes amicos suos, et dixit illis: Recessit somnus ab oculis meis, et concidi, et corrui corde præ sollicitudine:

Et dixi in corde meo: In quantam tribulationem deveni, et in quos fluctus tristitiæ, in qua nunc sum: qui jucundus eram, et dilectus in potestate mea!

Nunc verò reminiscor malorum, quæ feci in Jerusalem, unde et abstuli omnia spolia aurea, et argentea, quæ erant in ea, et misi auferre habitantes Judæam sine causa.

Cognovi ergo quia propterea invenerunt me mala ista: et ecce pereo tristitiâ magnâ in terrâ alienâ.

La exorbitante allivez y la hirviente ira del tirano y luego su extremo abatimiento y el misérrimo estado á que le redujo la venganza del Todopoderoso, no pueden bosquejarse con mas viva hipotiposis en medio de la magestuosa sencillez de las siguientes pinceladas.

Elatus autem in irâ, arbitrabatur se, injuriam illorum qui se fugaverant, posse in Judæos retorquere: ideòque jussit agitari currum suum, sine intermissione agens iter, cœlesti eum judicio perurgente, eo quod ita superbè locutus est, se venturum Jerosolymam, et congeriem sepulcri Judæorum eam facturum.

Sed qui universè conspicit Dominus Deus Israël, percussit eum insanabili et invisibili plagâ: ut enim finivit hunc ipsum sermonem, apprehendit eum dolor dirus viscerum, et amara internorum tormenta.

Et quidem satis justè, quippe qui multis et novis cruciatibus aliorum torserat viscera, licet ille nullo modo à sua malitiâ cessaret.

Super hoc autem superbiâ repletus, ignem spirans

animo in Judæos, et præcipiens accelerari negotium, contigit illum impetu euntem de curru cadere, et gravi corporis collisione membra vexari.

Isque qui sibi videbatur etiam fluctibus maris imperare, supra humanum modum superbiâ repletus, et montium altitudines in statera appendere, nunc humiliatus ad terram in gestatorio portabatur, manifestam Dei virtutem in semetipso contestans:

Ita ut de corpore impij vermes scaturirent, ac viventis in doloribus carnes ejus effluerent, odore etiam illius et fetore exercitus gravaretur.

Et qui paulò ante sidera cæli contingere se arbitrabatur, cum nemo poterat propter intolerantiam fetoris portare.

Hinc igitur cæpit ex gravi superbiâ deductus ad agnitionem sui venire, divinâ admonitus plagâ, per momenta singula doloribus suis augmenta capientibus.

Et cum nec ipse jam fetorem suum ferre posset, ita ait: Justum est subditum esse Deo, et mortalem non paria Deo sentire.

Orabat autem hic scelestus Dominum, à quo non esset misericordiam consecutus.

Et civitatem, ad quam festinans veniebat, ut eam ad solum deduceret, ac sepulcrum congestorum faceret, nunc optat liberam reddere.

Et Judæos, quos nec sepulturâ quidem se dignos habiturum, sed avibus ac feris diripiendos traditurum, et cum parvulis exterminaturum dixerat, æquales nunc Atheniensibus facturum pollicetur.

Templum etiam sanctum quod prius exspoliave-

rat, optimis donis ornaturum, et sancta vasa multiplicaturum, et pertinentes ad sacrificia sumptus de redditibus suis præstaturum.

Super hæc, et Judæum se futurum, et omnem locum terræ perambulaturum, et prædicaturum Dei potestatem.

Sed non cessantibus doloribus (supervenerat enim in eum justum Dei judicium) desperans scripsit ad Judæos in modum deprecationis epistolam hæc continentem:

Optimis civibus Judæis plurimam salutem, et benè valere, et esse felices, rex et princeps Antiochus, etc., etc.....

Igitur homicida et blasphemus pessimè percussus, et ut ipse alios tractaverat, peregrè in montibus, miserabili obitu vitâ functus est.

Para concluir este ligero análisis de los dos libros de los Macabeos observaré que su argumento es tan bello y poético que para convertirse en un magnífico poema épico casi no le falta mas que ponerse en brillantes y sonoros versos. Accion grande, heróica, extraordinaria, llena de maravillosos incidentes, de batallas bellisimas, de interesantes episodios tan enlazados con ella que son hijos de sus entrañas; personajes de alta esfera y de notables y encontrados caracteres; horrendas escenas de arruinamiento y de gigantesca crueldad; heroismo de niños y de mugeres, de guerreros y de sacerdotes ancianos; cortesanías intrigas, apostasias, castigos celestiales, conflictos y tempestuosas vicisitudes de ambos reinos beli-

gerantes; máquina, ó sea intervencion de seres sobrenaturales; virtudes asombrosas, alianza sublime de religion y patriotismo; ejemplos de iniquidad y ejemplos de suma edificacion, y la sobresaliente imagen de un Judas Macabeo como principal héroe del poema, forman el rico fondo de un cuadro épico estenso y admirable. Verdaderamente es lástima que este preciosísimo asunto cayese por desventura en manos de un Silveira, que hizo un libro ilegible para servir de prototipo cuando en la posteridad se hablase del corrompido gusto de su tiempo.

Quién sabe si en adelante habrá algun ingenio, que acometa la noble empresa de emplear su numen en hacer poema épico la sagrada historia de Judas Macabeo. No sin advertirlo he omitido recordar las hazañas de sus dignos é ínclitos hermanos Jonatás y Simon héroes tambien y sucesores suyos en el mando del pueblo y de los ejércitos y en el pontificado supremo; queria que se fijára la atencion en solo Judas; sus hermanos se prestarian á ocupar á su lado un lugar muy distinguido y muy importante en el plan del futuro cantor de su gloria, si alguno en lo sucesivo le depara la Providencia. Pero convendria que muchos de los jóvenes y noveles poetas que sin ningun miramiento y con tanta precipitacion ofrecen al público sus inmaturos frutos, se persuadieran de que para una obra poética de esta naturaleza, no basta un mediano talento y mucho menos la facilidad de versificar; es preciso que el buen gusto se haya formado de una manera segura y estable; sobre todo es

menester mucho juicio, aún mas que para la prosa, porque en esta no hay tanto peligro de estraviarse. Por falta de prenda tan inestimable se han malogrado y ahora mismo se están malogrando varios talentos, que no tienen paciencia ni buscan direccion. A muchos ciega la efimera laudatoria de sus amigos, que siendo en literatura poco mas que pigmeos pasan á los ojos de ellos por medio gigantes. Yo no juzgo la época actual con la terrible severidad que el Sr. Mora en su *prólogo á los ensayos literarios de D. Alberto Lista*; pero desearia que si alguna vez estas indicaciones llegáran á escitar la idea de aprovechar alguien para una epopeya la imponderable riqueza de la historia de los Macabeos, no olvide que la dignidad de la poesía sagrada requiere mas conocimientos y mas circunspeccion que la profana. Las nociones de religion aprendidas en la infancia no son suficientes para componer en verso sobre asuntos sagrados. En esta materia el defecto capital de nuestros dias es el escribir composiciones sagradas sin el caudal necesario de ciencia y de verdadera piedad. ¿Qué precision tenian de ponerse en ridículo manifestando su ignorancia en este punto autores que hablando de otras cosas acaso son apreciables? Pero si se apoderára del recomendado argumento un verdadero vate, que al vuelo de su fantasía, á la delicadeza de su gusto, y á la correcta hermosura de su lenguaje juntase una sólida instruccion religiosa y un alma nutrida á los pechos de la santa piedad; ¡cuán encantadora epopeya daria al mundo! ¿Cuál otra se

le podría comparar en la fecunda abundancia de sus bienhechoras enseñanzas, puesto que una de las principales dotes de todo poema épico es que sea altamente instructivo y útil al humano linaje? Sobre lo cual para dar alguna idea del tesoro de doctrina contenido en la historia de los Macabeos, me parece muy oportuno traducir aquí algunos trozos del piadoso Vence acerca de lo mismo.

«No solo, dice en su Biblia, todo es maravilloso y á manera de milagro en los dos libros canónicos de los Macabeos porque Dios es quien suscita por medio de una vocacion extraordinaria aquellos generosos defensores de su ley y de su alianza; él es quien los guia con una particular asistencia de su espíritu; él quien los sostiene con la visible proteccion de su brazo y quien combate por ellos y para ellos en todas las batallas; sino que tambien se encuentran allí por do quiera grandes lecciones para todos los estados, grandes ejemplos de toda especie de virtudes.

Allí aprendemos á obedecer á las autoridades en todo lo que es justo y conforme á la ley de Dios; pero no hasta el punto de temer incurrir en su desgracia cuando sus mandatos están en oposicion con aquella ley divina: porque en tal caso debe decirse lo que el padre de los Macabeos y despues de él el príncipe de los apóstoles: «Se ha de obedecer á Dios primero que á los hombres.»

Allí aprendemos á perderlo todo antes que faltar á la fe que hemos prometido á Dios; á sufrir todos

los tormentos antes que contravenir á sus órdenes; á confesar su nombre sin ambigüedad ni tergiversaciones aunque esta confesion nos costase la vida antes que conservarla con el artificio de un disimulo cobarde y vergonzoso, pues la sinceridad del culto que se cree tributar á Dios en lo recóndito del corazon jamás justificará el homenaje que se aparenta rendir á Belial, porque semejante modo de contemporizar en público con la iniquidad es fruto de una prudencia carnal que ocasiona la muerte.

Allí se aprende á mirar todos los males temporales mas bien como regalos de la misericordia del Señor que como azotes de su ira; á besar respetuosamente la mano que castiga; á recibir sus golpes con hacimiento de gracias, muy lejos de desatarse contra ella en rebeldes murmuraciones; á temerlos menos que la profanacion del santuario interior que estamos obligados á erigir al Autor de nuestra vida en nuestros corazones para quemar dentro de ellos en su honra una víctima de humildad con el fuego del amor divino.

Allí se aprende á purificar aquel santuario con las lágrimas de una sincera penitencia cuando por desgracia lo ha profanado el ídolo de alguna pasion detestable; á destruir en él el altar que ha tiznado un fuego estrangero; á fabricar otro de piedras enteramente nuevas, es decir, á formarse con el auxilio de la divina gracia un nuevo corazon, cuya consagracion no solo se renueva todos los años con solemne fiesta como la del templo de Jerusalén, sino que en

cierto modo se perpetúe en todos los instantes de la vida por medio de una ardorosa gratitud, la cual jamás pierda de vista aquel inmenso beneficio de la misericordia del Altísimo.

Allí se ve que si Dios por una parte se declara vengador de su templo en pro de los que le sirven con fidelidad, por otra se ve también que no deja por largo tiempo impune el abuso de las cosas santas, cuyo castigo no difiere sino para hacerlo más ruidoso y terrible; pero que sobre la tierra su más formidable modo de vengarse es permitir en su enojo la profanación de su mismo templo, la pérdida de la fe y la ruina de la religión.

Finalmente se halla por donde quiera en esta historia de las persecuciones de la Sinagoga una imagen de las que la Iglesia padeció en tiempo de los emperadores paganos y de las que al concluirse los siglos tendrá que sufrir bajo el dominio de los enemigos del cristianismo en el reinado del Antecristo. También se ve allí la prueba de esta terrible verdad del Evangelio: *muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Allí se advierte que mientras una multitud de hombres pérfidos é ingratos abandona la ley del Señor, pocos son los fieles que guardan su alianza, y la tentación sirve para darlos á conocer.

Allí no solo nos edifican las virtudes de los santos pintadas con tan vivos colores, sino hasta las pasiones de los más inícuos pecadores, las cuales también vemos desbordadas en estos sagrados libros, nos instruyen porque inmediatamente se les sigue el cas-

tigo. La pronta caída de los Jasones, de los Mene-
laos, de los Alcimos que compran con oro el ponti-
ficado para dominar sobre la fe de los pueblos y pa-
ra pervertirla, enseña á los ambiciosos que tanto en
la Iglesia como en el siglo dolores eternos son el
término de su pasajera prosperidad. La interna lla-
ga que postra y humilla al soberbio Antíoco hasta
hacerle implorar la clemencia del Dios de Israel, á
quien habia insultado con arrogancia tanta, pero que
no le convierte hasta el punto de hacerle digno de la
divina misericordia, enseña á los pecadores invetera-
dos que no hay que burlarse de Dios impunemente;
pues este soberano Juez se rie muchas veces de las
lágrimas de los moribundos que durante su vida han
menospreciado sus amenazas y el morir en pecado es
una consecuencia casi inevitable de una vida pasada
en la impenitencia, porque un arrepentimiento tardío
nacido únicamente de motivos humanos, no llegará
á reconciliar á Dios con un corazon que permanece
enemigo de la justicia.

Todo esto no es mas que una pequeña parte de
las instrucciones derramadas con indecible profusion
en estos divinos libros para fortalecer la fe y arre-
glar en general las costumbres de los cristianos. ¿Qué
sería si se quisiese recoger todas las que pueden con-
venir á cada condicion en particular en los actos he-
róricos de mil diversas virtudes que allí por todas
partes resplandecen? ¡Por ejemplo qué instruccion
para los príncipes, conquistadores y guerreros no se
encierra en el proceder de aquellos grandes héroes,

que allí vemos vencedores en los combates cubriendo el enemigo campo de innumerable muchedumbre de muertos, pero á los cuales tambien vemos preparándose siempre á las batallas con la oracion, prolongándola á veces por espacio de algunos dias, y juntando á ella un ayuno voluntario, guardando aun en medio del ardor de la lid el ayuno prescrito por la ley, no confiando sino en el omnipotente brazo del Señor en lo mas reñido de la pelea, no proponiéndose en ello mas fin que la gloria de Dios, no atribuyendo mas que á Dios todo el triunfo con solemne hacimiento de gracias que siempre seguia á la victoria, no aprovechándose de los despojos del enemigo sino para ornato del templo, cuyo restablecimiento era su primer afan ó para distribuir aquellos frutos de la guerra entre los menesterosos y enfermos que cual ellos no habian podido esponerse á morir por la patria!»

Entre las observaciones del piadoso Vence que dejo de copiar se indica tambien lo mucho que los padres podian aprender de los consejos que al morir da Mathatías á sus hijos, y las madres del magnánimo valor de aquella que á los siete santos y preciosos frutos de sus entrañas animaba á entrar en la gloria sufriendo heroicamente los tormentos que les abrian el cielo.

Tantas virtudes, tantos ejemplos dignos de imitacion, tantos discursos llenos de la mas alta doctrina religiosa, tanto y tan puro patriotismo y tan encantador tejido de heroicidades no podrian menos de pre-

sentarse en los cantos de un eminente poeta épico como un sol que sobre los hombres difundiría mil rayos de luz. Si; semejante epopeya debia ser sobre manera instructiva, util en extremo á la moral de los pueblos y de los gobernantes, y por sus enseñanzas una gran bienhechora de la humanidad.

Y pues así con tal riqueza, holgura y facilidad se brinda á convertirse en épico poema la historia de los Macabeos, yo afirmo que es magníficamente bella, sublime y admirable.



CAPITULO XIX.

Mugeres.



En vano algunos autores se han atareado en malgastar tiempo y papel para decir lo que son las mugeres unos en contra y otros en favor de ellas. Yo no temo asegurar que unos y otros escribian no tanto por averiguar y establecer la verdad como porque les dió la humorada de hacer pública su aversion ó sus favorables inclinaciones á ellas. Las mugeres consideradas en globo son indefinibles. Mentira es cuanto en general se diga de todas ellas, porque lo que á unas puede convenir, á otras no se aplicaria sin notable injusticia. Nadie dudará de que las hay en extremo feas y tambien de mal genio, de perversas costumbres y de condicion áspera y desabrida. ¿Cómo pues habria atrevimiento para apostrofar á una de estas con los siguientes versos de Lamartine,

Y tú de gracia y de beldad conjunto
Bella á los ojos cuanto dulce al alma?

Sin embargo, los hombres no prescindirán del vano empeño de querer explicar cumplidamente lo

que es esotra mitad del humano linaje, en cuyas entrañas recibieron el sér y la vida viviendo en ellas por muchos meses como en encantado lecho de amor antes de salir al mundo. Los juicios serán siempre en esta materia tan diversos como los entendimientos que los forman. A mí me parece que estoy mas en posesion de la verdad no formando ninguno, y reconociendo en ellas el libre albedrío que Dios les ha dado para que sean buenas ó malas, ó hagan en sus corazones la misma mezclanza de vicios y virtudes que acá en los nuestros solemos hacer los hombres. Además, sería preciso haber cegado para no ver en algunas ese fugitivo rayo de belleza que ellas mismas contemplan en lisonjero espejo, no sé si con necia vanagloria ó con humilde hacimiento de gracias á su Autor soberano, de quien en los cielos y en la tierra dimana toda hermosura: tambien veo innumerables medianías, y no pocas que tal vez en cambio de la fealdad de su rostro habrán recibido de la admirable Providencia un corazon escelente. Procedo con sinceridad confesando mi insuficiencia para comprender el indefinible conjunto; mas no por eso pierdo la esperanza de columbrar algo acerca de este argumento tan curioso como interesante siempre que me contente con algunas vislumbres, que es lo único asequible. Sé que en la divina Escritura he de hallar preciosos tipos de toda especie de mugeres: no quiero mas luz que esta. Quitaos allá, poetas aduladores, y vosotros novelistas, que siempre andais urdiendo ficciones sobre ficciones.

El principio de la muger está en la Biblia, está su historia toda, su degradacion, sus desgracias, y su recuperada dignidad y ennoblecimiento. Sin la noticia que el sagrado Génesis nos da de su creacion, era imposible que el talento mas sublimemente ingenioso y empeñado en favorecerla, le hubiese atribuido un origen mas bello, mas alto y encantador. Dios formó á Adán de un poco de lodo y fuera del paraiso; para la creacion de nuestra primera madre escogió el jardin de las delicias y una materia mas fina, mas delicada, mas sensible, mas hermosa y mas noble. ¿Quién concebiria un sér en hermosura, gallardía, nobleza y gracia comparable con el Adán de la inocencia recién salido de las manos de su Hacedor amoroso, mundo de sus maravillas y obra maestra de su infinito poderío y de su sabiduría inmensa? Pues Adán plácidamente embebecido en delicioso sueño bajado del cielo suministró al Señor, de la parte mas inmediata á su corazon, la preciosa porcion de sí mismo, con que Eva fue formada con tanta delicadeza y blandura, que el primer hombre no despertó de su apacible adormecimiento aunque la divina Omnipotencia estaba convirtiendo una costilla suya en una esposa bellísima, que le enagenára de hechizo y de amor. Así la Iglesia, entrañable esposa de Jesucristo, salió de su abierto costado con el agua y la sangre de la redencion que fluyeron de aquella divina herida, cuando el celestial Esposo ya dormia en la cruz el sueño de la muerte ó el rapto de su amor por la humana naturaleza. Si ésta despues de

su pecaminosa degradacion enamoró de tal manera al Príncipe de la eternidad que por ella se hizo víctima é inmolacion de amor en el Calvario, ¡cuál sería el patético y delicioso arrobamiento de Adán cuando el comun Padre omnipotente le presentó al despertar y le dió por esposa y dulce compañera á la hechizadora Eva, vestida de inocencia y de angelical belleza, y acabada de salir de sus entrañas! Rompió en una esclamacion sumamente afectuosa: hueso de mis huesos, y carne de mi carne, le dijo en su primer saludo de inefable ternura; y con esto expresó del modo mas cumplido las eternas relaciones de todo hombre con la muger, para las cuales no encuentro palabra que pueda esplicarlas, por cuya falta yo las llamaria *intimidad de sangre entre el hombre y la muger*, aunque todavia no me satisface esta atrevida locucion. Baste recordar á las almas tiernas que no es posible concebir la idea de una muger que no haya tenido padre, ni la de un hombre, que despues del que hizo Dios con sus propias manos, no se haya formado y recibido la vida en el vientre de una muger, á quien da la dulce denominacion de madre.

Otra relacion hay entre el hombre y la muger no menos tierna ni menos sagrada, pues el mismo Dios la instituyó estableciendo en la primera efusion de su paternal bondad el admirable vínculo del matrimonio. Hoy estado de cuitas y de satisfacciones, como todos los demás en que pueden vivir los descendientes de un padre desterrado de la region de

ventura á un pais de infortunio; sin embargo en él se hallan las mas suaves y tranquilas fruiciones de una amistad cordialisima y eternamente vivificada por el divino precepto y la indispensable necesidad de amarse. En una tierra cual esta de lágrimas y de amargura, el amor mismo hace padecer: no obstante, despues de los consuelos que inmediatamente vienen de Dios nada hay que iguale á la venturosa dulzura que proporciona el virtuoso cariño de dos esposos de buenas prendas y de trato amable. ¡Ay! la esperiencia de esta dicha aquí tan incompleta y mezclada de acibar, me enluta el corazon al traer á la memoria la cabal felicidad conyugal que Adán y Eva disfrutaron y perdieron para ellos y para nosotros allá entre las flores del Eden; donde infelice yo debia nacer! Allí entre la armonía de las festejadoras avecillas, que la saludaban por su reina, y el blando murmullo de los parleros arroyos, que le mostraban su hermosura reverberada en sus cristalinas aguas, bajo el florido pabellon formado por las entrelazadas ramas de mil árboles que la regalaban con su fresca sombra, con su aroma y con sus frutas esquisitas, que, como si quisieran rendirle vasallaje, pendian al alcance de la mano de su señora, al regalado ambiente de céfiros celestiales, y estendido en derredor el sonrosado manto de inmortal primavera, como un angel de gracia y de belleza la primer esposa, derramando delicia en el alma de su feliz marido, blandamente reclinada en el regazo de la dicha gozaba sin la mez-

cla de nuestros sinsabores la purísima placidez del matrimonio.

¡Ay! ¡Ella sola la gozó! Para sus hijas no hay matrimonio sin dolor. Desde el instante en que consienten en dar su corazón al futuro compañero de su vida, entra en aquel el sentimiento de separarse de una madre adorada y de unas hermanitas entrañablemente queridas, y el día del desposorio lo es también de lágrimas y sollozos. No sabe que tiene un hijo en sus entrañas sino cuando empieza á sentir crueles incomodidades por espacio de nueve meses: la hora de darle á luz se la anuncian agudísimos dolores y no le verá nacido sino cuando haya llegado á lo sumo el suplicio de la maternidad. No, no haré la enumeracion de los pesares que acompañan á los mas afortunados matrimonios: son tantos y tan diversos que sería vana pretension aun para los mas experimentados en semejantes trabajos la de quererlos siquiera clasificar. Hijas de Eva, decid cada cual los vuestros: decid las torturas de vuestra alma cuando vuestros ternezuelos hijos, ídolos de vuestro amor, reclinan en vuestro seno ó sobre vuestras maternales rodillas la cabeza lánguida y abrasada por devorante calentura. Decid el abismo de vuestra intolerable amargura cuando el soberano Arbitro de la vida os arrebató el encanto de vuestros ojos, el imán de vuestra alma y la dulcísima esperanza de vuestro porvenir, encerrando en la tumba alguno de los idolatrados frutos de vuestro casto y conyugal amor. Yo sé que todas vosotras al iros de este mundo á la

eternidad, ó viendo caer la losa del sepulcro sobre el cadaver de vuestro esposo, habeis de sentir despedazarse vuestros íntimos lazos matrimoniales con imponderable dolor al filo de la guadaña de la muerte. ¡Ay! la muerte es la herencia que Eva os dejó en vez de su felicidad. Ella en la paz de su inocencia tenia una vida de embeleso delicioso, porque su pecho estaba puro como la luz y puro el pecho de Adán, y amor divino era la llama que unia y hermanaba y hacia una sola alma á los felices esposos. La desvaneció el torrente de tanta dicha, y por el ciego imperio que sobre Adán ejercia el amor de aquella embelesadora, recibió el complaciente marido la fruta de letal ponzoña, y se turbó y tembló, se demudó su rostro y murió para siempre la ventura de los esposos y la de su desconsolada descendencia. Desde aquel momento fue Eva misérrimo ejemplo de formidables infortunios. Para contarlos sería preciso tener su lengua y su corazon nuevamente sumergido en horrorosa noche de dolor y desesperante agonía con la trágica muerte de su Abel y con el caliz de amargura con que Cain la embriagó. ¡Ay triste madre! ¡Ay triste esposa! ¿Adónde está tu dicha? ¿Dónde la antigua placidez de tu apacible matrimonio? Solo volviendo con el arrepentimiento á la gracia y misericordia de Dios hallas consuelo á tu desventura inmensa. Solo la virtud que renace en tu pecho y en el de tu infeliz esposo puede restituirte una sombra de tu perdido bienestar y de la melíflua suavidad de tu vida conyugal. Solo en ella en-

contrarán tus hijas un imán permanente para el corazón de sus maridos, y una garantía casi segura de que jamás se turbará con tempestades de discordia la placentera apacibilidad de su mútuo cariño. Mayor será de éste la placidez y dulzura cuanto mas se funde en la virtud, que no en la turbia embriaguez de la sensualidad, sino en la tranquila efusion de purísima ternura se halla la verdadera y mas suave satisfaccion del alma aun en medio de los lícitos desahogos del amor.

En los primeros capítulos del Génesis se presentan á la imaginacion cuatro mugeres sobre manera interesantes, las de Noé, Sem, Cam y Japhet. Fueron gratas á los ojos del Omnipotente indignado contra el humano linaje corrompido. Los ángeles las contemplarian con regocijo. Vieron ellas la ruina del antiguo mundo en el diluvio..... se salvaron de él..... navegaron por largo tiempo de un modo muy peregrino y patético..... ¡Cómo estarían sus corazones!..... ¡Qué dolor por la tremenda desgracia de sus amigas, de sus parientes y de todo el universo! ¡Qué gozo por la salvacion propia y por la de sus queridos esposos! ¡Qué inquietud por el término de aquella situacion tan extraordinaria y por su suerte futura! Ellas fueron las que repoblaron el mundo. Noé tenia por entonces seiscientos años: poco menos debia tener su esposa. Contemplad á esa muger de mas de quinientos años subiendo á las estrellas y descendiendo precipitada y formidablemente á los abismos del mar en el navío fabricado por orden de

Dios al empuje de las embravecidas olas que habian saltado sobre los montes y tragádose el mundo. ¿En qué otra historia hallaremos una anciana que ni remotamente se le pueda comparar?



CAPITULO XX.

Piedad de las mugeres.

En el Exodo tenemos brillantes muestras de la bienhechora y valerosa piedad que á las mugeres merece el infortunio. El monarca Egipcio manda á las parteras de su reino que den muerte á todos los niños de los hebreos, y ellas desobedecen heroicamente esponiéndose á la temible ira del tirano. El coronado infanticida ordena que los recién nacidos israelitas sean arrojados al rio por sus propias madres, y la de Moisés con gravísimo peligro de su vida le esconde, y luego no pudiendo ocultarle por mas tiempo, confia su salvacion á la divina Providencia, y la hermanita del niño tiene una parte muy principal en la libertadora empresa. La hija de Faraon llega al Nilo á bañarse; una de sus camaristas descubre al precioso infante en su cestilla de juncos, y encantada de su hermosura y movida á compasion de su aparente abandono, se lo lleva á su señora, quien al momento resuelve salvarle, tomarle bajo su amparo, cuidar de su infancia y de su educacion, y mantenerle, en una palabra, adoptarle por hijo. No

puede ignorar la orden bárbara de su inhumano padre, y cabalmente porque la sabe esclama al instante que le ve en aquel sitio: ¡de los hijos de los hebreos, es este! En el acto aparece su solícita hermana ofreciéndose á buscarle una nodriza que le crie, y trae corriendo á su propia madre. Dulce es al alma imaginarse el júbilo, la ternura y las amorosas lágrimas con que Jocabed estrecharia á su palpitante seno el salvado fruto de sus conmovidas entrañas; y aquella intrépida piedad encantadora de la princesa que arrostra el enojo de su padre; y aquella oportuna presteza con que la niña María coadjuva á salvar la vida á su querido hermanito.

No es menos ingeniosa la caritativa y prudente industria con que la afortunada Rahab libra de morir á toda su familia y á los dos espías que Josué envia á Jericó. Los acoge y hospeda en su casa cuando corrian inminente peligro. El rey lo sabe y le hace intimar que se los entregue. Ella los oculta en un desván y los cubre con paja que allí habia, y engaña á los comisionados del rey diciéndoles: «aquí han estado, lo confieso, pero yo no sabia de dónde eran. Ya se han ido: corred en su seguimiento y los cogereis.» Los satélites del monarca le dan entero crédito y emprenden el viaje en balde por el camino del Jordán. Rahab sube apresuradamente al escondite en que ha salvado á los dos exploradores, y con una fe digna de quien ya hubiese abrazado la verdadera religion, les dice: «Yo sé que el Señor os ha entregado este pais; porque todos nosotros estamos pe-

netrados de terror y todos los moradores de esta comarca han caído de ánimo. Hemos oído que el Señor secó las aguas del mar Rojo para que por él pasáseis á pie enjuto cuando salisteis de Egipto; y que habéis muerto á los dos reyes de los Amorreos, Sehon y Og, que estaban al otro lado del Jordán. Y al oír esto nos sobrecogimos de espanto, y desmayó nuestro corazón, y no quedó aliento en nosotros á vuestra entrada; porque el Señor Dios vuestro, él mismo es el Dios allá arriba en el cielo y acá abajo en la tierra. Ahora pues juradme por este Señor, que del mismo modo que yo he tenido misericordia con vosotros, también vosotros la tendreis con la casa de mi padre; y me dareis una prenda segura de que salvareis á mi padre y á mi madre, á mis hermanos y hermanas y todas las cosas que son de ellos, y libertareis nuestras almas de la muerte.» Ellos se lo prometen con lealtad y encarecimiento. Descuélgalos ella con una soga desde una ventana inmediata á la muralla, á la cual está contigua su casa; y díceles: «Subid hácia el monte, no sea que á su vuelta den con vosotros los que han ido en vuestra persecucion y escondeos allí tres dias hasta que vuelvan y despues seguireis vuestra ruta.» Quedan convenidos en la señal que su libertadora ha de poner en su casa para que esta y toda su familia sea respetada y permanezca ilesa en el total esterminio y ruina de aquella ciudad y de sus enemigos moradores, y escondiéndose en el monte segun el consejo de Rahab, y repasando el Jordán cuando sus perse-

guidores estaban ya de vuelta, llegados felizmente á los reales de Josué, le dan cuenta de todo lo ocurrido. De allí á poco tiempo los muros de Jericó se ven caidos sobre sus moradores, sus casas han sido presa de las llamas, todos sus habitantes, las mugeres, los niños y los ancianos están reducidos á cenizas. Todo lo han devorado las espadas y el fuego. La muerte se ha sentado con espantosa majestad y fúnebre melancolía sobre el campo adonde estuvo Jericó. Solo Rahab y su familia quedan de aquella esterminada muchedumbre, y con el gozo de la admirable conservacion de sus vidas y con el de su incorporacion al predilecto pueblo del Altísimo huelganse muy mucho de su felicidad y extraordinaria fortuna. Rahab se desposa con un israelita; y es dicha suya que el orbe cristiano lea su nombre en la genealogía de su divino Salvador entre los de sus esclarecidos ascendientes. Premio de su piedad con que salvó las vidas de los dos exploradores y de la filial solicitud y ternura con que imploró misericordia para sus padres y hermanos.

Parece en las mugeres una especie de propiedad hereditaria el sacar á los suyos de peligrosos conflictos. Recuérdese cómo salvó Micol la vida de su esposo David cuando fueron á prenderle los esbirros de su furibundo padre. La hija de Saul desplegó mucho ingenio, mucho celo y muy gracioso atrevimiento para poner en salvo á su marido y burlar el homicida intento de su perseguidor.

Abigail no fue menos diligente en estorbar el es-

terminio de toda su familia cuando corrió al encuentro del airado guerrero, á quien su imprudente marido Nabal, no contentándose con negarle las pocas provisiones que tan amigablemente le pedia, se atrevió á menospreciarle con insultante altivez. Nabal era un opulento propietario y rico en ganados y en frutos: David hombre de guerra que habia protegido á su ganadería y pastores: se hallaba en un desierto al frente de seiscientos de sus partidarios y no tenia que darles de comer: dijo pues á diez de sus soldados: «Subid al Carmelo, id á casa de Nabal, y saludadle cortesmente de mi parte. Y direis: sea á mis hermanos y á ti paz, y á tu casa paz, y á todas las cosas que tienes sea paz. He oido que esquilan las ovejas tus pastores, que estaban con nosotros en el desierto: jamás les hemos sido molestos, ni nunca les faltó cabeza alguna del ganado todo el tiempo que con nosotros estuvieron en el Carmelo. Pregúntalo á tus criados y te lo confirmarán. Ahora pues hallen tus siervos gracia en tus ojos: puesto que en tan buena ocasion hemos venido; da á tus siervos y á tu hijo David cualquier cosa que tuvieres á mano.» ¿Qué respuesta merecia el adalid valeroso que considerándose rey de Israel corria por los campos con gente armada? ¿La que le dió el avaro, insolente y desagradecido Nabal? No por cierto: aunque David fuera un pobre mendigo que no tuviese para con el hacendado motivo alguno de ser tratado con particular miramiento, siquiera por la manera de pedir tan humilde, tan dulce y afec-

tuosa no debia esperar insultos y menosprecio además de la dura negativa. A castigar la ingratisima insolencia vuelan muerte, desolacion y esterminio. David y su cohorte respirando fuego de asoladora venganza corren á convertir en luto, en lágrimas y sangre, en escombros y mutilados cadáveres la hacienda toda, la casa, y toda la familia del protervo Nabal. Pero á lo lejos se divisan varias acémilas cargadas y con ellas vienen criados y una muger que por su trage parece rica matrona. ¿Será que Nabal arrepentido de su bárbaro proceder y previendo sus funestas consecuencias envíe á su esposa á aplacar al ofendido príncipe con magníficos presentes? Sí, es la bella consorte de Nabal, ya se apea al descubrir á David, ya le saluda con profundo acatamiento, y lo que trae son abundantes y esquisitas provisiones de todo género para calmar su enojo, desagrarle y hacérsele propicio; pero no viene por orden de su marido que ignora su resolución y su partida; ella misma fue quien al momento que supo la infausta imprudencia de su esposo, concibió la idea de remediar tanto daño, y ella sola llevó á cabo la salvadora empresa. Abre sus labios humildes, y de ellos brota como arroyo de leche y de miel muy suave la irresistible elocuencia de un corazon de muger, donde tiene la virtud su trono de luz y su santuario de hechizo. Casi segura puede estar de su triunfo muger que apela á las celestiales razones y á los nobles sentimientos de la religion, como Abigail que persuade á David á admitir benignamente su do-

nativo, á perdonar á su esposo y á su inocente familia, y á no manchar con sangre de hermanos aquella mano á la cual de justicia se debe el cetro de Judá, y con la clemencia á añadir nuevo lustre á su invicta fortaleza. «Bendito sea, le responde David, trocada ya su justa ira en apacible bondad, bendito sea el Señor Dios de Israel, que hoy te ha enviado á mi encuentro, y benditas tus palabras, y bendita tú porque hoy me has impedido teñirme en humana sangre.»

A los diez dias habia sucumbido Nabal, no ya al filo de la espada de los soldados del guerrero, á quien cruelmente ofendiera, sino arrebatado por improvisa muerte venida de los cielos para castigo de su feroz avaricia. Luego que David lo supo envió á Abigail una embajada proponiéndole que dejára el luto de la viudez para subir á su real tálamo y poseer su corazon de nuevo esposo, conquistado por ella cuando plácidamente salvó al primero, á toda su casa y á toda su familia. Abigail agradecida aceptó la mano del insigne caudillo, rey belicoso y poeta divino de inspirada fantasía y dulcísima ternura.

Otra muger se presentó llorando á un soberano, y vestida con el traje del dolor, imploraba piedad para un hijo suyo que habia dado alevosa muerte á su hermano, y conjuraba al rey que no permitiese que la infeliz madre tuviera que llorar á ambos hijos. El monarca profundamente conmovido le prometia una y mil veces que no temiera por la vida de aquel hijo, que él haria cesar la persecucion de sus pa-

rientes. Aquella escena habia llegado á lo mas patético. La muger tenia en sus manos el corazon del rey. Conoció que era llegado el momento de asaltarle mas de frente y dando á su discurso un giro mas elevado penetró y sorprendió su alma, declarándole que él mismo se hallaba en aquella amarga situacion de haber perdido un hijo asesinado por otro hijo suyo, á quien podia considerarse como igualmente perdido. Púsole delante el ejemplo de Dios que perdona á los pecadores y recordándole la rapidez con que se hunde en el sepulcro la vida del hombre y como asiéndose de sus paternas entrañas, arrancó de ellas el perdon y la gracia para su hijo fugitivo y desterrado. Este se llamaba Absalón asesino de su hermano Anmón: el rey era David su padre. La elocuente abogada era una muger de Técuá, á quien con solo este fin habia hecho venir desde aquella ciudad á la corte el célebre general Joab, que valiéndose de tal medio dió una prueba de su talento y de que estaba bien persuadido de que para el arte de abogar por los desdichados y poner término al infortunio son mas á propósito y mas diestras las piadosas mugeres, que sepan poner en juego los recursos y resortes de su ingenio y de su apasionado corazon.

No transcurrió mucho tiempo sin que otra muger librara de la muerte á Jonatás y á Aquimaas partidarios de David en la civil discordia que movió el ingrato Absalón. Iban estos á comunicar al rey lo que habia pasado en el consejo del príncipe rebelde. Súpolo éste y los hizo perseguir: ellos se metieron en

un pozo y la muger del dueño de la casa tendió una manta sobre la boca del pozo como si secase cebada mondada. Desesperanzados de encontrarlos volviéronse á Jerusalén los de Absalón creyendo lo que les dijo para engañarlos la muger que así salvó la vida de Jonatás y Aquimaas, contribuyendo con esto eficazmente al venturoso éxito de la guerra, á la pacificación del reino, y al restablecimiento del orden y de la legítima autoridad del Salmista-Rey.

Estos ejemplos de bienhechora piedad los han imitado las mugeres de todos los siglos como consta por las historias sagradas y profanas y como nos lo enseña la esperiencia. Pero aunque así no fuera, Esther que espuso su vida por salvar la de toda su nacion, bastaria para la gloria de su sexo. Recordad las patéticas circunstancias del caritativo heroismo de aquella reina. Loado sea y bendito el inefable Autor de nuestra vida y humana naturaleza porque á la mayor parte de las mugeres ha dado entrañas de compasion y de misericordia para con los desdichados que se hallan menesterosos de su auxilio ó valimiento.



CAPITULO XXI.

Las mugeres son objeto de compasiva predileccion.



Nuestro divino Criador que para bien del hombre hizo á las mugeres naturalmente amorosas y compasivas, por ello las premia con inefable providencia constituyéndolas especial objeto de amor y de compasion; sentimientos ambos que dirigidos y santificados por la religion vienen á ser virtudes las mas dulces y bienhechoras. No parece sino que habiendo Dios hecho sus corazones fuentes de amor y compasion, quiso que amor y compasion cual si los atrajera un poderoso imán, corriesen hácia ellas como á su propio centro. Creo que no sería temerario decir que el mismo soberano Legislador de la naturaleza se ha dejado llevar con respecto á ellas de una especie de compasiva predileccion: las hizo por lo general mas hermosas que los hombres, les dió una organizacion mas fina y delicada, un corazon mas ardiente, afectuoso y sensible, una imaginacion mas viva, una índole mas suave y mas plácida: las destinó á ocupaciones mucho mas apacibles, y mucho menos moles-

tas y trabajosas que las de sus padres, hijos y maridos: las preservó de la intemperie del campo, encargándoles el cuidado maternal de su casa y familia: las libró de las fatigas y peligros de muerte que hay en la guerra: las eximió de las grandes inquietudes, de los solícitos desvelos, de los terribles compromisos y de los graves cargos de conciencia que consigo traen las magistraturas, las administraciones de la hacienda pública, los mandos de los ejércitos y los consejos de los reyes.

No se me oculta que algunas mugeres, lejos de ser muy agradecidas á Dios cual debieran, desconocen las ventajas de su sexo; pero estoy bien seguro de que las confesarían al instante si á un extravagante y caprichudo monarca, á cuya voluntad fuera imposible resistir, se le ocurriese la singular idea de que las mugeres de su reino cambiasen con los hombres los oficios, incumbencias, obligaciones y ocupaciones de todo género, enviando á unas á los campos á romper con el arado las entrañas de la tierra, ó á esconderse en ellas por sacar oro de las profundidades de las peñas que con sus delicadas manos habían de abrir, á otras á las fraguas á ablandar el hierro y darle nueva forma, á otras á los talleres á aserrar toscos leños, á otras á los mares á desafiar las tempestades haciendo de pilotos y marineros y luchando días y días noches y noches con las embravecidas olas y viendo venir en cada una de ellas la muerte á la fragil barquilla furiosamente azotada por el huracán rugiente y por los ondulantes montes de

agua, que sin cesar la arrebatan hasta las nubes y sin cesar la sumergen en sus abismos. Pero no sería preciso tanto para disuadirlas de su error, ni que se cometiese la crueldad de formar con ellas ejércitos que anduviesen un invierno entero sobre la nieve, comieran poco y mal y se alimentáran con el humo de las batallas y con el continuo sobresalto de no dormir un momento sin la idea del implacable y vigilante enemigo. Bastaba que las señoritas trocáran el regalado mimo de sus tiernas madres por la vida que hacen sus hermanos bajo la férula ruda de un adusto preceptor de fastidiosa é interminable gramática latina, ó que se las condenára á no poder figurar en el mundo sino despues de quince ó diez y ocho años de estudios, para los cuales habian de dejar la casa de sus dulces padres. Dirian: «No, no queremos ni saber ni mandar á tanta costa: para lo que nosotras debemos aprender no es necesario trasnochar sobre el libro, ni quebrarse la cabeza, ni sufrir el mal genio de tantos maestros impertinentes, cuyos fuertes castigos tienen en continuo suplicio al mísero estudiante. Nosotras á los quince abriles puede decirse que ya tenemos concluida nuestra carrera: de un momento á otro podemos pasar de las caricias de nuestros padres á las de nuestros esposos, á los cuales impone Dios la obligacion de querernos mas que á ninguna otra persona de este mundo, de cuidarnos y alimentarnos y darnos todo lo necesario para nuestro bienestar y contento. Sin ir á campaña ni asistir á tribunales, entramos en el goce de las rentas, de las

dignidades, honores y títulos de nuestros maridos: si ellos se encaraman en el gobierno á encumbrados puestos, con ellos subimos nosotras sin trabajo alguno y recibimós las enhorabuena y el honorífico tratamiento correspondiente á su nueva dignidad con la misma satisfaccion que si la hubiéramos alcanzado con nuestro heroismo en los combates ó con la sabiduria de nuestros dictámenes y la severa reclitud de nuestro proceder en la judicatura, ó en las secretarías de los monarcas.»

No desconozco que las predicadoras de las desventajas de su debil sexo podrán hacerme algunas observaciones, que oscurezcan el brillo de este lisonjero cuadro de los motivos de la gratitud que deben á la divina Providencia; pero por larga que sea la enumeracion de lo mucho que les falta para su completa felicidad sobre la tierra, las afortunadas exenciones y privilegios, que muy por encima he mencionado, nunca dejarán de ser exenciones y privilegios sumamente apreciables, así como el beneficio de la salud siempre es un gran bien aunque esté acompañado de pobreza ó de cuitas del alma.

La sagrada Escritura está en contra de las que quisieran trocar su suerte por la de los hombres, pues en ella se ve y me propongo indicar en este capítulo el privilegio de amorosa compasion con que Dios las favoreció en el antiguo Testamento. Asi por via de ejemplo se lee en el libro de los Números que en el esterminio que para vengarse á sí mismo y vengar al cielo hizo el pueblo de Israel en sus ene-

migos Madianitas, Moisés asistido por los consejos de la Divinidad mandó que se respetáran las vidas de todas las mugeres doncellas y de todas las niñas en la universal matanza de los varones, niños y ancianos de aquella nacion abominablemente pecadora.

El Altísimo tenia determinado que su pueblo conquistador fuese vara de justicia y rayo de ira para las iniquidades de los habitadores de la tierra de Canaán, y así ordena en el Deuteronomio que si oponen resistencia en alguna ciudad, se los pase á cuchillo. ¿Y las mugeres y las hijas de ellos no habrán de perecer y ahogarse en el lago de la vertida sangre de sus padres y maridos? No; para ellas hay clemencia y salvacion. Mas si solo á ellas se librára de la muerte ¿cómo quedarían sus desolados corazones si no se les guardáran sus ternezuelos hijos? La piedad del Señor tenia en cuenta su maternal ternura; y por lo mismo ha dispuesto que se les conserven los niños.

Al israelita estaba prohibido bajo las mas severas penas casarse con muger estrangera; sin embargo el Señor hizo una escepcion en favor de las desdichadas cautivas permitiendo (*Deuteron. cap. 21*) á los hijos de Israel que si ellas eran gratas á sus ojos, las tomasen por esposas, despues de haberles hecho dejar el vestido con que fueron hechas prisioneras, y dádoles un mes de término para que se desahogasen llorando á sus padres y á sus madres, y se instruyeran en la religion verdadera, que en tal caso habian de abrazar precisamente. Bella peripecia, de gemir cautivas pasar á ser esposas de sus amos y á ense-

ñorearse de sus corazones. Todas las veces que esto se verificase, se ofrecería un espectáculo sobre manera interesante. ¿Y quién me veda figurármelo, y esclamar que en las mas ínfimas mugeres de la Biblia hay un género de belleza indefinible, no corpóreo, sino mas bien perteneciente á la elevada region de las ideas y de los sentimientos?

Tambien mandaba la ley que el hombre recién casado no saliese á la guerra y que no se le impusiera carga alguna pública, sino que habia de estar-se en su casa un año entero alegrándose con su consorte. *Sed vacabit absque culpa domi suæ, ut uno anno lætetur cum uxore suâ.* (Deuteron. cap. 24, v. 5.) Gran dolor es el que en la guerra arrebatase la muerte á una joven recién desposada la cara mitad de su alma, dejándola en viudez y desolacion terrible. De tamaña desgracia quiso el piadoso Legislador divino que viviesen seguras las hijas de Jacob en el primer año de su matrimonio, en el cual sin mas que las apacibles ocupaciones domésticas eran sus maridos enteramente para ellas cual si no fuesen miembros del Estado, que no podia interrumpir su conyugal regocijo llamándoles al desempeño de cualquier cargo ó comision en servicio del público.

Asi el mútuo amor de los esposos echaba hondas raíces con el continuo trato, asi se alejaban las zozobras, asi eran mas apetecibles los desposorios; porque traian consigo á lo menos un año de plácido sosiego y de seguridad de no morir sangrientamente, asi con tanta compasion y regalo trataba Dios á las

mugeres en el periodo de la vida para ellas mas dulce y bonancible.

Bastante habia declarado el Señor con semejantes estatutos cuánta compasion le merecian las mugeres; empero además le plugo manifestarles su infinita bondad para con ellas transfundiéndola en sus mas esclarecidos siervos, en sus ángeles y en sus profetas. Sobre todo me embelesa y me admira ver que el Espíritu Santo se ha dignado emplear todo un libro aunque pequeño en ponernos delante de los ojos con un pincel tan suave como celestial la amorosa compasion que tuvo de una pobrecilla viuda estrangera un hombre de buen corazon. Sucedió que en la campiña de Belén iba aquella infeliz recogiendo espigas en pos de unos segadores en una hacienda que era de Booz, anciano rico en misericordia. Para quien tiene en su alma tal tesoro es un hallazgo ver una pobre. El propietario opulento al encontrarse en su campo con aquella joya de pobreza, preguntó quién era y se le diria: muger Moabita es que ha venido con su suegra Noemí, de la cual, á quien ama con entrañable ternura de verdadera hija, no han podido separarla las mas vehementes instancias ni las mas fuertes reflexiones, pues ella á todo replicaba: Yo iré contigo do quiera que tú fueres, y habitaré donde quiera que tú habitares. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Yo quiero morir y enterrarme en la tierra en que tú mueras. El Señor me castigue si otra cosa que la muerte me separare de ti. Noemí habia salido de Israel en un

año de hambre con su marido Elimelech y sus dos hijos Mahalón y Quelion, los cuales se casaron en el pais de Moab, y estuvieron allí diez años, y el sepulcro que ya habia devorado al padre de ellos, los devoró tambien, quedando sin hijos y sin marido Noemí y sus nueras Orpha y Ruth. Esta última era en su misero infortunio la fiel é inseparable compañera de la anciana viuda israelita, la cual á las mugeres que al volver ella á Belén decian: esta es aquella Noemí, respondia con suspiros de dolor: no me llameis Noemí, esto es, hermosa, sino llamadme Mara, esto es, amarga, porque de extrema amargura me llenó el Todopoderoso. Salí rica de bienes, con marido y con hijos ¡y ay de mí que vuelvo pobre, sin hijos y sin marido! ¿Por qué pues me llamais Noemí cuando el Señor omnipotente me ha afligido tanto y me ha quebrantado tanto?....

Ruth era pues el nombre de la joven viuda que para socorrerse en su desvalida pobreza con el permiso que pidió al capataz de aquella cuadrilla de segadores, recogia, siguiendo tímidamente sus huellas, algunas desperdiciadas espigas de cebada.

Booz, luego que se enteró de su virtud y de su triste situacion, desplegó en su favor una caridad dulcísima, próspera, consoladora y amable. Ella se lo agradecia con toda la efusion de su pecho sencillo y con la humildad mas profunda. Si la sagrada Escritura nada mas dijera de Ruth y de Booz, solo esto sería muy bello en un libro en que se pintan el principio y el fin del mundo, las apariciones de los

ángeles, los mas extraordinarios prodigios, el levantamiento y la ruina de las mayores monarquías del universo, las guerras y las tribulaciones de un pueblo célebre hasta la consumacion de los siglos, las figuras que representaron al prometido Mesías, la venida de este divino Redentor, su infancia, la predicacion de su doctrina celestial, sus virtudes, sus milagros, sus padecimientos, su muerte, su resurreccion, su gloriosa subida á los cielos, la conquista que de las naciones hicieron los apóstoles para el reino de la luz, el establecimiento de la Iglesia, y sus triunfos y combates hasta el último dia del tiempo descritos en el Apocalipsis. Repito que entre este cúmulo de portentosas y deslumbradoras grandezas la apacible, campes- tre y compasiva caridad de Booz para con la pobre- cita espigadera sería para mí una belleza y un encanto; pues si yo viese una humilde florecilla del campo entre los diamantes de que va vestida magestuosa reina, creo que me habia de embelesar aquella florecilla.

Ruth muy contenta dijo á Noemí la caritativa compasion que habia hallado en Booz, y Noemí al oír este nombre acordándose que el buen anciano era pariente de su difunto hijo marido de su pordiosera Moabita, la animó á declararse con el virtuoso viejo, descubriéndole su parentesco. Conforme se lo insinuó Noemí lo hizo la joven viuda, y el feliz resultado fue tomarla por esposa el opulentísimo Booz. ¡Prodigio de compasion!....

No por hipérbole, sino por convencimiento ase-

guro que semejante matrimonio fue un prodigio de compasion. ¿Pues qué otra cosa pudo mover al virtuosísimo Booz á contraerlo? Era un señor poderoso que de nada necesitaba, y Ruth una miserable, aunque de escelente índole y de unas costumbres y de un candor como de paloma. El era un anciano, en quien ya hacia mucho tiempo que habia dejado de hervir la sangre, y al cual por sus riquezas, su noble cuna, sus virtudes y su buena fama no hubieran faltado mugeres de su misma patria ricas y hermosas si las hubiera pretendido; y Ruth además de no ser del pueblo de Dios y de hallarse en estado de mendicidad, no era bella, pues si lo hubiese sido, no lo callaria el sagrado testo, por ser esta una circunstancia muy vital en el asunto de que se trata y necesaria para la cabal inteligencia de este suceso que extraordinario es aunque no sale del círculo de una familia, asi como espresamente dice que fueron hermosas Sara, Rebeca, Raquel, Bersabé, Judit, Esther, Susana, y Noemí. Ni la conveniencia de tener una muger humilde que le sirviera y cuidára en su vejez aconsejó á Booz su casamiento con la pobre Moabita, pues se sabe que tenia muchas criadas en su hacienda y él estaba tan poco menesteroso de mugeril asistencia que su salud y su ninguna delicadeza le permitian dormir en su era sobre un monton de haces.

Facil es preveer que los versados en la sagrada Escritura al momento señalarán la causa de este matrimonio, alegando la ley acerca de las segundas

nupcias de los parientes. Sí, esta ley fue para Booz una ocasion de obrar el admirable prodigio de su caritativa piedad; pero nada mas que ocasion, pues podia haber renunciado al derecho que aquella le daba para desposarse con Ruth, como lo hizo otro pariente mas cercano que rehusó horrorizado la mano de una viuda tan pobre. ¿Y quién se atreveria á motejarle por no usar de aquel derecho si el nonagenario anciano para eximirse de todo compromiso hacia presente que ya su edad no era para desposorios, y en segundo lugar que aquella muger habia nacido fuera de Israel y que mediaba infinita distancia entre su opulencia y la pobreza lastimosa de Ruth?

Booz y Ruth fueron abuelos de David, y aquel uniéndose con esta por amorosa compasion representó la inefable caridad con que el omnipotente Señor de cielos y tierra se junta con nuestras almas pobrecillas en el Sacramento de su amor con un desposorio de misericordia infinita, sin reparar en nuestra mísera bajeza, ni en su escelsa magestad y poderío ni en el asombro que en los ángeles causa tamaña dignacion, asi como su amable ascendiente Booz se sobrepuso á cuanto podia decir de su compasion heroica su amor propio, el cual si no le sofocára otro sentimiento mas generoso, habia de levantar el grito contra lo que parecia desmedida humillacion, á cuanto podia decir el público al verle entregar su corazon á una hambrienta espigadera, que se tenia por dichosa con que sus segadores le dejasen recoger al-

gun desperdicio de cebada y mucho mas con que él la convidase á comer entre sus criadas, á cuanto podian decir aquellos y estas cuando él les presentase á la humilde Moabita como señora de la casa y de la hacienda, á quien habian de respetar y obedecer en adelante si hasta entonces creyeron que hacian una gran cosa en no mirarla con desprecio. Hablando de las cautivas que pasaban á ser esposas de sus vencedores israelitas, me acuerdo que mas arriba no pude menos de decir: ¡bella peripecia! y ahora me violentaria para no repetir: bellissima peripecia, y prodigio de la compasion, que Dios inspira en favor de las mugeres.

Y tan lejos estoy de creer que sea este el único matrimonio contraido por compasion, que antes bien me parece que no son pocos los que se deben á tan noble y caballeresco sentimiento. Han quedado en una casa tres ó cuatro jóvenes que visten luto por la muerte de sus padres, no tienen hermano alguno que pueda cuidar de ellas, ni hombre que las defienda y conserve sus intereses; en sus rostros desconsolados está pintada la amargura de sus almas; en sus palabras, en sus miradas, en sus tristes cavilaciones, en sus pareceres sobre lo que indispensablemente han de resolver hay timidez, hay desconfianza, hay irresolucion, hay miedo: están como un anciano trémulo que sin un baston no puede tenerse en pie, y sin embargo no hay quien se lo alcance. Un hombre bueno ve y considera todo esto y dice: «si yo entrase en esa familia como marido de una de ellas, desapare-

cerian todos esos recelos, esas desconfianzas, esas negras inquietudes acerca de su porvenir, y sobre todo esa funesta idea de hallarse en desamparo que las abate y consume.» Piensa un poco y luego esclama ¡con esta! ya eligió la que entre ellas ha de ser su esposa, se declara, y al momento como por encanto en el corazón de la escogida y en los de sus hermanas reviven la paz bonancible, la grata confianza, la tranquila seguridad, la satisfacción risueña, el cordial regocijo. Ya descansan plácidamente á la sombra del nuevo esposo que para ellas es un hermano y un padre que les ha enviado Dios misericordioso: ya tiene un piloto la navicilla, que espuesta al furor de las olas bogaba sin timon y sin lastre. Ya no son tan temibles las tempestades..... Ya una llegó al puerto; las otras pueden ser conducidas á otros puertos por el mismo piloto..... Él en tanto espera de su esposa no solo una correspondencia de amor conyugal sino tambien de entrañable agradecimiento, y alegrándose en sus bodas, aún es mas íntimo, mas puro, mas delicioso su indecible contento al observar la felicidad que ha traído su compasión á aquellas jovencitas poco há desamparadas, y al oír á todas horas dentro de su mismo pecho una voz interior y celestial que no cesa de decirle: ¡cuán dulce es hacer bien!

Otro ve que una madre agobiada bajo el peso de la ancianidad va llevando sus canas al sepulcro con el profundo dolor de dejar huérfanas en este mundo perverso dos hijas inocentes, único afán y único pen-

samiento de su alma, y él se enternece y se conmueve interiormente porque á aquella anciana le salen suspiros del llagado corazon y lágrimas de los ojos siempre que los pone en sus amadas prendas y se le ocurre al mismo tiempo la dolorosa idea de su no lejana muerte. Su compasion le trae pensativo por algunos dias, y al fin le hace pronunciar una palabra, con la cual consolada la muy afligida madre deja entrever su gozo en lo reanimado de su semblante, de su vista y hasta de su voz cascada. Y desde aquel momento poniéndose en las manos de su Dios ya espera la muerte con una tranquila resignacion, que no tuvo hasta entonces. Se ha pedido la mano de una de sus hijas. Ya no quedarán huérfanas.

¡Cuántas de las licencias que se piden al soberano Pontífice para contraer matrimonio entre parientes estarán fundadas en el desamparo de una prima joven ó de una sobrina que ha quedado sin padres y sin arrimo, y á cargo de su primo ó de su tio que desposándose con ella quiere hacerla señora de sus bienes y poner á cubierto para siempre su honor, su honestidad y su inocencia. Y en efecto semejantes razones son muchas veces una verdad. Si; para la muger es el hombre mejor de lo que generalmente se piensa. No diré que en tales casos no se mezcle algun cariño ó algun cálculo de conveniencia; empero para que mi asercion sea verdadera, basta que el sentimiento de bienhechora compasion predomine.

Tambien sucede con bastante frecuencia que com-

promisos matrimoniales contraidos por amor se sostienen en medio de mil borrascosas contradicciones y superando obstáculos casi invencibles se llevan á cabo por un fuerte impulso de vivísima compasion. Quien ha turbado el sosiego de una joven inocente y virtuosa, quien por su causa la ve penar y vivir devorando los tormentos y angustias de una pasion represada y combatida por otros y á la cual ella se entrega vehementemente, quien ve comprometida una conciencia virginal, que sin él aún dormiria un envidiable sueño de dulcísima quietud, por la enérgica compasion que su amada le inspira, siente en sí un esfuerzo casi sobre-humano para mantenerle su palabra de casamiento y cumplírsela con mil sacrificios aunque se hayan interpuesto entre él y ella formando cruel barrera provincias y reinos, rugientes mares, nubes preñadas de rayos y largos años de angustiosa ausencia. ¿Qué sería de ella sin la compasion que en su favor ha arraigado Dios en el corazon de su futuro esposo?



CAPITULO XXII.

Compasion de los Profetas para con las mugeres.



El Señor, que es infinitamente justo y pródigo de bondad y de misericordia, ha compensado á los pechos mas débiles, mas pobres y mas cuitados con mayor tesoro de agena compasion, á medida de su debilidad, pobreza y desamparo. Por eso mientras mas débil es el ser que padece mas acreedor le ha hecho á compasion, por eso el hombre atribulado no mueve á compasion tanto como la muger atribulada; pór eso en los repartos de limosnas que hacen los testamentarios de ricos piadosos, llevan mas decente socorro las pobres que con sus hijas han de partir el pan de su indigencia; por eso la mas indignadora inhumanidad de un gobierno es dejar consumirse y morir con el rigor del hambre á las viudas de los que gastaron su vida en servicio del Estado; por eso en nuestros dias las monjas españolas han escitado la pública conmiseracion mas que los religiosos arrojados de sus asilos de paz y de santidad, mas que los ministros del Altísimo condenados á sustentarse á es-

pensas de la escasa caridad de los fieles; por eso el misericordioso Jehová en el antiguo Testamento por medio de sus profetas insignes obró tantos prodigios de piedad con mugeres que se hallaban en tribulacion; por eso suscitó á Daniel para proteger la inocencia calumniada de la acongojada y bellissima Susana.

Esta heroína de conyugal fidelidad rodeada de toda su familia dolorosamente atónita, de sus padres deshechos en lágrimas, de su tierna prole sumergida en un abismo de sentimiento, y de su esposo cubierto de lastimosa confusion, comparece acusada de adulterio en un tribunal de iniquidad, en el cual son jueces y al mismo tiempo delatores y testigos del supuesto crimen dos ancianos que venera el pueblo alli reunido. Susana es de la familia mas rica y noble que hay entre los judíos cautivos en Babilonia. Su virtud es notoria, pero ya la tiene por estrella caída del firmamento el consternado y numeroso concurso de gentes, que está esperando oír su acusacion y su sentencia de muerte segun la ley contra el feo delito que se le imputa. Ella temblando cual muger que espera morir apedreada de un instante á otro cubre la vergüenza y encendimiento de su hermosísimo rostro con un velo caído sobre sus ojos hinchados de llorar, que de rubor no se atreven á mirar mas que al suelo y son dos astros de pureza oscurecidos por la angustia. ¡Ay; ay que se le manda descubrirse! ¿Qué pecho no se rompe de compasion? Los inicuos jueces, cumpliendo la imponente ceremonia que ordenaba la ley

que hiciesen los testigos en cualquiera causa criminal, levantándose con sus canas en medio del pueblo ponen las manos sobre la cabeza de la infeliz inocente. Ella llorando alza los ojos al cielo, pues su immaculado corazón tiene puesta su confianza en el Señor. Los dos ancianos curtidos en la maldad pronuncian jurídicamente el falso testimonio que le ha de acarrear la muerte, la cual prefirió Susana al crimen, cuando habiéndola sorprendido sola en su jardín, no pudiendo lograr que se rindiera á la torpeza de sus deseos, la amenazaron con la atroz calumnia que la haria morir apedreada. Aunque con horror y estrañeza, les da crédito la muchedumbre como á viejos y jueces del pueblo, y la fiel esposa, verdadero modelo de matrimonial castidad, es sentenciada á mortífero apedreamiento. Con espanto é indignacion de los cielos, pero por nadie defendida ya llevan á Susana al lugar del suplicio; y ella en medio del inmenso océano tempestuoso de su desolacion y amargura, levantando el alma hasta el trono de la justicia y misericordia del Eterno, dice en patético lamento acompañado de sollozos: ¡Dios inmortal, para quien nada hay oculto, tú sabes que es falso el testimonio que han dado contra mí! ¡Sabes que muerro inocente! *Et ecce morior!....*

Me place la brevedad, la sencillez, el fervor, la resignacion y la enérgica protesta de inocencia que cualquiera notará en estas exclamaciones de una muger que sin culpa ya va á morir como una delincuente en horroroso suplicio. Para mí es este

un sublime arranque de dolor santo, purísimo y divino, no un *grito de desesperacion* como se lee en el tomo primero de la *Biografía católica* escrita bajo la direccion de Mr. de Genoude (pág. 445). Para que se vea con cuánta ligereza procedió el autor francés al calificar de aquella manera la oracion de Susana, pongo aqui el sagrado testo.

Exclamavit autem voce magna Susanna, et dixit: Deus aeternae, qui absconditorum es cognitor, qui nostri omnia antequam fiant,

Tu scis quoniam falsum testimonium tulerunt contra me: et ecce morior, cum nihil horum fecerim quae isti malitiose composuerunt adversum me.

Exaudivit autem Dominus vocem ejus. (Daniel. cap. 13, v. 42, 43, 44.)

Los gritos de desesperacion bajan naturalmente al infierno: no conocen mas camino que el del reino de Satán. No fue este el rumbo que llevó la oracion de Susana, por consiguiente nada hubo en ella de desesperaciones románticas. Atribuir las como lo hace el filósofo y poeta Mr. Eduardo Alletz en su *Nueva Mesiada* con la Santísima Virgen pintando sus dolores al pie de la cruz, atribuir las, digo, á los modelos de perfecta resignacion que nuestra adorable religion nos propone para imitarlos, contradiciendo la verdad histórica, es un extravío insufrible, y téngase bien entendido, es prueba de malísimo gusto literario.

Cierto que en tal naufragio solo su escelsa virtud pudo preservar á Susana de estrellarse en el escollo de la desesperacion. El cielo no se desplomaba sobre

sus asesinos jueces: la tierra sin abrirse para devorarlos y sin estremecerse consentía tan bárbara injusticia; solo Dios era testigo de su calumniada inocencia y no volvía por ella; el inicuo juicio se había cerrado; la sentencia de muerte está á punto de ejecutarse; ya el pueblo tiene en la mano las piedras que contra ella va á lanzar; tan terrible tormento segun la ley lo merecen por duplicado los jueces acusadores por la calumnia y por el pecado que ellos intentaron cometer; y ellos son creídos, y respetados, y el mundo ignora su abominable delito y triunfan y cumplen su amenaza de vengarse con apariencias legales, disipando para siempre el buen olor de su virtud y cubriendo de ignominia su nombre y de negra confusion y agudo pesar á su esposo, á sus padres y á sus hijos, y ella en tanto ya va á morir apedreada como adúltera infame. ¿Qué hace la víctima Susana, qué hace? ¿Se queja de que duerme la justicia de lo alto? No. ¿Rompe en impetuosas imprecaciones contra aquellos ancianos execrables? No. ¿Descubre al menos que sorprendiéndola en su jardín fueron ellos mismos los que trataron de violarla, y que ella pidiendo auxilio esforzó el grito, y se libró de esta suerte y ellos viéndose perdidos, dieron mayores gritos para sofocar el suyo é inventaron para cubrir su crimen la calumniosa trama que con su autoridad hacían prevalecer? No. Conténtase con declarar que muere por un falso testimonio y que muere inocente. Esto era justo, era obligatorio, era preciso, era indispensable. Todo lo demás lo calla. ¡Qué

admirable silencio! ¡Cuánto no se violentaria para guardarlo! Explicando el suceso tal como habia pasado acaso hubiera logrado disipar aquella tempestad haciéndola caer sobre sus calumniadores, ó cuando menos hubiera conseguido suscitar en su favor entre la muchedumbre algunas fuertes dudas. ¡Pero ah! Su silencio es prudente, es pudoroso, es casto, es caritativo con sus mortales enemigos, es resignado, es sublime, es santo. Mujeres atribuladas, madres, esposas, hijas, si alguna vez sois blanco de vil calumnia, ó al menos de siniestra y punzante equivocacion, mirad y remirad á esta heroína del antiguo Testamento; seguid con vuestro corazon llagado el vuelo del corazon de Susana al solio del omnipotente Consolador; y mezclando vuestras lágrimas con las suyas, levanta los ojos á donde ella los levanta. ¿Quedaré bur-lada vuestra esperanza? No, mil veces no. Mirad, mirad! La multitud de los apedreadores se detiene á la voz de un niño. Dios ha obrado un milagro en favor de la martir: ha despertado el santo espíritu de un profeta: quiere darlo á conocer por un prodigio de su compasion á una muger, cuyo confidencial gemido penetró los cielos: Daniel, el profeta de las extraordinarias visiones, el profeta que será asombro de sábios y temblor de grandes reyes sobre sus tronos, ahora viene, ahora se muestra, ahora se acredita, ahora defiende á Susana con su prematura sabiduría y con la autoridad de su ardimiento sobrenatural, ahora vuelve á abrir el juicio, ahora patentiza la inocencia de la acusada, ahora convence de

impostura á los depravados testigos, cuyas almas descenden á los abismos, dejando sus viejos cuerpos fracturados y oprimidos bajo un monton de piedras teñidas de su sangre.

Un asombroso profeta sale de la soledad en que es milagrosamente alimentado. ¿Dónde va? A buscar fuera de Israel por mandato de Dios la caridad de una viuda. En las inmediaciones de Sarepta, pais de los Sidonios, está recogiendo un poquito de leña una muger pobre: un venerable peregrino con la santidad en su celestial rostro se acerca á ella y le dice: «Dame un vaso de agua:» la muger corre al instante á traerlo dejando lo que haciendo estaba: mas no pasa un minuto sin que vuelva la cara al oír que el forastero le grita: «Tráeme tambien, te ruego, un bocado de pan en tu mano.» Ella responde con sencilla ingenuidad: «Vive el Señor Dios tuyo, que no tengo pan; solo me queda un puñadito de harina, y una alcucita de aceite: recogia estos dos palos para ir á cocerlo con ellos para mí y para mi hijo, y comérnoslo y despues morir.» Sí, la infeliz está ya resignada á morir; tal es la carestía y el hambre que aflige al territorio de los israelitas y á los paises comarcanos. Sin embargo, en su respuesta no hay acritud, ni reconvencion porque se le pide con demasiada franqueza, ni resuelta negativa, ni asomo de enfado; no hay mas que la natural y apacible expresion de un alma poseida de melancolía tranquila y profunda, de la melancolía que trae consigo la aproximacion de una muerte inevitable. El desconocido

viajero, cuyo aspecto debia indicar algo extraordinario, no solo insiste en su peticion, sino que pretende que se le dé el pan, antes que lo prueben aquella triste madre y su hijo; pero añade una cosa muy particular y muy grande, hablando así: «Porque esto dice el Señor Dios de Israel: no faltará tu poquillo de harina, ni menguará el aceite de tu alcuza hasta el dia en que el Señor envíe lluvia sobre la haz de la tierra.» Al principio como que se estraña que nada replique la muger, y que obedezca con tanta prontitud cuando en su situacion se requiere para obedecer un heroismo, un prodigio de obediencia. Empero muy luego dejará de estrañarlo quien sepa adivinar lo que es connatural al corazon humano en este ó aquel estado crítico. Y esto de presentar á primera vista alguna inverosimilitud en las circunstancias de los sucesos es muy frecuente en la sagrada Escritura; pero bien pronto se echa de ver con un poco de reflexion que en aquello mismo que parecia mas estraño y sorprendente hay una admirable conformidad con las tendencias y con los profundos y delicados secretos de nuestro corazon, y en descubrir esa misteriosa armonía se halla un esquisito placer. Así por ejemplo se comprende la veloz y ciega obediencia de esta muger, atendiendo á cómo estaba su alma, y contemplando que todo lo del mundo es indiferente para quien espera morir en un término próximo. Además, aqui mediaba una promesa divina salida de la boca del siervo de Dios, y en las mugeres por lo regular hay mas predisposicion que en

los hombres para dar crédito á lo extraordinario y sobrenatural. Suelen tener mas fe, y por lo mismo Dios que se complace en mostrarse á las almas de purísimo candor, las distingue con especiales favores y dulces prendas de su bondadoso aprecio; como sucedió con esta viuda de Sarepta, la cual habiéndose portado piadosamente con el profeta, que el Señor le enviaba, y amparándole bajo su propio techo, tuvo la dicha de ver cumplirse con diario prodigio la palabra de su santo huesped. Era este el taumaturgo Elías. Feliz casa la que encierra á tan gran siervo del Altísimo, y que abunda en harina y aceite mientras en todas las regiones del contorno hay carestía, hambre y desolacion. ¿Y ya no hallará el dolor entrada en este dichoso albergue de las bendiciones del cielo? ¿Se le habrá cerrado toda puerta? No, que el dolor no está reñido con los justos, objeto de los carismas y de la predileccion de Dios, pues por serlo no dejan de habitar una tierra que brota espinas. Antes bien los visita para que en medio de sus tristes sombras la virtud de ellos se acrisole, y luego al disiparlas resplandezca con mayor claridad el sol de la divina misericordia.

Murió el ternezuelo hijo de la viuda de Sarepta, y cual si Elías tuviera la culpa de esta muerte, la madre desolada le reconvino ágríamente en el primer ímpetu de su dolor. Consternado el profeta le pidió el cadaver del infante, lo tomó de su maternal seno, se lo llevó á la habitacion en que él dormía, lo puso sobre su cama, y clamando al Señor dijo:

¡Señor Dios mio! ¿aun á la viuda que me da de comer has afligido quitando la vida á su hijo? Y tendióse y púsose tres veces sobre el niño, y clamó al Señor y dijo: Señor Dios mio, vuelva te ruego el alma de este niño á sus entrañas. Y oyó el Señor la voz de Elías; y volvió el alma del niño á entrar en él, y revivió. El profeta coje en brazos al niño, se le lleva á su madre y se le entrega diciéndole: aqui tienes vivo á tu hijo: *En vivit filius tuus.*

De ningun otro muerto se sabe que hubiese resucitado antes que este niño. El estupendo milagro de la resurreccion se obra por vez primera para consolar á una madre. Se debe á la compasion inmensa con que Dios y su siervo Elías miran la llaga abierta en el pecho de una muger, y de una muger sidonia que no pertenece al pueblo escogido, de una muger que aunque digna de indulgencia por el exceso de su amargura, desmerece el portento por su falta de conformidad con las disposiciones del soberano Árbitro de la vida, y por su injusto enfado con el venerando profeta, de una muger que no se vuelve á Dios en su afliccion, de una muger que no pide el prodigio y hasta ignora que pueda hacerse. ¿Quién sino el portentoso poderío de la compasion hácia una madre sumergida en desolante duelo impele al Santo de formidable palabra á tenderse sobre un muerto, á juntarse con él, estrechando sus brazos con los suyos, su cuerpo con el suyo difunto, su rostro con el suyo helado, su boca con la suya yerta y á respirar dentro de ella su vivificante aliento?

Por compasion á otra pobre viuda, cuyos hijos le iban á ser arrancados por deudora insolvente, el profeta Eliseo multiplica de tal suerte un poquito de aceite, única cosa existente en la casa de aquella desventurada, que con él tiene para pagar sus crecidas deudas y para mantenerse ella y sus hijos. Este prodigio se refiere en el capítulo 4.º del libro 4.º de los Reyes. Allí mismo se lee otro bastante parecido al que hizo Elias con el hijo de la viuda de Sarepta. Es otra resurreccion de un niño, debida tambien á la compasion que inspira al profeta Eliseo una virtuosa madre. La pintura que se nos hace de esta muger escelente es muy interesante y delicada. Parece que la naturaleza y la virtud se han juntado para dibujar ambas con una misma mano el sencillo, hermoso cuadro. Todo en él respira una gracia, una naturalidad, una belleza, un encanto: lo componen cinco personas, un profeta y su criado, una señora, su marido y su niño. El profeta es Eliseo, su criado Giezi, Sunamitis la señora, no se dicen los nombres de su esposo y su niño. Ya es viejo el marido de Sunamitis, ella rica, noble y buena goza de consideracion en Sunam, por donde suele pasar el siervo de Dios: convidale á comer en su casa, propone á su marido disponerle en lo alto de ella un aposentillo para hospedarle, su esposo condesciende, el profeta acepta el hospedaje, quiere mostrarse agradecido, hace llamar á Sunamitis y preguntarle en qué podrá servirla; ella en su apacible respuesta se presenta cual dechado de modestia y desinterés; in-

siste Eliseo en querer manifestarle su agradecimiento y no sabe qué merced será mas de su agrado, Giezi con donosa prontitud hace á su amo una indicacion acertada que envuelve en sí una inocente malicia: «No lo preguntes, le dice, no tiene hijo.» Pasa un año y Sunamitis se ve inundada de alegría estrechando á su seno el niño que ha dado á luz.

¡Pero ay! ya crecilito va un dia al campo adonde estaba su padre, quéjase de la cabeza, sé lo traen á su madre, ésta le sienta sobre sus rodillas y así le tiene con la cabecita calenturienta reclinada sobre su maternal pecho hasta que espira. ¡Qué imagen! ¡Qué viva y cuán natural imagen de la ternura de una madre con su niño enfermo! Si se me preguntára de qué modo se habia de pintar al amor materno, yo al momento diria: pintad á Sunamitis con su moribundo niño sobre su falda..... Contéplala, pintor, y si tienes corazon poético y destreza para expresar lo que tu corazon te dice de ella, harás un cuadro admirable.

Al instante que el niño exhala el último aliento, se lo lleva su madre al cuarto de Eliseo y lo pone sobre la cama del profeta, allí lo deja encerrado y ocultando á su marido el tristísimo suceso, llena de confianza en su santo huesped se va al Carmelo en busca de él. Suplico á los lectores que cuando lleguen á este paso en el divino original que voy á copiar traducido por el Padre Scio, miren por dentro y por fuera á la dolorida Sunamitis corriendo en su enjaezada borriquita, es decir que le observen lo in-

terior del alma, y lo exterior también notando sus ojos, su rostro encendido, su impaciencia, su esperanza, la priesa con que se mueve sobre su animal que va á todo trote, el solícito afan que la devora por llegar á la presencia del profeta, el ningun caso que hace de Giezi contestándole cualquier cosa por no detenerse, y la actitud y efusion de dolor profundo con que estrecha y baña con sus lágrimas los pies del venerable amigo del Altísimo. Giezi quiere apartarla; Eliseo, que comprende mejor el sentimiento de una madre, hace que su criado respeta mas su angustia, dejándola con indulgencia desahogarse segun los vehementes movimientos de su alma atribulada. ¡Cómo insiste la madre! ¡Cómo se rinde á todo la compasion de Eliseo! ¡Cuán tierna, cuán activa se muestra! ¡De qué modo tan patético obra el prodigio de la resurreccion del niño!

8. Acaeci6 asimismo que pasaba Eliseo un dia por Sunam, y habia allí una muger de consideracion, que le hizo detener para comer; y como pasase por allí muchas veces, se entraba á comer en su casa.

9. Y ella dijo á su marido: Veo que este hombre que pasa frecuentemente por nuestra casa es un hombre santo de Dios.

10. Hagámosle pues un aposentillo, y pongámosle en él una cama, y una mesa, y una silla y un candelero, para que cuando viniere á casa, se recoja en él.

11. Acaeci6 pues que un dia vino él, y entr6se en el aposento, y descans6 allí.

42. Y dijo á su criado Giezi: llama á esta Sunamitis. Y habiéndola él llamado, y puéstose ella delante de él,

43. Dijo á su criado: Dile: Yo veo que nos has asistido con esmero en todo, ¿qué quieres que haga yo por ti? ¿Tienes algun negocio, y quieres que hable al rey ó al general de las armas? Ella respondió: Yo vivo en medio de mi pueblo.

44. Y dijo: ¿Qué quieres pues que haga por ella? Y respondió Giezi: No se lo preguntes: ella no tiene sucesion, y su marido es viejo.

45. Mandóle pues que la llamase; y habiéndola llamado, y parándose ella á la puerta,

46. Le dijo: En este tiempo y en esta misma hora, si Dios te diere vida, tendrás un hijo en tus entrañas. Y ella respondió: No quieras por tu vida, Señor mio, hombre de Dios, no quieras engañar á tu sierva.

47. Y concibió la muger, y parió un hijo en el mismo tiempo y en la misma hora que habia dicho Eliseo.

48. Y el niño creció. Y habiendo salido un dia para ir á su padre, que estaba con los segadores,

49. Dijo á su padre: Me duele la cabeza, la cabeza me duele. Y él dijo á un criado: Tómale, y llévale á su madre.

20. Y habiéndole él tomado y llevado á su madre, túvolo ella sobre sus rodillas hasta el mediodía, y murió.

21. Mas ella subió, y púsole sobre la cama del

hombre de Dios; y cerró la puerta: y habiendo salido,

22. Llamó á su marido, y dijole: Envía conmigo, te ruego, alguno de los criados y una asna, que iré corriendo hasta donde está el hombre de Dios y me volveré.

23. El le dijo: ¿Por qué quieres ir á él? Hoy no son calendas ni sábado. Ella respondió: Quiero ir.

24. E hizo aparejar el asna, y dijo al criado: Guíame, y date prisa, y no me hagas detener en el camino: y haz lo que te mando.

25. Partióse pues, y fuese en busca del hombre de Dios al monte Carmelo: y cuando la vió el hombre de Dios que venia á encontrarle, dijo á Giezi su criado: Mira: aquella es la Sunamitis.

26. Sal pues con diligencia á recibirla, y dile: ¿Te va bien á ti y á tu marido y á tu hijo? Ella respondió: Bien nos va.

27. Y como hubiese llegado al monte al hombre de Dios, arrojóse á sus pies, y llegóse Giezi para apartarla. Y dijole el hombre de Dios: Déjala; porque su ánima se halla en amargura, y el Señor me lo ha encubierto, y no me lo ha manifestado.

28. Ella le dijo: ¿Acaso te pedí yo un hijo, Señor mio? ¿No te dije yo: Que no me engañaras?

29. Y él dijo á Giezi: ciñete, y toma mi báculo en tu mano y marcha. Si te encontrare alguno, no le saludes: y si alguno te saludare no le respondas: y pondrás mi báculo sobre la cara del niño.

30. Mas la madre del niño dijo: vive el Señor,

y vive tu alma que no te dejaré. Con esto se puso él en camino, y fue la siguiendo.

31. Mas Giezi habia ido delante de ellos, y habia puesto el báculo sobre la cara del niño, y no tenia voz, ni sentido: y volvióse en busca de Eliseo, y dióle aviso, diciendo: No ha resucitado el niño.

32. Entró pues Eliseo en la casa, y vió el niño muerto, que estaba tendido sobre su cama.

33. Y habiendo entrado, cerró la puerta sobre sí, y sobre el niño: é hizo oracion al Señor.

34. Y subió, y echóse sobre el niño: y puso su boca sobre la boca de él y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre sus manos: y encorvóse sobre él, y entró en calor la carne del niño.

35. Y él descendiendo, se paseó por la casa una vez de acá por allá: y subió, y se tendió sobre él: y el niño bostezó siete veces, y abrió los ojos.

36. Entonces él llamó á Giezi, y le dijo: llama á esa Sunamitis. Y habiéndola llamado entró á donde él estaba. Y él le dijo: toma tu hijo.

37. Llegó ella, y arrojóse á sus pies, y le veneró postrada en tierra: y tomó su hijo, y se salió.



CAPITULO XXIII.

Sucesos estraños de las mujeres.

— Leyendo la sagrada Escritura y reflexionando sobre sus bellezas, he observado que lo que es bueno y aun excelente en literatura, muchas veces no lo es fuera de lo escrito. Así en una obra literaria son en alto grado interesantes las mugeres de singulares aventuras, que al hombre de juicio no suelen agradar para esposas. En efecto parece que para el matrimonio son preferidas por los varones sensatos aquellas, cuya vida se asemeja á un arroyuelo manso y cristalino mas que á un torrente, del cual se cuenten hazañas de desbordacion, aunque este ofrezca á la memoria recuerdos mas poéticos y sublimes. Pero como quiera que los lectores de la Biblia no han de buscar en ella esposas para sí, cuantas mugeres encuentren pertenecerán al orden literario, y por consiguiente serán para ellos tanto mas bellas cuanto mas estraordinarios y singulares sean los sucesos de su vida y mas raras las imágenes con que se pinten en su fantasía.

En este supuesto me limitaré á indicar que además de las esclarecidas mugeres de que hasta ahora he hecho mencion, hay en la Biblia una muchedumbre de ellas, que aun prescindiendo de otras consideraciones, solo por este título forman y constituyen una de las grandes bellezas de aquel sagrado libro. Y á la verdad, ¿á qué imaginacion no se presenta como un cuadro interesantísimo y sorprendente ese millon y medio de mugeres israelitas, que salieron de Egipto para dirigirse á la tierra de promision por un camino sembrado de prodigios, lleno de escenas maravillosas, y como henchido de sublimidad y de asombro? He dicho millon y medio porque la mayor parte de los expositores convienen en que el pueblo escogido cuando salió de Egipto se componia cuando menos de tres millones de almas, supuesto que eran seiscientos mil los que podian llevar las armas: natural es que por lo menos una mitad fuese de mugeres como sucede en toda provincia ó reino; pero aquí aun habia de subirse el número de mugeres, pues el de los hombres debió haberse disminuido notablemente tanto con la orden bárbara del monarca de Egipto que obligaba á echar al Nilo á todos los recién nacidos niños hebreos, como porque no podia menos de ser grande el de los que pereciesen al rigor de los trabajos insoportables con que se les abrumaba en aquel pais de cautiverio y de inhumana tiranía.

De tal modo aquel ejército del Señor, lo que nunca se ha visto, marchaba con muchas mas muge-

res que combatientes. Solo esta idea por lo particular é inaudita es bella, muy bella. Considérese cuánto mayor movimiento y agitacion habria en los corazones si los soldados, los capitanes, los coroneles, los generales, y en una palabra cuantos entran en combate tuvieran que pelear, ser heridos y morir á la vista, ó cuando menos á poquísima distancia de sus madres, de sus hijas y esposas: esto sucedia en aquellos cuarenta años de batallas y campamentos, en los cuales al lado de los guerreros iban por el desierto madres, hijas y esposas, niñas y ancianas decrepitas. Las habria de ocho años, de doce, de quince, de diez y siete, de veinte, de veinte y cinco, de treinta, de treinta y seis y cuarenta y de cincuenta y de sesenta y de setenta y ochenta y mas años, pues consta que María hermana de Moisés que fue una de las que hicieron aquella memorable peregrinacion, murió á la edad de ciento y treinta.

De ellas muchas eran niñas muy tiernas cuando al salir de Egipto pasaron por en medio de las dos murallas de agua en que se dividió el mar Rojo, y llegadas al otoño de la vida no se acordaban de la tierra en que nacieron; de ellas muchas vinieron á la luz del mundo en el prodigioso viaje, en medio del interminable desierto, tal vez en los mismos dias en que el pueblo-ejército luchaba con los reyes y las naciones que se oponian á su tránsito, acaso á la falda del Sinaí cuando los campos circunvecinos retemblaban al pavoroso estampido de los truenos anunciadores de la presencia de Dios,

padres y una gran porcion de sus parientes perecian por las mordeduras de las mortíferas sierpes, acaso cuando los muros de Jericó caian al estruendo de las trompetas sacerdotales, ó cuando granizo y piedra del cielo desbarataba las tropas coligadas contra Gabaon. De ellas infinitas quedaron muertas antes de entrar en el territorio de su esperanza y de la posesion de sus hijos. Muerte triste sería la suya viendo frustrado el vehemente deseo de la mayor parte de su vida y dejando todavía de viaje y sin hogar ni asiento y con peligros y mil y mil obstáculos que superar á su amada familia antes de que llegase al prometido puerto de su descanso. Siempre es doloroso el morirse una muger, porque siempre ama y deja en el mundo alguna persona querida; pero morir en un desierto cual morian las israelitas, cuyos vínculos de amor necesariamente habian de ser por las circunstancias en que se hallaban muy fuertes y muy tiernos, ¡ay! es cosa cruel sobre toda ponderacion. ¡Cuántas Raqueles en aquellos cuarenta años de camino cerrarian los ojos á la luz del dia entre dolientes suspiros dejando abandonados Benjamines recién nacidos y ahogadas en un mar de sentimiento otras queridas prendas de su corazon!

Las que al fin de la jornada larguísima contaban cinco lustros con toda verdad podian asegurar que sus ojos y su boca no se habian alimentado mas que de prodigios y de escenas grandes y magníficas como la omnipotencia divina, que no se habian sustentado sino con un manjar llovido de los cielos y con

milagrosas codornices. Vieron los portentos de la vara de Moisés y bebieron las aguas sacadas prodigiosamente del peñasco, y asistieron á la solemne y aterradorá promulgacion de la ley escrita, y ante sus ojos se desplegó el nuevo aparato y las nuevas solemnidades y ceremonias del culto y religion que habia de durar hasta que el velo del templo se rasgase en la muerte del divino Mesías, y se estremecieron con las horrorosas matanzas con que por sus pecados é infidelidad el furor del Altísimo diezmó varias veces á aquel pueblo peregrino.

No hay duda en que el corazon de la muger por lo regular se exalta mas que el del hombre, y en ella el asombro es mayor, mas penetrante el terror, mas viva la compasion, mas hervorosa la alegría, mas estremado el sobresalto en las situaciones muy patéticas. ¡Pues cuánta no sería la diversidad casi infinita de afectos y de ardientes sentimientos que como las olas del mar ya en tempestad, ya en plácida bonanza, se fuesen sucediendo en los conmovidos corazones de esas innumerables israelitas, doncellas y matronas, viejas y niñas, que por tantos años viajando en pos de la milagrosa columna de fuego fueron objeto de los mas asombrosos portentos de la Omnipotencia, viendo y tocando la manifestacion sublime de las magnificencias divinas, y gozando de la pompa celestial, de las revelaciones y de la intimidad del Escelso, á quien servian los elementos cual humildes vasallos y aguerridos soldados, secándose los mares, abriéndose en las rocas las fuentes de las aguas don-

de no las habia, volando las tempestades al socorro del pueblo escogido, las pestes á devorarlo cuando pecaba, un fuego oculto á consumir las entrañas de los sacrílegos, y el sol y toda la naturaleza obedeciendo á los lugar-tenientes de Dios! Todo esto mas es para contemplado que para dicho. Corazones de mugeres en el desierto tan pronto culpables como arrepentidos, ora blanco del furor devorante del Eterno irritado, ora vaso predilecto en que el Señor derramaba los inmensos raudales de su misericordia admirable y magníficamente pródiga y ostentosa.....

El capitulo duodécimo del libro de los Números refiere un suceso singular de una muger célebre. Yo admiro en él lo mas solemne y misterioso del verdadero sublime y una novedad extraordinaria. Helo aquí en la traduccion del P. Scio.

1. Y habló María y Aaron contra Moisés á causa de su muger la Ethiopisa,

2. Y dijeron: ¿Pues qué ha hablado el Señor por solo Moisés? ¿No nos ha hablado á nosotros tambien del mismo modo? Lo cual oido por el Señor,

3. Porque Moisés era el hombre mas manso de todos los que moraban sobre la tierra,

4. En el mismo punto le habló á él y á Aaron y á María: venid vosotros tres tan solamente al Tabernáculo de la alianza. Y luego que llegaron,

5. Descendió el Señor en la columna de nube, y paróse á la entrada del Tabernáculo llamando á Aaron y á María. Los cuales luego que fueron allá,

6. Dijoles: oid mis palabras: Si alguno fuere

entre vosotros profeta del Señor, yo le apareceré en vision, ó le hablaré por sueños.

7. Mas no así á Moisés, que es el siervo mas fiel que tengo en toda mi casa:

8. Porque le hablo boca á boca: y él claramente y no bajo de enigmas y figuras ve al Señor: ¿Pues cómo no habeis temido hablar mal de mi siervo Moisés?

9. Y enojado contra ellos, retiróse:

10. Se apartó tambien la nube, que estaba sobre el Tabernáculo: y al instante compareció María toda cubierta de lepra blanca como la nieve. Y cuando Aaron la miró, y la vió cubierta toda de lepra,

11. Dijo á Moisés: ruégote, Señor mio, que no cargues sobre nosotros este pecado que neciamente hemos cometido,

12. Y que esta no sea hecha como muerta, ó como un aborto que es arrojado del vientre de su madre. Ved que la lepra ha devorado ya la mitad de su carne.

13. Y clamó Moisés al Señor, diciendo: ruégote, ó Dios, que la sanes.

14. Respondióle el Señor: ¿Si su padre le hubiera escupido en la cara, no debiera quedar cubierta de vergüenza siquiera por siete dias? Que esté apartada fuera del Real por siete dias, y despues se la hará volver.

15. Fué pues echada María fuera del Real por siete dias; y el pueblo no se movió de aquel lugar, hasta que se hizo volver á María.

Dios mismo bajando de la escelsitud de su trono á castigar la murmuracion de una muger, apareciéndosele y llamándola aparte, y reprendiéndola enérgicamente y desapareciendo indignado, la ínclita capitana de las doncellas de Israel que al otro lado del mar Rojo entonó al frente de la hueste salvada el glorioso cántico de victoria, cubriéndose de horrible lepra repentinamente por castigo divino, toda una nacion viajera detenida en su marcha siete dias por una sola muger arrojada del campamento por orden del supremo Juez de los cielos, y que hasta volver ella no se pone en movimiento, son imágenes tan grandes como estrañas y singulares y que de María hermana de Moisés hacen una muger incomparable á su modo. Mugeres murmuradoras, que dentro de la boca teneis en vez de lengua una maligna tijera, plugo á Dios poner en su divina Biblia esa imagen tan sorprendente para que os llamase la atencion.....

No trascurrió mucho tiempo sin que sucediese entre las mugeres del pueblo de Dios el caso mas raro que imaginarse pueda en materia de matrimonios. Las once tribus justamente coligadas contra la de Benjamin le habian hecho la guerra de un modo tan bárbaro y atroz que esterminaron hasta los niños y todas las mugeres, sin haberse salvado de su inhumano furor mas que seiscientos hombres puestos al abrigo de la roca de Remón en el desierto, donde permanecieron por espacio de cuatro meses. Toda la demás gente de aquella tribu fue pasada á cuchillo sin perdonar ni aun á las bestias ni á las inofensivas

paredes de sus aldeas y ciudades, pues todas ellas cayeron reducidas á pavesas por la voracidad de las llamas. Consumada la destruccion, lloró la nacion israelita la muerte de una de sus tribus y trató de reparar en lo posible tan espantosa calamidad, obra de sus propias manos, y para ello enviando mensajeros de paz á los seiscientos Benjamitas guarecidos en el peñasco de Remón, se propuso darles otras tantas mugeres á fin de que repobláran el devastado territorio de Benjamin, y retoñára una de las preciadas ramas del único árbol predilecto que para sí se habia reservado sobre la faz de la tierra el Señor de toda ella para cultivarlo con especial esmero como que de él en el trascurso de los siglos habia de salir el divino Fruto, en quien se complacia desde la eternidad. ¿De dónde empero sacar tantas esposas mediante un solemne juramento hecho por todas las tribus en aquella guerra, por el cual se obligaron á que ninguna de sus hijas se casára con hombre de la de Benjamin? Otro inconsiderado y cruelísimo juramento, producto lastimoso de la ciega exacerbacion de los ánimos, les sugirió el medio de salir de tantas dificultades: tambien habian jurado dar muerte á cuantos no concurriesen á aquella guerra fratricida: los únicos que faltaron fueron los moradores de Jabes-Galaad, y las once tribus para cumplir sus temerarios juramentos tomaron la resolucion de hacer por fuerza esposas de los Benjamitas á las doncellas que se hallasen en Jabes-Galaad y de acuchillar al resto de sus habitantes. Así se hizo. Diez mil feroces

guerreros encargados de la sangrienta ejecucion introdujeron horriblemente las puntas de sus espadas en los pechos y entrañas de las ancianas matronas, de las niñas y de los niños, de las jóvenes casadas, de los indefensos viejos y de todos los varones robustos ó enfermos de aquella desventurada ciudad, sin dejar con vida mas que á las doncellas casaderas, á las cuales llevaron consigo para entregarlas á maridos, cuyas caras nunca habian visto. Cuatrocientas eran las infelices. ¿Es buen dia para casarla el dia que una tierna joven llorosa ve morir sangrientamente á sus hermanos y hermanas, á su padre querido y á su madre idolatrada? ¿Y con quién se la casa? Con un hombre desconocido que perdida su familia y su fortuna, llora inconsolablemente sobre las cenizas de su casa paterna, sobre la desolacion de su pueblo destruido é incendiado y sobre los mutilados cadáveres de todos sus amigos y de todos sus parientes. ¡Ó mugeres, á quienes Dios, de esta ó de aquella manera, os pone en los labios el caliz del dolor para que lo probeis, sea cual fuere vuestra desgracia, sea cual fuere la porcion de amargura que os embriaga, mirad, considerad! No sois tan desdichadas como esas cuatrocientas jovencitas de Jabes-Galaad. Bendecid al Señor porque no es tan grande ni tan acerbo vuestro infortunio.

Sin embargo un consuelo, un desahogo, un bien se proporcionaba á aquellas jóvenes, abismo de desolacion, el de mezclar su llanto con el de sus nuevos esposos, su indecible sentimiento, su profundo

duelo, la inmensidad de su tribulacion, la agonía de sus almas con el sentimiento, con el duelo, con el océano de tribulacion en que los corazones de ellos estaban sumergidos. Quien conozca la naturaleza del dolor apreciará debidamente lo que serian aquellas inefables efusiones de dolor entre los nuevos esposos! Ellas cayendo desmayadas entre los brazos de los Benjamitas, á quienes las entregaban por esposas, en vez del vínculo del amor hallarian el del dolor, sintiendo los latidos de angustia que daban los corazones de sus nuevos esposos junto á los corazones de ellas, correspondiéndose con ayes, con suspiros y con fuertes vibraciones de agudo sentimiento..... A tan patética imagen mas lúgubre que el final abrazo de Niso moribundo al sangriento cadaver de su querido Euríalo, acompaña una idea graciosa, extravagante, singular en toda la estension de la palabra. ¡Cuatrocientos casamientos!!... Cuatrocientos en un mismo dia y entre personas que ni se quieren ni se conocen, y á la fuerza, debiendo ser este el acto mas espontáneo de la vida. Seria de ver cuatrocientas novias en la ceremonia de su desposorio todas ellas con los tristes ojos hinchados y enrojecidos de llorar la destruccion de sus familias y la vertida sangre de sus padres y madres. ¡Cómo estarian sus pechos en aquel solemne momento para otras de tanto regocijo y dicha! No obstante, eran ellas las únicas de su pueblo á quienes se habia conservado la vida, las únicas que habian sobrevivido á tanto estrago, y este pensamiento de salvacion propia, que al fin la vida es un bien

aun en medio de los mayores infortunios, formaria en sus almas un maravilloso contraste con su imponderable pesar. No pensaban en ser esposas tan pronto y ¡ay! que han venido á serlo repentinamente por un camino de sangre y desolacion.

Como los Benjamitas eran seiscientos y no pasaban de cuatro centenares las jóvenes de Jabes, quedaron doscientos sin casarse, los cuales por mandato de la pública autoridad de la nacion se proveyeron de mugeres emboscándose en unas viñas á las inmediaciones de Siló en ocasion de celebrarse gran fiesta en dicha ciudad, donde estaba por entonces el tabernáculo del Señor, y saliendo de repente y sorprendiendo á una muchedumbre de doncellas que alegremente bailaban en el campo con motivo de la solemnidad, arrebataron doscientas, llevándose cada uno por esposa á la primera que pudo haber á las manos ó á la que le pareció mejor en aquel pronto. Dejo á la consideracion de los lectores las reflexiones morales y religiosas que condenan la conducta del senado de Israel; y por lo mismo que este es un suceso, que por mas que se le quiera justificar, siempre conserva mucho de escandaloso, no quiero decir nada del cuadro divertido que ofrece á la fantasia, prescindiendo de su moralidad, pues aunque yo lo calle cualquiera tiene derecho para figurarse el modo extraordinario con que se acabó el inocente baile de las doncellas de Siló, su sorpresa, el espanto, el barullo y confusion con que echarian á correr aunque en vano, y la gritería y chillidos que atronarian

la campiña y todo lo trágico-cómico de tal escena compuesta de mas de doscientas escenas, que aunque sucedian á un mismo tiempo y en un mismo sitio y á un mismo propósito, presentarían una graciosa variedad de circunstancias.

Nada hay en la sagrada Escritura que algo no en- vuelva de grande. De estos seiscientos matrimonios improvisados renació la tribu de Benjamin.

No creo que en ninguna historia profana se halle cosa parecida á lo que se cuenta en el libro tercero de los Reyes: un viaje científico de una reina opulenta. La reina Sabá deja su trono y su corte y las muelles conveniencias de su palacio, sin que la arredren ni las incomodidades de un dilatado camino, ni lo que podrán decir de ella las gentes de dentro y fuera de su reino, por ir á larga distancia á cerciorarse por sí misma de la sabiduría de Salomon, por conocer y oír á un sábio. Esto es bello. Yo quiero á la reina Sabá. Esta reina merece una composicion poética. Digo que la merece: quédese para otro el cantarla, que yo ahora me voy á admirar el silencio de otra reina.

1. En aquel tiempo enfermó Abía hijo de Jeroboám.

2. Y dijo Jeroboám á su muger: ve, y muda de vestido, para que no te conozcan que eres la muger de Jeroboám: y ve á Silo, en donde está Ahías profeta, el que me anunció que habia de reinar sobre este pueblo.

3. Toma tambien en tu mano diez panes y una

torta y una botija de miel, y vete á él; porque él te dirá lo que ha de acaecer á este niño.

4. La muger de Jeroboám lo hizo como se lo habia dicho: y levantándose partió á Silo, y llegó á casa de Ahías: mas él no podia ver, porque se le habian oscurecido los ojos por la vejez.

5. Mas el Señor dijo á Ahías: Ahí tienes á la muger de Jeroboám que entra á consultarte sobre su hijo que está enfermo: esto y esto le dirás: Entrando pues ella, y disimulando ser la que era,

6. Oyó Ahías el ruido de sus pies cuando entraba por la puerta y dijo: entra, muger de Jeroboám: ¿por qué te finjes ser una otra? mas yo soy enviado á ti para darte una dura nueva.

7. Ve, y di á Jeroboám: esto dice el Señor Dios de Israel: por quanto te ensalcé de en medio del pueblo, y te puse por caudillo sobre mi pueblo de Israel;

8. Y dividí el reino de la casa de David, y te lo dí, y no fuiste como mi siervo David, que guardó mis mandamientos, y me siguió de todo su corazon, haciendo lo que era agradable á mis ojos;

9. Sino que has obrado el mal sobre todos cuantos hubo antes de ti, y te hiciste dioses agenos y de fundicion para provocarme á enojo, y me has echado á las espaldas:

10. Por tanto mira que yo traeré males sobre la casa de Jeroboám, y destruiré de la casa de Jeroboám hasta los perros, y lo encerrado, y lo postrero en Israel: y barreré los residuos de la casa de Jero-

boám, como suele barrerse el estiercol hasta que no queda rastro.

41. Los de la casa de Jeroboám que murieren en la ciudad, serán comidos de los perros: y los que murieren en el campo, serán devorados por las aves del cielo por cuanto el Señor ha hablado.

42. Tú pues levántate, y vete á tu casa; y en el punto mismo en que entrarás tú en la ciudad morirá el niño.

43. Y llorarle ha todo Israel, y lo enterrará: porque solo este de la casa de Jeroboám será puesto en sepulcro, por cuanto ha hallado en él cosa buena el Señor Dios de Israel entre los de la casa de Jeroboám.

44. Y el Señor se ha escogido un rey sobre Israel, que arruinará la casa de Jeroboám en este dia, y en este tiempo:

45. Y el Señor Dios agitará á Israel, como suele moverse la caña en las aguas; y desarraigará á Israel de esta buena tierra que dió á sus padres, y los aventará á la otra parte del rio; por cuanto se han consagrado bosques para irritar al Señor.

46. Y el Señor entregará á Israel por los pecados de Jeroboám, que pecó, é hizo pecar á Israel.

47. Levantóse pues la muger de Jeroboám, y fuése, y vino á Thersa, y cuando ella puso el pie en el umbral de la casa murió el niño.

(Lib. 3 de los Reyes, cap. 14, traduccion del P. Scio.)

El silencio de la sagrada Biblia acerca del dolor inconcebible que partiria el alma de esta madre reina

y de lo que ella pudo esclamar sollozando al oír las terribles y fatídicas palabras del profeta anciano y ciego no es propio de hombres, es cosa del adorable Espíritu divino que dictaba las páginas de ese libro que los siglos admiran sin poderlo analizar ni penetrar completamente aun entre todos juntos. Ora enmudeciese de dolor la reina esposa de Jeroboam, en cuyo caso tal enmudecimiento sería patético en una madre, y lúgubrementemente sublime en una princesa reinante, ora habiendo ella prorumpido en ayes y suspiros de mortal angustia, no haya hecho el historiador inspirado ni una breve mención de los gemidos de una madre y de una reina en semejantes circunstancias, este silencio es grande, majestuoso y divino. ¿Qué otro escritor lo hubiera guardado? Lejos de aquí, profanos, los que no teneis penetración bastante para introducir con la mente asombrada en el santuario de las misteriosas bellezas del libro de la Divinidad. No olvidéis que una obra divina ha de tener muchos caracteres exclusivamente suyos, que en gran manera la distinguen de las producciones del ingenio y corazón de los mortales. Si quisiérais pintar este pasaje de la historia santa con vuestra pluma terrena y poner en boca de la esposa de Jeroboam lo mas tierno, lo mas expresivo, lo mas doloroso, lo mas vehemente, lo mas sentimental que se os pudiera ocurrir figurándoos al trazar tales líneas de fuego que érais la madre, á quien el profeta anuncia la muerte de su hijo y el tremendo castigo que el Escelso guarda para toda su familia en los tesoros

de su ira omnipotente, yo cerraria vuestro libro para releer el capítulo catorce del libro tercero de los Reyes, viendo con los ojos de la exaltada fantasía al profeta ciego y á la reina, á quien habla en nombre de Dios. ¿Qué pintor me representaria á esa madre en la actitud en que yo la concibo? ¿Cómo expresaria lo que pasaba en su alma y en su corazón? Hay ocasiones en que el pincel mas admirable es el silencio.

Verdaderamente que en la Escritura santa se encuentra con frecuencia eso que yo llamo majestad de su silencio. Otra prueba de esto es el capítulo primero del libro de Esther. La repentina caída de la reina Vasthi desde una escelsa cumbre de gloria y poderío ni una sola palabra le merece, como que las cosas mas dignas de asombro son pequeñas, son nada delante de Dios. Pero á mí que soy un mezquino mortal amigo de observar y notar lo magnífico y lo bello de la Biblia, me place embellecer esta obra copiando el citado capítulo como que puede servir de ejemplo la reina Vasthi entre las mugeres que en el antiguo Testamento se distinguen por estraña singularidad.

1. En los dias de Asuero, que reinó desde la India hasta la Etiopia sobre ciento y veinte y siete provincias:

2. Cuando se sentó sobre el solio de su reino, fue Susán la ciudad capital de su reino.

3. Y en el año tercero de su imperio hizo un grande convite á todos los príncipes y gentes de su

corte, á los mas valerosos de los Persas, é ilustres de los Medos, y á los gobernadores de las provincias asistiendo él mismo,

4. Para ostentar las riquezas de la gloria de su reino, y mostrar la grandeza de su poder por mucho tiempo, es á saber, de ciento y ochenta dias.

5. Y cuando se cumplian los dias de este convite, convidó á todo el pueblo que se hallaba en Susán, desde el mayor hasta el menor: y ordenó que por siete dias se aparejase el convite en el atrio del jardin, y del bosque que estaba plantado de real mano y con magnificencia real.

6. Y pendian por todas partes pabellones de color celeste y blanco y de jacinto, sostenidos de cordones de finísimo linó y de púrpura que pasaban por anillos de marfil, y se sostenian en columnas de mármol. Habia tambien dispuestos lechos de oro y de plata, sobre el pavimento solado de esmeraldas y de mármol de Paros: embutido en variedad admirable de figuras.

3. Y los convidados bebian en vasos de oro, y las viandas se servian en vajillas siempre diferentes. Se servia asimismo vino en abundancia, y excelente, como correspondia á la magnificencia de un rey.

8. Y ninguno forzaba á beber á los que no querian, sino como el rey lo habia ordenado, haciendo asistir uno de sus grandes á cada mesa para que cada uno tomase lo que gustase.

9. La reina Vasthi habia hecho tambien un con-

vite á las mugeres en el palacio, en donde solia residir el rey Asuero.

10. Y el dia séptimo, estando el rey mas alegre, y en el calor del mucho vino que habia bebido, mandó á Maumán y Bazatha y Harbona y Bagatha y Abgatha y Zetthar y Carcas, siete Eunucos que asistian á su servicio,

11. Que hiciesen venir á la presencia del rey á la reina Vasthi con la corona puesta sobre su cabeza, para hacer ver su hermosura á todos los pueblos y magnates: porque era en extremo hermosa.

12. Ella lo rehusó, y con toda la orden del rey que le habia enviado por los Eunucos, no quiso ir. Por lo que indignado el rey, y encendido en grande cólera,

13. Preguntó á los sabios que le asistian siempre segun uso de los reyes, y por su consejo se gobernaba en todo, por cuanto sabian las leyes y los derechos antiguos:

14. Y los principales y mas cercanos eran Carsena y Sethár y Admatha y Tarsis y Mares y Marsana y Mamucán, siete príncipes Persianos y Medos que veian la cara del rey, y que solian tener asiento los primeros despues de él,

15. A qué pena estaba sujeta la reina Vasthi por no haber querido obedecer la orden del rey Asuero, que le habia enviado por los Eunucos.

16. Y respondió Mamucán en presencia del rey y de los grandes: la reina Vasthi no ha ofendido solo al rey, sino tambien á todos los pueblos y

príncipes que hay en todas las provincias del rey Asuero.

17. Porque lo que ha hecho la reina llegará á noticia de todas las mugeres, para que tengan en poco á sus maridos, y digan: el rey Asuero mandó que se presentase á él la reina Vasthi, y ella no quiso.

18. Y con este ejemplo todas las mugeres de los príncipes Persianos y Medos desdeñarán los mandamientos de los maridos: por lo cual es justa la indignacion del rey.

19. Si lo tienes á bien, haz que se publique un edicto, y que se escriba segun la ley de los Persas y de los Medos, que no es permitido violar, que la reina Vasthi no vuelva á entrar ya mas á la presencia del rey, sino que reciba su reino otra que sea mejor que ella.

20. Y esto sea publicado por todo el dominio de tus provincias que es muy dilatado, y todas las mugeres tanto de grandes como de pequeños darán honra á sus maridos.

21. Pareció bien el consejo al rey y á los grandes: y lo hizo el rey conforme al consejo de Mamucán.

22. Y envió cartas á todas las provincias de su reino en diversas lenguas y caracteres, segun cada nacion lo podia entender y leer, diciendo que los maridos son los dueños y los superiores en sus casas: y que esto se publicase por todos los pueblos.

(Traduccion del P. Scio.)

CAPITULO XXIV.

Heroismo de las mugeres.



Ilustres mugeres tuvo el pueblo de Dios, que con belicoso esfuerzo despedazaron su yugo de estrangera tiranía. Tal vez en una época en que ocupan tres señoras los tronos de Inglaterra, España y Portugal, no parecerá tan extraño ver á Débora gobernando á la nacion israelita; profunda empero es la diferencia, pues aqui rige la máxima de que el rey reina y no gobierna, por lo cual las princesas constitucionales no hacen mas que poner su firma al pie de los decretos y leyes que sus ministros les presentan; mientras la profetisa Débora con celestial sabiduría juzgaba por sí misma al pueblo á la sombra de una palmera. Bella y encantadora imagen. Contempladla, poetas, porque bien merece vuestras atentas miradas la escelsa poetisa, cuyo sublime cántico hoy admiramos como uno de los mas preciosos monumentos de la sagrada inspiracion del Oriente.

Gemia su patria bajo la opresion de Jabín poderoso rey de Asor. Sus caminos lloraban su soledad, porque los de Israel por miedo de la muerte no se

atrevia á salir de sus propias casas, ó iban temblando por escondidos senderos. Los campos que cultivára ¡ay en vano! el sudor del labriego hebreo, daban su fruto á las rapaces manos de sus crueles opresores. No habia ni una lanza ni una espada que levantarse pudiera contra el comun enemigo. Pero el espíritu del Señor estaba con Débora bajo la palma del monte de Efraím. La profetisa llama á Barac y le dice: «Levanta un ejército de diez mil hombres, condúcelo al Tabor y deshaciendo con él el poderío de Sí Sara, pon término á la opresion de nuestra patria.»

Barac es hombre de valeroso ardimiento; mas el mandato que oye le parece superior á todo esfuerzo, y así no se atreve á acometer por sí solo la heroica empresa. Para aceptar el cargo de libertar á su patria pone una condicion que denota el altísimo concepto en que tiene á Débora todo el pueblo, y la esperanza que funda en su ánimo sobre-humano. «Si tú vienes conmigo, le responde, iré, si no, no voy.— Yo marcharé contigo, replica Débora, pero esta vez no se atribuirá á ti la victoria, porque en manos de una muger será Sí Sara entregado.» Diríjense al monte Tabor, monte escogido para grandes prodigios. Sí Sara al oír que allí se reunia alguna gente contra él, junta su numeroso ejército compuesto de doscientos cincuenta mil hombres, segun pretenden varios autores, y reforzado indudablemente con novecientos carros de guerra, pues así lo dice la sagrada Escritura. Trábase el combate á la margen del gran

torrente Cison: los hijos de Zabulón y de Neptali se precipitan á la muerte y la fulminan á las huestes contrarias como tempestad de rayos. No hay resistencia á su brazo. Las ondas del inmediato torrente enrojecidas con la sangre de los vencidos ora absorben en sus profundidades muchedumbre de cadáveres, ora los vomitan á su orilla, ora los arrastran en su violento curso, y ora juegan con ellos sumergiéndolos y levantándolos sobre su voraginoso corriente. No cuidan los vencedores de recoger los ricos despojos de los bárbaros ya fugitivos: no tienen sed sino de sangre; y corren en pos de ellos hasta sepultar en sus corazones las vengadoras espadas.

En esta fiera lid el mismo cielo es soldado de Débora: las estrellas pelean en su favor y hacen guerra á Sísara, quien desesperado huyendo solo á esconderse en la cueva de algun monte ó en la enramada espesura de alguna selva, halla una casa hospitalaria, donde se entra á tomar algun poco de aliento, mientras á su madre inquieta por su tardanza en volver se le dice que estará entretenido en despojar á los enemigos de sus mas preciosas joyas ó en escoger para si la mas linda de las doncellas cautivas. Jael es el nombre de la muger que le ha hospedado bajo su techo. El general del rey Jabin rendido de cansancio y de fatiga le pide agua para sus secos y ardorosos labios: ella le alcanza una taza de leche: él se la sorve ávidamente toda; su descaecimiento le hace arrojarle al suelo con torvo abando-

no, y el sueño cerrando sus espantados ojos, se derama por sus lasos miembros.

Jael esposa de Haber Cineo considera dormido bajo su tutela al tirano opresor de su pueblo: el Dios de las justicias le habla al corazon: ella obedece, coje en una mano un enorme clavo y en la otra un martillo; ya aquella está casi tocando la cabeza del general dormido con el hierro sobre una sien, y esta se ve levantada en alto con la maza y á punto de descargar el golpe de muerte: la ejecutora de la divina venganza se estremece un momento; pero bien luego afirmándose en su hostil ademán, baja impetuosamente el brazo del martillo, é introduciéndose el clavo por el cerebro del caudillo enemigo, le traspasa ambas sienes y le hace arrojar el alma despavorida. En dos ó tres horribles convulsiones se azota contra el suelo y se revuelca en su hirviente sangre el polvoriento cuerpo del tirano á los pies de Jael. Así la Esposa del justo José de Nazaret quebranta la cerviz del príncipe de las tinieblas, y así mortalmente herido se agita en vano el caudillo del infierno bajo su virginal planta que el serafin adora y besa.

No fueron Débora y Jael las únicas heroínas, á cuya inmortal valentía debió Israel su salvacion y suspirada libertad. Desolábalo un mónstruo de fiereza: el protervo Abimelec, hijo del prodigioso Gedeon, para mas asegurar su corona usurpada habia vertido sobre una misma piedra la sangre de sus sesenta y ocho hermanos, y aún no hartó con tan atroz carnicería, agitado por infernal espíritu de discordia

tenia convertida la tierra de promision en misérrimo teatro de fraticidas combates, de horrores y de espanto. Entró vencedor en Sichem que le vió nacer en su seno y le levantó en sus hombros para que tiranizara á la infortunada descendencia de Jacob, y á nadie, á nadie dejó con vida en ella, y la arruinó con tan feroz encono que sobre su arrasado territorio hizo echar sal para que allí no volviera á habitar alma viviente. De Sichem llevó el esterminio á Mello, donde se habian refugiado infinitas familias de otras comarcas, y despues de haber talado las selvas circunvecinas, la redujo á cenizas junto con sus innumerables moradores. En seguida voló con su devastador ejército á sembrar igual estrago y ruina en Tebes, pequeña ciudad de Judea, y ya al pie de sus murallas, estremeciéndolas al estruendo y empuje de sus máquinas de guerra, y despidiendo de sus ojos centellas de furor se disponia á incendiarlas y á reducirla en breve á carbonizados escombros, cuando herido de muerte por mano de una muger cayó en tierra, y suplicó á su escudero que le acabara de arrancar una vida, que ya le era aborrecible, porque un brazo mugeril habia desplomado con una piedra la torre de su ferocísima altivez. De tal manera por la hazaña de esta muger, cuyo nombre calla la divina Escritura, se libró la ciudad de Tebes de su inminente ruina, de la próxima muerte sus ciudadanos, de la guerra civil todo el reino, la patria de un tirano y la tierra de un mónstruo.

Debió tener un corazon grandemente generoso

y magnánimo esotra muger, que en el reinado de David evitó la ruina de Abela cuando Joab que la sitiaba estábase afanando en derribar sus muros. Encaramóse en ellos y tuvo el intrépido atrevimiento de dirigirse en voz alta y sonora al general sitiador, reconviéndole con admirable sagacidad y energía porque intentaba destruir una ciudad que era madre de sábios, adonde se venia á tomar consejo. Joab le respondió que no la destruiria si se le entregára á Seba, hijo de Bochri del monte de Efraím, quien acaudillando la rebelion de las diez tribus contra su rey, se habia hecho fuerte en ella. A cuya proposicion contestó la valerosa muger: «Ahora mismo te será arrojada su cabeza.» Y cumplió su palabra. Dice el sagrado Texto que para lograrlo habló sábiamente al pueblo reunido, *Et locuta est sapienter.*

A los pocos instantes esparciendo sangre aún caliente la cabeza del caudillo de la sedicion volaba por el aire desde el muro al inmediato campamento de Joab, habia tocado á su término la civil guerra, que amenazaba devorar el reino, toda la nacion obedecia á su legítimo soberano, la ciudad de Abela se habia librado de su inminente ruina, las madres ya no tenian que temblar por la vida de sus hijos ni las esposas por las de sus maridos, y los leales y valientes de Judá habian vuelto á ser hermanos de los conjurados de todas las demás tribus, á los cuales un momento antes daban muerte. Para lograr tanto una sola muger con su audacia salvadora y su elocuencia de rayo ¡cuánta autoridad é imperio tendria

sobre su pueblo por sus virtudes, por su heroica grandeza de alma y por la superioridad de su talento y de su saber, pues era llamada sábia!

La divina Escritura ha consagrado todo un libro á la inmortal hazaña de Judith. Bien lo merece la heroína, así como el que nadie ignore que cortó la cabeza á Holofernes y libertó á Betulia. El hecho pues por tan sabido no necesita contarse. Me parece que lo he visto representado en uno ó mas cuadros de valiente pincel en todas las galerías y museos de pintura que he visitado en diversos países y particularmente en Italia. Estenderse en su narracion, aunque fuera intercalándola con algunas reflexiones acerca de su belleza, sería copiar en su mayor parte el sagrado Texto, quitándole empero aquella augusta sencillez de la Biblia. Mejor está en su venerando original, cuya lectura jamás me cansaré de recomendar á los corazones capaces de experimentar el sentimiento de lo bello y el nobilísimo embeleso del verdadero sublime. No decir algo de la incomparable Judith al fijar la vista en las ilustres mugeres del antiguo Testamento, fuera grave injusticia, y no lo consentiría la celebridad de su heroismo, y faltaría á mi propósito y se resentiría esta obra de semejante olvido, y la imponente sombra de la divina Amazona podia venir en las horas de la alta noche á interrumpir mi sueño con justas reconvenciones.

¿En esta especie de conflicto literario cuál partido ha de tomarse? ¿Qué preferiría el lector, el silencio ó la repeticion de un suceso en que está bien

enterado? Ni con lo uno ni con lo otro debo ofender su buen gusto y delicadeza: espondré sencillamente que me sorprenden y admiran, me entusiasman y me arrebatan las siguientes imágenes de extraordinaria novedad y grandeza, que hallo en los diez y seis capítulos del libro de Judith.

4.^a La historia de una joven viuda, que aunque noble, no es de real estirpe y hace una vida privada en el retiro á que la inclinan su modestia y su virtud; empieza hablando de un rey de los Medos subyugador de muchas naciones que edifica una asombrosa ciudad, y de otro rey de los Asirios, que venciendo al mencionado de la Media, se apodera de su imperio y crece de tal modo en soberbia que se propone avasallar la tierra toda, declarando en un consejo de sus magnates su pensamiento devorador del mundo.

2.^a Holofernes saliendo á la conquista del universo por mandado de su rey Nabucodonosor al frente del ejército de los Asirios, que con sus armas, sus bagajes y su helicosa muchedumbre cubren la faz de la tierra á manera de langostas, y asaltando todos los castillos y enseñoreándose de todas las plazas fuertes de la Cilicia, y arrasando ciudades tan opulentas como la muy célebre de Melothi, y saqueando á todos los hijos de Tharsis, y á los hijos de Ismaél, y á los hijos de Madián, haciéndolos cautivos á todos y rindiendo á la Mesopotamia, y degollando á todos los que le resistian y descendiendo á las campiñas de Damasco en el tiempo de la siega, é incendiando to-

dos los sembrados, y haciendo cortar todos los árboles y viñas, y por último, cayendo su terror sobre todos los moradores de la tierra como águila formidable sobre tímida avecilla. *Et cecidit timor illius super omnes inhabitantes terram.*

3.^a El pavor y la consternacion de todas las naciones amenazadas de muerte van á postrarse delante del general Asirio y le dicen: Todas nuestras ciudades, y todas las posesiones, todos los montes y los collados y los campos, y las vacadas y rebaños de ovejas y de cabras y de caballos y de camellos, y todas nuestras riquezas y familias están rendidas á tus pies. Nosotros y nuestros hijos esclavos tuyos somos. El pavor y la consternacion con el disfraz de un júbilo fingido y de un rendimiento voluntario se presentan en los caminos y en las puertas de las ciudades á recibir al devastador con diademas y antorchas en las trémulas manos de sus nobles, de sus vírgenes y matronas danzando al son de flautas y tambores; y el indomable Holofernes á los festejos de los pueblos humildemente postrados corresponde con el asolamiento de sus bosques y ciudades. *Nec ista tamen facientes ferocitatem ejus pectoris mitigare poterunt: nam et civitates eorum destruxit, et lucos eorum excidit.* (Cap. 3, v. 11, 12.)

4.^a Todo Israel temblando con la proximidad del esterminio que trae Holofernes, y desplegando una extraordinaria energía y actividad de angustia para ocupar las cumbres de los montes y las gargantas de los desfiladeros á fin de hacer cruel guerra de mon-

taña al tirano conquistador, á quien ninguna nacion resiste, y al mismo tiempo clamando á su Dios con fervor grande, y humillándose en ayunos y oraciones, deshechas en lágrimas las mugeres, los niños prosternados delante del templo del Señor, los sacerdotes vestidos de cilicios y cubierto de cilicio el altar del Altísimo, y polvo y ceniza sobre las cabezas de los que ofrecian las víctimas y holocaustos.

5.^a La nube de destruccion sobre Betulia. Son ciento veinte mil guerreros de á pie y veinte y dos mil de á caballo y otros innumerables de las provincias cautivas los que al mando de Holofernes la angustian con un cerco de muerte. Dentro hay llantos, hay suspiros, hay gemidos de agonía, hay hambre, hay sed devoradora, hay desfallecimiento y palidez, hay plegarias de dolor, hay arranques de desesperacion, y se ruega y se insta á los magistrados que entreguen la ciudad al enemigo. pues el morir pronto al filo de su espada se prefiere al insoportable tormento de ver los ciudadanos cómo se va acabando por instantes la vida de sus hijos y de sus esposas con el rigor de la sed.

6.^a En medio de tanta desolacion y estruendo de guerra es muy bello y extraordinario encontrarse con la apacible pintura de las domésticas virtudes, del fervor santo, de las riquezas y de la buena fama de una matrona joven y muy hermosa. ¿Y es algun episodio de amor, ó algun rasgo de compasiva piedad quien la introduce en esta magnífica escena de espanto y de consternacion? No. Yo la veo como inspira-

da sacerdotisa del Altísimo llamar á su presencia á los ancianos de la ciudad y reprenderles cual divina maestra, porque han consentido en abrir las puertas á los Asirios si no los socorria el cielo dentro de cinco dias. De sus labios llenos de uncion sale un torrente de sagrada elocuencia y de enseñanza celestial: arguye, exhorta, anima á la confianza, aconseja lo que se debe hacer, recuerda la historia de lo pasado, habla patéticamente al entendimiento y al corazón, convence, persuade, y sobre todo edifica con la santidad de su agigantado espíritu. Les hace vislumbrar una misteriosa hazaña que ella medita, y védales indagar su proyecto.

7.^a La rica y bellissima Judith vestida de cilicio y cubierta de ceniza su cabeza sublime, encerrada en su oratorio, puesta en el suelo su frente embeladora, implorando del Señor salvacion para su pueblo y pidiéndole heróica virtud para salir bien de la peligrosa empresa en que ella sola por la libertad de su patria va á esponer su honra y su vida.

8.^a La santa Judith enjugando las lágrimas de sus ojos, deponiendo el triste trage de su viudez, ungiéndose con aromáticas esencias, vistiéndose como para nuevas bodas, y engalanándose con sus mas brillantes aderezos y preciosas joyas, como un jardin en primavera con sus delicadas flores de esquisita fragancia que arrebatan la vista con su hermosura y la inimitable variedad de sus colores vivisimos.

9.^a Una señora joven, noble y opulenta abandonando su casa para ir al campo enemigo, no huyen-

do del hambre y sed de la ciudad sitiada ni para con-
graciarse con aquel por medio de una cobarde felo-
nía, sino para obrar un prodigio de heroismo, desa-
fiando el pavor de las sombras nocturnas por sendas
solitarias ó llenas de peligro, poniéndose á la intem-
perie y entregando la delicadeza de sus plantas á las
piedras de escarpado camino de monte, mientras en
la redondez de la tierra á tal hora las de su sexo y
edad no como ella primorosamente engalanada, sino
suelos los cabellos y dadas á un dulce sueño repo-
san plácidas con suave calor en blandos lechos.

10.^a Judith cautivando el corazón fierísimo del
implacable Holofernes con su hermosura empleada en
un ardid de guerra, postrándose rendida y cortes-
mente ante el feroz caudillo, á quien lisonjea y en
cierta manera engaña con palabras de verdad aunque
de doble sentido; sobre las cuales, sea dicho de paso,
que estraño mucho el que varios espositores hayan
suscitado dificultades para conciliarlas con la santidad
de la heroína, pues me parece que basta leerlas con
alguna atención para cerciorarse de que no hay en
ellas embuste, envolviendo en sí toda una verdad
absoluta y proféticamente relativa á otros tiempos y
situaciones, aunque dispuestas con una economía y
una discreción y finura muy propias para alucinar al
general Asirio.

11.^a Una muger joven y hermosa saliendo de un
campamento de doscientos mil infieles á hablar con
el verdadero Dios en fervorosa oración á media no-
che; y en el augusto silencio de la naturaleza con las

rodillas en tierra y el bellissimo semblante bañado en dulce llanto, estasiarse en inefables coloquios con el Señor, pidiéndole la salvacion de su pueblo, inmóvilándose por conseguirla, y revistiéndose de una fortaleza traída de los cielos para el fulminante golpe que anhela dar. Creo que los literatos de buen gusto convendrán conmigo en que Judith orando en solitario campo mientras en el mundo no velan mas que la luna y las estrellas majestuosamente prendidas en el inmenso manto de la noche, es una imagen que yo no tengo lengua para encarecer cuanto merece.

12.^a ¿Quereis ver otra imagen sorprendente? Una joven que al hechizo de su nativa belleza ha añadido para cautivar á un hombre cuantos artificios puede inventar su fecundo ingenio, despues de haber logrado completamente su desígnio habiendo cogido á Holofernes en su red de amor, está sola con él á puerta cerrada, le contempla profundamente dormido en su lecho de oriental magnificencia, donde cayó derribado por la embriaguez, aún suenan en su oído las dulces promesas de hacerla gran señora en el imperio de Nabucodonosor; dueña ya del corazón de su amante y venida al campamento enemigo á salvar á su pueblo con una hazaña de sangriento heroismo, ó á alcanzarle perdon y clemencia del general Asirio aunque fuera resignándose á ser su esposa, pues la ley no le prohibia dejar el luto de la viudez por un nuevo marido, sabe que no le negaria la misericordia que le pidiese en favor de su nacion; es muger y es sensible..... Mas Dios la inspira..... Pro-

funda es su conmocion: mueve los labios en silencio hablando con el Rey del cielo, sus ojos se bañan en lágrimas y su brazo se estiende á coger el alfange pendiente de uno de los pilares de la cama, lo desenvaina, y aferrando con una mano la cabellera del tirano y levantando la otra sobre su cuello descubier- to, clama á Dios que le dé brio, descarga el mortal golpe, y estremecida de horror al mismo tiempo que enagenada de gozo rápidamente le fulmina otro sa- blazo, con el cual cortada la cabeza se divide del tronco..... De aquella y de éste está saliendo un rio de hirviente sangre..... Judith envuelve en el rico pa- bellon de la cama la espantosa cabeza del general y sale de la tienda á media noche con direccion á Be- tulia.

13.ª Judith antes de amanecer en Betulia, subida á un lugar alto, todos los ciudadanos atónitos de asombro y de alborozo en su rededor con hachas encendidas y ella mostrando la ensangrentada cabeza de Holofernes y diciendo á voz en grito: «Ved aquí la cabeza del príncipe del ejército de los Asirios, y ved aquí su pabellon, dentro del cual estaba acostado en su embriaguez, donde por esta mano de mu- ger hirió el Señor nuestro Dios. Pero vive el mis- mo Señor, que su angel me ha guardado, ya al ir de aquí, ya estando allí, y ya al volver de allá para acá, y que no ha permitido que yo su sierva me manchase; sino que me ha vuelto á vosotros sin mancilla de culpa trasportada de júbilo por su victo- ria, por veros libres de la inminente ruina, y á mí

misma fuera de tanto peligro. Confesadle todos porque es bueno y misericordioso en los siglos. *Confitemini illi omnes, quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia ejus.*

Dije que no iba á seguir el hilo de la historia de la ínclita Judith; y por lo mismo he omitido todo cuanto en ella no formaba una imagen extraordinaria. Al divino original remito á los lectores que gustaren recordar la parte que tuvo Aquior en tan memorable suceso, el espanto que se apoderó del ejército Asirio al ver degollado á su general, las alabanzas que los magnates y el pueblo de Betulia tributaron á su libertadora, el horrible espectáculo de la cabeza de Holofernes colgada en los muros de aquella ciudad, el acometimiento, persecucion y destrozo que hacen los israelitas en las despavoridas huestes enemigas, los treinta dias que emplean en recoger los riquísimos é innumerables despojos de los Asirios, los tres meses de fiesta en celebridad de la victoria, la ida del pueblo á Jerusalén á ofrecer holocaustos y á cumplir con mil acciones de gracias sus votos y promesas, la entrega á la inmortal heroína de todo lo perteneciente á Holofernes, la ofrenda que la misma hizo de ello al templo, la gloria que la rodeaba cuando salia en público los dias festivos, la venida del sumo sacerdote Eliazim á Betulia con todos sus ancianos á verla y á felicitarla cuando bendiciéndola todos á una voz le decian entre otros muchos encomios entusiasmados: «Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo.»

Esta señora que en sus cien años de vida fue el ídolo y la delicia de Israel, no cesó un momento de atribuir á Dios todo el triunfo y la gloria de que tan rica estaba como lo prueba su cántico admirable.

Una antigua criada la acompañó al campamento asirio y con ella volvió á Betulia trayendo la cabeza del inhumano conquistador. Valiente debió ser y fidelísima para seguir á su ama en aquel viaje de heroísmo.

¡Y tú, Madre de los siete niños Macabeos, perdóname si hablando de las mugeres fuertes de tu pueblo enmudezco al llegar á ti, aunque mereces que la primer corona de santa valentía se destine á tus gloriosas sienes!....



CAPITULO XXV.

Males causados por las mugeres.



Con razon se me podria tachar de parcialidad en favor de las mugeres, si habiendo hecho honorífica mencion del bien que hicieron las del antiguo Testamento, nada dijese de las desgracias que ocasionáran culpable ó inocentemente. Al entrar en este punto delicado me complazco en no tener prevencion alguna contra ellas, y en confesar que generalmente son al hombre de mucho alivio y consuelo en el trabajoso camino de la vida, y por lo mismo merecen estimacion y amor. Lo conocen, y como ven en sus almas cierto fondo de bienhechora bondad, están persuadidas de que á los hombres solo hacen bienes, y que es dulce la única pasion que les inspiran, la del amor. ¡Ah si recordáran que por esta padecen ellas muchas tribulaciones, comprenderian cuán amargas las hacen padecer á los hombres!

Aun quando este sentimiento del amor sea legítimo y tenga sus legítimas dulzuras como el de un hermano para con su hermana, el de un hijo para

con su madre, el de un esposo para con su consorte, el de un padre para con su hija, siempre hiere al hombre en la parte mas sensible, en el corazon. Siendo las mugeres peregrinas, asi como nosotros, en un valle de lágrimas y en una tierra de infortunio, no es posible que no lloren y no padezcan, y siempre, siempre que lloran y padecen, el amor, convirtiéndose en otro sentimiento profundo y *doloroso* que se llama compasion, hace en el corazon del hombre que las ama una herida, una llaga, que se abre y se profundiza á medida que crece el dolor de ellas. Saben esto los padres que tienen hijas, los esposos y los hijos. ¡Qué vida la del corazon de un hijo que ve tullida á su madre! ¡Qué agonía la del corazon de un esposo que advierte el peligro de muerte que en una enfermedad ó en un parto amenaza á su esposa! ¡Qué dogal el de un padre, cuya hija es desgraciada en su matrimonio, ó bien ha caido en pobreza, ó ha contraido algun defecto incurable como quedar ciega, ó tuerta, ó coja ó asmática, &c., &c.! Creo que sobre la tierra no hay para el corazon del hombre espada que asi le atraviese y despedace las entrañas como la muerte de una madre, de una hija, de una esposa idolatrada. En el mismo grado de parentesco la muger por lo regular es mas amada que el hombre, porque tiene un corazon mas amante y por otras muchas razones que sería prolijo enumerar; y por lo mismo es mas vivo, mas agudo, mas penetrante, mas tierno el sentimiento de que se haya apagado para siempre la amorosa antorcha de

sus ojos, de que para pudrirse se haya escondido en el sepulcro la grata belleza de su cara, de que falte su consoladora compañía, y de haber sucedido á la dulce fruicion de su ternura la tétrica y amarga idea de que su carne y sus huesos, con quienes tienen los nuestros íntima relacion de sangre, están ¡ay! bajo de tierra, emparedados y guardados por la muerte que los señorea y destruye poco á poco en fúnebre silencio, mientras su alma á infinita distancia de nosotros, se halla en la eternidad. ¡Ah! De sus padres no pueden decir los hijos lo que de una madre difunta: ¡ay! gusanos inmundos ¡estremecedor pensamiento! están devorando el seno, las entrañas maternas que con su sangre y su sustancia me formaron á mí en el principio de mi sér y me alimentaron y me albergaron hasta que me hicieron nacer con intensos dolores suyos!

No tiene guarismo, ni cabe en libros, ni hay manera de explicar lo que el hombre padece por la muger á impulsos del amor convertido en compasion y dolor. Digalo David que al volver á Siceleg, hallándola reducida á pavesas, supo que los amalecitas se habian llevado cautivas á sus dos mugeres, Aquinoam de Jesrahél y Abigail viuda de Nabal del Carmelo. Diganlo sus seiscientos compañeros de armas, que en aquella ciudad tenian sus mugeres y sus hijas, y se encontraron con que los enemigos las habian arrasrado á inhumano cautiverio. *Levaverunt*, dice el sagrado testo, *David et populus qui erat cum eo voces suas et planxerunt donec deficerent in eis la-*

crymæ..... Et contristatus est David valde: volebat enim eum populus lapidare, quia amara erat anima uniuscujusque viri. (Reg. lib. 1, cap. 30.) Pusieron en el cielo sus dolorosos gemidos David y el pueblo que con él estaba, y lloraron á todo llorar hasta que no pudieron mas..... Y se apesará David en grande manera; porque el pueblo queria apedrearle; pues no habia hombre que no tuviera el alma en un abismo de amargura.....

¿Qué lengua sería capaz de contar lo que desde el principio del mundo hicieron padecer las mugeres á los insignes personajes del antiguo Testamento? Yo no lo diré; pero en cambio á propósito de esto quiero referir sencillamente una escena que un dia me figuré en el limbo. Una mañana de invierno, de aquellas en que no es prudente esponerse á la intemperie, habia pasado algunas horas relejendo en el divino Génesis las célebres é interesantes cuitas y pesadumbres de aquellos patriarcas, cuyas almas bajaron al limbo á esperar por largos siglos el advenimiento de su prometido libertador el Mesías; y luego yéndome á una estensa sala, y cerrando dos de sus ventanas, me puse á pasear casi á oscuras, con un gorro de terciopelo negro metido hasta los ojos, envuelto en un capote, en cuyo enhiesto cuello se me enterraba la cabeza algo inclinada sobre el pecho, donde tenia tambien ambas manos juntas y entrelazadas del modo que se las ponen á los difuntos, debajo del embozo del semi-capa, que me tapaba hasta la nariz..... Como no me habia dado el aire de la

calle disipador de meditaciones y de poéticos pensamientos, mi fantasía que venia llena de las memorias é imágenes sublimes de Abrahám, de Isaac, de Jacob, de José y de otras venerables sombras, se exaltó con la silenciosa oscuridad de aquella sala alta de techo y sin mas adorno que unos cuadros bíblicos sobrecargados de negrísima tinta y sobre asuntos tan terribles y tétricos como la destruccion de Nínive, la cena de Baltasar, y la ruina del universo en el diluvio.

Aquel dia el sol mostrábase temeroso de luchar con la nube que se le ponía delante; sin embargo un debil rayo suyo entrándose por entre la cortina de la única ventana á la cual se habia dejado algo entreabierto un postigo, reflectaba trémulamente sobre los grandes cristales de los lúgubres cuadros escriturarios, regalo de un amigo difunto. Esa luz tan escasa y tímida, ¡cosa rara! me avivó la idea del limbo, imaginando que así sería el rayo de esperanza que penetrase en aquella lóbrega mansion de las almas de los antiguos patriarcas. Dije pues á mi aca-lorada fantasía: vamos al limbo: retrocedamos siglos, y pongamos el oido atento á las conversaciones de ilustres sombras.

Y me representé el limbo como una inmensa bóveda: reinaba allí tranquila noche: la altísima techumbre se veía suntuosamente artesonada como que era aquel palacio de almas de reyes, profetas y patriarcas venerandos. Habia espaciosos salones todos cubiertos de cortinaje magnífico con fondo negro y an-

churosas franjas de oro que de tres en tres varas de distancia perpendicularmente se estendian inmensurables. La vista mas penetrante en vano se cansaria queriendo descubrir el término de aquellas profundidades; asi es que no se alcanza á ver el pavimento..... Todo está enteramente desmueblado; no se ve ni una silla, ni un sofá, ni un lecho, no hay donde sentarse ni descansar: nada han menester los que allí moran, pues que ninguno tiene cuerpo. La atmósfera está impregnada de la suave fragancia del bálsamo de la esperanza, y por do quiera se percibe con embeleso el celestial aroma de la virtud. Pueblan y encienden el aire los santos suspiros de la oracion exhalados continuamente por innumerables espíritus de justos, que para entrar en el lleno de la bienaventuranza están allí anhelando la venida del Verbo divino á la tierra. Reclusos en tanto en esta region de sombría magestad no padecen ni tampoco gozan de la gloria de los cielos; pero sí disfrutan deliciosamente de todas las inefables dulzuras que en el mundo proporciona la virtud á sus mas queridos amigos en las horas de apacible bonanza. Su vida es orar, desear, suspirar por su Mesías: pero como todavía no los tiene absortos en sí la vision beatífica de Dios, no es maravilla que alguna vez los junte en amistosa conversacion el cariño que nace del parentesco, de hallarse reunidos en un mismo lugar, de esperar una misma felicidad infinita y de haber heredado unos de otros cuando vivian en este valle de lágrimas la promesa consoladora y la fe en el Hijo de Dios que ha-

bia de venir y en cuya virtud todos ellos se salvaban en un mismo lazo de caridad divina. Asi pues á mí se me figuró que veia volar varias almas egrégias como apartándose de la muchedumbre de las otras para hablar entre sí mas libremente: fuéronse hácia un ángulo que se hallaba sin gente, y formando en el aire á lo oscuro un corro de amigos, empezaron á conversar de la admirable providencia con que el Señor los habia conducido en esta vida santificándolos y haciéndoles que obráran su salvacion por medio de grandes tribulaciones, y luego recordando algunas de ellas vinieron á tratar de lo muchísimo que habian padecido por las mugeres. Una de aquellas almas era la de nuestro primer padre Adán y dijo: ¡Ay! ¿Quién con mas derecho que yo para quejarme de la muger? ¡Yo que de las manos amorosas de Dios salí feliz completamente y señor del universo y de todas sus criaturas! ¡Pero ay de mí que á la obediencia de mi Criador y á mi dicha eterna anteponiendo el dar un leve gusto á mi esposa, perdí por ella toda mi felicidad, y por ella perdí la del mundo de mis desgraciados descendientes! ¡Ay de mí que por ella perdí el tesoro de mi inocencia y por ella sentí desplomarse sobre mi cabeza la ira del cielo, y convertirse contra mí todo lo criado y entrar la muerte en la tierra y abrirse los abismos de los infiernos! Dichas estas palabras con un tono de profundísimo sentimiento, prorumpió Adán en prolongados suspiros, y todas aquellas almas que le escuchaban suspiraron tambien dolorosamente, y él prosiguió: Vosotros,

hijos míos, como no podeis tener idea de mi primera dicha, tampoco podeis formárosla del mortífero pesar en que me abismó su fatal pérdida. ¿Pero cuál pensais que fue mi mayor amargura? Yo os aseguro que la desgracia de mi querida Eva me traspasó el corazón mas que la mia propia. Aunque en los muchos años que vivisteis en el mundo habreis conocido la fuerza del amor conyugal hácia una muger digna de aprecio, sin embargo como no habeis visto la belleza de mi Eva cuando era inocente, su gracia, su bondad, sus prendas celestiales, su entendimiento que era un sol..... Como no habeis visto muger alguna recién salida de las manos de Dios..... Como no habeis visto muger alguna con la nativa inocencia hechizadora, y sin la ruinosa mancilla que imprimió en nuestra naturaleza ¡ay! el pecado de Eva, ¡ay! el pecado mio; no os es posible imaginar cuánto yo la idolatraba, y cómo fue para mi amante corazón, de donde ella habia salido formada de mi carne y de mi hueso, cómo fue una muerte anticipada y continúa el verla infeliz y caída de una escelsa elevacion de gloria y deliciosa dulzura á un abismo de miseria, degradacion y dolor..... En los primeros siglos de mi destierro del paraiso yo estaba como fuera de mí, lloroso, convulso, pálido, y estremamente abatido, y mas fuera de sí, mas llorosa, mas triste, mas trémula, mas postrada y en mas hondo sepulcro de duelo estaba ella..... Yo viéndola me desmayaba de angustia, y creedme, yo sentia en mi corazón mas profundo dolor y mas íntimo estrago que el agonizante

á quien las crueles garras de la muerte le están arrancando el alma.....

Al llegar aquí Adán tuvo que cortar su discurso porque le pareció que venia hácia donde él estaba el espíritu de Eva. En efecto, era el alma de nuestra primera madre, que notando que su esposo se habia ausentado, echó á volar en su busca y en descubriéndole se puso á su lado, pues no queria estar un momento sin él acordándose de lo que le sucedió en el paraiso luego que por pasear el jardin por breve rato se apartó de su marido. Este calló por no disgustarla con dolorosos recuerdos. Entonces Abrahám muy conmovido, para que Eva no creyera que su presencia inspiraba desconfianza, tomó la palabra y dijo: Padre Adán, aunque es lastimosamente cierto que vuestros hijos no podemos formar idea del amor que os inspiraba nuestra madre Eva en el precioso estado de la primitiva inocencia, yo creo que me hallo en el caso de comprenderos en lo tocante á lo que padecisteis en vista de su desventura. Sí, os comprendo, porque yo sé por experiencia cuán agudo cuchillo es el amor cuando ve padecer á la amada. A mí me mandó el Señor sacrificarle mi hijo. ¿Te acuerdas, querido Isaac, te acuerdas? Sí, padre mio, respondió con ténue voz el alma de Isaac que se hallaba presente. Y Abrahám continuó: ninguno de vosotros ignora lo que sufrió mi paternal corazon en los amargos tres dias que pasaron desde que recibí la orden divina de inmoliar al tierno Isaac hasta que sobre el monte tuvo

este la dicha de representar el sacrificio y la muerte de nuestro futuro Mesías y yo la de conservarle sano y salvo y hecho objeto de las mas consoladoras bendiciones de Dios. Lo que tengo que revelaros es que, en medio de mi afliccion indecible, mucho mas que por mí y por mi hijo, cuya obediente inocencia me aseguraba de su dicha eterna, acongojábame al fijar el pensamiento en su madre. ¡Isaac! ¡Hijo mio! el pensar que tu madre no podria sobrevivir á tu muerte..... pensar que yo con mi mano sangrientamente le privaba de tal hijo, pensar que su materno corazon no podria resistir á tan atroz dolor..... pensar en las reconvenciones que me haria en la calentura de su desesperacion de madre y en el extremo de su agonía..... pensar que no hallaria para calificar mi conducta ni espresiones bastante duras ni conceptos suficientemente horrorosos cuando oyese que yo habia muerto á nuestro hijo, sin que el exceso de su amargura le permitiera enterarse del mandamiento terrible pero adorable del Autor de nuestras vidas..... ¡Ay! semejantes pensamientos cuán acerbos eran y cuán crueles no es posible explicar. ¡Sara! ¡Sara! ¡Cuánto, cuánto padeci por ti! ¡Y por ti, desventurada Agar, que me diste el primer hijo y á quien tuve que arrojar de mi casa!.....»

Los circunstantes se enternecieron, y Eva particularmente, y notando la extraordinaria conmocion de Abrahám con recuerdos tan patéticos, le interrumpieron, bendiciendo la milagrosa compasion que

el Señor Dios habia tenido de Agar enviándole por dos veces un angel á que la consolára y socorriera en el desierto. El sensible Jacob, que era de los que allí estaban, encareció el heróico esfuerzo de su abuelo Abrahám en cumplir el ordenamiento de Jehová acerca del sacrificio tremendo á pesar de lo que en su pecho abogaba para desobedecerlo su compasion á Sara, tormento tanto mas irresistible cuanto mas tierno y vivo era el amor en que el santo Patriarca ardia por su esposa. Luego haciéndose cargo de lo que habian acibarado la vida de su querido abuelo las disensiones de Sara y Agar, dijo que eran una consecuencia casi inevitable de la poligamia, que otra paz y otra dulzura y bienestar se gozaria en el matrimonio cuando aquella hubiese dejado de ser un mal necesario para la multiplicacion del único pueblo que profesaba la verdadera religion, que él por esperiencia propia se hallaba bien penetrado de que era una insigne calamidad el tener mas de una esposa, pues si el hombre mas sufrido apenas puede ir sobrellevando las menudas é innumerables impertinencias de una sola por buena que sea, ¡cuán digno de lástima, añadia, cuán digno es de lástima quien tiene que habérselas con mas de una muger! Yo que en esta materia en cierto modo puedo llamarme afortunado, pues eran hermanas Lia y Raquel, no obstante esta circunstancia muy favorable, porque ya estaban acostumbradas á vivir juntas, habian crecido y jugueteado juntas, tenian una misma educacion y un mismo pan se habia partido mil veces entre ellas

en su infancia y juventud, yo tuve que sufrir de ambas tanto que si hubiera de contároslo cansaría vuestra paciencia y os haria perder muy largo tiempo en oirme. Bastará indicaros que Lia se me mostraba siempre descontentadiza, quejicosa, inconsolable porque yo amaba á su linda hermana mas que á ella; y Raquel por otra parte teníame consumido y profundamente apesarado por el continuo desconuelo, el triste desasosiego, la lóbrega melancolía y el abismo de sentimiento en que la habia hecho caer su hasta entonces frustrado y vehemente deseo de tener hijos. Llegó á tal punto su desesperada impaciencia que un dia como si estuviera frenética, me dijo: *Da mihi liberos, alioquin moriar.* ¡Si no me das hijos, me muero! Ya podeis considerar que mi vida entre las dos hermanas era una vida de afliccion y de conflicto perpétuo. La envidia las devoraba: sobre mí recaia el mal humor de ambas; y en mí como en su centro venian á reunirse las corrientes de las amarguras de ambas.»

Al pronunciar Jacob estas palabras, su padre Isaac llamó la atencion de la asamblea diciéndole: «Yo creo, hijo de mi alma, que hubieras padecido mucho mas casándote con mugeres del pais que habitábamos. Yo dí por bien empleada tu ausencia de tantos años por tal de no verte con el martirio insufrible de tener á tu lado mugeres cananeas. Las dos que metió en casa tu hermano Esaú, la convirtieron en un verdadero infierno: eran dos serpientes que á todas horas nos alimentaban de vene-

no: tan crueles fueron los disgustos y los intolerables sinsabores que pasamos por ellas yo y tu madre Rebeca. En cuanto á lo que hubiste de sufrir por lo mucho que la hermosa Raquel sentia su esterilidad, podria ponerse en duda solo por quien nunca hubiese tratado de cerca á ninguna muger. Todos estamos persuadidos de que no hay tormento igual al de estar en compañía de una muger poseida de una pasion cualquiera. No hay reflexion que valga, no atiende á ninguna palabra de consuelo, todas las razones que se le insinuen están de mas, solo ella tiene razon, nada basta á calmar su vehemencia, al momento habla de morirse, y en efecto parece que ya va á morirse aunque todavia tenga que vivir otro medio siglo. Mi esposa Rebeca era muy sagaz y muy prudente; sin embargo, de tal manera se afligió con la mortificante conducta de nuestras nueras, que de solo verla tan entristecida, á mí se me caia el corazon, y al encontrarse mis ojos con los suyos llorosos, sin poderlas contener, las lágrimas se me desprendian corriendo por mis arrugadas mejillas. Llegó á aborrecer la vida y protestaba que no queria vivir si llegabas á casarte con muger de aquella tierra. Jamás olvidaré el enérgico dolor con que me dijo: *Tædet me vitæ meæ propter filias Heth: si acceperit Jacob uxorem de stirpe hujus terræ, nolo vivere.* ¡No quiero vivir! ¡No quiero vivir!

Y á su padre dijo Jacob: Padre mio, con esa tierna y eficaz vehemencia consiguen las mugeres cuanto quieren: mi madre la empleó felizmente para

enviarme á Mesopotamia librándome del furor de mi hermano y haciendo que por tal medio el cielo me concediera por esposa á la incomparable Raquel. ¡Pero ay! ¡Cuánto, cuanto de fatiga, de dolor, y de amargura larguísima sufrí para lograrla! Catorce años por contrato, y aún mas, estuve sirviendo penosamente á mi desapiadado suegro Labán para que por merced y recompensa de mi trabajo me diera la mano de su anhelada hija. Los dias los pasaba abrasado con los rayos del sol y las noches aterido de frio con los hielos y las nocivas escarchas. A pesar de tan atormentadora dilacion, yo todo lo sufría con gusto por el inmenso amor que tenía á mi futura esposa: al cabo de siete años ya no podia dudar de que era llegada la hora de mi dicha: se habia celebrado el alegre convite de las bodas, y concluido éste, cuando ya en mi corazon acababa de entrar el plácido sosiego y el venturoso contento, me retiré á dormir al tiempo que en la tierra al ruido de los hombres sucede el silencio del sueño en medio de la oscuridad. Cubierta con el nupcial velo segun costumbre del Oriente se introdujo en mi habitacion á oscuras á una muger. ¿Quién podria imaginarse que no fuese mi amada esposa Raquel? ¡Ay no lo era! Y yo hasta que nos alumbró el rayo de la mañana no advertí el cruel engaño y la inicua felonía de que yo habia sido víctima. Lia puesta en lugar de Raquel disimuló criminal y diestramente. Si el Señor no me hubiera fortalecido con su gracia, en aquel momento hubiera muerto de dolor y desespe-

racion. Aunque muchos y grandes fueron los trabajos de mi peregrinacion sobre la tierra, jamás hube menester tanta paciencia y tanta conformidad con las permisiones divinas. Si no me hubiese contenido el santo y salutífero temor de Dios, aquel dia hubiera sido funesto para mí, para Lia, para Labán, y para toda su casa! Gracias á nuestro Dios, que en su misericordia me hizo tener represado dentro de mi hirviente pecho el fuego de mi indignacion y de mi ira. ¡Ay si á estallar llegado hubiese, cuánto hubiera devorado y consumido!..... ¡Aún me estremezco con tal idea de horror y de dolor!..... Dios me libró..... Reconvine á Labán, que de su crimen se disculpó néciamente: y para desposarme con mi suspirada Raquel fue preciso que me obligara á otros siete años de servicio para enriquecer con mi sudor á un hombre eternamente desagradecido. Y despues de tanto penar por Raquel, al breve gozo de llamarla esposa reemplazó el mútuo sentimiento de su esterilidad de siete años, y luego la irreparable desgracia de perderla viéndola morir en medio de un camino en la flor de su edad y cuando estaba mas vivo y mas consolado con dos tiernos y preciosos frutos nuestro ardiente cariño!»

El espíritu de su hijo José, que estaba muy cerca de él, sintió en sí tal conmocion de dolor y ternura que se estremeció á la manera que se estremecen los espíritus. Habló en seguida de su padre y enterneció á todo aquel respetable auditorio de almas justas refiriendo lo que Jacob no habia dicho

por una especie de pudor paternal. Su joven hermana Dina violada por el príncipe de Sichem, la bárbara venganza de sus hermanos Simeon y Leví, la muerte sangrienta de todos los habitantes de Sichem, la ruina de esta ciudad, la destruccion de sus campos, y la amargura de muerte con que embriagó á su anciano padre Jacob tanto pecado y tanto estrago y tanta sangre alevosamente vertida, y todo por la incauta curiosidad de Dina, fueron el asunto de la primera parte de su discurso. En la segunda con un candor que á todos admiraba, contó que en Egipto la muger de su amo Putifar de un golpe le habia quitado el tranquilo bienestar de que disfrutaba precipitándole encadenado á la lobreguez de una carcel, donde no le desamparó su Dios: con este motivo engrandeció la providencia del Señor, que de la malévola iniquidad de una muger se valió para ponerle en el camino de la mas alta gloria y para proporcionarle el consuelo de socorrer á sus hermanos venidos de muy lejos á buscar remedio para su hambre.

Despues de José habló el santo Job con elocuencia de sublimes gemidos haciendo observar que sus imponderables desgracias le habian sobrevenido graduándose y encrueleciéndose rápidamente de una muy atroz manera hasta que llegó el inhumano estremo de insultarle su propia muger. Ella fue, decia suspirando, quien impía hizo rebosar el inmenso caliz de mi infortunio! ¡Ella quien impía intentó arrebatarme mi único tesoro, la paciencia con que yo escudaba mi alma de los infernales golpes que habian

destruido mi fortuna, mi familia, mi salud y mis carnes llagadas y podridas! ¡Ella quien impía en vez de consolarme, «muérete» me dijo, y se esforzó porque yo muriera en la desesperacion! Si á su arbitrio hubiera estado, si yo le hubiera hecho caso; ¡ay! ¡cuánto tiempo há que en las eternas llamas de los abismos estaria mi alma consumiéndose, si como ella pretendia para morir me hubiese entregado á la desesperacion maldiciente! Arrasada toda mi hacienda, saqueados ó vueltos ceniza todos mis bienes, derramada la sangre de mis criados, muertos en un solo dia mis hijos y mis hijas, reducido yo á extrema pobreza y desnudez, desde la cabeza hasta los pies cubierto de llagas y de podre que raia con un tiesto sobre un muladar inmundo ¿qué me quedaba ya sino mi esposa y mi Dios? En ella y en mi Dios cifraba naturalmente todo mi consuelo y esperanza..... La ví venir. Mi corazon se reanimó con verla. ¿Pero á qué vino? ¡Á declarárseme enemiga, á herirme en lo mas delicado, en lo mas íntimo, á quitarme la esperanza del cielo, á quitarme á Dios, bien infinito, el bien único que me quedaba..... Hasta entonces todas mis adversidades me habian venido de mis enemigos, de los elementos, y particularmente de Satanás malhechor universal; todos estos me habian hecho la guerra de frente y no se habian atrevido á tocar á mi alma. Pero la herida que me hizo la muger fue mas cruel y mas profunda: la sentí infinitamente mas que las otras porque quien me la hacia no era un enemigo, era mi esposa, me la hacia cuando

yo estaba ya harto de padecer, arruinado, desechado del mundo, pobre, desnudo, abatido, envuelto en una nube de dolor, consumido de enfermedades y de llagas, pegada mi piel á mis descarnados huesos, en podredumbre y en agonía y próximo á espirar..... ¡Y de qué modo me hirió! Por medio de impíos sarcasmos mas penetrantes que agudo puñal..... Yo le respondi: «Muger, si recibimos los bienes de mano de Dios, ¿por qué no hemos de recibir los males?» Pero mi amargura subió á tal punto que maldije vehementemente el dia en que nací y la infausta noche en que fuí concebido.....

Un silencio de asombro sucedió por algunos instantes á las palabras de Job.

Hubiera durado largo rato segun la absorcion que en todos se notaba si el rey profeta no le hubiese puesto término espresándose acerca del asunto que los ocupaba no con la sublimidad de sus salmos sino con el lenguaje de la franqueza y del sentimiento, diciendo: Tan cierto es que las mugeres son para el hombre una calamidad, un tormento, un suplicio continuo, íntimo é inseparable que yo por desgracia mia puedo dar fe y testimonio de esta verdad tanto por lo que he visto en otros como por mi propia esperiencia. La vida de los guerreros se tiene en el mundo, y con razon, por muy dura, molesta y trabajosa, pues no es concebible guerra sin perenne fatiga, sin desasosiego, sin sobresalto, sin peligros incessantes; está reñida con todo género de comodidades, con todo regalo de mesa y cama, con la tran-

quila placidez del alma, con las delicias del estudio y lo que á todos es muy sensible, con el sabroso sueño. Sin embargo ¿quién lo creeria? En las marchas, en los campamentos y en las mismas batallas la muger es lo que mas aflige el corazon. El intrépido guerrero que despreciando cien mil muertes se precipita entre una selva de lanzas enemigas, en medio de su valiente denuedo lleva el corazon rendido y postrado al peso del doloroso recuerdo de una muger. « ¡Ay tu esposa si mueres en este instante! » le va gritando dentro de las entrañas una aguda voz de amor que se las despedaza: « ¡Ay tu hija! ¡ay tu madre! » El militar hace estudio de menospreciar la vida y es tal el frenesí del furor de los combates que se le figura dulce y glorioso el perderla, pero en el momento en que se ve herido le asalta la idea y el recuerdo de una muger: « Esta herida cuyos dolores desprecio, en el instante que llegue á noticia de mi esposa le abrirá en el corazon una llaga profunda. ¡Pobrecito corazon, puedo yo contemplarte y no morir de pena! » dice y le abandona su valor y se desmaya su ánimo y se anega en un rio de amargura, y la enfermedad de su alma se comunica á su cuerpo y á su herida, la exagera, á él le quita toda resistencia y muere..... Va un rey con casco de oro, con un plumaje que arrebató la vista de los pueblos por donde pasa, con un peto que brilla como el sol, con una espada que aterroriza á la tierra, sobre un fiero caballo que con sus ojos y su nariz hirviente está queriendo devorar al ejército enemigo, la ma-

jestad le rodea, la gloria le acompaña, sus escuadrones hacen estremecer bajo sus pies los valles y las colinas, los montes y las llanuras, su nombre vuela acatado en alas de la fama por todos los ámbitos del universo, á su voz se arrodillan las naciones y su mente se glorifica con el augurio del magnífico triunfo, ¿quién diría que su corazón es vaso de amargura? Una muger lo tiene acibarado y anohecido en medio de tanto brillo, de tanta pompa, majestad y poderío. En el real palacio ha dejado una tierna esposa amante y amada. El sentimiento de su ausencia martiriza al rey, nubla toda su dicha y le hace trisísima la gloriosa campaña. Además, piensa el monarca que la reina se alimenta de angustia y sobresalto imaginándole á todas horas en continuo peligro de muerte, y esta idea, esta inseparable imagen de la angustiada zozobra en que vive su idolatrada consorte, pintándose á lo vivo en su fantasía es para su alma enamorada una opresora montaña de hierro, que cayendo sobre ella incesantemente apenas le da treguas para respirar. ¡Ay de mí! Yo sé cuán amargo es en todas ocasiones el amor de la muger. Quien tiene muger en su casa ó en su familia siente doblemente todos los quebrantos de la vida. El que pierde su hacienda ó su empleo, si de él dependen unas hermanas, ó una madre, ó una esposa y unas hijas, es verdaderamente digno de inmensa lástima, porque su dolor y su desgracia son por tal circunstancia un océano de hiel, un abismo de desolacion. El justo no teme morir sino por el desamparo en que su muger

queda, no le turba el aspecto de la horrible muerte que tendiendo sobre él sus negras alas tiene su guadaña levantada para herirle, lo único que le acongoja es el llanto de sus hijas. En todas las regiones del mundo es amarga, muy amarga y perennemente amarga para los maridos la esterilidad de sus mugeres; pero lo es mucho mas en nuestro pueblo escogido. Las rencillas que entre ellas suelen tener es otra fuente de acerbo disgusto y afliccion para los hombres. Dígalo Moisés, diga cuánto sufrió cuando María su hermana hacia guerra mugeril á su esposa Séfora: dígalo Elcana, diga cuánto sufrió viendo á su querida Ana cruelmente zaherida por Fenena y llorando sin consuelo hasta que el Señor la hizo madre del gran profeta que me mandó llamar del campo, donde estaba apacentando mis ovejas, para ungirme por rey de Israel cuando yo como niño no tenia mas pensamiento que la honda, el cayado, el caramillo y los cantares rústicos que me inspiraban el arroyo, el prado, el soto, mis ovejuelas, y sobre todo la llama de poesia que ya entonces sentia quemarme el pecho. Entonces sí que fui dichoso cuando aún no sabia lo que era amar apasionadamente á una muger: entonces estaba mi pecho tranquilo, mi alma pura y serena cual mañana de primavera sin nube alguna y perfumada con el aroma de hermosas naciientes flores. Mi inocencia era como un espejo brillante en que mi Dios se miraba. ¿Por quién perdí tanta dicha? ¿Quién me arrebató mi preciosa inocencia, mi gloria, mis virtudes y mi Dios? ¡Ay....!

Desde el principio de las generaciones las mugeres fueron para el hombre su peste, su estrago, su ruina, su muerte. Todos teneis presente que el mundo vivia dividido en dos bandos, el de los hijos de Seth llamados tambien hijos de Dios, porque eran buenos, y el de los descendientes de Caín que por su corrupcion y relajadas costumbres se denominaron hijos de los hombres. Vieron aquellos á las hijas de estos, apasionáronse de ellas, el pueblo de los justos se mezcló por medio de matrimonios con el de los pecadores, *las corrompidas esposas arrebataron á sus maridos la inocencia y la virtud* negándose á aprender de ellos, enseñádoles iniquidad y dándoles por hijos unos mónstruos de colosales carnes, de enormes huesos, de inmunda boca, de brazo poderoso en opresion é injusticias, de corazon rebelde contra su Dios, de alma empedernida en la maldad y horriblemente fecunda en execrables crímenes y vicios que hicieron arder toda la tierra en el impuro fuego del infierno. Para apagarlo fue preciso que el Omnipotente arrojára sobre ella los mares y todas las nubes deshechas en lluvia vengadora, que convirtiese el mundo en un inmenso sepulcro de agua, que ahogándole devorase á todo el género humano. Tal ruina universal fue obra de las mugeres, que en pos de su nefanda liviandad y costumbres pecaminosas arrastraron á sus esposos, que hasta entonces habian vivido formando una generacion de santos.

Una sola nacion escogió el Altísimo para reinar en medio de ella ostentando en su favor las grande-

zas de su omnipotencia y de su misericordia magnífica, á nosotros, á nuestro pueblo hijo de portentos! ¡Y ay cuántas veces mugeres inícuas le han hecho blanco del divino furor! Estremece solo el recordarlo. En el célebre viaje desde Egipto á la tierra prometida las Moabitas y las Madianitas indujeron á Israel á pecar con ellas. Pecó y se dejó arrebatar del criminal deseo de complacer á tales mugeres idólatras hasta el extremo de concurrir á instigacion de ellas á sus sacrificios, de comer en su compañía viandas abominables y de adorar sus ídolos. ¡Qué horror! ¡Qué horror! Nuestro pueblo se consagró á Beelphegór..... La ira divina no podia tardar en venir sobre la nacion prostituta. El Señor le envió una plaga que amenazaba esterminarla toda. Moisés con otros que aún se conservaban en el bando de la virtud, deshacíase en lágrimas y oraciones á las puertas del Tabernáculo, y habló el Señor airado y le mandó colgar en patibulos á todos los príncipes de las tribus á la faz del sol. Y dijo Moisés á los jueces de Israel: mate cada uno á sus mas allegados, que se han consagrado á Beelphegór. En aquel acto se vió un escándalo horrendo, y Finees valeroso ardiendo en santo celo traspasó con su espada al israelita y á la muger perpetradores del crimen, y á ejemplo del nieto de Aaron los que aún temian á Dios, haciendo centellear en el aire sus fulminantes espadas, dieron muerte pronta á veinte y cuatro mil de nuestro pueblo.

¡Cuánta sangre se ha derramado en el mundo

por las mugeres! No hablaré de los estragos que han venido por ellas á otras naciones. Basta la nuestra para hartarnos de horror y de lágrimas con la variedad y muchedumbre de espectáculos de esta clase y por esta causa que su historia nos recuerda. ¿Quién motiva sus frecuentes infidelidades y apostasías? ¿Quién los tremendos castigos que á ellas se siguen? ¿Quién sino las mugeres estrangeras é idólatras, con las cuales son los hombres de Israel tan propensos á contraer matrimonios vedados por la ley! No solo las culpables, hasta las mugeres que proceden con alguna rectitud son origen de graves males. La esposa del levita Efrateo sacrificada al brutal desenfreno de los Gabaitas, trajo con su muerte la destruccion de una de nuestras tribus. El desesperado marido hizo once trozos del cadaver de su infeliz muger, y envió uno á cada una de las tribus para que la sangre que iba chorreando de él diese gritos de venganza, pidiéndoles la ruina de la tribu de Benjamin. Fueron oidos los clamores de aquel cadaver despedazado. Israel juró el esterminio de la descendencia de Benjamin, y cumplió espantosamente su terrible juramento, aunque despues arrepentido llorase sobre las cenizas de la devastacion y sobre los montes de cadáveres de sus hermanos los Benjamitas y procurase reparar tanto estrago.

Cuantos despues de mí han bajado del mundo á esta pacífica region de esperanza y de tinieblas han venido á confirmarnos en la tristísima idea de lo funestas que son al hombre las mugeres. El anciano

Tobías, habeis oido que estaba en Ninive cautivo, pobre, perseguido y ciego y que en semejante estado su esposa Ana añadió insufrible amargura á su acerbo dolor continuo, insultándole, sin respetar su infortunio, su ancianidad y su virtud. Las olas de la tribulacion sumergieron entonces el corazon de Tobías á pesar de que hasta aquella hora habia sobrenadado en el tempestuoso océano de sus desgracias: gimió profundamente y volviéndose á su Dios con efusion de angustia y de ternura oró llorando, y concluyó pidiendo al Señor que recibiera su espíritu porque la muerte le era harto mas apetecible que la vida. *Et nunc, Domine, clamaba, secundum voluntatem tuam fac mecum, et præcipe in pace recipi spiritum meum: expedit enim mihi mori magis quam vivere.* Mas ya tú, Señor, hazlo conmigo segun tu voluntad, y manda que sea recibido en paz mi espíritu: porque mejor me es morir que vivir.

¿Y quién no se horroriza con el solo recuerdo de las noticias de iniquidad, de sangre y de esterminio que nos llegaron acerca de los reinados de Jezabel y de Atalía? ¡Inhumana Atalía! ¿Qué te habia hecho mi descendencia para que tan cruelmente bebieras su sangre? ¿Era esa la correspondencia de amor que mi familia debia esperar de ti? Pero el Señor quiso conservar á un niño de mi sangre que te habia de arrebatar el usurpado trono. Infeliz, tú le viste coronado por rey, tú le viste en el templo recibiendo el homenaje de rendimiento que Judá le tributaba aclamándole por su legítimo soberano, y

un instante despues de verle tu alma sanguinaria bajaba al abismo de los tormentos y de la desesperacion eterna á recibir el premio de sus iniquidades abominables. Allí te estrecharian entre sus brazos de hierro escandecido los demonios, cuyo culto pretendiste establecer en Jerusalén. ¡Pero ay! ¡Cómo oscureciste el horizonte de mi reino con el incienso profano que á tus ídolos quemabas! ¡Cómo pervertiste y precipitaste por el camino de la perdicion á tu marido y á tu hijo! ¡Cómo empapaste el suelo de Judá en la inocente sangre de los hijos de sus reyes, ay en sangre de niños, ay en la sangre mia! Y tú Jezabel.....»

Iba David á derramar en exclamaciones enérgicas el fuego de indignacion en que ardia su espíritu al recuerdo doloroso de las abominaciones y crueldades de que llenó á Israel la inicua Jezabel digna madre de Atalía, mas repentinamente enmudeció, dió señales de que sentia un dolor inesplicable, una especie de raptó de dolor se notó en él y comunicóse á los circunstantes, que se asombraban y se condolían. Lo habia producido la memoria de la espantosa caída de su hijo Salomon pervertido y degradado hasta el extremo por las mugeres idólatras, que habiéndole esclavizado le hicieron levantar templos á los ídolos y ofrecerles él mismo un incienso nefario doblando sus régias rodillas ante sus aras impuras. Entre profundos suspiros exclamaba de lo íntimo del alma: «¡Salomon, hijo mio! ¡Hijo mio Salomon!» Abismábase luego en aterradora meditacion

de duelo, contemplando la gloria de su idolatrado hijo Salomon, rico cual ningun otro monarca de la tierra, sábio mas que todos los hombres, poderoso y respetado mas que cualquier otro rey de Israel, admiracion del mundo y ejemplo de humanas felicidades acumuladas en una misma persona antes que las mugeres eclipsáran tanto y tanto esplendor, y despues que ellas le subyugaron, convertido en miserable objeto de universal escándalo, de lastimero asombro, de irrision y desprecio, hecho demente el sábio, sin sosiego en su corazon ni en su reino revuelto el pacífico por antonomásia, desmembrado el imperio, cuyos lindes su consternado padre dilató tanto en cien guerras, poblado Israel de ídolos por el mismo que edificó la casa del Señor en majestad y alteza, decretada en el cielo la division de las diez tribus concedidas á Jeroboám, é intimada esta formidable sentencia por un profeta de parte de Dios al mismo envilecido Salomon. ¡Qué espectáculo tan sombrío, tan triste y desesperante, qué espectáculo para David! Entre lúgubres ayes repetia: «¡Salomon hijo mio! ¡Hijo mio Salomon! ¿Adónde estás, entre las llamas de la inmortal hoguera ó en el fuego de la espiacion? ¡Hijo mio Salomon! Yo aquí no te veo. ¿Adónde estás? ¿En el purgatorio ó en el infierno?.....»

Esta última esclamacion del rey profeta causó en todo el concurso de ilustres sombras una sensacion indecible. Y la angustia de David subia de punto sin que nadie acertára á serenarle en larguísimo rato.

Volando atropelladamente de uno en otro pensamiento habia recorrido la série de tragedias sucedidas en su familia por causa de las mugeres: los nombres de sus hijos Anmon, Thamar y Absalon, clavándose en su mente le habian herido como puñales. ¿Pero qué necesidad tenia de buscar lejos ni cerca amargas fuentes de llanto si las habia en él mismo? Por último puso los ojos del alma en el dia funesto en que por mirar á una hermosa en el baño, de rey santo que era se hizo adúltero, pérfido y homicida, perdiendo su santidad y su Dios por un momento de fugitivo placer envenenado. Este recuerdo le estremeció de nuevo, de nuevo le compungió sobre manera; y notando los circunstancias que con medrosa voz rezaba por lo bajo su salmo *Miserere*, animados todos ellos de un mismo sentimiento le dijeron que lo entonára en voz alta y que todos ellos le acompañarian á dar gracias á Dios por la misericordia que con él habia usado, á pedirle perdon é indulgencia y á exhalar suspiros de melancólica ternura y amorosa confianza. Así pues, sobresaliendo la voz del arrepentido David, aquel coro de almas justas hizo retumbar las bóvedas del limbo con el cántico de sublime dolor que empieza:

Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.



INDICE DEL TOMO PRIMERO.



	Pág.
P RÓLOGO.....	5
CAPITULO I. <i>El pueblo de Dios</i>	9
CAP. II. <i>El principio del Génesis</i>	22
CAP. III. <i>El corazon humano y la familia</i>	33
CAP. IV. <i>Amenidad y continuacion de las obser-</i> <i>vaciones acerca de la familia y el corazon hu-</i> <i>mano</i>	49
CAP. V. <i>Ternura</i>	67
CAP. VI. <i>Angeles</i>	80
CAP. VII. <i>Angeles.—Continuacion</i>	96
CAP. VIII. <i>Niños</i>	106
CAP. IX. <i>Niños.—Continuacion</i>	119
CAP. X. <i>Satisfaccion del sentimiento de justicia</i>	134
CAP. XI. <i>Peripecia</i>	154
CAP. XII. <i>Breve panegírico de Moisés</i>	171
CAP. XIII. <i>Novedad</i>	183
CAP. XIV. <i>Guerra</i>	208
CAP. XV. <i>Caracter religioso de las guerras de la</i> <i>Historia sagrada.—Héroes.—Los Macabeos</i> ..	224
CAP. XVI. <i>Judas Macabeo</i>	237
CAP. XVII. <i>Belleza de las batallas</i>	245
CAP. XVIII. <i>Episodios y otros caracteres del poe-</i> <i>ma épico que se hallan en la historia de los</i> <i>Macabeos</i>	265

CAP. XIX. <i>Mugeres</i>	288
CAP. XX. <i>Piedad de las mugeres</i>	297
CAP. XXI. <i>Las mugeres son objeto de compasiva predileccion</i>	306
CAP. XXII. <i>Compasion de los profetas para con las mugeres</i>	321
CAP. XXIII. <i>Sucesos estraños de las mugeres</i> ...	337
CAP. XXIV. <i>Heroismo de las mugeres</i>	337
CAP. XXV. <i>Males causados por las mugeres</i> ...	377



ANUNCIOS.

EL *aliento del alma devota*, por el sacerdote José Frassinetti, prior de Santa Sabina de Génova, con un apéndice del mismo sobre el santo temor de Dios. Obrita dirigida á facilitar la perfeccion cristiana y animar á las almas tímidas. Traducida por D. Juan Manuel de Berriozabal, Marqués de Casajara.

El objeto de este libro es en gran parte el desvanecer las dificultades que suelen hallarse en el camino de la virtud, manifestando que su práctica no es tan difícil como parece. Es un antídoto contra los escrúpulos, y una esposicion sencilla y luminosa de lo que se requiere para agradar á Dios, sustituyendo el temor filial á las aprensiones de las conciencias infundadamente asustadizas. El autor funda su doctrina en la de los mas esclarecidos Santos; y sus principales dotes son la claridad, el método, la concision y solidez de los razonamientos.

Se vende á 5 rs. vn. en Madrid en la librería de Sanchez, calle de Carretas, y en la imprenta y librería de D. Eusebio Aguado, calle de Pontejos, y en las provincias á 6 rs. en las mismas librerías donde se venden las obras del Sr. Balmes. La correspondencia se dirigirá á D. Luis Perez, calle de Leganitos, núm. 4. En las mismas librerías pueden hacerse los pedidos de las obras siguientes.

La Reina de los cielos poética y científicamente considerada, por D. Juan Manuel de Berriozabal. El primer tomo contiene las poesías del señor de Berriozabal en alabanza de la Santísima Virgen. En el segundo y tercero, intitulados *la Reina de los cielos científicamente considerada, ó pensamientos acerca de sus grandezas, sacados de las conferencias teológicas y espirituales del P. D'Argentan*, se hallan las autoridades de los santos Padres al lado de las razones filosóficas, la historia al lado de la mística, las tradiciones antiguas al lado de las controversias modernas, y espuesto lo dudoso como dudoso, lo probable como probable y lo cierto como cierto. Tampoco faltan en los dos tomos de prosa aquella suavísima ternura, aquella unción y afectos encendidos que en esta clase de producciones sagradas suelen formar las delicias de los lectores piadosos: tres tomos en 8.º, su precio 50 rs.

El alma devota de la santísima Eucaristía. Obra escrita en italiano por el presbítero D. Juan Bautista Pagani, director espiritual

del seminario conciliar de Novara: dos tomos en 8.º menor de esmerada impresion y papel fino.

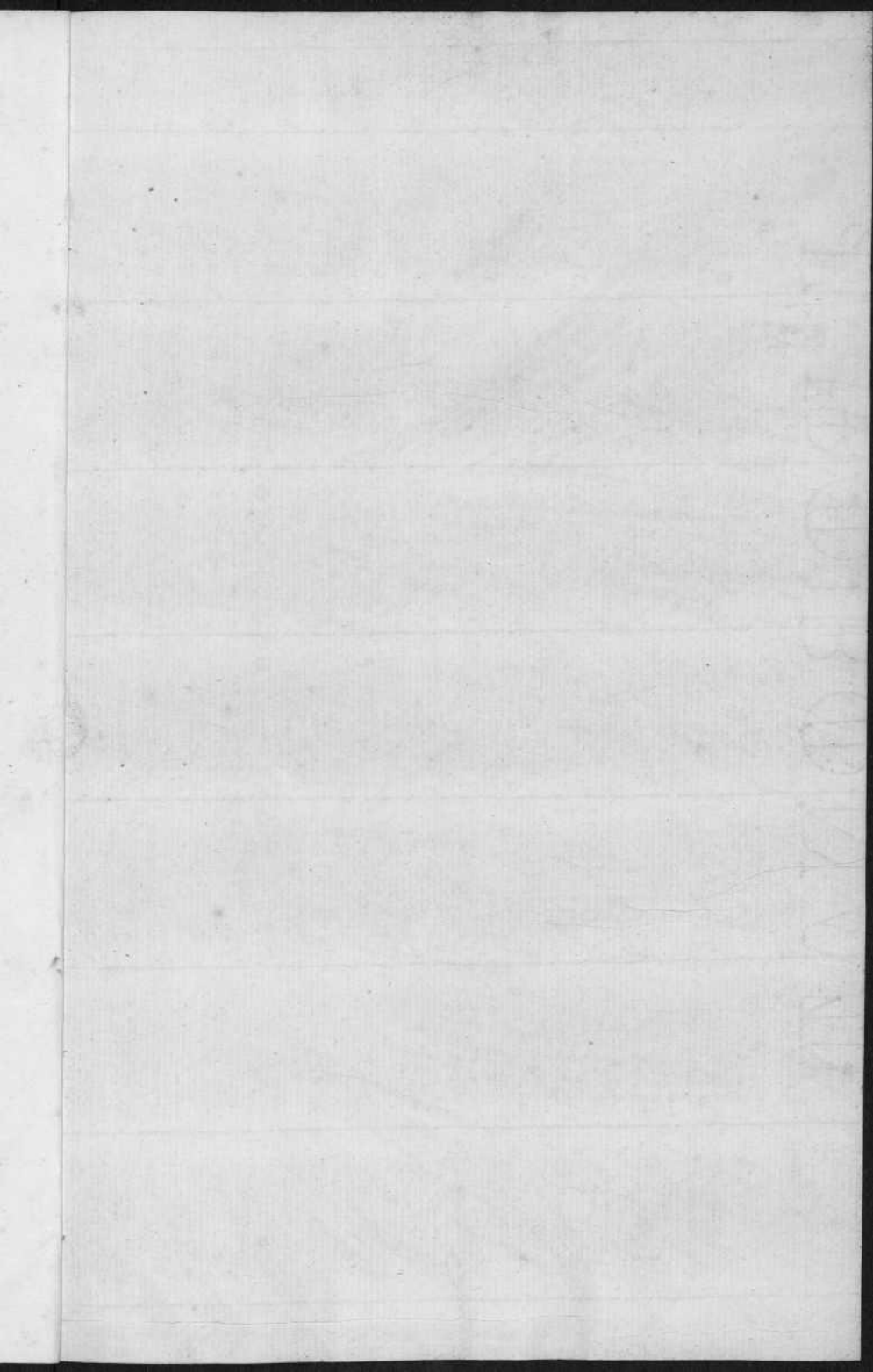
El sábio Paganí ha encerrado en las consideraciones que contiene el primer tomo lo mas afectuoso, tierno, instructivo y edificante que se ha escrito acerca del adorable Sacramento del altar, y de la vida que hace en él nuestro divino Salvador, proponiéndonos por modelo las soberanas virtudes que en ella resplandecen, y mostrándonos el remedio de nuestras pasiones y flaquezas, sobre las cuales discurre como profundo filósofo cristiano. Aqui tienen las almas piadosas ámplia materia de meditacion, y los predicadores una mina de pensamientos y afectos para hablar con solidez y uncion acerca de este inefable misterio.

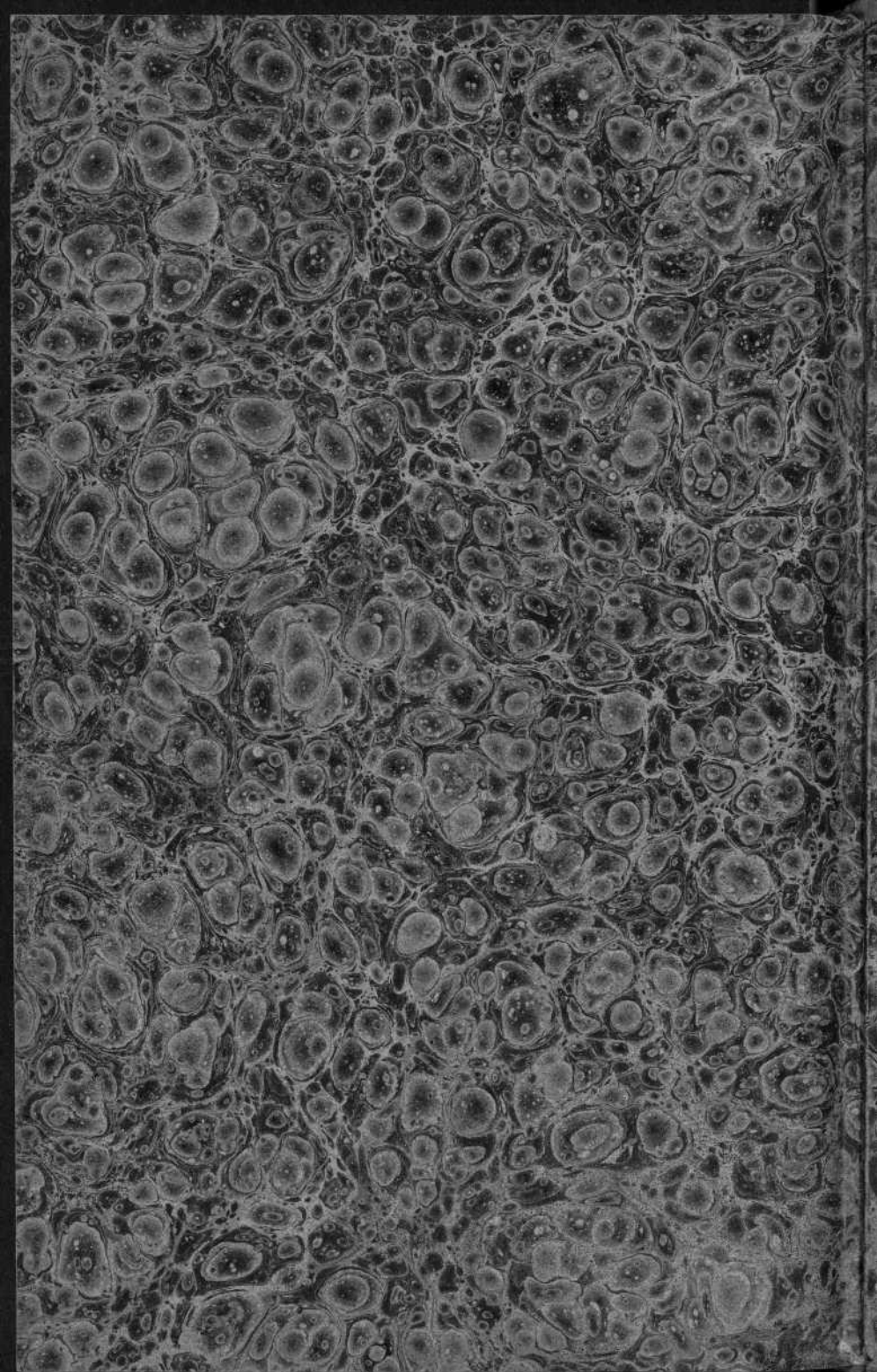
El segundo tomito comprende devotísimos ejercicios para antes y despues de la sagrada comunión, y las prácticas y oraciones en honra del Santísimo Sacramento á que están concedidas indulgencias por los sumos Pontífices.

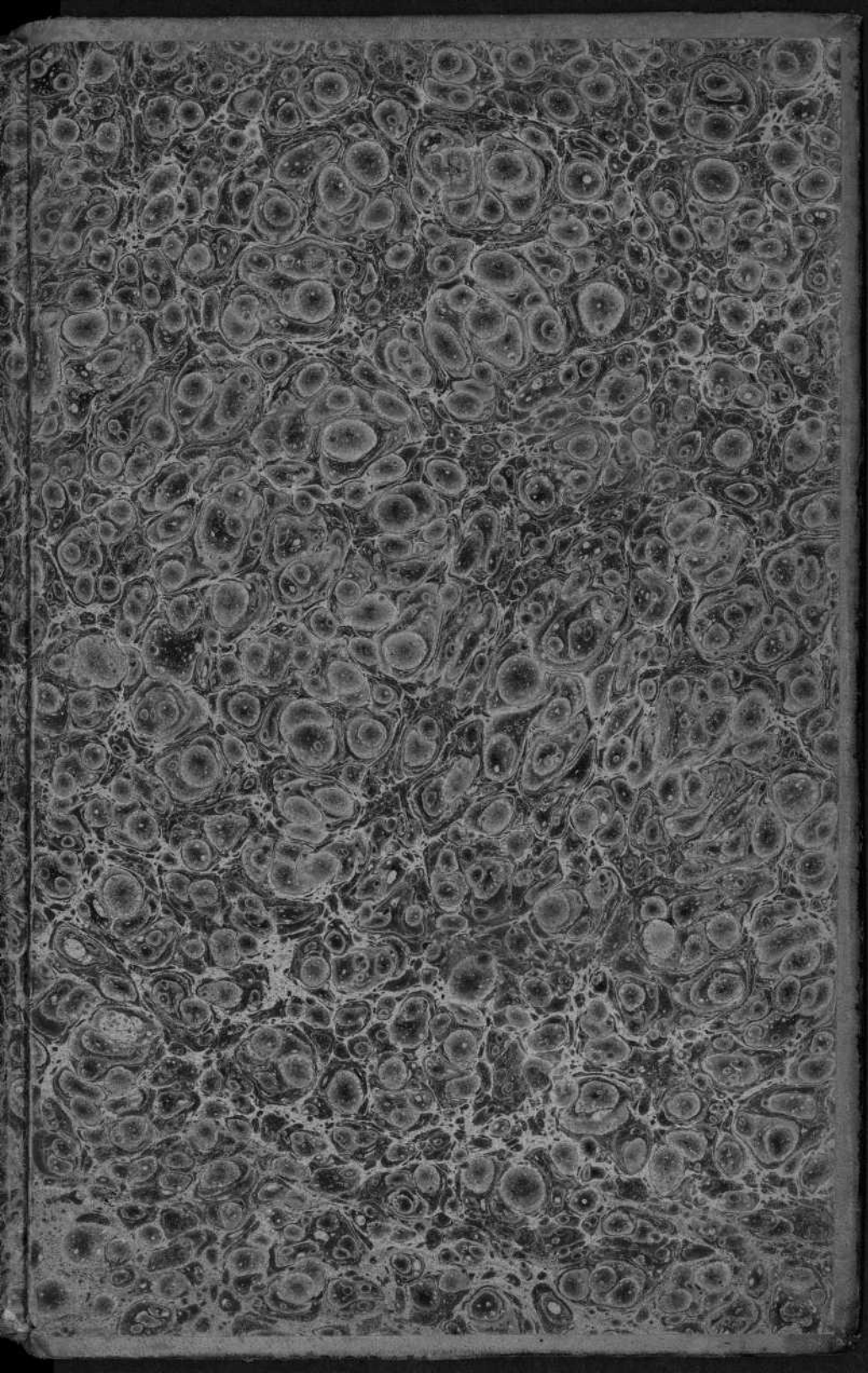
La traduccion está hecha por D. Juan Manuel de Berriozabal, quien la ha adicionado con sus poesias al amoroso Dios sacramentado. Se vende á 8 rs. en la librería de Sanchez, calle de Carretas, y en la imprenta y librería de D. Eusebio Aguado, calle de Pontejos; y en las provincias á 10 rs.

Historia de la milagrosa conversion del judío Mr. de Ratisbonne. Segunda edicion enriquecida de un apéndice acerca de la medalla milagrosa y de la archicofradia del Corazon de María establecida en Paris en la Iglesia de Ntra. Sra. de las Victorias, y adornada de una lámina fina que representa la aparicion de la Sma. Virgen al afortunado israelita. Se halla de venta á 4 rs. en la librería de Sanchez, calle de Carretas, y en la imprenta y librería de D. Eusebio Aguado; y en las provincias á 4½.









17

HOHOHOHOHO

RESERVACION

SOBRE

LAS BELLEZAS

DE LA

BIBLIA

1

17.142

HOHOHOHOHO